

se

MARGGERY
ALLINGHAM
MYSTERY
MILE



Lectulandia

El juez Crowdy Lobbett ha encontrado pruebas que indican la identidad del cerebro criminal detrás de la mortal banda Simister. Después de cuatro atentados contra su vida, termina buscando la ayuda del enigmático y heterodoxo detective aficionado, Albert Champion. Después de que Champion despache a Lobbett a una casa de campo en Mystery Mile, en las profundidades de la campiña de Suffolk, se suceden todo tipo de aventuras. Es una carrera contra reloj para que Champion lleve al juez a un lugar seguro y descifre la pista del misterioso nombre de su enemigo.

Lectulandia

Margery Allingham

Mystery Mile

Albert Campion - 2

ePub r1.0

Titivillus 03.05.2018

Título original: *Mystery Mile*
Margery Allingham, 1930
Traducción: Manuel Suarez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



MARGERY ALLINGHAM, escritora policiaca inglesa, en el jardín de su casa D'Arcy House, Tolleshunt D'Arcy, Essex, acompañada de su esposo Philip Yougman Carter, editor de una revista londinense

PRÓLOGO^[1]

MARGERY ALLINGHAM

Margery Allingham nació en Londres el año 1904. Era la primogénita de H. J. Allingham, célebre escritor de folletines, cuyas entregas se publicaban en todas las revistas semanales más populares de la época.

Margery, como ella misma dice a quien quiera oírla, tiene en sus venas sangre de escritores, pues, aparte de su padre, en su familia hubo otros miembros que se dedicaron también al noble arte de la literatura. Entre ellos merecen destacarse John Till Allingham, que en el siglo XIX escribió melodramas, representados con buen éxito, y John Allingham, que floreció por los años noventa del pasado siglo, célebre y muy popular escritor de cuentos pedagógicos para niños.

Los padres de Margery eran primos. Desde pequeños habían tenido una gran amistad, que continuó cuando los niños se convirtieron en personas mayores. La afinidad de ideas y de caracteres transformó aquella amistad en amor, y un buen día se casaron.

El abuelo de Margery era propietario de un periódico religioso, y la niña, desde su más tierna infancia, estuvo siempre metida en una atmósfera de tintas y papeles.

Poco después de su nacimiento, sus padres se trasladaron a Laver Breton, un pueblecito de Norman Essex, situado a cinco millas de Tolleshunt d'Arcy, donde en la actualidad vive la escritora.

Cuando cumplió los siete años, su padre empezó a educarla para que fuera una escritora como él. Hizo un estudio sobre sí misma y redactó un argumento para un cuento de hadas.

Bajo la dirección de su padre, la niña escribió una y otra vez ese cuento. Casi un año estuvo escribiendo, rompiendo y volviéndolo a escribir. En el intervalo empezó otro. Para ella era una diversión. Y su padre, viendo que Margery tenía una gran disposición para la literatura, influyó sobre ella para encauzarla hacia un arte que con el tiempo le daría la fama.

Entre los siete y los dieciséis años, escribió su primera novela publicable. Su educación siguió una línea más o menos ortodoxa. Estuvo interna en el Perse Girl's School de Cambridge, dedicando sus vacaciones a sus aficiones de autora.

De una inteligencia excepcional, Margery se hizo estudiante de arte dramático con la ilusión de llegar a ser una buena escritora de comedias y dramas, pero no consiguió triunfar en el teatro.

En el año 1927 contrajo matrimonio con Philip Youngman Carter, artista de su misma edad, al que conocía desde hacía mucho tiempo.

Al año siguiente escribió The Crime at Black Dudley la primera de sus novelas policíacas, en la que presentaba a míster Albert Campion, que luego sería el protagonista de sus más celebrados relatos policíacos.

Campion es un detective que puede ponerse al mismo nivel de Maigret, Poirot, Philo Vance, Perry Mason y tantos otros, célebres entre los amantes de la novela policíaca...

Después de residir varios años en Londres, Margery Allingham y su marido se trasladaron al campo para vivir en una casa estilo reina Ana, que la escritora conocía desde su infancia y siempre había tenido grandes deseos de habitar. Ahora, casada y de regreso a Tolleshunt d'Arcy, podía satisfacer un afán que desde niña la obsesionaba.

La propia Margery dice que “nuestros caballos, nuestros perros, nuestro jardín y las actividades del pueblo ocupan la mayoría de nuestro tiempo”.

La escritora se autodefine diciendo que es “una mujer muy amante de su hogar, con principios democráticos y convicciones muy poco heterodoxas”.

Durante la guerra, dejó de escribir novelas policíacas para dedicarse a lo social. De esta época son sus libros The Oaken Heart y The Dance of the Years, que le proporcionaron grandes éxitos en otras esferas. Pero, una vez acabada la contienda, volvió a resurgir míster Campion, y con él los triunfos más resonantes para la novelista inglesa.

Su nombre, tan popular como el de Agatha Christie, es conocido en las cinco partes del mundo, y sus obras han sido traducidas a todos los idiomas.

Aparte de las novelas, ha escrito muchos cuentos, seriales y revistas de libros. Y cuando le queda tiempo libre, cartas.

Su autor favorito es Don Marquis, norteamericano, y los escritores que más han influido en su vida son Shakespeare, Sterne y Alejandro Dumas.

Uno de los grandes méritos de Margery Allingham es el haber sabido combinar lo policíaco con la novela de carácter y psicológica, hasta tal punto que John Strachey la llama “una de las tres mayores esperanzas del moderno relato policíaco”, siendo las otras dos, según su opinión, Nicholas Blake y Michael Ynnes.

Entre las muchas novelas escritas por Margery Allingham, hemos elegido cinco que, por su interés y su dinamismo, han de ser muy del agrado del público aficionado a lo policíaco.

En primer lugar publicamos El cáliz de los Gyrth, novela que vio la luz el año 1930. Es una de las primeras obras de Margery Allingham —el segundo de sus relatos policíacos—, en la que nos presenta a Albert Campion en una de sus más notables aventuras. La familia Gyrth es guardiana del cáliz desde hace cientos de años. Su antigüedad, su belleza y la extraordinaria leyenda que va unida a él lo hacen único en

su clase. Ningún ladrón puede apoderarse de él por los medios ordinarios. Pero no son los ladrones vulgares los que piensan en el cáliz. Son otras clases de ladrones, los que solo viven para su pasión por los objetos dignos de figurar en las colecciones. Esos individuos que gozan viendo en su colección particular los objetos más extraños, que aspiran a poseer un jarrón chino o una espada malaya, aunque para ello tengan que matar a sus legítimos dueños.

Y una de estas personas es la que, en su afán de conseguir el cáliz, pone en peligro la vida y la felicidad de sus guardianes.

Es relativamente fácil —aunque a costa de tiempo— defenderse contra lo posible, pero no es tan fácil defenderse contra lo imposible.

Albert Campion les contará a ustedes esta historia, explicándoles el porqué de cuanto en ella sucede.

Mystery Mile se publicó el año 1931, a continuación de la reseñada anteriormente. En ella se habla de la banda de Simister, que persigue a un tal Crowdy Lobbet, un individuo que sabe mucho... o demasiado poco: Pero posee información suficiente, que es la clave para descubrir la identidad de Simister, que nadie sabe quién es. Por tal motivo, su idea es eliminar a Lobbet. Para ello le persigue por todas partes, intentando matarle una y otra vez. Le persigue a través del Atlántico; le sigue hasta el corazón de una mansión inglesa, en donde... Pero, bueno, esta es la historia de Mystery Mile, y no hay que decir que Campion estuvo presente en los sucesos que allí se desarrollaron... ¡Ah! Tenemos que advertir que Campion y Simister no se habían visto nunca antes de los acontecimientos de Mystery Mile.

La tercera de las novelas incluidas en este tomo se titula Duelo en el ballet. Fue escrita en 1937, y en el orden cronológico de las novelas policíacas de Margery Allingham ocupa el octavo lugar.

Como en las dos anteriores, su protagonista es también el detective Campion, que, en una atmósfera de tensión alucinante, resuelve uno de sus más intrincados problemas.

Un célebre bailarín e ídolo de la revista musical, Jimmy Sutane, es víctima de una serie de bromas de mal gusto. Esta malsana persecución llega a tal grado, que invitan a Campion a que investigue el asunto. El detective visita White Walls, la casa de campo de Sutane, y la primera noche se comete el primero de una serie de crímenes repugnantes. La víctima es Chloe Pye, una mujer intrigante y sin escrúpulos, y su muerte pudo ser un accidente o un suicidio, pero en cualquier caso ha sido muy conveniente para unas cuantas personas.

Campion lleva el asunto adelante hasta esclarecer estos misterios y dar con el asesino, todo dentro de un clima inesperado y excitante.

Plumas negras apareció el año 1940. En ella no interviene el detective Campion, pero su tema es tan original que atrae al lector, de modo que logra aislarle del medio

ambiente que le rodea.

Lucar era una persona desagradable, a veces insoportable. Nadie le quería, ni aun Robert Madrigal, cuya vida había salvado y que le ayudaba a dirigir La Galería, salón de arte de gran reputación, mientras su dueño, el suegro de Madrigal, se hallaba en el extranjero. Cuando asesinan a Madrigal y Lucar se va del país, todos cuantos le conocían creen que con seguir su pista encontrarán al asesino. Pero de pronto, con gran sorpresa de todos, Lucar regresa a Inglaterra, tan impertinente y descarado como siempre, casi al mismo tiempo que un antiguo pretendiente de la esposa de Madrigal.

Todas estas entradas y salidas, la serie de luchas y circunstancias que acusan y luego van eliminando a cada uno de los personajes, crean un ambiente trágico en casa de la familia Ivory, bajo la autoridad de la anciana e indomable mistress Gabrielle Ivory, persona tan noble que ni siquiera Scotland Yard podía perturbar su dignidad.

Novela escrita con gran maestría y en la que Margery Allingham hace un estudio concienzudo de la psicología de cada uno de sus personajes.

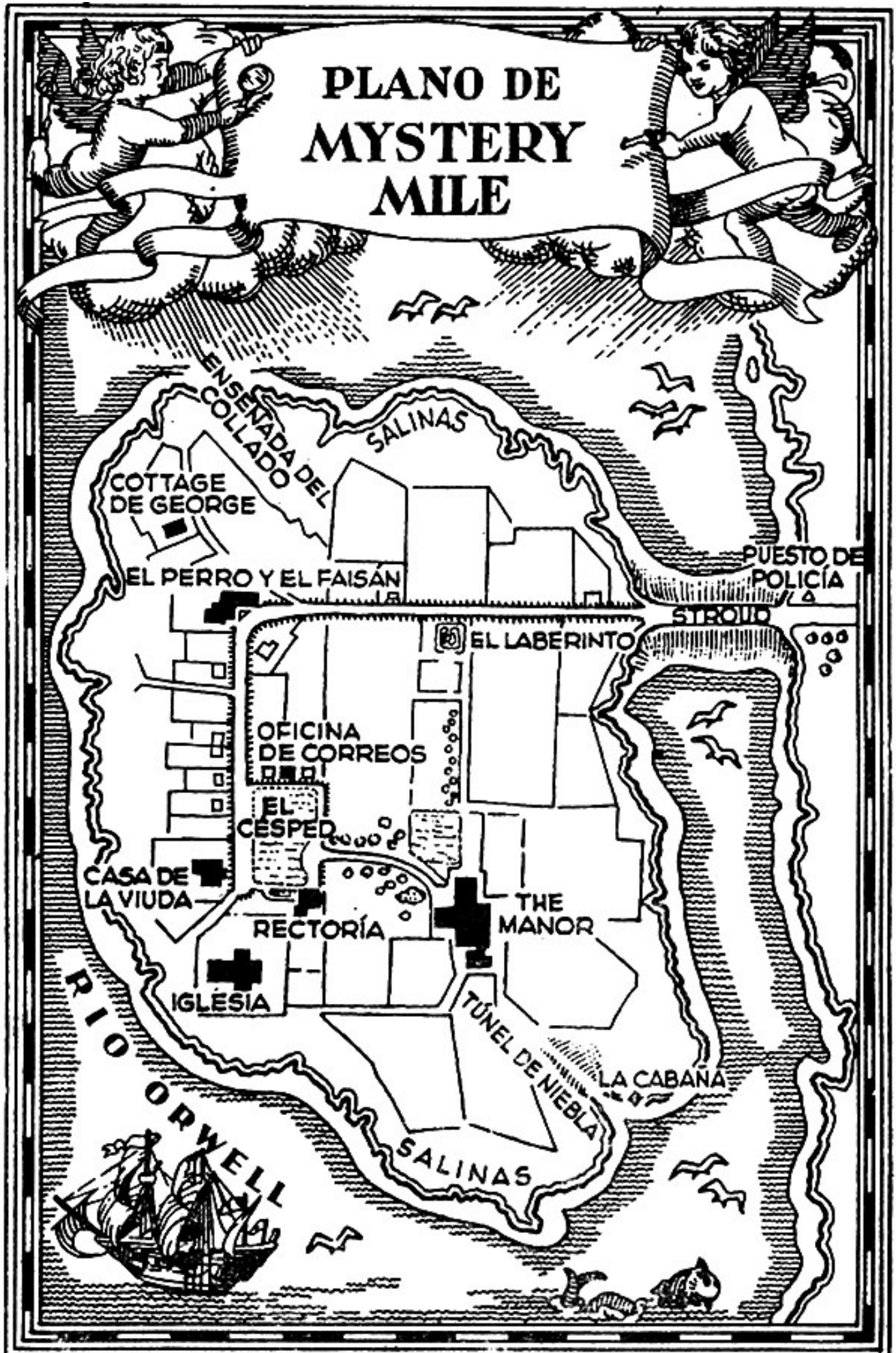
Por último, El caso del difunto Pig, una de las últimas novelas salidas de la pluma de la genial novelista inglesa.

En ella, Champion, el siempre bien admirado detective, de gran inteligencia y perspicaz mirada, nos cuenta una de sus primeras aventuras.

Empieza con la noticia del funeral de un hombre que Champion recuerda vivamente como compañero suyo de colegio, Pig Peters. En este funeral hubo algo que no estaba muy claro, y cuando meses después Champion es llamado para investigar un crimen en un respetable club, se da cuenta de que el funeral de Pig no fue más que el prólogo de una serie de crímenes desagradables, que casi terminan con la muerte violenta del propio Champion y de su inseparable ayudante Lugg.

En El caso del difunto Pig, Margery Allingham nos lleva a un mundo de misterio, de personas extrañas, haciéndonos vivir una aventura extraordinaria, una aventura de esas que ponen los nervios en tensión. Además de las cinco novelas incluidas en este tomo, Margery Allingham ha escrito las siguientes: Blakerchief Dick, The Crime at Black Dudley, Police at the Funeral, Sweet Danger, Death of a Ghost, Flowers for the Judge, Mr. Champion criminalogist (cuentos), The Fashion in Shrouds, Traitor's Purse, The Oaken Heart, etcétera.

SALVADOR BORDOY LUQUE



A
P. Y. C. y A. J. G.
COMPAÑEROS DE CRIMEN

CAPÍTULO I

CUALQUIERA DE LOS PRESENTES

Le apuesto cincuenta dólares, a la par —dijo el americano que estaba sentado junto a la puerta, en el opulento salón del *Elephantine*, que hacía el viaje de regreso—, que aquel hombre que está allí será asesinado antes de quince días. Podría decir antes de seis semanas, pero no quiero robarle su dinero.

El inglés que estaba a su lado miró, a través del mar de sillas, hacia el agradable anciano que le estaban señalando.

—Diez libras —dijo—. De acuerdo; queda aceptado. No tiene usted idea de lo seguro que es ese pequeño país que se llama Inglaterra.

Una sonrisa se extendió lentamente por la cara del americano.

—No tiene usted idea de lo peligroso que es el viejo Crowdy Lobbet —dijo—. Si la Policía de su país se propone protegerle, tendrá que guardarlo en una caja de acero, y no les envidio ese trabajo. Me da casi pena apoderarme de su dinero, a pesar de que le hago una oferta que no le haría ninguna Compañía de Seguros de los Estados Unidos.

—Todo esto me parece fantástico —comentó el inglés—. A pesar de ello, nos veremos en Casa Verrey dentro de quince días, y pasaremos ya la noche juntos. ¿Le parece bien?

—El veintidós —dijo el americano, tomando nota en su agenda—. Parece poco caritativo divertirse a cuenta de la muerte del viejo. Es una gran persona.

—Lo que vamos a hacer es beber a su salud —respondió el inglés, muy seguro de sí—. En la actualidad, Scotland Yard se muestra muy activa. Por cierto que esto me recuerda —añadió alegremente— que tengo que llevarle a uno de nuestros club nocturnos.

Al otro lado del salón del barco, el locuaz turco que se había convertido en la pesadilla de sus compañeros de viaje desde que abandonaron Nueva York, estaba abrumando con su charla a su última víctima.

—Demuestra un gran valor bajando al concierto —estaba diciendo con la satisfacción del que presenta un tema sensacional—. Ya sabe usted que es un hombre señalado. Creo que no cabe la menor duda sobre ello. Cuatro personas relacionadas con su casa fueron asesinadas el mes pasado, y cada vez fue un milagro que él mismo se escapase.

Su víctima, un joven pálido que parecía esconderse detrás de sus enormes gafas, despertó del sopor en que había caído en el mismo momento en que el hablador

oriental se había pegado a él e inspeccionó a su perseguidor con aire de búho.

—¿No se referirá a aquel señor mayor tan elegante? —dijo—. ¿Aquel del pelo blanco? ¿Cuatro asesinatos en un mes, en su casa? Debería hacerse algo para que eso no siguiese. Supongo que se lo habrán comunicado, ¿no?

Como este era el primer comentario con que el joven se había dignado favorecerle, el pelma llegó a la precipitada conclusión de que, sin darse cuenta, había tropezado con un perturbado mental. Le resultaba inconcebible que pudiese haber alguien que no hubiera oído hablar de los ya famosos *asesinatos por equivocación*, como la Prensa los había bautizado, que habían llenado los periódicos de Nueva York durante las últimas cuatro semanas. Mientras se debatía en la duda entre abandonar su asiento para el concierto, tan cuidadosamente escogido, o permanecer en él, a riesgo de soportar a un lunático, el joven le dirigió otra vez la palabra.

—¿Quién es ese viejo petrel anunciatormentas? —preguntó.

Su acompañante le miró con ese deleite que un chismoso nato experimenta siempre que encuentra a un oyente no enterado. Su cara rojiza se animó y ladeó cautelosamente su curiosa cabeza en forma de pera, que era lo único que delataba su nacionalidad.

—Aquel elegante anciano, una muestra del mejor tipo de los obstinados hombres de Nueva Inglaterra —empezó a susurrar retóricamente—, no es otro que el juez Crowdy Lobbet. Ha sido la víctima premeditada de una extraordinaria serie de crímenes. No me explico cómo no ha leído algo acerca de ello.

—Verá. He estado muy retirado, en Nebraska, por razones de salud —explicó el joven—. Ya sabe usted, cosas de hombres —añadió con su voz que sonaba un poco a falsete.

Hablaba con la mayor seriedad, y su viejo interlocutor movió la cabeza, sin sospechar nada, y continuó:

—En primer lugar, mataron de un tiro a su secretario, que estaba sentado en la silla del juez —dijo lentamente—. Luego, su mayordomo, al que según las apariencias gustaba el *whisky* de su señor, fue envenenado. Más tarde su chófer se encontró con un accidente muy misterioso, y, por último, una persona que caminaba junto a él por la calle fue alcanzada, en la cabeza, por una gran piedra que cayó desde lo más alto de un edificio.

Se recostó en su asiento, miró a su acompañante con una expresión casi triunfal, y después preguntó:

—¿Qué me dice usted a eso?

—Muy chocante —contestó el joven—. Y muy mal gusto por parte de alguien. Una puntería que es un asco, también —añadió, después de pensar un poco—. Supongo que ahora viaja por razones de salud, como yo, ¿no?

El turco se inclinó un poco más hacia él y adoptó un tono más confidencial.

—Se dice —masculló en un desafortunado esfuerzo por bajar la voz— que eso es todo lo que el joven Marlowe Lobbett ha podido hacer para conseguir que su padre

viniera a Europa. Yo admiro a un hombre así, a un hombre que no se asusta de lo que se le viene encima.

—Claro que sí —dijo el joven suavemente—. Aunque sea una historia muy penosa. El pulcro maniquí de joven moderno que está con el señor mayor debe de ser el hijo que decía usted, ¿no?

El turco asintió con la cabeza.

—Así es, y la muchacha que está sentada al otro lado es su hija. Guapos jovencitos, ¿no cree? Ese pelo tan negro los hace muy distinguidos. Resulta gracioso que el muchacho sea tan alto y la chica tan baja. Ella sale a su madre, ¿sabe usted?... una de las Edwardes de Tennessee: la maravillosa Isopel Edwardes. La hija se llama como la madre. Alguien me dijo que se parecía a Lilliam Gish, pero yo no lo veo por ningún lado.

—Yo tampoco lo veo —aseveró el joven—. Pero hay que tener en cuenta que soy muy corto de vista. En realidad, no puedo ver a la muchacha claramente. ¿Cuándo va a empezar el concierto?

El turco sonrió. Tenía la impresión de que, por fin, había conseguido aumentar el número de sus relaciones.

—Me llamo Barber —dijo—. Alí Fergusson Barber. Siempre he pensado que fue un chiste bastante tonto que hicieron mis padres.

Miró inquisitivamente a su compañero, esperando una reciprocidad similar de confianza, pero no obtuvo ninguna recompensa. El joven parecía haberle olvidado por completo, y, de pronto, para completar el disgusto del oriental, sacó un ratoncito blanco del bolsillo de su *smoking* y se puso a hacerle mimos con las manos. Por último, lo presentó a la inspección de míster Barber.

—Muy bonito, ¿no le parece? —dijo—. Me lo prestó uno de los camareros. Lo tiene porque le recuerda a su hermano Haig. Por eso le llama *Haig*.

Míster Barber miró por encima de su inmensa nariz al animalito y se apartó de él.

El joven no dijo más, pues una dama de cabello muy rubio, con lentes, estaba tocando ya la *Rapsodia húngara núm. 6* con un gusto un tanto crispado.

Su ejecución fue agradecida solo con suave entusiasmo, y el turco se sobrepuso a la repugnancia que sentía por el ratón lo suficiente para inclinarse hacia el joven e informarle, con un estrepitoso murmullo, de que en el pasaje había varios artistas, por lo que, sin duda, el programa mejoraría de allí en adelante. Sin embargo, durante algún tiempo, su optimismo resultó injustificado. Cada número fue seguido por otro de aspecto más serio, pero de resultado igualmente aburrido.

Al final, el atildado joven de pelo ensortijado que estaba presentando el espectáculo, con la discreta ayuda de un oficial del navío, salió anunciando que Satsuma, el prestidigitador japonés de fama mundial, se encontraba a bordo y había accedido a realizar algunos de sus más famosos trucos ante la asistencia. Después, la paciencia de los presentes se puso a prueba mientras se preparaba el escenario para el caso.

El compañero de míster Barber pareció interesarse por primera vez en el espectáculo de un modo inteligente y se sumó, con gran entusiasmo, al aplauso que había acogido el anuncio del prestidigitador.

—Me pirro por los prestidigitadores —explicó amablemente—. Creo que a *Raig* le gustará también. Siento un gran interés por ver el efecto que le hace.

Míster Barber sonrió con indulgencia.

—Es usted un bromista —dijo ingenuamente.

El joven le lanzó una viva mirada a través de sus gafas; pero no había ninguna segunda intención oculta en sus palabras.

—Yo mismo hago algunos juegos de manos —continuó confidencialmente—. Y en una ocasión conocí a un hombre que podía conseguir un poquito de magia en pequeña escala. No mucho, ¿sabe usted?... pero siempre podía extraer algunas patatas de una chistera vieja, o media botella de Bass. Una vez consiguió de esa manera un poco de champaña, aunque no era, ni mucho menos, de marca. ¡Oiga! ¿Qué están haciendo ahí?

Escrutó la plataforma con atención infantil.

Unos cuantos aficionados entusiastas, ayudados por un electricista, estaban ocupados instalando los aparatos del mago en el pequeño escenario. El piano tuvo que ser retirado para dejar paso a la gran cabina de *desapariciones*, y todos los espectadores atendían con curiosidad mientras se conectaban los cables y se colocaban a mano los diferentes estuches y las cajas de colores brillantes.

El mago en persona, como era evidente, estaba dirigiendo las operaciones detrás de una cortina, entre *bastidores*, y cuando el último de los ayudantes había abandonado la escena, se dejó ver y se inclinó ceremoniosamente.

Para ser japonés era alto; tenía la piel oscura y una cara astuta, inteligente, demasiado pequeña para él.

Míster Barber dio un codazo al joven que tenía al lado.

—El viejo Lobbett no deja que sus preocupaciones le estropeen la velada, ¿verdad? —rugió, mientras miraba al otro lado del salón, donde el anciano, que había sido el tema de tantas conversaciones durante el viaje, casi se había levantado de su asiento, con los ojos azules, vigilantes e interesados, bajo sus espesas cejas blancas.

Su entusiasmo y excitación eran casi pueriles, y al cabo de un rato, insatisfecho con su punto de vista del escenario, abandonó su asiento y fue hasta la primera fila, donde se quedó mirando literalmente fascinado. El compañero del locuaz míster Barber no hizo ningún comentario. Parecía estar absorto en su ratoncito mimado, al que levantaba con la aparente intención de que el animalito pudiese presenciar el espectáculo.

El mago empezó con algunos juegos de manos, presentando cada truco con una ingeniosa jerga típica que creaba inmediatamente una atmósfera misteriosa.

—Muy inteligente. Muy inteligente —murmuró míster Barber en su estentóreo tono bajo—. Se dice que estos juegos se transmiten de generación a generación. Mi

opinión es que los hacen con espejos.

El otro no contestó. Estaba sentado, rígido, mirando al escenario a través de los gruesos cristales de sus gafas.

Satsuma hacía aparecer patos, carpas doradas, palomas y hasta una pareja de señoritas japonesas, con maravillosa destreza, y el fastidioso míster Barber frotaba sus gruesas manos, encantado, mientras que, al otro lado del salón, el viejo Lobbett estaba también visiblemente encantado.

Finalmente, él mago se adelantó al primer plano del diminuto escenario y pronunció las palabras que precedían siempre a su truco más famoso:

—Señoras y señores: Gracias a la amable cooperación del personal electricista del barco, puedo mostrarles ahora este número extraordinario, el más grandioso de todos los que he realizado en mi vida.

Retrocedió varios pasos y golpeó la voluminosa cabina de *desapariciones*, que había ocupado la mayor parte del escenario durante toda su actuación. Pulsó un botón oculto entre las molduras, e inmediatamente la cabina se fue iluminando, hasta quedar resplandeciente por completo, gracias a una serie de haces diagonales de luz.

El japonés sonrió alegremente a la concurrencia.

—Con la ayuda de esta cabina —dijo—, haré desaparecer, no a uno de mis ayudantes, sino a cualquiera de los presentes que quiera subir y ayudarme.

Hizo una pausa, para permitir que el pleno sentido de sus palabras penetrase en su auditorio, y luego añadió:

—Le haré desaparecer, y luego aparecer de nuevo. Y si después de la experiencia cualquiera de los que pasen por ella es capaz de explicar cómo se realizó el milagro, entonces —continuó, con un gran gesto solemne— me arrojaré al mar.

Esperó a que se aminoraran las risas corteses que había suscitado y prosiguió animadamente:

—Vamos. ¿Quién viene primero? ¿Usted, caballero? ¿Usted, quizá? —preguntó, señalando a míster Barber, que era, con mucho, la persona que más resaltaba ante él, por su personalidad entremetida y su retumbante voz.

El turco sacudió la cabeza y se rió.

—No, no, amigo mío. No. Yo soy demasiado viejo para estas aventuras.

El japonés sonrió y se dirigió a otros. Pero el pálido joven de las gafas se levantó precipitadamente.

—Yo desapareceré —dijo con su voz un tanto ridícula—. Creo que a *Haig* le gustaría también —murmuró al oriental, a modo de explicación.

Avanzó decididamente, pero se detuvo al surgir cierta agitación al otro lado del salón. El juez Lobbett, a pesar de la manifiesta desaprobación de su hijo, se encontraba ya a mitad del camino que llevaba a la escalera del escenario. Se detuvo también, ante la aparición del joven, y los dos quedaron indecisos, hasta que el mago, saliendo a su encuentro, los invitó a ambos a subir al escenario.

—Uno después de otro —dijo afablemente—. El primero que llegue, primero será

atendido.

Mientras hablaba, ayudó al juez a subir, y el joven pálido se encaramó junto a ellos.

—Por favor —dijo con nerviosismo—, ¿no les importaría que mi animalito fuera el primero?

Levantó el ratoncito blanco y el auditorio, creyendo que se trataba de alguna premeditada interpolación cómica, inició unas risitas de complacencia.

Satsuma también sonrió; pero como su conocimiento del inglés no estaba a la altura de la situación, condujo al juez Lobbett hacia la cabina, sin hacer caso del joven.

—*Haig* —advirtió, elevando su voz, el joven de aspecto estúpido —se llevará una gran desilusión si no le dejan ser el primero. Hoy es su cumpleaños y le han prometido que disfrutará de todo lo mejor y de todas las primicias. Estoy seguro de que este señor —continuó, dirigiéndose al anciano— no querrá privar a mi amiguito de las alegrías de su cumpleaños.

El juez Lobbett se contentó con mirar al joven y dirigirle una ligera y fría sonrisa; este no pareció avergonzarse en manera alguna, y entre los espectadores empezó a propagarse la opinión de que debía estar bebido.

Mientras tanto, después de un estallido de la orquesta, Satsuma tocó la cabina con su varita mágica y las puertas se abrieron lentamente, dejando ver un compartimento revestido de metal, parecido al interior de una caja de caudales, cuyas paredes enrejadas brillaban a la potente luz.

—Añora, señoras y señores —dijo el mago, volviéndose al auditorio—, invitaré a este caballero —señaló al anciano— a meterse aquí. Después cerraré estas puertas. Cuando las vuelva a abrir, el caballero habrá desaparecido. Pueden buscar por todo el barco, señoras y señores; en el escenario, debajo de él..., y no le encontrarán. Entonces yo cerraré las puertas otra vez, las volveré a abrir, y este caballero estará allí y le podrán ver como le están viendo ahora. Por otra parte, este caballero no podrá decirles a ustedes dónde ha estado escondido durante su desaparición. Ahora, ¿hace usted el favor?

—¡Cómo! —exclamó el irresistible joven, avanzando impetuosamente, con la consternación reflejada en sus ojos pálidos—. ¿No puede *Haig* ser el primero? ¿Van a darle ese disgusto, después de todo lo que les he dicho?

Los espectadores empezaron a sentirse intranquilos y Lobbett se encaró con el inoportuno, bastante enfadado.

—No sé quién es usted —dijo con voz baja—, pero está usted resultando condenadamente fastidioso. Me interesa de verdad este experimento, y creo que los demás también están interesados. Váyase a jugar con su ratón a cubierta, señor mío.

Dicha la última palabra, se volvió y fue hacia la cabina, cuyas puertas permanecían abiertas para recibirle. El hombre, al que ya consideraban todos en el salón como un elemento de perturbación, pareció perder, de repente, todo sentido del

decoro.

Lanzando una exclamación airada, adelantó a empujones al desprevenido anciano y, antes que el mago pudiese detenerle, arrojó deliberadamente el ratoncito blanco al brillante suelo de la cabina.

Luego, retrocedió bruscamente.

Se produjo un tenue silbido, lo suficientemente alto para que lo percibiesen todos los asistentes: un ruido nauseabundo y terrorífico.

Durante un segundo, cuantos estaban en el salón contuvieron la respiración. Con movimientos convulsivos, el ratón se retorció sobre la pulida reja de acero, donde se fue arrugando y carbonizando lentamente ante sus ojos.

Por un momento reinó la estupefacción más completa.

El significado de aquel incidente tan extraordinario solo se hizo claro poco a poco. Los que estaban en el escenario, que lo habían visto desde tan cerca, se quedaron helados al comprender el horror de lo que había ocurrido.

Marlowe Lobbett fue el primero en actuar. Saltó sobre el tablado junto a su padre y se quedó allí con él, mirando la mancha carbonizada del piso de la cabina.

En ese momento fue cuando el joven pálido de las gafas, que, según las apariencias, empezaba a darse cuenta de lo que había pasado, lanzó una exclamación mitad de pena, mitad de asombro.

—¡Oh! ¡Mi pobre *Haig*! ¿Qué te ha pasado? ¿Qué te ha pasado?

Y se inclinó para mirar con sus ojos miopes el suelo de la cabina.

—¡Cuidado, loco!

La voz del juez Lobbett era irreconocible cuando cogió al incauto joven por el cuello y le obligó a retroceder. Después añadió:

—¿Es que no ve? —dijo, y su voz se elevó sin contención alguna—. ¡Esta cabina está cargada! ¡Su animalito ha sido electrocutado!

Sus palabras conmovieron a todo el mundo.

Hubo un silencio momentáneo, y después un murmullo excitado. Luego, una mujer chilló.

Los acomodadores del concierto y los oficiales del barco corrieron hacia el escenario. El ruido se hizo mayor, y una muchedumbre sobresaltada y aturdida se lanzó hacia la plataforma que se alzaba al final del salón.

El juez Lobbett y su alto hijo estaban rodeados por un grupo de nerviosos oficiales.

Satsuma hablaba frenéticamente en japonés, ofreciendo miles de excusas que nadie podía entender.

El joven pálido de gafas parecía estar a punto de desvanecerse de terror. Incluso el complaciente míster Barber salió de su habitual afabilidad. Se relajaron sus potentes mandíbulas y sus grasientos ojos se hicieron más vagos, por el asombro que se reflejaba en ellos.

Durante todo el tiempo, la cabina seguía iluminada, con un resplandor ahora

maligno, extraña y horrible, como juguete convertido en instrumento de terror.

La llegada del ingeniero jefe despertó el estupor general. Era un larguirucho irlandés de Belfast, rubio, con la cara chupada, y sordo como una tapia. Empezó a dar órdenes con los bramidos huecos de los sordos y pronto redujo el asunto a algo casi vulgar.

McPherson, ¿quiere usted despejar el salón? Que nadie se quede, fuera de los directamente afectados. No ha pasado nada Solo un pequeño accidente en los contactos improvisados —explicó sosegadamente a la aturdida muchedumbre, que estaba siendo expulsada del salón, cortés pero firmemente, por un joven escocés y algunos ayudantes.

—Hay algo que no marcha bien en el aislamiento de su aparato —continuó, dirigiéndose con severidad al japonés—. No hay duda de que es un chisme muy peligroso. ¿No le ha buscado ningún lío antes de ahora?

Satsuma protestó violentamente; pero su gorgeante inglés de pájaro habría resultado ininteligible para el ingeniero, en el caso de que este hubiera podido oírlo.

Mientras tanto, un pequeño ejército de electricistas estaba maniobrando. El jefe inició una incomprensible discusión técnica con ellos, y su creciente asombro y consternación expresó, con mayor claridad que cualquier otra explicación, la terrible tragedia que se había evitado tan oportunamente gracias al sacrificio del infortunado *Haig*.

Resultaba imposible no apiadarse del japonés. No podía caber ninguna duda acerca de la sinceridad de su desgracia. Revoloteaba alrededor de los electricistas, medio aterrorizado por las consecuencias de lo que había sucedido, medio temblando por la seguridad de su precioso aparato.

Después de quince minutos de predominio técnico, Marlowe Lobbett, cuya paciencia había ido disminuyendo progresivamente, se acercó al jefe y le gritó al oído:

—No sé si sabe usted algo —empezó—, pero en Nueva York han tenido lugar varios atentados infructuosos contra la vida de mi padre. Este asunto se parece mucho a los otros. Me gustaría que pudiese aclarar quién es el responsable.

El jefe se volvió hacia él.

—Mi querido señor —dijo—: Aquí no hay que buscar ninguna responsabilidad. Todo ello es efecto de una coincidencia extraordinaria. ¿Ve aquel cable allá, en el suelo? —añadió, señalando un trozo desnudo de cable que descansaba sobre el entarimado del escenario—. Si, al mover el piano, la cabina no se hubiese movido también un poco, de tal modo que el sitio donde el aislamiento de la cabina se ha estropeado hiciese conexión con el cable, la cosa no hubiera ocurrido. Al mismo tiempo, si no hubiera sido por el segundo cortocircuito, puramente accidental, el otro contacto no se habría producido —y señaló la mancha oscura en la pulida reja de la cabina—. Pero —continuó mirando fijamente al joven americano con sus vivos ojos azules— ¿no estará insinuando que alguien planeó todo ello para aprovechar la muy

remota posibilidad de que su padre cayera en el lazo?

El jefe estaba más alarmado de lo que se atrevía a reconocer; pero, dado que no se había ocasionado ningún daño, no sentía ningún deseo de investigar el problema a fondo, mirando por el prestigio del barco.

El anciano juez Lobbett puso su mano sobre el brazo de su hijo.

—No es esta la ocasión de discutir eso, hijito mío —dijo—. Alguien sabía que yo no puedo resistir la invitación de un prestidigitador. Pero no creo que debamos discutirlo aquí.

Miró a su alrededor mientras hablaba, y el jefe, al seguir la dirección de su mirada, percibió por primera vez al pálido joven de las gafas de concha, que todavía permanecía pasmado junto a la cabina desmantelada. El oficial frunció el ceño.

—Creía haber ordenado que se despejase el salón —dijo—. ¿Me quiere usted decir que tiene que ver con este asunto?

El joven se sobresaltó, sonrojándose débilmente.

—Bueno, el ratón era mío —contestó.

Pasó algún tiempo antes que el ingeniero jefe comprendiese lo que el joven estaba diciendo; pero, cuando lo entendió al fin, no se mostró muy simpático.

—Aunque sea así, creo que podremos arreglarnos sin usted —dijo bruscamente.

La invitación era inconfundible, y el joven pálido sonrió nerviosamente y se disculpó de una manera bastante confusa. Se deslizó furtivamente, saliendo del escenario como lo hubiera hecho su propio ratón, y había llegado casi a la puerta de salida cuando el joven Marlowe Lobbett le alcanzó.

El joven americano había dejado a su padre y a su hermana sobre la plataforma y se acercó a él anhelante. Su cara morena y sus ojos penetrantes le daban una expresión casi feroz, y el joven pálido de las gafas tuvo la impresión de que estaba en presencia de alguien repleto de energía, y de energía no meramente física.

—Quisiera darle las gracias —dijo, dándole la mano—. Y —añadió bruscamente— me gustaría hablar con usted. Le estoy enormemente agradecido, pero no veo muy bien qué pinta usted en todo esto. ¿Cuál es su juego? ¿Quién es usted?

El joven pálido pareció quedar más pasmado que antes, si es que eso era posible.

—¿Mi juego? —preguntó—. No comprendo muy bien lo que quiere decir. Hago algo de deporte al aire libre; juego algo a las damas, en ocasiones, y no se me dan mal las quinielas^[2].

El joven se calló.

Marlowe Lobbett se quedó mirándole fijamente.

—Esto es más serio para mí que para usted —dijo muy despacio.

El joven pálido se puso de repente muy rojo y se sintió incómodo.

—No soy nada listo —dijo torpemente—, pero eso constituye mi desgracia. Debo de tener por algún lado una tarjeta.

Sacó un puñado de objetos heterogéneos del bolsillo de su chaqueta y eligió una tarjeta de visita, entre una colección de etiquetas de cigarrillos, sellos, azúcar,

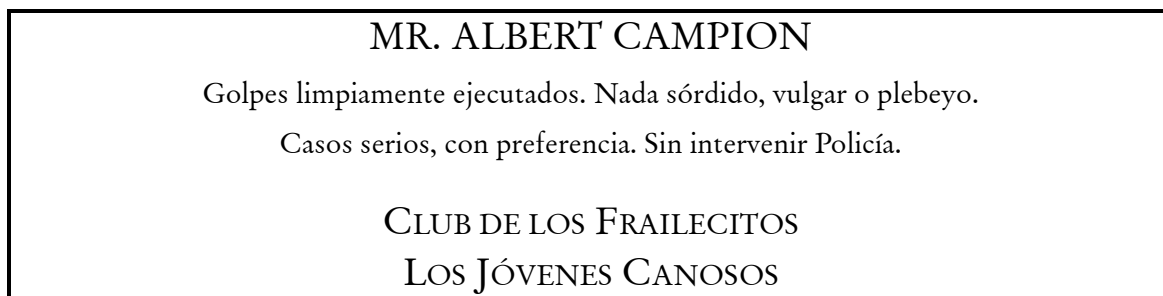
cordones y otras cosas, que presentó con gravedad a Marlowe.

—Mi tarjeta de visita —dijo, y añadió con más seriedad que la que hasta entonces había demostrado—: Si puedo hacer algo por usted, telefonéeme. Creo que no nos volveremos a encontrar otra vez a bordo. Nosotros, los conductores de autobús, nos sentimos fuera de lugar aquí.

Luego, sonriendo bonachona y fatuamente, con una inclinación de cabeza, desapareció de la vista, a través de la puerta de salida, dejando al otro con la mirada clavada en ella.

Toda la conversación había durado menos de diez segundos.

Sin decidir si el extraño joven era un verdadero lunático o no, Lobbett echó una ojeada a la tarjeta que tenía en la mano. Era de una blancura inmaculada y estaba bellamente impresa:



En el reverso se había escrito un número de teléfono: “Regent 01300”.

CAPÍTULO 2

LA LEYENDA DE SIMISTER

— ¿**R**egent... tres...? ¿Está usted ahí?
Después de media hora de experiencia de los caprichos del servicio telefónico londinense, Marlowe Lobbett oyó la esperada voz del operario, con un tono de triunfo que demostraba que los dos habían estado corriendo juntos una aventura llena de dificultades. Durante unos momentos, pudo oír el timbre del teléfono sonando en alguna lejana habitación de la gran ciudad, que parecía haberse amontonado alrededor de su hotel, como si estuviera intentando estrangularlo.

Por fin pudo oír que descolgaban al otro lado de la línea, y una voz gruesa y totalmente inesperada dijo ásperamente:

—Afrodita Glue Works al habla.

Marlowe Lobbett suspiró.

—¿Es Regent 01300? —dijo.

—Aquí es —contestó la voz—. ¿Qué desea?

El joven echó una ojeada a la tarjeta que tenía ante sí, y sintió que se hundía en una ola de desilusión. Había acariciado la esperanza de que podía confiar en el hombre que había salvado a su padre tan felizmente a bordo del *Elephantine*.

—No, nada —dijo—. Solo quería hablar con míster Albert Campion.

—¿Eh? —la voz se hizo, inmediatamente, confidencial—. ¿Hace usted el favor de darme su nombre?

Muy desconcertado, Marlowe pronunció su nombre. La voz se hizo más respetuosa que antes.

—Ponga atención, sir —dijo en un susurro ronco—. Tiene que venir a la Estación de Policía de Bottle Street. Sabe usted dónde está, ¿no?... Pasando Piccadilly. La puerta de la izquierda. Suba la escalera. Ya verá el nombre en la puerta, cuando llegue allí. No. No tiene nada que ver con la Estación de Policía... Es un piso alto. Encantado de verle aparecer en seguida. Adiós, sir.

Después colgaron.

La muchacha, sentada a la mesa donde estaba el teléfono, miró ansiosamente a su hermano. Era tan morena como él y tenía el mismo aspecto de inteligencia despierta, pero sus rasgos eran más suaves y delicados, y así como él tenía una estructura elevada y fuerte, con hombros de peso pesado, la de ella era pequeña, fina y esbelta.

—¿Conseguiste hablar con él? —preguntó, anhelante—. Estoy asustada, Marlowe. Más asustada que en casa.

El muchacho la rodeó con un brazo.

—Todo irá bien, nena —dijo—. La obstinación del viejo no facilita mucho la tarea de velar por él. Estaba bastante esperanzado con ese chico, Campion, pero, ahora, no sé qué pensar. De todos modos, le veré, si puedo encontrarle.

La muchacha se abrazó a él.

—Ten cuidado. No conoces a nadie aquí. Puede ser una trampa.

—Me imagino que no —dijo él, moviendo la cabeza.

Ella no quedó muy segura.

—Iré contigo.

Marlowe negó con la cabeza.

—No me agrada mucho —dijo—; puede ser que no consiga nada. Estate aquí y cuida de padre. No le dejes salir hasta que yo vuelva.

Isopel Lobbett asintió.

—Está bien —dijo—. Pero date prisa.

La carrera de taxi desde Strand a Piccadilly no es larga, y Marlowe se encontró, antes de lo que esperaba, ante la Estación de Policía, en el estrecho callejón sin salida. La “puerta de la izquierda”, pensó, debía ser el sucio portal amarillo, sin ninguna vigilancia, que dejaba ver por la puerta abierta algunos escalones de madera desgastada y, encima de ellos, la mayor oscuridad. Titubeó, indeciso, durante algunos segundos; pero, por último, entró. Después de los escalones, en el tercero, se encontró sobre una alfombra; en las paredes había algunos cuadros, y empezó a sentir la penosa impresión de que se había metido en una casa particular, hasta que se detuvo por completo ante una puerta de roble, artísticamente tallada, en la que había una plaquita de bronce, limpiamente grabada con este sencillo rótulo:

MR. ALBERT CAMPION

COMERCIANTE

DEPT. DE MERCANCIAS

Cuando lo vio comprendió hasta qué punto había desesperado de tener éxito en su búsqueda. Golpeó la puerta con más energía de lo que hubiera querido.

Le abrió inmediatamente el joven de las gafas de concha en persona. Estaba ataviado con algo que parecía ser una salida de baño, un magnífico conjunto de multicolores toallas orientales.

—¡Hola! —dijo—. Viendo Londres, ¿eh? Después de la Torre, siempre he pensado que lo más importante de ver soy yo. Entre.

Arrastró a su visitante, por un pequeño pasillo, hasta una habitación y le empujó dentro de un cómodo butacón que estaba junto al fuego. Se puso a preparar unos vasos y, mientras, continuó divagando inconsecuentemente, sin permitir que el otro dijese esta boca es mía.

—Tengo que vivir encima de una Estación de Policía por causa de mis amigos. Es

una gran protección contra mis relaciones más dudosas.

A pesar de su agitación y de la importancia de su gestión, Marlowe no tuvo más remedio que advertir el extraordinario carácter de la habitación donde se encontraba sentado. Estaba amueblada con mucho gusto, casi lujosamente. Había varios muebles antiguos deliciosos, un aguafuerte de Rembrandt sobre la mesa de despacho, un Steinlen, un par de bocetos originales y un pequeño Girtin encantador.

Además, entre todo aquello, se desplegaba una colección de trofeos aún más notables. En un grupo, sobre la chimenea, se veían dos palanquetas cruzadas, dos pares de esposas sobre ellas y, coronando todo el conjunto, una gorra de presidiario. Había también dos fotografías dedicadas, en una de las cuales Marlowe reconoció al último ministro del Interior, y la otra, a pesar de que no le decía nada, posteriormente resultó ser la de un antiguo gobernador de la cárcel de Dartmoor. Descansando sobre la mesa, utilizada aparentemente como cortaplumas, estaba una magnífica daga italiana, cuya hoja tenía un curioso color azul verdoso y cuya empuñadura aparecía incrustada con piedras antiguas sin tallar.

Campion la cogió.

—Esta es la daga de Black Dudley —dijo—. Un viejo, al que yo encontré. Fue apuñalado por la espalda con esto y todos pensaron que yo lo había hecho. No es una broma. La conseguí en la subasta de sus pertenencias, por poco más de cuatro peniques. Supongo que ya habrá visto la mayoría de los sitios típicos de Londres —continuó—. Tengo que llevarle un día al Palacio de Cristal. Luego podemos ir a ver a mi tía abuela Emilia. A menudo he pensado montar una agencia de viajes en autobús, a precio módico, para ofrecer “la vuelta a la Tía Emilia”.

Marlowe Lobbett no sonrió.

—Perdóneme —dijo—; pero ¿no podríamos omitir esas bromas? He venido a verle como último recurso, míster Campion.

La gravedad del muchacho era conmovedora; pero su irresistible anfitrión, a pesar de que una momentánea expresión contrita se dibujase en su cara, volvió a empezar:

—Desde luego... si algo puedo hacer por usted —dijo afablemente—. En la actualidad, emprendo casi todo. Pero nada que sea sórdido. Por ejemplo: no venderé aquella fotografía mía en colores como lord Fauntleroy. No. Todo su oro será impotente para tentarme. Dejo ese cometido a la nación. Patriotismo puro y demás charangas —añadió sentenciosamente—. ¿Quiere usted una “bofetada y cosquilla”? —siguió charlataneando, al tiempo que le ofrecía un *cocktail* especialmente peligroso según todas las apariencias—. Es, enteramente, obra mía. Contiene un poco de todo, con la excepción de té. Ahora, joven, ¿qué pudo hacer por usted?

Marlowe aceptó el vaso.

—Oiga —dijo—, ¿habla usted siempre así?

Míster Campion pareció avergonzarse.

—Casi siempre —respondió—. Con el tiempo, la gente se acostumbra a ello. No puedo evitarlo. Ya se lo dije a usted; es una especie de desgracia, como la tartamudez

o los juanetes. Mis amigos hacen como si no lo notaran. ¿Qué le dijo la policía esta mañana?

La última pregunta fue hecha de un modo tan abrupto, que Marlowe no tuvo tiempo para ocultar su sorpresa.

—¿Qué sabe usted sobre eso? —preguntó—. ¿Cómo sabe usted que he visitado el cuartel general de la Policía de su país esta mañana?

Míster Campion se adelantó con gran solemnidad y recogió cuidadosamente, con su pulgar y su índice, una pelusilla del abrigo de su visitante.

—Un cabello de policía, mi querido Watson —dijo—. Lo vi tan pronto como entró usted. Desde entonces mi cerebro ha estado trabajando. Supongo que se asustaron, ¿no? —continuó con repentina variación.

Marlowe le miró de reojo.

—No quisieron garantizar su seguridad —dijo.

Míster Campion movió la cabeza.

—Después de todo, ellos no tienen la culpa —dijo desapasionadamente—. La policía de su país, en Nueva York, no le extendía tampoco ningún certificado de seguridad, ¿no es así?

—No —dijo Marlow—. Esa es la razón principal de que me trajese a mi viejo a este país. Los jefazos de allá me dijeron que, en su opinión, alguien estaba jugando al ratón y al gato con mi padre y que le alcanzaría cuando quisiera. En gran parte, la culpa la tiene el viejo, ¿sabe usted? —estalló, impaciente—. No toleraré ninguna precaución razonable. No quiere permitir que la policía le acompañe para protegerle. Nunca se ha asustado de —titubeó y añadió la palabra “ellos” con una entonación especial—, ¿sabe usted? Y no va a empezar a asustarse ahora. Tiene esa manera de ser. Ya ve usted con lo que tengo que luchar.

—No del todo —contestó míster Campion, pensativamente—. ¿Cómo empezó eso, muchacho? ¿Cómo empezó?

Marlowe le miró sorprendido.

—¿Es que no lo *sabe* usted, de verdad? —preguntó—. No le entiendo del todo, míster Campion. Cuando salvó usted a mi padre en el *Elephantine* tenía usted que tener alguna idea de lo que ocurría.

—Verá: como es natural —dijo el propietario del piso alegremente—, algo sabía; pero no mucho. Me encontré a bordo con un viejo salteador en despoblado, amigo mío, y él me señaló a un compañero suyo, de alta escuela, pudiéramos decir, que estos últimos tiempos se había hecho muy amigo del viejo Hanky Panky, el *Mago*. Como todos los profesionales, nos interesamos comprensiblemente por la técnica de nuestros colegas, y, para casos de emergencia, pedí prestado el amigo *Haig*, muy oportunamente por cierto. Sabe usted —derivó tontamente—, creo que el ratón me había cogido aprecio. Comía ya en mi mano. Me alegré mucho de que no sufriera, de que la muerte fuera instantánea. A propósito —siguió, haciendo un esfuerzo por ponerse serio—, ¿me quiere usted decir, sin que esto vaya a empañar mi immaculada

modestia, si ha venido usted a verme hoy movido por mi magnífica actuación en el escenario?

Marlowe titubeó.

—No del todo —admitió por último—. En realidad, cuando esta mañana hablé con el inspector jefe de Scotland Yard, Deadwood, y me encontré con que no podían prometerme la protección del viejo sin una regular guardia policíaca, que mi padre nunca toleraría, le pedí, como ser humano, que me indicase alguien a quien pudiera acudir.

Míster Campion se rió ahogadamente.

—Bueno para él —dijo—. Atención a Albert Campion, C. E. D., es decir, celda en Dartmoor —explicó pesarosamente—. Pero la cosa no ha llegado hasta eso. Como es natural, ¿usted sabrá quiénes son “ellos”? —preguntó de repente.

Marlowe iba acostumbrándose a estos relámpagos de cambio de humor. Asintió con la cabeza; sus penetrantes ojos oscuros se fijaron en las gafas que ocultaban la seriedad de míster Campion.

—Simister.

Pronunció tan bajo la palabra, que esta sonó como un susurro. Míster Campion se quedó silencioso durante algunos momentos, y Marlowe se inclinó súbitamente hacia adelante en su asiento.

—Míster Campion —dijo—: ¿puede usted decirme algo sobre ese Simister? ¿Qué es? ¿Un *gángster*? ¿Un malhechor magistral? ¿Es, siquiera, una persona determinada? En Nueva York decían que sus huellas se remontan a más de cien años, por lo que no pueden ser obra de una persona. Según esa opinión, una poderosa banda está utilizando la palabra como una especie de marca comercial, si es que los criminales pueden tener esas cosas. Dígame: ¿quién es? ¿Qué es? ¿Hay algún indicio?

Míster Campion siguió en silencio.

—¿Es un mito, una leyenda..., como Jack el Destripador? —continuó Marlowe, y su tono traslucía solo débilmente la intensidad que tenían sus palabras—. ¿Existe Simister?

Una risa inesperadamente amarga se escapó de míster Campion.

—Querido amigo —dijo—: en algún lugar de la tierra que habitamos hay un hombre que se llama Simister. No dude de ello ni un momento. Puede ser un diablo, un duende, lo que usted quiera; pero es una fuerza del mal tan real como la cocaína. No le digo esto para enfriar su ardor juvenil —continuó, en un esfuerzo por volver a su anterior ligereza—; pero lo más peligroso que hay es menospreciar a un enemigo. Eso es todo lo que sé de él. He hablado con granujas y con policías; incluso he hablado con miembros de su propia banda; pero aún no he encontrado a nadie que haya puesto sus ojos en él. Al parecer, es una voz que se oye por teléfono, una sombra en el camino, la mano enguantada que apaga la luz, en el drama siniestro; pero con una gran diferencia con respecto al drama: nunca es atrapado. Existen miles

de asombrosas anécdotas acerca de él y en ninguna de ellas aparece ni siquiera un rasgo de su cara. Se dice que nadie se ha escapado nunca de él.

Marlowe se movió intranquilo en su asiento.

—He oído decir eso —dijo— y por eso he venido a usted..., como último recurso, si me permite expresarme así. ¿Puede usted hacer algo por mí?

Míster Campion le atisbo con su mirada de búho, pero no respondió directamente.

—Hay algo que no comprendo —dijo—. ¿Por qué van detrás de su padre?

Marlowe se levantó y anduvo de un lado para otro por la habitación.

—Eso es lo que aterra —contestó—. No es por nada que yo pueda evitar. No es por nada que se pueda arreglar con dinero. Es una especie de venganza.

Campion asintió.

—Ya comprendo —dijo gravemente—. ¿Alguna cosa más?

—No estoy muy seguro —Marlowe habló con aire desilusionado—. Verá —continuó con repentina confianza—: he llegado a esto con dificultad. Cuando era un niño no tenía clara idea de lo que hacía mi padre, como es natural. Solo recientemente he arrancado algo de él y no se deja arrancar mucho, ni siquiera por mí. Al parecer, el viejo ha estado luchando contra la banda de Simister toda su vida. Él era la única arma con que podía contar realmente la Policía. Cuando esta cogía algún *gángster*, papá le pegaba duro. No es que fuese injusto, entiéndame; solo que se mostraba severo cuando se trataba de ellos. A pesar de eso, no pudo impresionarles lo más mínimo. Al principio, solo les hacía cosquillas; me imagino que no le creían lo suficientemente importante para preocuparse de él. Pero, de repente, fue a raíz del proceso de Steinway, en el que mi padre no actuó de juez, sino solo de consejero, pues se celebró cuando yo se había retirado, de un modo completamente inesperado, vinieron por él. Y hemos vivido en pleno terror, temiendo por su vida, durante más de seis meses —terminó calmamente.

—Desde luego no es una Asociación Maternal de Excursiones —estimó míster Campion, que añadió ya en plan más serio—: ¿Eso es todo?

Marlowe titubeó. Tenía la impresión de que, detrás de aquellos ridículos lentes, los pálidos ojos de míster Campion estaban vigilándole concienzudamente.

—Bueno; lo que queda son solo conjeturas —dijo.

—Vamos a ver.

Marlowe se volvió a sentar y encendió un cigarrillo que quedó sin fumar.

—Bueno, para que usted se dé cuenta —empezó vacilando—, mi padre no me ha dicho nada que sirviera de fundamento a esto que pienso. No sé nada seguro...; pero, por ciertas cosas que han sucedido últimamente, creo que mi padre ha conseguido encontrar algo decisivo acerca de la banda de Simister. Mire —continuó bruscamente—: “labor de consejero” es una expresión tan vaga... No puedo quitarme de la cabeza la idea de que eso quiere decir que mi padre se ha consagrado a la investigación de la gente de Simister. Es probable que él no quiera admitirlo, por no atemorizarnos a mi hermana y a mí. Durante algún tiempo, creo que los *gangsters* se rieron de él; pero

luego el viejo debió de dar con algo importante. He estado intentando imaginarme lo que podría ser, y se me acaba de ocurrir, después de oírle a usted, que mi padre puede haber tropezado con alguna pista, o algo por el estilo, que lleve a la identificación real de ese tipo, del mismo Simister.

Míster Campion se quitó las gafas y sus ojos pálidos miraron a su visitante con franco asombro.

—Joven —dijo—, espero, por su bien, que no sea verdad lo que se figura. Si, como usted dijo antes, la banda de Simister va tras su padre por razones de mal humor, por deseo de venganza, por ejemplo, está bien. Tiene alguna posibilidad de escaparse. Pero si, como insinúa ahora, su padre ha encontrado algún cabo de su ovillo, en ese caso temo que las sumas fabulosas que va a gastarse contratando los servicios de míster Campion serán dinero perdido. Piénselo: ¿qué puede usted esperar que haga yo? Se lo digo con toda sinceridad; la única solución que le queda es meter al viejo en la cárcel de Brixton, y eso no sería nada divertido para él.

Marlowe Lobbett se puso en pie.

—Comprendo —dijo—. Ya le dije que usted era mi último recurso, míster Campion. Le hablaba con entera franqueza. Mi padre tendrá cierta protección policíaca, claro está; pero me dijeron, de hecho, lo mismo que usted, aunque no tan claramente. Puede ser que yo tampoco les dijese tanto como le he dicho a usted.

Míster Campion titubeó.

—Me gustaría verme las caras con Simister —dijo.

El joven americano se volvió hacia él vivamente.

—Pues aquí tiene una oportunidad —dijo—. Es posible que sea una oportunidad no muy buena; pero, después de todo, aún no ha tenido lugar lo irremediable.

—Mi querido optimista —dijo míster Campion con un tono ligeramente reprobatorio—, de hecho lo que usted quiere decir es lo siguiente: “Aquí hay una bonita guerra; siéntese en medio de ella”.

Su comentario fue interrumpido por una llamada en la puerta.

—Un tercero —dijo míster Campion—. Permítame.

Salió de la habitación y regresó inmediatamente, llevando en la mano una edición de última hora del *Evening Standard*. Venía sonriendo.

—Ahora podré vestirme —explicó alegremente—. Tenía la camisa en la planchadora.

Sus ojos recorrieron las columnas de últimas noticias. De improviso, su expresión cambió y tendió el periódico a su visitante.

El título decía:

“UN CONOCIDO AMERICANO SE ESCAPA DE MILAGRO

”El juez Crowdy Lobbett, conocido visitante americano, se libró milagrosamente de un grave accidente cuando a la salida de su hotel, en

Strand, un taxi saltó sobre la acera y se estrelló contra un escaparate esta mañana, a las doce. No hubo desgracias personales”.

—¡Dios mío! —Marlowe corrió hacia la puerta—. En casa no saben dónde estoy. No dejé su dirección. Isopel estará aterrorizada. Debo irme en seguida.

Míster Campion había desaparecido en su alcoba, que se abría al saloncito donde habían estado hablando.

—Espéreme —gritó—. No tardaré ni un segundo.

Marlowe se asomó a la puerta.

—No le entiendo muy bien —dijo.

—Cuenta conmigo —explicó míster Campion.

CAPÍTULO 3

MYSTERY MILE

En la costa de Suffolk, gris y pantanosa, a quince millas de la estación de ferrocarril más cercana y unida al continente solo por el Stroud, un estrecho camino de tierra firme, se encuentra la aldea de Mystery Mile, rodeada por intransitables pantanos lodosos y salinas de un color blanco grisáceo.

El nombre de la aldea era debido a particularidades locales; se derivaba del cinturón de niebla baja que, tanto en invierno como en verano, se desprende de los pequeños valles que rodean a la suave colina donde está la aldea. Como la mayoría de los caseríos de Suffolk, el lugar es más bien una hacienda que una aldea. La media docena de casitas, la oficina de correos y la rectoría son, realmente, dependencias de The Manor, la vieja casa solariega, la morada del propietario de Mile.

En otros tiempos, cuando la tierra había sido más rentable, el señor no había tenido dificultades para mantener a su extensa familia de siervos, y fuera de las brujas quemadas durante el reinado de Jaime I, cuando casi un tercio de la población fue ejecutado por dedicarse a prácticas tan peculiares como la nigromancia, el pequeño lugar tenía una larga historia de años pacíficos y progresivamente decadentes.

Las familias de siervos se habían casado entre sí y ahora formaban, casi tanto como los mismos Pagets, una sola familia.

El padre del actual propietario, Giles Paget, había dejado, cuando murió, a su hijo y a su hija, la vieja casa y algunas tierras sin valor; poco o ningún dinero para mantenerla y veinte o treinta aldeanos que consideraban a los Paget como sus medios naturales de sostén.

La casa solariega, escondida en medio del espeso manto de olmos que la rodeaba, solo tenía una lámpara encendida en una de sus ventanas de enormes batientes. Era un edificio largo y bajo, construido con muchos frontones, edificado probablemente hacia 1500 y mantenido siempre en buen estado. El balcón frontal protegía con un alero los arbustos de rosas, y los dinteles de las ventanas eran bajos y oscuros, realzando la belleza del conjunto que los rodeaba.

En la biblioteca, alrededor de la gran chimenea, el propietario y su hermana estaban de conversación con el rector. Tenían aspecto de conspiradores así, sentados en las sillas Estuardo de alto respaldo, inclinados hacia adelante, con las caras vueltas hacia el fuego.

El propietario tenía veintitrés años. Giles Paget y su hermana eran gemelos. Sentados uno al lado del otro parecían sorprendentemente modernos, en contraste con

la habitación, amueblada con roble oscuro, que no había sido materialmente alterada desde hacía siglos.

Giles era un joven agradable, fuerte, cuya corpulencia sugería más altura de la que en realidad tenía. Poseía una cara de rasgos bien definidos, no muy bien parecida, pero que le daba, como decía Biddy, un “aspecto patriótico”, una expresión clara, saludable e ingenua, que, unida a sus ojos grises y a su encantadora sonrisa, hacía placentero el encuentro con él y facilitaba la conversación.

Biddy era otra cosa. Su cabello estaba suavemente ondulado, a pesar de que la peluquera más próxima se encontraba a quince millas, y era tan dorado como el de las princesas de los cuentos de hadas. Tenía los ojos castaños y estaba impregnada de una animación poco corriente en una muchacha aldeana. Tan alta como su hermano, con tipo de muchacho, poseía una concepción de la vida mucho más práctica de lo que había sido costumbre en la familia Paget a través de los siglos.

Su visitante, el reverendo Swithin Cush, el rector de Mystery Mile, titular de la rectoría recubierta de hiedra y con un sueldo anual de ochenta libras, estaba sentado, sonriente, ante ellos. Si el propietario no encajaba mucho en su marco, el rector, en cambio, compensaba con creces cualquier otra incongruencia. Era un gran anciano descamado, con una ganchuda nariz y negros ojos profundos y parpadeantes, rodeados de incontables arrugas. La misma Biddy cortaba su largo cabello, blanco y sedoso, cuando este rebasaba el cuello de la camisa, y su atuendo consistía en un venerable traje de holgados pantalones hasta media pierna, guarnecido en codos y rodillas con una variedad de lana; fuertes zuecos campesinos y un brillante cuello alto y duro, única concesión que el rector hacía a la vestimenta. Su sola vanidad era un anillo de abultado sello, un heliotropo, que brillaba opacamente en su dedo nudoso. Había pasado su vida en Mystery Mile y su suerte era la de los Paget. Durante cerca de cincuenta años había bautizado, casado y enterrado a la gente de la península. La aldea era, en opiniones religiosas, conservadora, por no decir medieval, y el único libro de leyes que los aldeanos concebían era la Biblia monumental que estaba en la pequeña iglesia, de estilo bajo normando, con torre de atalaya.

El tema de la discusión que se mantenía junto al fuego, en la biblioteca, era el papel que Giles tenía en la mano.

—Ahora que San Swithin se ha bebido ya su jerez, puede ver el telegrama —dijo Biddy—, el primero que Mystery Mile ha visto desde que Giles ganó el premio de la media milla. Aquel tardó doce horas en llegar. Este ha ganado por poco más de una cabeza. No sé cómo va a llegar Albert hasta aquí, Giles; a los taxistas de Ipswich no les gusta el Stroud por la noche.

El rector cogió el telegrama y lo leyó en voz alta, acercándolo al fuego para que recibiera la luz de las llamas.

“Oigan muchachitos, tío ha alquilado casa *Stop* Repiquen fuertemente campanas *Stop* No envíen flores *Stop* Llegará nueve treinta *Stop* Espera

encontrar comida y caldos anejos *Stop Su obediente, Eva Booth*".

—O yo no sé nada sobre Albert —dijo el rector— o llegará montado en una escoba. Es una barbaridad gastar media corona en un telegrama. Debe de haber conseguido dinero.

—Vendrá a conseguir dinero —dijo Giles torvamente.

—¿Será verdad que ha alquilado la casa? —dijo—. Nunca he creído que nos tomaría en serio. Confío en que saquemos algo de ese negocio. La tercera hija de Cuddy va a tener otro niño en septiembre. Eso quiere decir otro regalo. Estas costumbres antiguas son un poco pesadas para el presupuesto.

—“El Señor proveerá” —dijo tristemente el rector. Es una sentencia que no se encuentra en la *Vulgata*. Pero yo tengo mucha fe en Albert.

—San Swithin —dijo Bidy soltando una risa zumbona—, Albert es un carácter imposible y una compañía poco recomendable para un dignatario de la Iglesia.

El anciano la sonrió y sus ojillos negros centellearon y se animaron a la luz de la llama.

—Hija mía —dijo—, del mal también proviene el bien. No hay ninguna razón para que no nos sentemos a la sombra del laurel mientras este florece. Pero —continuó poniéndose serio— nuestro gran amigo Albert es un verdadero hijo de la Iglesia. En la época de Richelieu habría llegado, sin duda, a ser cardenal. No se relaciona solo con criminales. Se relaciona también con nosotros, por ejemplo.

—¡Oh, no! —estalló Giles—. No es un bandido... No es eso, en el verdadero sentido de la palabra, quiero decir —añadió como si tuviese algún escrúpulo.

—Tampoco puede decirse que sea un detective —dijo Bidy—. Para decir verdad, es, en realidad, una especie de tía universal a la que recurre todo el mundo, ¿no les parece? “Una pequeña hada llevará a buen término sus aventuras”. ¡A mí me gusta Albert!

Giles hizo una mueca.

—Ya sé que te gusta —dijo—. Le ha preparado un festín de escolar en la habitación de al lado. San Swithin. Cualquiera día nos deja plantados y se escapa con él.

Bidy se rió y los miró picarescamente con el rabillo de sus ojos castaños.

—Me gustaría —dijo—, pero con las mujeres resulta cómico —y suspiró.

—Es siempre un tipo cómico —dijo Giles—. ¿Le he dicho a usted, San Swithin, que la última vez que le vi, yendo juntos por Regent Street, nos encontramos, desde la esquina de Conduit Street hasta el Circus, a cinco personas que le conocían, entre ellas un vizconde y dos obispos? Todos ellos le pararon y le saludaron como a un viejo compinche. Y cada uno le llamó de un nombre diferente. El cielo sabe cómo lo consigue.

—*Addlepate* se alegrará de verle —dijo Bidy acariciando la cabeza que un perro castaño claro acababa de poner sobre su falda. El perro pareció darse cuenta de que se

pronunciaba su nombre y movió los restos de su rabo con entusiasmo frenético.

Giles se dirigió al rector.

—Albert nos dijo que había intentado amaestrarle para ayudante suyo, antes de abandonar la empresa por su dificultad y traérselos aquí. Nos dijo que físicamente no estaba mal dispuesto, pero que mentalmente era débil. Nunca olvidaré —continuó llenando su pipa—, cuando estábamos en Cambridge, a Albert explicándole al portero, después de medianoche, que él, Albert, era un hombre lobo en su noche de caza, que había recobrado inesperadamente su forma humana antes que tuviese tiempo de saltar las tapias del colegio. Con la mitología nórdica tuvo hechizado al viejo Webley hasta las cinco de la madrugada, momento en el que el viejo empezó a ver visiones y...

Le interrumpió el sonido de una bocina de automóvil, afuera, entre los olmos. Bidy saltó y se puso en pie.

—Ahí le tenemos —dijo, y corrió para abrirle ella misma.

Los otros dos la siguieron.

A través de la inquietante oscuridad, solo pudieron ver el contorno de un pequeño dos asientos, mal iluminado, del que surgió, para saludarlos, la delgada figura forrada de cuero que esperaban. Se quedó en pie en el coche, posando ante ellos, con una mano en alto.

—Ven, Aurora —dijo, y en seguida estuvo en la escalera, al lado de ellos—. Bueno, bueno, mis pequeños, ¡cómo habéis crecido! Parece que fue ayer, San Swithin, cuando usted estaba parlotando sus oraciones infantiles en mi regazo.

Se metieron en la casa, y mientras Albert comía en el comedor de techo bajo con artonados de roble, le rodearon tumultuosamente, como niños. *Addlepate*, comprendiendo ahora de quién se trataba, tuvo un ligero ataque de histerismo canino, por su parte, en el *hall*, antes de unirse a los otros.

Por consentimiento tácito y común, aplazaron las preguntas acerca del alquiler de la casa hasta el momento en que míster Campion lo mencionase, y como este no suscitó el tema, sino que continuó charlando inconsecuentemente de todo lo existente bajo el sol, no se habló del asunto hasta que se encontraron, de nuevo, sentados alrededor de la chimenea de la biblioteca.

Míster Campion se sentó entre Giles y Bidy. La luz de las llamas se reflejaban en sus gafas, ocultando los ojos que había detrás de ellas. Giles se recostó en su silla, fumando tranquilamente su pipa. La muchacha se sentó muy cerquita de su nuevo visitante, con *Addlepate* en la falda, y el anciano rector se situó en su rincón, fumando una pipa de barro. Allí sentado, con la cara bellamente coloreada por el tinte rojizo del fuego, parecía un aguafuerte de Rembrandt.

—Bien. Por lo que se refiere a los negocios de la Agencia de este estado —dijo míster Campion—, tengo algo que ofrecerles, chicos.

Su tono era desusadamente serio, y las dos personas que le conocían probablemente mejor que nadie en el mundo, se quedaron mirándole con curiosidad.

—Sé lo que estáis pensando —dijo—. Os estáis preguntando qué es lo que habrá de malo en ello. La cosa es así. Sucede que yo necesito una casa de campo, en algún remoto lugar, para un animadísimo trabajo que tengo entre manos en la actualidad. Recordé vuestro deseo de alquilar el hogar solariego y pensé que las dos piezas ajustarían a la perfección. Giles, viejo amigo, querría que me ayudases. Biddy, ¿podrías levantar el vuelo, querida, e irte una témporadita con alguna tía o algo por el estilo? Durante quince días o así... Quiero decir..., hasta que vea cómo van las cosas.

La muchacha le miró con cierta sorpresa en la mirada.

—¿En serio? —preguntó.

—Mucho más serio de lo que tú te figuras —contestó.

Biddy se recostó en su silla.

—Tendrás que explicarme por qué —dijo—. No quiero perderme nada de lo que ocurra.

Míster Campion cogió la mano de Biddy con impresionante solemnidad.

—Mujer —dijo—, va a ser un trabajo de *hombres*. No meterás tu naricilla respingona en esto. Te 16 digo completamente en serio y de manera definitiva; no es la clase de baile a que estás acostumbrada querida.

—¡Déjate de tantos cuentos! —dijo Giles—. A ver si nos enteramos de una vez. Estás tan endiabladamente serio que, al menos una vez, resultas interesante.

Míster Campion se puso en pie súbitamente y paseó por la habitación, haciendo crujir el entarimado, brillante de cera, con sus pisadas.

—Ahora que estoy aquí —dijo de repente—, y os veo tan calentitos en vuestro nido solariego, me remuerde la conciencia. No debía haber hecho esto... Pero, puesto que lo he hecho, lo mejor será que os abra mi pecho.

Los otros se volvieron y se quedaron mirándole, sorprendidos por aquel estallido al que no estaban acostumbrados.

—Atended —continuó, plantándose otra vez en su silla—, os lo diré. ¿Puede oírnos alguien? No es que dramatice. Es que necesito que nadie nos escuche. ¿Leeréis los periódicos, no? Bueno. ¿Sabéis algo acerca del juez Lobbett?

—¿El viejo que continuamente están intentando matar? —preguntó Giles—. Sí. Se lo enseñé esta mañana a usted, San Swithin. ¿Andas metido en ese asunto, Albert?

Míster Campion asintió gravemente:

—Hasta el cuello —dijo, y se apresuró a añadir—: del lado de los buenos, como es natural. Y no estoy muy seguro de que no me haya hundido un poquito más de lo que yo hubiese querido. Sabéis, en líneas generales, de qué se trata, ¿no? El viejo Lobbett removi6 un nido de avispa en América, y está completamente claro que se han venido detrás de él —lanz6 una rápida mirada a Giles—. No tratan de matarle, ¿sabes?... aún no. Están intentando meter dentro de él un poco de temor a Dios, pero han tropezado con un sujeto que tiene la cabeza terriblemente dura. En realidad —continuó pesarosamente—, si no tuviera la cabeza tan dura, no tendríamos este trabajo. Actúo para su hijo Marlowe Lobbett, un tipo muy decente; te gustará, Giles

—hizo una pausa y miró a uno después del otro—. ¿Hay alguna duda?

Los otros negaron y él continuó:

—El viejo no soporta ninguna protección seria de la Policía; es decir, no quiere circular en un carro blindado. Él, por sí solo, es nuestra principal dificultad. A lo primero, pensé que iba a conseguir hundimos, pero, por pura casualidad, tropecé con una faceta de su carácter que nos va a ser muy útil. El viejo tiene la manía del folklore: viejas costumbres inglesas, etcétera. Marlowe me presentó a él como una especie de guía de la Inglaterra rural. Le dijo que me había conocido en el barco que nos trajo acá, como sucedió en realidad. Sea como fuere, le he alquilado la casa. ¿No tenéis el título de concesión del feudo al lord, o algo por el estilo, por ahí?

Giles elevó su mirada.

—¿Hay algo de eso, no, San Swithin? —dijo.

El anciano asintió, sonriendo.

—En la iglesia hay, efectivamente, un documento de esa especie —afirmó—, aunque no sé para qué vale en la actualidad.

—Al juez Lobbett le gustará de todos modos —dijo míster Campion—. Dará cierto perfume medieval a la localidad. Pero sobre esto volveré más tarde. Lo que ahora importa es que el venerable pájaro ha alquilado vuestra casa por catorce libras a la semana. Y, si supiese tanto como yo, comprobaría que ha hecho un buen negocio.

Giles se incorporó en su asiento.

—¿Esperas que haya lío? —preguntó.

Míster Campion movió afirmativamente la cabeza.

—Creo que no nos podremos escapar de ello —dijo—. Verás —continuó apresuradamente—: he decidido sacar al anciano de la ciudad y traérmelo aquí, porque, en un lugar pequeño como este, ningún extraño podrá vagabundear sin que nosotros lo sepamos en seguida. Mira, Giles, necesitaré que me ayudes.

Giles sonrió bonachonamente.

—Cuenta conmigo —dijo—. Ya es hora de que ocurra aquí algo.

—Y yo también quiero participar —dijo Biddy, con aquella expresión de firmeza, que los otros conocían tan bien, en los pliegues de sus labios.

Míster Campion movió la cabeza.

—Lo siento, Biddy —dijo—, pero no puedo permitirlo. No sabes lo que podrías perder en este asunto. Yo mismo me he metido en él solo impulsado por un ataque de entusiasmo.

Biddy refunfuñó:

—Yo me quedo aquí —dijo—. El juez Lobbett tiene una hija, ¿verdad? Si ella va a estar aquí, también puedo estar yo. Además, ¿qué ibais a hacer vosotros tres, pobrecitos, sin mí? Nos mudaremos todos a la Casa de la Viuda.

Míster Campion se dirigió al rector:

—Ejerza su influencia, San Swithin. Dígale que esto es cosa seria, que no es propia del sexo débil.

El anciano movió la cabeza.

—Como decía el poeta: “Yo me mantengo neutral” —dijo—. Personalmente, yo siempre la obedezco.

Míster Campion pareció avergonzado.

—Me estás haciendo sentirme muy incómodo —dijo—. Nunca lo hubiera hecho, si se me hubiera pasado por la imaginación que te iba a complicar a ti, Bidy.

La muchacha le puso una mano en la rodilla.

—No seas estúpido —dijo—. Mi querido tonto: estoy contigo hasta la muerte. Ya lo sabes.

Míster Campion casi se ruborizó y se mantuvo en silencio durante cierto tiempo. El rector le trajo, de nuevo, al tema debatido:

—Vamos a especificar —dijo—. Sin duda, usted tendrá sus secretos tenebrosos, Albert; pero ¿qué debemos hacer nosotros?

Míster Campion se abismó en los detalles de su plan.

—Ante todo —explicó—, tenemos que lograr que el anciano se quede aquí. Y eso quiere decir que tenemos que procurar interesarle. San Swithin, confío en usted por lo que se refiere a arqueología y muebles viejos. Muéstrele los trofeos de la aldea. Saque las reliquias de las brujas que quemaron y saque brillo a las existencias. Haga que todo luzca y sea acogedor para él. Luego tenemos, en el salón, el dudoso Romney. Pídale su opinión sobre ello. Es un gran viejo, aunque terco como una mula.

Titubeó.

—Por lo que tiene mayor interés —continuó, después de una pausa— es por las supersticiones y el folklore actuales. ¿No tenéis algún rústico de primer orden que sepa algunas consejas antiguas, viejas canciones y esa clase de cosas?

Giles levantó sus ojos del fuego.

—Un montón de ellos —respondió—. ¿Te dije, Bidy, que envié esta mañana a George a cortar el espino seco que está al final de nuestra dehesa? Cuando pasé por allí, a la hora de comer, me sonrió tan plácidamente cómo pudiera haberlo hecho Punch, pues había empleado toda la mañana en ese trabajo. “¿Cómo va eso, George?”, le pregunté. “La mar de bien, míster Giles”, me dijo. “Soy capaz de echarlo abajo más de prisa de lo que tardó en crecer;” Cuando le dije: “Éso espero”, pareció sentirse muy ofendido. Podemos presentarle como al propio *Tío Refrán*.

—Eso es lo que buscamos —aprobó Campion—. Pero es preciso ser cuidadoso. El viejo no es tonto. Es un especialista en esos temas. Os sorprendería saber cuánto más sabe el americano medio acerca de Inglaterra que nosotros.

El reverendo Swithin Cush tosió secamente.

—Aquí hay lo suficiente para interesar a un anticuario genuino durante algún tiempo —dijo—. ¿Cuánto cree usted que va a permanecer entre nosotros? ¿O la visita es indefinida?

Míster Campion adoptó ahora un tono vago.

—No sé —dijo—. Le he elogiado el lugar una enormidad, pero puede echarnos

una ojeada e irse a casa, y entonces se acabaron los cuatro peniques a la hora del pequeño Albert y, muy probablemente, se acabó la dulce y juvenil vida del viejo Lobbett. ¡Ah!, se me había olvidado. Estará aquí pasado mañana. ¿Te dará tiempo, Biddy?

La muchacha suspiró.

—El justo —dijo—. La Casa de la Viuda se parecerá un poco a un campamento.

Estuvieron sentados discutiendo sus planes hasta después de medianoche, momento en el cual el anciano rector se enderezó ceremoniosamente, abandonando su silla.

—Biddy —dijo—, cogeré mi farol. Debéis iros a la cama todos, si os tenéis que mudar mañana.

La muchacha fue a buscar el gran farol, y se quedaron viendo cómo desaparecía en la oscuridad: una figura desvaída y solitaria, con el cabello blanco al aire y, junto a ella, el farol oscilando como un fuego fatuo.

Cuando volvieron al sombrío *hall*, míster Campion sonrió.

—El viejo y querido San Swithin —dijo—. A vosotros os conoce desde que estabais berreando' y babeando en los brazos de Cuddy, ¿no?

—Sí —contestó Biddy—. Pero se está haciendo viejo. Alice, que es su ama de llaves, ya sabes, dice que ahora ya está chocheando. “Igual que una gallina clueca”, dice ella.

—Debe de tener siglos —dijo Albert—. Por cierto, eso me da una idea. Podemos presentarle como el verdadero San Swithin. Llovido del cielo, podríamos decir.

—Vete a la cama —dijo Biddy—. Tu maquinaria necesita descansar.

Arriba, en la pequeña alcoba llena de cortinas estampadas, el piso de madera estaba inclinado y el aire fresco olía a espliego, a jabón de olor y a cera. Míster Campion no se metió en seguida en la cama; permaneció durante algún tiempo mirando por la ventana a la oscuridad de la noche.

Por fin, de un bolsillo del chaleco sacó un librito de notas muy estropeado y escribió: “San S.”. Se quedó mirándolo pensativamente un momento, y después agregó detrás un signo de interrogación.

CAPÍTULO 4

EL LORD DE THE MANOR

— Aunque usted es un extranjero, *squire*, cosa que no tiene remedio y, al *respective* de ello, no comprenda ni *papa* de nuestra manera de ser, a pesar de todo le damos la bienvenida. Esperamos que se deje enseñar por el *squire* que nos deja, aunque es natural que no llegue usted a saber lo que él. A pesar de todo, esperamos que viva usted muchos años y que haga por nosotros todo lo que pueda.

El orador hizo una pausa y se enjugó el cuello con un pañuelo de colorines.

—Ahora, cantemos un himno —añadió.

Estaba plantado al fondo del jardín de su casita, con la cara vuelta hacia los prados que bajaban con suave inclinación hasta las salinas grises. Después de un rato repitió el anterior discurso, palabra por palabra, terminando con un inesperado “Buenos días, señor”, cuando un joven delgado, de cara pálida adornada con gafas de concha, apareció por el otro lado de la cerca.

—Buenos días, George —dijo míster Champion—. ¿Ensayando para el cine sonoro?

George Willsmore contempló al recién llegado pensativamente. Era un viejo nudoso, tan tostado y gastado como un sauce desmochado, con grandes arrugas surcándole la cara, rodeada por una barba con aspecto de escobilla de jardinero. En su calidad de miembro útil de más edad, dentro de la familia que formaba la mayor parte de la comunidad, se consideraba como una especie de alcalde, y su dignidad rural era realzada por su modo de expresarse curiosamente sentencioso.

—El que llega sin avisar oye lo que no quiere —dijo—. Estaba repasando unas palabrejas que voy a decirle al nuevo *squire* esta tarde.

—¿De veras? —míster Champion parecía estar interesado—. ¿Piensa usted hacer un discurso de bienvenida, George?

—Pongamos que es eso —admitió el viejo amablemente—. Yo y el rector hemos estado hablando de la llegada del nuevo *squire*. Quería que todo se fuese en cánticos. Pero a mí, siendo como soy el sacristán, me parecía bien; vamos, me parecía a mí bien que fuera yo el que le saludara. Siendo él un extranjero, no iba a entender a los otros cantando.

—Hay algo de verdad en eso, naturalmente —dijo míster Champion, que había seguido con dificultad los razonamientos del viejo.

George continuó:

—Me he puesto alguna ropa nueva. Me parece una buena idea estar presentable.

Estoy hecho un brazo de mar, ¿no cree?

Se dio la vuelta para que míster Campion le inspeccionase. Llevaba un par de tiosos pantalones de pana que habían sido alguna vez color castaño, pero que ahora, después de repetidos lavados, tenían un color blanco cremoso; una camisa de algodón sin cuello, azul rabioso, y uno de los chalecos blancos de su último señor, que colgaba flojamente encima de su enjuto estómago. Su sombrero de paja, fabricado según las normas de Panamá, estaba rodeado por una cinta negra y adornado con un manojo de chillonas plumas.

—¿Qué tal resulta? —preguntó con orgullo mal disimulado.

—Muy bonito —concedió el joven—. A pesar de todo, si estuviera en su lugar, no pronunciaría el discurso, George. El *squire* no viene de esos países que usted se figura. Precisamente venía a hablar con usted de ese asunto. ¿No habrá alguna costumbre, un árbol de mayo, por ejemplo, colgaduras, o algo así, adecuado para estar tarde?

El viejo se quitó su sombrero de paja, descubriendo una inesperada calva, y se puso a rascarse la cabeza con el ala del sombrero, mientras se sumía en profundas meditaciones.

—¿No digo el discurso? —preguntó con disgusto—. Está bien, sir; usted entiende más de eso que yo. Pero lo habría hecho muy bien, de eso estoy seguro. Aunque viejo, habría estado magníficamente diciéndolo... El tiempo del árbol de mayo ya ha pasado —continuó—, y el día de los fariseos todavía está lejos.

El joven suspiró.

—¿Ninguna de esas..., ¡hem!..., fiestas es movable? —sugirió con cierta esperanza.

George movió la cabeza.

—Esos días no se pueden cambiar. ¡Ni usted ni nadie puede cambiarlos! —añadió enérgicamente.

Míster Campion miró solemnemente al viejo.

—George —dijo—, ponga atención y haga un esfuerzo. Sería una buena cosa que se le ocurriera alguna especie de ceremonia, algo así como la bendición de los nabos o algo parecido. Usted es inteligente, George.

—Claro que sí —dijo el viejo con viveza, quedando después absorto en profundos pensamientos durante un rato—. No, no hay nada —dijo por último—, nada como no sean los Siete Silbadores.

—¿Los Siete Silbadores? —preguntó míster Campion con interés—. ¿Qué es eso? ¿Quiénes son?

El viejo examinó intensamente su sombrero un buen rato antes de responder.

—Son los Siete Silbadores, sir —dijo por fin—. Nadie sabe si son espíritus o fariseos... Es algo mágico, entiéndame usted. Usted los oye pasar por lo alto en esta época del año. Van silbando. Pero lo más que puede usted oír es a seis de ellos. El séptimo es como un alarido que resuena como el canto de la lechuza, terrible de oír, y

cuando usted lo oye quiere decir que ha llegado el fin del mundo. Lo único bueno que tiene es que todavía no lo ha oído nadie.

Eso tiene muy buen aspecto —dijo míster Campion—. Pero no nos saca mucho del apuro, ¿no cree, George?

Sobre la venerable cara del viejo apareció una expresión de inesperada astucia.

—Parece que fue ayer —dijo— cuando el antiguo *squire* solía darnos un barril de cerveza para los Siete Silbadores. Precisamente el barril caía por esta época del año, ahora que lo pienso.

Calló y miró a Campion con gesto esperanzado.

—¿Para los Siete Silbadores? —preguntó el joven con desconfianza.

El viejo se desató en precipitadas explicaciones.

—Para ellos era, para ellos era; solo que los Siete Silbadores nunca vinieron a beberla y, al *respectivo*, los pobres tuvieron que bebérsela, no fuera a ser que se quedara agria.

—Ya comprendo —dijo míster Campion, que había empezado a entenderle—. Los pobres supongo que serían los aldeanos, ¿no es así?

—Claro que sí. Todos los que dependieran del *squire*— George hizo una pausa y, después de alguna reflexión, advirtió—: Míster Giles y miss Bidy es casi seguro que no saben nada de esto si usted se lo pregunta. Claro que habrán oído hablar de los Siete Silbadores, pero no de la cerveza. ¿Me entiende usted?

—Perfectamente —dijo míster Campion—. Se me está ocurriendo, George, que usted y yo nos vamos a entender muy bien. Usted tiene olfato, si me permite la expresión. Usted tiene un hermano, ¿no es así?

—¿Anry? —dijo George con desprecio—. Yo soy el más listo de los dos. Anry no es nada listo. Yo soy el hombre que le conviene, sir.

Míster Campion le miró admirativamente.

—Creo que así es —dijo.

Permanecieron juntos, conversando animadamente durante largo rato.

Cuando el joven regresaba por la seca yerba del parque hacia la hondonada del jardín de The Manor, se sentía más a gusto que antes.

Cuando llegó a las proximidades de la casa se quedó sorprendido al ver un gran Daimler negro parado ante la puerta. Apresuró el paso. Bidy se encontró con él en el *hall*.

—Albert, él es un encanto —le dijo—. Están ahora en la biblioteca con Giles. Les hemos enseñado toda la casa y están completamente encantados con ella. El muchacho es terriblemente guapo, ¿no te parece?

—¡Tonterías! —dijo míster Campion—. Deberías verme con mi nuevo bigote. El último grito, querida. Ilusión garantizada. Me llaman al teléfono por él. No se lo digas a madre.

—¡Celoso! —dijo Bidy—. Ven a verlos.

La siguió por el corredor de losas, agradablemente perfumado, hasta la

entreabierta puerta de la biblioteca. Las ventanas de batiente estaban abiertas y el sol matinal fabricaba dibujos diamantinos sobre el piso pulimentado. La lámpara de la noche anterior no había hecho justicia a la habitación de hermosos artesonados antiguos, con su mesa maciza, asientos confortables y muchas librerías.

El juez Lobbett, aún con su ropa de viaje, estaba mirando por la ventana la alfombra de césped. El sol ponía destellos en su cara suave, en los grabados situados en las paredes, en el jerez de las copas que había sobre la mesa.

—Es un sitio encantador —dijo, volviéndose cuando Albert y Bidy entraron—. Buenos días, míster Campion. Le felicito por la elección que ha hecho en nuestro nombre.

Se dirigió hacia los jóvenes. Bidy se había unido a su hermano y ahora se encontraban juntos, dando la espalda al fuego, y parecían maravillosamente iguales.

—Al parecer, voy a echarlos de su heredad —dijo bruscamente—. ¿Están ustedes seguros de que quieren alquilarla?

Bidy le sonrió, y sus ojos castaños miraron con gratitud los de él.

—Es usted muy amable diciendo eso —dijo ella—, pero tenemos que alquilarla. ¿Le dijo Albert que tendrá que compartir nuestra responsabilidad por lo que se refiere a la aldea? Nosotros ya no podíamos hacer frente a ella, como lo hacía papá antes de la guerra. El dinero no llega ya para tanto. Ser el *squire* de Mystery Mile es, más bien, ser el padre de la aldea.

El anciano le sonrió.

—Me gustará serlo —dijo.

Bidy suspiró.

—No sabe usted la tranquilidad que representa saber que se va a quedar con la casa alguien a quien verdaderamente le gusta.

El juez Lobbett se dirigió a su hija, una figurita delgada envuelta en pieles.

—Puede ser que te encuentres aquí demasiado tranquila...

Isopel le lanzó una mirada y una ligera sonrisa pasó por su cara.

—¿Demasiado tranquila? —preguntó significativamente mientras suspiraba.

Mientras tanto, Marlowe Lobbett se había unido a míster Campion y los dos jóvenes hablaban entre sí.

—¿Han sido seguidos? —míster Campion hablaba muy bajo.

Marlowe movió la cabeza.

—Creo que estaban esperándonos —contestó—. La Policía puso un coche inmediatamente detrás de nosotros. El chófer que usted encontró es un genio. Salimos de la ciudad en seguida. Cualquiera que hubiera querido seguirnos habría tenido que realizar, un trabajo enorme.

La voz de Bidy interrumpió su conversación.

—Los dejamos a ustedes. Mistress Whybrows los atenderá en todo lo que necesiten. Es un ama de llaves maravillosa. Nos han prometido venir a cenar con nosotros esta noche, ¿verdad? —continuó dirigiéndose a Isopel—. La Casa de la

Viuda está justamente al otro lado del parque. El viejo míster Cush, el rector, estará con nosotros. Con su ropa de domingo, confío. Tienen que conocerle.

Isopel retuvo su mano cuando se despidieron. Después de las terribles experiencias de los últimos meses, la agradable casa antigua y tranquila, con sus jóvenes propietarios imperturbables, resultaba muy consoladora.

—¡Estoy tan contenta por tenerla aquí... —dijo impulsivamente.

La otra muchacha le dedicó una rápida mirada comprensiva.

—No se preocupe —murmuró—. Usted no conoce a Albert.

Mientras míster Campion y los Paget bajaron por la calzada de grava y cruzaron el minúsculo campo de golf de la aldea, donde se alzaba la bomba de agua, hasta la Casa de la Viuda fueron hablando seriamente.

La Casa de la Viuda, construida por un Paget georgiano para su madre, era un edificio rojo de poca altura, cubierto por rosales trepadores. Un seto de tejos la separaba del campo de golf y las principales ventanas de la casa daban al lado opuesto, abriéndose a un viejo jardín cercado.

Míster Campion parecía muy aliviado.

—¡Gracias a Dios que el viejo pájaro ha caído en la trampa de la casa! —exclamó—. Como es natural, no podía conseguir que accediese a alquilar la casa por algún tiempo antes que la hubiera visto; pero no podíamos tampoco tenerle subiendo y bajando de aquí a la ciudad, y viceversa, y azuzando a la banda de homicidas tras su huella inmediatamente. ¿Qué te parece, Giles?

—Un viejo agradable —dijo Giles—. No muy distinto de papá, fuera de que es americano. La misma manera recta de mirarle a uno y el mismo modo de decir exactamente lo que le pasaba por la cabeza. Con el joven Lobbett no he hablado mucho, pero parece un gran tipo. Muchacho, ¡qué chica!

Biddy y míster Campion se miraron.

—¡Ay, ay! —exclamó ella—. Me gusta. Debe de haber pasado una temporada espantosa.

Giles asintió con la cabeza.

—Ya se me había ocurrido —dijo—. Ya era hora de que alguien mirara por ella.

—Eso es tener espíritu —dijo míster Campion, y añadió con repentina seriedad—: Biddy, quisiera que te fueras de aquí. La vieja Cuddy ha vivido durante tanto tiempo en la Casa de la Viuda, que será capaz de cuidar de todos nosotros sin ninguna dificultad.

Biddy negó con la cabeza.

—¿Todavía esperas que haya jaleo?

Míster Campion asintió.

—No podremos escaparnos del jaleo —dijo—. ¿No querrás irte y dejamos solos, querida?

Biddy fue terminante.

—Ya puedes encontrar otro tema para decir tonterías —dijo—. Como te dije

antes, estaré contigo hasta la muerte.

Míster Campion no sonrió.

—No me gusta que digas eso —dijo—. Me pone nervioso... toda esa murga sobre la mortalidad. Ahora, siempre que veo una flor blanca me pongo a pensar: “Albert, esta pudiera ser para ti”.

—¿Qué os parece? ¿Sus ojos son azules, castaños, o son de un color compuesto, como el brezo? —preguntó Giles.

CAPÍTULO 5

LOS SIETE SILBADORES

El saloncito de la Casa de la Viuda, pequeño, acogedor, con entrepaños blancos, estaba aquella noche iluminado sólo con bujías, y la luz fluctuante armonizaba a las mil maravillas con los tapices de un rosa marchito y con la alfombra india, que había sido, en alguna ocasión, el orgullo de una tatarabuela de Biddy. Había fuego en la chimenea antigua y todo el conjunto ofrecía un aspecto muy apetecible cuando los anfitriones y los invitados llegaron hasta allí, procedentes del comedor.

Swithin Cush y el juez Lobbett continuaban hablando entusiasmados mientras seguían a los jóvenes y siguieron haciéndolo al sentarse en el ancho círculo alrededor de la lumbre. Durante toda la comida se habían deleitado mutuamente desplegando, cada uno por su lado, sus fuegos artificiales arqueológicos, y estaban aún embebidos en ese tema.

El rector había aparecido con sus ropas de domingo, respondiendo a un urgente mensaje de Biddy, y su venerable chaqueta clerical, de un negro grisáceo y de corte antiguo, subrayaba tremendamente su aspecto patriarcal. Sentado muy cerca del fuego, su fino cabello, un poco desgreñado debido a su entusiasmo, y con sus ojillos oscuros animados, era difícil creer que la Iglesia, a quien servía, le hubiera olvidado hasta el punto de dejarle ser el pastor de menos de cien almas.

Habían estado discutiendo la carta real que autorizaba al poseedor de la casa solariega a titularse lord de The Manor. El viejo Lobbett se mostró profundamente interesado, y los dos ancianos, inclinados sobre el maltrecho pergamino, compartían su entusiasmo por la reliquia.

Los otros ocupantes de la habitación disfrutaban de una despreocupación menos sincera. Biddy e Isopel estaban sentadas juntas en el sofá de alto respaldo, mientras los tres jóvenes hablaban entre sí en un grupo más alejado del fuego. Ni siquiera la burlona conversación de mister Campion era capaz de aligerar la tensión que todos sentían.

—A propósito —dijo Marlowe—, hemos recibido esta tarde la visita de una especie de diputación. Dos viejos, que por lo visto representaban a los aldeanos, han venido a vernos y contarnos una historia extraordinaria sobre cerveza gratuita que, al parecer, era distribuida siempre por esta época del año. Por lo que pudimos deducir, se trataba de algo así como el “viernes de la lechuza”.

Biddy y Giles se miraron.

—Apuesto algo a que es George —dijo Giles—. ¡Viejo gorrón repugnante!

—Eso es —confirmó Marlowe—. George y otro al que llamaba Anry. Pero la voz cantante la llevaba George.

Biddy empezó a disculparse.

—Son terribles —dijo, desesperada—. Son pedigüños inveterados. Espero que los mandarían a paseo.

Marlowe sacudió la cabeza.

—¡Qué va! Al viejo le gustaron —dijo—. Se portaron, de todos modos, magníficamente. Estuvieron hablando con mi padre sobre antiguas costumbres prácticamente toda la tarde. Por lo menos, George habló. Los comentarios de Anry eran ininteligibles.

—Henry es un *botán*— dijo Biddy—. Esa era la palabra que inventó papá. Significa medio bobo y medio patán.

Luego de un rato, la charla languideció y la reducida concurrencia se sumió en el agradable silencio que procuran el calor y el bienestar.

Incluso los recelos de Isopel habían sido disipados por el ambiente tranquilo y hogareño. Giles se había acercado más a ella y había caído en franca adoración.

Swithin Cush, recostado en su silla, descansaba tranquilo con sus huesudos y largos dedos cruzados sobre el regazo, en uno de los cuales brillaba el sello de su anillo.

El juez Lobbett tenía los ojos cerrados. La luz de las llamas enrojecía su cara y suavizaba los tercos pliegues que endurecían su boca. Parecía así un anciano saludable y sensato.

Marlowe Lobbett estaba inclinado hacia adelante, con el mentón apoyado en las manos y sus ojos oscuros cerrados. Se encontraba, de momento, sumido en sus pensamientos.

Hasta míster Campion parecía haber olvidado la existencia de una posible amenaza sobre la cabeza de todos ellos. Estaba contemplando a Biddy, oculto detrás de sus gafas, y su expresión no denunciaba el contenido de sus meditaciones.

Afuera, el jardín estaba en calma, y a través de las ventanas abiertas era posible oír el lejano susurro del mar. No se oía ningún sonido definido, salvo el crepitar del fuego y, de cuando en cuando, algún gorjeo apagado que provenía del jardín.

Y entonces, de lejos, a través de las marismas, vino un sonido, casi disuelto, difuso, en el aire: un silbido sonoro y muy prolongado.

Ninguno pareció oírlo, pero los pálidos ojos de míster Campion parpadearon detrás de sus gafas y se agitó ligeramente en su silla, orientando su oído hacia la ventana.

A los diez segundos el silbido llegó otra vez, un poco más cerca y más claro. Nadie habló en la cálida y pacífica habitación, pero la atmósfera de seguridad se desvaneció para uno de los que se encontraban allí, por lo menos. De nuevo sonó el silbido, todavía lejano, pero sensiblemente más cerca.

De repente, Isopel levantó la mirada.

—Un búho —dijo—. ¿No lo oyen?

Giles escuchó.

—Sí. Aquí está otra vez —dijo—. Viene volando hacia acá —añadió al repetirse el silbido, esta vez no muy lejos del parque.

Míster Campion se puso en pie y se acercó a la ventana, y a Bidy no se le escapó que miraba desde el marco de modo que no pudiese ser visto con facilidad desde fuera. Por sexta vez se repitió el fantástico silbido.

Y luego, mientras todos permanecían escuchando, con cierta curiosa aprensión gravitando sobre cada uno, un aullido repentino y espeluznante fue proferido en algún lugar del jardín, muy prolongado, como los anteriores, pero con una vibración clara en medio de él.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó Swithin Cush, enderezándose bruscamente—. ¿Qué ha sido eso?

Míster Campion abandonó la ventana.

—Eso, si no me equivoco mucho —dijo—, es una visita.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando un cable mal ajustado chirrió penosamente en algún lugar del techo e inmediatamente después una campana resonó estruendosamente, propagando sus ecos y llenando de ruidos la casita.

—Nadie se movió ni habló. Afuera, en el reducido *hall*, se oyeron pasos, y después, el ruido de abrir la puerta. Entonces llegó hasta ellos un murmullo de voces, un tono bajo e insinuante que se mezclaba con el estridente acento de Suffolk. Al rato se abrió la puerta de la habitación donde se encontraban y la anciana Cuddy, confusa y excitada, apareció ante ellos.

Era una señora vieja, delgada y escrupulosamente aseada, con la cara redonda y colorada y un montón de peinecillos sujetando sus escasos cabellos. Llevaba un delantal blanco, sobre una bata de lana de un rojo vivo, con un alto cuello de encaje.

Entró, cerró cuidadosamente la puerta tras de sí, cruzó la estancia con grandes zancadas y presentó a Bidy una tarjeta que llevaba sobre un platillo de cobre. La muchacha la cogió, asombrada, y míster Campion se acercó por su espalda.

Pero ella la leyó en voz alta:

MR. ANTHONY DATCHETT

Quiromántico

CAPÍTULO 6

EL HOMBRE DEL TRAJE DE ETIQUETA

— ¿Anthony Datchett? —preguntó míster Campion, leyendo por encima del hombro de Bidy—. Espero que no será un intruso. Comprobaré personalmente todas las invitaciones. No puede venir a decir la buenaaventura a estas horas de la noche.

Giles pareció tranquilizarse.

—¡Ah, vamos, el quiromántico! —dijo—. Debe de ser un gran carácter. Me encontré con Guffy Randall en las pruebas para perros, la semana pasada; entonces me habló de él.

—¿Alguien que dice la buenaaventura? —preguntó el juez Lobbett—. Es interesante. ¿Un gitano?

—¡Oh, no, sir! —la anciana Cuddy salió de su respetuoso silencio—. Ese señor es un caballero, con un coche tan grande como el suyo, sir.

—Sí, tiene razón —dijo Giles—. Es un tipo extraordinario. Suele aparecer después de cenar por las casas de campo y vende el pasado y el presente por cinco chelines por persona. Tendrá, supongo, una tarifa más cara si se desea. De todos modos, hay algo de cierto. Es chistoso; le dijo a Guffy que una hermosa bestia se iba a desembarazar de él, causándole, de ese modo, una herida bastante seria. Guffy se quedó temblando. No montó ningún caballo en quince días, y hasta: que Rosemary Waterhouse no rompió su compromiso con él no se dio cuenta de lo que había querido decir el tipo. Se quedó enormemente tranquilo.

Marlowe Lobbett se rió.

—Que entre —sugirió, y miró interrogativamente a Campion.

El joven de las gafas de concha estaba apoyado en el respaldo del sofá donde se hallaban sentadas las dos muchachas.

—Puesto que el viernes de la lechuza cae este año en miércoles —dijo— y teniendo en cuenta que, en mi opinión, esto no va a molestarnos de ninguna manera, podemos también verle y prepararnos para oír lo peor.

Y, a pesar de que Bidy le miró con desconfianza, su cara no expresaba otra cosa que una gran fatuidad.

Cuddy se escapó, todavía un poco confusa. De nuevo volvieron a oír el blando murmullo insinuante afuera, en el *hall*.

Luego la puerta, con su mampara tapizada y vieja, se abrió, produciendo un chirrido suave. Todos se sobresaltaron en sus asientos, y una repentina corriente de

aire frío, que provenía de la abierta puerta del *hall*, cruzó la habitación.

En el umbral esperaba un hombre que los sonreía y, cuando le vieron, el vago sentimiento de aprensión, que se había apoderado de ellos desde que oyeron el silbido de aviso llegado de las marismas, se hizo más real, a pesar de que en la apariencia del extraño no había nada que fuera evidentemente alarmante.

Bajo, delgado, elegantemente vestido con un frac bien cortado, podría haber tenido cualquier edad. Su cara estaba cubierta por una barba rizada de un castaño rojizo; escasa y sedosa, formaba dos rizitos de chivo en su barbilla, y, sobre ella, asomaban los labios, estrechos y bien formados, que sonreían, algo inquietamente, dejando ver una dentadura muy igual.

La cara hubiera resultado atractiva, a no ser por los ojos. Eran pequeños, ligeramente oblicuos y de un color apagado e indescifrable, con pupilas exageradamente pequeñas que hacían que, a primera vista, casi pareciera que aquellos ojos no tenían iris ni pupilas. Esa impresión se hizo más fuerte por la luz de las velas y llegó a ser, en seguida, tan asombrosa y desagradable, que la mayoría de los que estaban en la habitación bajaron sus ojos de un modo instintivo.

El extraño avanzó y cerró la puerta tras él.

—No saben lo que me alegro que se hayan decidido a verme —dijo.

Por primera vez oyeron indistintamente la voz que solo conocían por el murmullo de antes. Era baja y suave, especialmente insinuante, y aunque no resultaba zalamera tampoco resultaba del todo desagradable.

Míster Campion le sopesó con la mirada.

—Quizá debiera haberme presentado de un modo más explícito —siguió diciendo el extraño—. Me llamo Anthony Datchett. Soy quiromántico ambulante..., uno que dice la buenaventura, si lo prefieren. Tengo la costumbre de decir buenasventuras a cambio de unos reducidos honorarios —hizo una pausa y echó una ojeada circular por la habitación, hasta que sus curiosos ojos se fijaron en Giles—. Quedaría encantado si alguno de ustedes me permitiera que leyese su mano. Si lo hacen, les prometo una cosa: la verdad.

Todavía seguía mirando a Giles cuando terminó de hablar, y todos quedaron sorprendidos al ver cómo el muchacho se ponía inmediatamente en pie y cruzaba la habitación, acercándose al visitante. No estaba hipnotizado; no se veía ningún indicio de que estuviera en trance o en coma, aunque pareciese completamente subyugado por el quiromántico.

Giles extendió sus manos.

—Comience —dijo.

Datchett miró al amplio asiento del ventanal que estaba en el rincón más alejado de la habitación.

—Ahora mismo —dijo—. ¿Podríamos ir allí? No me gusta tener auditorio amplio en mis lecturas de manos —explicó, sonriente, a los otros—. Le impide a uno ser completamente franco, me parece.

—El único hombre que me ha predicho mi fortuna —dijo míster Campion— fue un recaudador de impuestos, y lo hizo estupendamente.

El visitante se volvió.

—¿Le digo a usted algo acerca de los Siete Silbadores? —preguntó.

Por la cara de míster Campion, más bien bobalicona, no pasó la menor sombra de sorpresa, y el visitante miró a todos rápidamente; pero en ninguna parte encontró pieza su disparo. Marchó hacia el ventanal acompañado por Giles y, en seguida, se absorbió en la mano del muchacho.

Resultaba difícil percibir lo que estaba diciendo, y míster Campion, por otro lado, no realizó ningún esfuerzo por percibirlo. Se encaramó en el brazo del sofá, al lado de Bidy, situándose directamente entre el quiromántico y el juez Lobbett.

—Ha llegado el momento —empezó, mientras aparecía en su cara, de nuevo, la expresión de fatuidad—, me parece, de que nuestros distinguidos visitantes oigan mi valiosa colección de viejos refranes, cuchufletas campesinas y demás curiosidades recogidas de aquí y de allá. Después de largos años de infatigable investigación puedo brindarles, señoras y señores, algunas joyitas. En primer lugar:

Quando el viejo Parson lleve dos chaquetas
será buen año de cebolletas.

¡Observen la sencillez de la expresión! —continuó, con toda la seriedad del mundo—. Con qué claridad puede verse la moraleja, el espíritu rústico de la profecía resumido en una sola frase. Luego tenemos también:

Si una vez la lechuza canta en el tejado,
seguirás oyéndola un rato prolongado,

que no necesita comentarios.

Los demás se rieron, deseosos de liberarse de la tensión de los últimos minutos. Al fondo de la habitación, el murmullo del quiromántico seguía fluyendo.

Míster Campion continuó. Charlaba sin esfuerzo, al parecer desentendiéndose del resto del mundo.

—En una ocasión conocí un hombre —dijo— que se las arregló para asistir clandestinamente a un aquelarre en Mould. Iba dispuesto a contemplar ritos terroríficos, pero cuando llegó se encontró con que no era lo que él esperaba, pues lo que se estaba celebrando era la excursión anual de los Nabucodonosores de los Últimos Días, la famosa sociedad de comedores de hierba. Se llevó una decepción

horrorosa. Comió un poco de hierba y se volvió a su casa. No vio a una sola bruja.

Hubiera seguido, de no haber sido por la repentina vuelta de Giles al grupo. Traía una expresión de incredulidad maravillada.

—Es asombroso —dijo—. El tipo parece saber todo lo que hay que saber sobre mí..., cosas que yo no había dicho a nadie. Bidy, debes ir para que te diga la buenaaventura.

Algo de la intranquilidad que los allí reunidos habían sentido a la llegada del nuevo visitante, había empezado a disiparse; y a pesar de ello, nadie demostró la más ligera impaciencia por acudir al lado de la delgada y extraña figura que permanecía en el asiento del ventanal, mientras que aquellos ojos blancos parecían estar fijos en todos los que formaban la reunión.

En ese momento, la atención de todos empezó a concentrarse sobre el anciano rector. No se había movido ni había hablado; pero, en su aspecto, se había producido un cambio. Bidy, al mirarle casualmente, quedó impresionada al descubrir en él una apariencia de decrepitud que nunca había advertido antes de ahora. Sus mandíbulas parecían haber caído; sus pestañas estaban grises, como telas de araña.

Ante la sorpresa de los demás se levantó y avanzó, con alguna desgana, por la habitación hasta el adivino de la suerte, que parecía estar esperándole.

Cuando empezó otra vez el blando murmullo, Giles comenzó a hablar, entusiasmado, de su experiencia.

—Es un tipo maravilloso —dijo apaciblemente, bajando la voz para que el quiromántico no pudiera oírle—. Tiene unas manos extraordinarias, ¿se han dado cuenta? No parecen de carne. Como si llevara guantes de seda.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Campion.

—Bueno: es de lo más extraordinario —Giles resultaba infantil por su perplejidad—. Prácticamente, me ha dicho todo lo que me ha sucedido desde que era un niño. Pero lo que de verdad me ha impresionado ha sido lo que me dijo sobre mis proyectos de preparar un caballo para el Monewdon Schow del próximo mes. Ya sé que es evidente que voy a mandar un caballo. Pero me dijo que no enviaría mi yegua favorita, como era mi intención, sino que enviaría un caballo de caza. Eso es lo más extraordinario, porque bajé a ver a *Lilac Lady* precisamente antes de cenar y me di cuenta de que no podría ponerla en condiciones realmente decentes a su debido tiempo. Me estaba preguntando si debía preparar a *Saint Chris* o si debía esperar a otro año. Y no se lo había dicho a nadie —se rió—. ¿Es alucinante, verdad? Me dijo también las monsergas habituales..., tener cuidarlo con las malas lenguas, etc. Insinuó algo así como un escándalo, creo. No lo entendí muy bien. Me imagino que se lo estará diciendo al anciano San Swithin.

Miró, por encima del hombro, al adivino, que estaba muy rígido en el asiento del ventanal; la luz de las velas formaba sombras fantásticas en su insólito rostro. Estaba hablando en el mismo tono subyugante y monótono que era fácilmente audible, aunque no se pudieran distinguir las palabras.

No podían ver la cara del rector. Estaba inclinado hacia adelante, con sus manos tendidas ante el extraño.

—Parece completamente interesado —dijo Marlowe.

Biddy se rió.

—¿Verdad? —dijo—. Confío en que le estará prometiendo venturas sin cuento. ¡Ha llevado una vida tan ejemplar y tranquila!...

—A veces dudo de que le haya gustado esa vida —dijo Giles—. La tranquilidad ha sido siempre la característica de San Swithin.

—Esa parece ser la característica de todo aquí —dijo el juez Lobbett, y suspiró como si estuviera satisfecho de ello.

—Bueno. Ya han terminado —dijo, de pronto, Marlowe cuando el anciano rector y el quiromántico se acercaron a ellos. Este último venía sonriente, afable y con gran desembarazo. Swithin Cush parecía pensativo.

Biddy se dirigió a él sonriendo.

—¿Qué tal suerte ha tenido usted? —preguntó.

El anciano puso su mano sobre el hombro de la muchacha.

—Querida hija: soy ya demasiado viejo para tener suerte alguna —dijo. Sacó su viejo reloj—. Debo irme a la cama —advirtió—. Sé que no les molestará —y añadió, dirigiéndose al juez Lobbett—: Nos retiramos temprano en el campo.

Hablaba como ausente, como si no esperase ninguna respuesta y, mientras los otros rodeaban al quiromántico, dirigiéndose otra vez a Biddy, dijo:

—Buenas noches, hija. Transmite mi cariño a Giles.

Ella le miró, y en su cara no había ninguna sorpresa. Con frecuencia decía cosas inesperadas. Pero, al mirarle, vio la expresión de sus ojos, antes que él tuviera tiempo para bajarlos, y, por un instante, se quedó aterrada.

El anciano partió, cogiendo el farol de manos de Cuddy en el *hall*, a pesar de que la noche era clara y había luna.

El adivino era todavía la figura predominante en la habitación, y la marcha del anciano no produjo mucha impresión. La voz calmosa y monocorde del quiromántico se elevó algo sorprendida:

—No sabía que fuera tan tarde —dijo—. Mi viaje hasta aquí ha durado más de lo que preveía. Solo puedo actuar una vez más. Leeré la mano en voz alta, para que todos ustedes puedan oírlo. Que sea alguien a quien no pueda predecir más que felicidad —se dirigió a Isopel—: ¿Me permite que le diga la buena ventura a usted?

La muchacha le miró indecisa. En el transcurso de los últimos meses se había desarrollado en ella la tendencia a desconfiar de todo el mundo, experiencias terribles estaban todavía frescas en su recuerdo; pero teniendo a Giles a su lado, y a Marlowe y a míster Champion apoyados en el sofá detrás de ella, parecía ridículo temer nada.

El mago cogió la mano de ella entre las suyas y, entonces, se dieron cuenta de lo que Giles había querido decir cuando las describió como “con guantes de seda”. La piel de sus manos era fina y muy blanca; los dedos largos y puntiagudos, con un

brillo natural en las uñas, y cuando expuso las palmas a la luz vieron, con alguna sorpresa, que los pliegues de su piel no formaban ningún dibujo: era una piel lisa y sin rayas.

—Acerté —dijo, acercando la mano de ella a sus ojos—. Ha tenido preocupaciones; desaparecerán, aunque quizá no como usted cree. Amará y será amada. La veo a usted en compañía de extraños dos veces, por lo menos, en su vida. Lo que recuerda con más claridad —continuó con repentina intensidad— es a usted misma, yaciendo en una cama espesa de pieles, y la cabeza de un animal mirándola desde lo alto. ¿No es así?

El juez Lobbett y su hija se miraron sorprendidos y a Marlowe se le escapó una exclamación ahogada. Giles y Bidy miraron a sus huéspedes interrogativamente y, después de una ligera vacilación, Isopel explicó.

—Cuando era niña, fuimos durante unas vacaciones a las Montañas Rocosas. Un día me perdí. Me encontró un cazador y me llevó a su cabaña, donde estuve algunas horas, hasta que papá me encontró. El trampero me dijo que me echase, y estuve descansando sobre un montón de pieles junto al fuego. En la pared había una piel de oso con la cabeza rudamente disecada. No podía separar mis ojos de ella. Era terrible, grotesca y deformada. Esa es una de mis pesadillas más corrientes. No comprendo cómo lo sabe usted —terminó, mirando al quiromántico con los ojos agrandados.

Este sonrió y continuó. Su voz manifestaba una firmeza de plena confianza, y no levantó sus ojos de la mano.

—Tendrá su hora mala —dijo—, pero pasará. Le está reservada una época de paz. Desconfíe de los forasteros; a pesar de ello, no se casará con uno de los suyos. Sus dominios serán vastos; sus pastos, ricos en ganado, y conocerá la tranquila belleza del mugir de las vacas en los pequeños prados cuando los últimos rayos del sol doran los setos de los cercados y calientan el aire de la tarde. Esa es su suerte. Es una lástima que no pueda prometer tanto a todos ustedes.

Las últimas palabras las dijo suavemente y, aunque su tono no cambiara, el efecto tranquilizador de la suerte de Isopel desapareció por completo y fue sustituido por una atmósfera desagradable.

Inmediatamente después se despidió, y Giles y Marlowe se encargaron de pagarle la bagatela que él, sorprendentemente, pidió.

De común acuerdo, todos escoltaron al adivino hasta la puerta. Le esperaba un gran coche sin divisiones internas, conducido por un chófer uniformado. El que se iba pronunció su despedida cortés, subió en su coche y los poderosos faros pasearon su luz por el pequeño campo de golf.

Contemplaron la desaparición del coche por la estrecha carretera. Cuando se perdió de vista, el silbido que había anunciado su llegada se oyó una vez más.

—Ahí está el búho otra vez —dijo Isopel—. Ahora parece que se va volando.

Se quedaron escuchando en el porche; los siete silbidos se repitieron, uno tras otro, cada uno más débil y más lejano que el anterior, hasta llegar al aullido final muy

prolongado, difícilmente perceptible, que llegó hasta míster Campion y Giles, que estaban con Marlowe, pues los demás ya se encontraban dentro.

—Siete —dijo Giles—. Los Siete Silbadores. Esto quiere decir el fin del mundo, según dicen.

—Esto quiere decir que se ha ido —dijo míster Campion, tranquilizado—. Mis respetados amigos, George y Anry, con sus cinco hijos, han llevado a cabo su trabajo policíaco con gran éxito. Nadie podrá venir por el Stroud, de noche, en el futuro, sin que nosotros lo sepamos al momento. Esos benditos mozos están situados de quinientas en quinientas yardas a todo lo largo del camino. En el momento en que un extraño pase por delante de cualquiera de ellos... Bueno, se produce el viernes de la lechuza. “Los intrusos serán denunciados”, ya sabes.

Riéndose fueron hasta la puerta. Bidy estaba esperándolos en el umbral. El juez Lobbett y su hija se encontraban tras ella y, a su lado, aparecía una fornida anciana, que evidentemente había entrado por la puerta de atrás y que se encontraba perpleja.

Bidy estaba pálida y sus ojos castaños expresaban indecibles terrores. En su mano había algo que tendió a su hermano.

—Giles —dijo—, mira esto. Alice lo acaba de traer.

El muchacho cogió el arrugado trozo de papel y el anillo antiguo y voluminoso que su hermana le daba. El anillo brilló en su mano.

—“Que Giles y Albert vengan solos” —leyó lentamente.

Súbitamente apareció en su cara una sombra de horror.

—¡San Swithin! —dijo sin aliento—. ¡Su anillo! ¡Nunca se hubiera separado de él si no...!

Las palabras fueron ahogadas por un sonido que les llegó claramente a través de la abierta ventana, seco, inequívoco: un tiro en el aire de la noche.

CAPÍTULO 7

A LA LUZ DEL FAROL DE LAS TORMENTAS

El eco del disparo se desvaneció en la lejanía y en el silencio y fue devuelto por ellos otra vez, antes que se dieran cuenta, por completo, de lo que había ocurrido. Luego, la anciana gritó, con un sonido agudo y sofocado en su garganta. Pudieron ver un sobresalto fugaz en su cara, calmosa y horrorizada, como si estuviera labrada en roja piedra de arenisca, con los ojillos negros dilatados. De repente se lanzó hacia la puerta.

Míster Campion la cogió por un brazo. Se mostraba anormalmente calmoso en sus movimientos y en su cara no había ninguna expresión.

—Espere, Alice —dijo—. Giles y yo iremos primero.

—Déjeme ir —dijo la anciana, retorciendo su brazo para librarse—. Le digo que me deje.

Biddy se adelantó.

—Quédese aquí, Alice —dijo amablemente—. Quédese aquí. Él dijo que fueran ellos solos.

Alice se resignó y volvió a entrar en la habitación. El juez Lobbett estaba entre sus dos hijos, con una cara inescrutable. Isopel, colgada de su brazo. Marlowe esperaba muy serio, dispuesto a ayudar cuando llegase la hora.

Míster Campion tocó a Giles en el hombro.

—¡Vamos! —dijo.

Y salieron juntos, corriendo, fuera de la casa.

La Rectoría estaba al otro lado del golf, a espaldas del camino, en la parte inferior de una calzada de grava, desguarnecida, flanqueada por espesos arbustos y altos árboles. La casa parecía estar a oscuras cuando se aproximaron, pero la puerta de entrada permanecía abierta, bajo el porche cubierto de hiedra.

Míster Campion se volvió a Giles:

—Deja que entre yo primero —dijo—. Tú no estás acostumbrado.

Giles se detuvo titubeando, de mala gana; pero no intentó protestar. Campion entró solo en la casa oscura.

Frente a él había una puerta abierta, que permitía ver la habitación siguiente, débilmente iluminada.

Entró.

Al cabo de un rato reapareció en el porche. Giles pudo percibir su cara a la luz de la luna.

—¿Quieres entrar, chico? —dijo calmosamente, y Giles se dio cuenta de que la pregunta que había estado a punto de salir de sus labios había sido ya contestada.

Los dos hombres entraron despacio en la casa. El despacho del viejo rector era la única habitación que se encontraba algo iluminada, y la luz que recibía provenía del farol que el anciano se había traído de la Casa de la Viuda hacía tan poco tiempo. Estaba sobre el pesado escritorio, esparciendo una claridad difusa por los rincones sombríos del despacho. Este era una habitación amplia y rectangular, con una chimenea en uno de sus lados, una ventana salediza en el opuesto y librerías a lo largo de las paredes de los otros dos.

El escritorio estaba colocado paralelamente a la chimenea, y la vieja silla del rector, con su desgastado asiento de cuero, se veía apartada del escritorio, como si el anciano se acabase de levantar de ella. El fuego resplandecía lánguidamente en el hogar.

Giles miró a su alrededor, impaciente.

—¿Dónde...? —empezó, y Campion señaló silenciosamente la puerta que se correspondía con la que habían atravesado antes, al otro lado del fuego. Giles recordó que llevaba al pequeño vestuario que un estudioso antepasado suyo había construido junto al despacho. La puerta estaba cerrada, y por debajo de ella salía un delgado y oscuro reguero de sangre, que resbalaba por el raído linóleo color castaño.

Giles fue hacia la puerta y la abrió. Encendió una cerilla y la mantuvo en alto. La vacilante llama iluminó el cuartillo durante un instante y luego se apagó. La mano de Giles se desplomó a lo largo de su cuerpo. Después, cerró la puerta sin prisa y se volvió a Campion. Su cara estaba muy pálida y se humedeció los labios nerviosamente con la lengua.

—Su vieja escopeta —dijo.

Campion asintió.

—¿Suicidio? —preguntó—. ¡Dios mío..., el viejo! ¡San Swithin!

—En su boca..., una cuerda atada al gatillo. Como se suele hacer.

El muchacho se desplomó en la silla.

Campion seguía mirando la puerta cerrada.

—¿Por qué? —dijo—. Por todos los santos del cielo, ¿por qué?

Los interrumpió un rumor en el *hall*. Alice Broom, la vieja ama de llaves, apareció en el umbral. Sus ojos negros se fijaron en ellos inquisitivamente.

—¿Se disparó él mismo? —empezó a llorar—. Vi que había sacado la escopeta, pero quién iba a pensar que fuese para eso. ¡Ay Señor, ten piedad de su alma!

Se dejó caer de rodillas en el mismo lugar en que estaba y se tapó la cara con las manos.

El espectáculo de la desventurada hizo que Giles se recobrara. Campion y él la ayudaron a levantarse y la llevaron a la silla del escritorio. La anciana se separó de ella como una oveja espantada.

—¡En su silla, no! ¡No me sentaré en esa silla! —gritaba histéricamente—. ¡Es la

silla del muerto!

Quedaron asombrados al ver cómo su superstición sobrepasaba a su pena. La dejaron sentada en el sillón que estaba al lado de la chimenea, donde permaneció llorando suavemente en el cuenco de sus manos.

Campion cogió el mando de la situación.

—Mira, Giles —dijo—, vamos a necesitar un médico y a la Policía. En la aldea no tenéis ni lo uno ni lo otro, ¿no es así?

Giles sacudió la cabeza.

—No, no hay. Tendremos que ir a buscar al viejo Wheeler a Heronhoe. La policía más cercana está también allí. Campion, esto es horrible. ¿Por qué hizo eso? ¿Por qué?

El otro señaló una carta que estaba apoyada contra el tintero, en la mesa, cerca de la linterna. La dirección estaba escrita con la letra anticuada, llena de rasgos, de Swithin Cush:

HENRY TOPLISS, ESQ.

—¿Quién es? ¿El juez? —preguntó Campion.

Giles asintió, y de nuevo una expresión incrédula atravesó su cara.

—Debe de haberlo hecho con toda premeditación —dijo—. No puedo entenderlo. ¿No creerás que el quiromántico...?

Campion elevó su mano a modo de advertencia. En el *hall* se oían pasos.

Los otros llegaban, incapaces de soportar la incertidumbre durante más tiempo.

Biddy entró la primera, seguida por los demás. Su cara estaba blanca; se retorcía de ansiedad. Echó una mirada en tomo a la habitación y sus ojos se fijaron, en seguida, en la puerta cerrada. Con un ligero grito avanzó hacia ella. Campion se precipitó a su encuentro y la detuvo.

—No, pequeña, no entres —dijo ahogadamente—. No puedes hacer nada.

La mano que él sostenía se enfrió y los esbeltos dedos se clavaron en su carne. Durante un momento no se movió ni habló.

Campion la rodeó con su brazo hasta que Isopel Lobbett llegó, y cogiéndola de la mano la llevó a una silla cerca del fuego.

El juez Lobbett y Marlowe se adelantaron y Giles les explicó lo que ocurría lo mejor que pudo.

El anciano quedó horrorizado.

—Es terrible —dijo—. ¡Terrible! Yo... —las palabras parecieron faltarle y permaneció silencioso durante un momento, completamente desalentado por el choque.

Gradualmente, gracias a su vieja práctica, fue recobrándose.

—Isopel —dijo amablemente—, lleva: a miss Paget a la Casa de la Viuda y

quédate con ella allí, hijita, mientras que nosotros vemos qué podemos hacer.

Campion se unió a los dos jóvenes que hablaban, bajando la voz, junto al escritorio.

—Giles —dijo—, ¿quieres coger un coche e ir con Marlowe a Heronhoe para traer al médico y a la Policía? Eso es todo lo que podemos hacer. Si pueden evitarlo, no molesten a los criados. Yo subiré a Alice a su habitación. Y luego, si no le importa, sir —añadió, dirigiéndose al juez—, nosotros los esperaremos aquí.

Los dos jóvenes aprovecharon la oportunidad de hacer algo y echaron a correr.

Isopel y Bidy regresaron a la Casa de la Viuda.

Bidy no había llorado; pero su cara seguía ostentando el gesto crispado y tenso que pudo advertirse cuando entró en la Rectoría.

Campion la contempló, mientras se alejaba, desde la puerta, y luego enfocó su atención sobre Alice. El problema de su instalación hubiera presentado indecibles dificultades de no haber sido resuelto de improviso por la inesperada presencia de George. El viejo había oído el disparo mientras vigilaba en el jardín de la Viuda y había seguido después al juez Lobbett, sin atreverse a entrar. Sin embargo, por último, como su curiosidad excedía a cualquier otro sentimiento, se había atrevido a entrar en la casa.

Con el sombrero en la mano y los ojos desmesuradamente abiertos escuchó la concisa explicación que Campion le dio.

—El rector, muerto —dijo, y se repitió a sí mismo esas palabras, una y otra vez, mientras que el horror y la emoción que experimentaba se iban dibujando en su rostro paulatinamente.

—Me llevaré a Al —dijo, por último—. Es hermana mía. Mi mujer cuidará de ella. Le ha cuidado tanto tiempo, que tiene que haber sido un golpe para ella, Un golpe.

Ayudó a levantarse a la vieja mujer y la condujo, con desmañadas ceremonias, fuera de la habitación.

—Buenas noches, *master*. Buenas noches, señor —dijo.

Campion echó a correr tras él.

—George —suplicó—, no alborote la aldea, por favor.

El viejo se detuvo.

—No sir. Lo mejor en estos casos es tener la boca cerrada hasta que se hayan ido los policías.

Con aquella inesperada observación se fue, y sus grandes botas resonaron en las losas del *hall*. Campion volvió al despacho donde estaba el juez Lobbett.

El anciano se encontraba al lado de la chimenea, con una mano apoyada en la pesada repisa de roble. Era evidente que estaba considerablemente conmovido. En su cara había una expresión de leve aturdimiento y respiraba con dificultad.

Campion encendió las velas de los candelabros del estante y después se sentó calmamente al otro lado del fuego y sacó un cigarrillo.

—Este es un mal asunto —dijo el anciano, de repente—, un asunto terriblemente malo. La muerte parece seguirme como las gaviotas a los barcos.

Campion no dijo nada. Había echado un tronco de madera en el fuego, y el alegre chasquido que se produjo, cuando brotó la llama, fue el único sonido que pudo oírse en la gran habitación mortecinamente iluminada. En el suelo oscuro, el reguero de sangre se congelaba poco a poco a sus espaldas.

El juez Lobbett se aclaró la garganta.

—Como comprenderá usted —empezó—, yo no soy estúpido. Sé que Marlowe consiguió que usted me trajese aquí. No me opuse, porque pensaba que, aunque la solución no me inspiraba mucha confianza sí se la inspiraba a ellos, a mis hijos. Además, a mí me gusta esta clase de vida. Pero si hubiese pasado por mi imaginación que iba a ser el causante de una tragedia como esta, en las vidas de personas tan amables y cariñosas, nada hubiera sido capaz de inducirme a venir aquí. Sé que puede ser una coincidencia —añadió bruscamente— y que incluso parece no haber dudas de que ha sido suicidio.

Campion, que había oído aquel desahogo sin alterar su expresión, habló tranquilamente:

—Fue un suicidio. Creo que no cabe la menor duda. Dejé una carta para el juez.

—¿Eso hizo? —el anciano le lanzó una rápida mirada—. Entonces fue premeditado. ¿Tiene usted idea de por qué lo hizo?

—En absoluto —dijo Campion con gran seriedad—. Es la cosa más asombrosa que he presenciado en mi vida. Si no hubiese visto la carta habría dicho que se trataba de un rapto de locura.

Crowdy Lobbett se sentó en una silla, frente al joven, y apoyó los codos en las rodillas, entrelazando fuertemente sus grandes manos. Miró pensativamente a Campion sin levantar la cabeza.

—Creo que usted y yo deberíamos llegar a un entendimiento antes de ir más adelante —dijo—. Como es natural, le recuerdo del barco. Aquello fue un trabajo muy inteligente, y yo le estoy más que agradecido. Pero tengo la sensación de que sigo sus instrucciones sin saber adónde me lleva. Tenía pensado charlar un rato con usted esta noche, de todos modos, aunque esta terrible calamidad no lo hubiera hecho inexcusable. Marlowe le contrató a usted para que cuidase de mí. Le diré que sé hasta ahí. No es usted un policía, ¿verdad?

—Difícilmente sería tomado por tal —contestó míster Campion—, aunque, según me parece, fui recomendado a su hijo por Scotland Yard —añadió con una desmayada sonrisa—. No soy un detective privado, en el verdadero sentido de la palabra. Sugerí que viniese aquí porque creía que aquí estaría más seguro que en cualquier otra parte y que su familia correría menos riesgos.

El juez Lobbett le miró fijamente.

—¿Comprende usted por qué tengo a Isopel conmigo, lo entiende usted? —dijo—. ¿En qué otro lugar estaría más segura que donde yo pueda protegerla

personalmente?

Míster Campion no emitió ninguna opinión.

—¿Qué es lo que sabe exactamente? —preguntó el juez Lobbett, inesperadamente.

El joven reflexionó durante algunos momentos.

—Sé lo suficiente para darme cuenta de que no es, pura y simplemente, por motivos de venganza por lo que van tras de usted —dijo, por fin—. Eso resulta evidente, tanto para la deducción vulgar como para la deducción de Sherlock Holmes. En Nueva York intentaron asustarle. Lo cual indica que usted sabía algo sobre ellos. Marlowe confirmó mis ideas sobre este extremo con una teoría propia —hizo una pausa y miró a Lobbett, buscando una confirmación; este le indicó que continuase, y Campion siguió—: Luego, según creo, debieron pensar que si usted tuviese algo decisivo en sus manos lo habría usado ya. Entonces decidieron matarle. Usted se escapó. Una de las primeras cosas que hizo usted al llegar a Londres fue consultar a MacNab, el especialista en mensajes cifrados. Esto los puso sobre la pista otra vez. Ante todo, querían saber qué era lo que usted tenía; después, querían su sangre. Por mi parte —añadió—, me aventuraría a decir que usted ha conseguido alguna clave de alguno de los miembros de la banda de Simister y que no la puede descifrar por sus propios medios todavía. ¿No es así?

Se recostó en su asiento y miró al anciano especulativamente.

Lobbett le devolvió la mirada, francamente asombrado.

—No me importa decirle que —dijo— la primera vez que le vi, míster Campion, me pareció usted el mayor idiota de este mundo; pero estoy empezando a preguntarme si no será usted un especialista en telepatía —se inclinó hacia adelante—. Le diré que ha acertado usted, y también puedo decirle que MacNab no me ayudó en absoluto, pero ese ha sido el primer hombre a quien creí poder confiar lo que tenía. He podido conseguir un hilo del ovillo, como usted dice, pero si cualquiera de la banda oyese de lo que se trata cortarían ese hilo por su extremo superior y la oportunidad que preveo de cortar su cabeza desaparecería para siempre. Tal como se encuentra en la actualidad, lo que tengo me sirve de tanto como un saco de chatarra. Y no me atrevo a confiar en ninguno de ustedes, jóvenes, ni quiero hacerlo.

Míster Campion le examinó con ojos críticos. La decidida expresión que se dibujaba en la cara del juez y la obstinación que presagiaban los pliegues de sus labios hicieron al joven comprender, en un instante, que sobre ese punto y a cualquier precio el juez sería tan terco como una mula.

—Supongo —dijo— que pensará quedarse aquí hasta que resuelva su crucigrama, ¿verdad?

El juez Lobbett asintió.

—Tenía esa intención, ciertamente —contestó—. Pero después del horrible suceso de esta noche no sé qué decirle —miró a Campion—. Escuche: en su opinión, si me quedo, ¿qué posibilidades tengo de alcanzar lo que busco?

El joven se levantó.

—Una —dijo con el convincente tono usual en su voz—. Está usted en Inglaterra y no creo que le sería muy fácil a nuestro amigo Simister actuar en gran escala. No podría sacar fuera del país de ustedes ni a la mitad de sus mejores hombres. Existe una probabilidad, entre cien, de que haga el trabajo personalmente. Por primera vez, la montaña puede venir a Mahoma, y en ese caso dudo que nadie vaya a estar en peligro, excepto usted.

El juez Lobbett señaló con la cabeza a la puerta cerrada que se encontraba detrás del joven.

—Puede ser —dijo—. Pero ¿y eso?

Campion permaneció silencioso un momento, con las manos profundamente hundidas en los bolsillos.

—Me imagino —dijo, por último, titubeando, como si pesara cada palabra— que hay en esto algo más misterioso de lo que parece. ¡Pobre viejecillo!

CAPÍTULO 8

EL SOBRE

La transformación que había sufrido el salón de la Casa de la Viuda era extraordinaria. El ambiente apacible ya se había desvanecido. El fuego se había ido extinguiendo hasta convertirse en algunos carbones rojos y grises; las velas se habían arrugado en los candelabros y la habitación estaba fría y desolada.

Las dos muchachas estaban sentadas muy juntas en el asiento del ventanal, donde un poco antes el hombre que ahora yacía, inmóvil e irreconocible, en la pequeña estancia cerrada al otro lado del campo de golf había escuchado encogido, con sus manos abiertas ante el visitante. Bidy no estaba llorando; permanecía rígidamente sentada, con la espalda apoyada en los pliegues de la cortina de lana. Su cara estaba muy pálida, y en ella se veía aún la misma expresión crispada de sufrimiento.

La otra muchacha estaba sentada junto a ella, con sus manos en las rodillas.

—No soy capaz de expresarle lo imposible que me parece esta desgracia — empezó a decir Bidy, bajando instintivamente la voz, como si temiese ser oída—. Resulta tan impropio de él. No creo que tuviese ninguna inquietud en absoluto, ni preocupación más grande que la asistencia a la escuela dominical. ¿Por qué tenía que hacer esto tan horrible, tan horrible...?

Isopel no podía contestarla y Bidy continuó con un tono monótono:

—¿Quién iba a pensarlo? Debía de saberlo cuando me dio las buenas noches. Debió de irse a cosa hecha: a escribir la carta para míster Topliss, a enviar a Alice con aquella nota y, luego, a encerrarse en aquel cuartucho, completamente solo, y... ¡Oh!

...

Se recostó en la contraventana y cerró los ojos.

Isopel asintió.

—Ya sé —dijo. Sus pestañas cayeron sobre sus ojos oscuros y por su cara juvenil pasó una sombra—. He vivido estos últimos seis meses en una atmósfera parecida a esta. Creo que me voy endureciendo. Primero, Schuyler, el secretario de mi padre. Le conocía desde niña. Le encontraron en la silla de papá, con un tiro en la cabeza —se estremeció—. Debieron dispararle, a través de la ventana, desde la manzana de casas de enfrente. Desde entonces se han venido sucediendo los demás, uno después de otro. Wills, el ayuda de cámara; luego, nuestro nuevo chófer y, luego, Doc Wetherby, que estaba paseando por la calle con papá. Entonces estaba asustada. Pero después, en el barco y en nuestro hotel de Londres, tenía tal terror que creí que me iba a volver loca. Y después, cuando vinimos aquí, parecía como si me hubieran liberado —

suspiró—. Esa casa de ustedes, al otro lado del parque, y esta..., son tan tranquilas, se han conservado tan inalterables durante tantos años que parecía que nada terrible podría suceder nunca en ellas. Pero nosotros les hemos traído esta tragedia. Algunas veces pienso —su voz se redujo a un susurro— que atraemos al diablo. Hay alguna horrible fuerza del mal que nos persigue, algo a lo que no podemos escapar.

Hablaba completamente en serio, y la solemnidad de su voz, unida a la desgracia que la había abrumado, contagió a la otra muchacha el terror de Isopel.

—Pero —arguyó Bidy, luchando por recobrar su sentido común— San Swithin se suicidó. De eso no hay ninguna duda, según dicen los que le vieron. Si hubiera sido un asesinato, no sería tan horrible. Se debe de haber vuelto loco. En mi sentir, eso es más espantoso que cualquier otra cosa. ¡Quisiera —dijo saliéndose del tema— que hubiera vuelto Giles!

Un suave golpe en la puerta las hizo sobresaltarse. La vieja Cuddy apareció con una bandeja. Las manos de la mujer temblaban y su redonda cara apacible estaba llena de manchas; en los lugares donde la sangre había dejado de fluir, la piel, curtida por la intemperie, constituía el único color de sus mejillas.

Le había sido comunicada la tragedia y había reaccionado ante ella con la actitud práctica que le era peculiar.

—Les traeré una tacita de chocolate, miss Bidy —había dicho—. Un sorbo caliente templará el corazón.

Posó la bandeja ante ellas y, sin añadir palabra, empezó a encender el fuego y a reponer los vacíos candelabros. Bebieron el chocolate y se sintieron reconfortadas. El cálido estimulante sosegó sus nervios y estuvieron tranquilamente sentadas en silencio hasta que vieron, más allá de las siluetas de las copas de los árboles, el débil resplandor de unos faros sobre el cielo. La luz se fue acercando y, poco después, pudieron oír el rumor del coche cuando pasaba frente a la casa. Luego volvió la oscuridad.

—¿A quién traerán? ¿Al doctor y al *sheriff*? —preguntó Isopel nerviosamente.

Bidy movió la cabeza.

—Serán el doctor Wheeler y Peck, el policía de Heronhoe, supongo —dijo, y de un modo completamente inesperado volvió su cabeza hacia la cortina y rompió a llorar.

Al otro lado del campo de golf, en el despacho, el doctor Wheeler, un hombre bajo, rechoncho, algo viejo, con una barba recortada y aspecto naturalmente importante, puso su maletín sobre el escritorio y se quitó la chaqueta.

Peck, el policía uniformado de Heronhoe, con la cara enrojecida y sudorosa por la insólita responsabilidad, echó mano de su librito de notas, sin dar muestras de sentirse feliz.

Giles y Marlow los habían seguido a la habitación y ahora estaban, con gesto serio, en el umbral. Giles presentó al juez Lobbett y a Albert Campion.

El doctor inclinó la cabeza cortésmente.

—Feo asunto —dijo—. Terrible. Impropio del anciano. Le vi hace solo unos días. Parecía completamente alegre. ¿Dónde está el cadáver, por favor?

Hablaba vivamente.

Giles le señaló la puerta del vestuario.

—Le hemos dejado exactamente como cayó, sir. No se podía hacer nada. Se ha... se ha destrozado prácticamente la cabeza.

El doctor asintió:

—Sí, por completo —dijo, mientras tomaba en sus manos capaces la dirección del caso—. Creo que necesitaremos alguna luz. ¿Ha traído usted la linterna, Peck?

Tenía cuidado de no herir las susceptibilidades de los demás, y estos se lo agradecieron.

La puerta cerrada fue abierta y el doctor, pisando con cuidado para evitar el charco de sangre, entró en la habitación seguido por el policía, que mantenía la linterna en alto.

Algo del horror de lo que vieron se comunicó a las cuatro personas que estaban observando. El doctor Wheeler reapareció a los pocos minutos y detrás de él salió Peck, impasible y frío.

El doctor movió la cabeza.

—Muy desagradable —dijo calmosamente—. Menos mal que la muerte ha debido de ser instantánea. Tenemos que sacarle de aquí. Necesitaremos algo para llevarle, y si pudiese usted conseguirme una sábana Giles... ¿Cómo está Bidy? —preguntó de repente—. ¿Está bien del todo? ¿Está en la Casa de la Viuda? Iré a verla antes de irme.

Giles le explicó que Isopel estaba con ella y el anciano, que conocía a los hermanos desde que eran niños, pareció tranquilizarse considerablemente. Campion y Marlowe atravesaron la oscura cocina empedrada de la Rectoría. Se metieron en el patio y desencajaron de sus goznes una puerta de batiente, llevándola cuidadosamente adentro de la casa. Giles subió las escaleras para buscar una sábana; pudieron oír sus pasos tropezando en el piso desigual.

Mientras que el policía sostenía la luz, ayudaron al doctor a subir el bulto cubierto y horripilante a la improvisada camilla. El doctor había arrojado una sobrepelliz, que colgaba de la pared, sobre los restos del anciano antes que Giles volviese con la sábana.

Llevaron la camilla sobre un caballete de sillas, apresuradamente dispuesto en el fondo de la habitación. Campion corrió las grandes cortinas de los ventanales y luego, silenciosos, fueron a lavarse a la cocinar en tropel.

Peck se mostraba especialmente deseoso de evitar molestias a los Paget y a sus amigos, reduciéndolas a lo que fuera absolutamente imprescindible, y en el momento de sacar de nuevo su librito de notas lo hizo con ademán de disculpa.

—Hay solo algunos detalles de los que tengo que tomar nota —empezó, carraspeando nerviosamente—. ¿Me dijeron que la escopeta fue disparada por el

mismo difunto?

—Claro que sí. De eso no hay la más leve duda —el doctor estaba luchando con la chaqueta que le tendía Giles—. ¿Verá usted a míster Topliss, Peck? Dígale que le telefonaré por la mañana.

—Míster Cush dejó una carta para míster Topliss —dijo Campion, señalando el gran sobre amarillo de encima del escritorio.

El policía se adelantó, desmañadamente, para cogerlo, y el doctor suspiró con alivio.

—Espero que eso facilite la cosa —dijo—. Temía que las circunstancias les llevasen a todos a tener que soportar un aburrido interrogatorio. Probablemente, solo supondrá una encuesta formal. Es probable, incluso que entre Peck y yo les ahorremos la asistencia a ella.

El policía deslizó la carta en su bolsillo.

—Lo primero que haré será acercarme a ver a míster Topliss —dijo—. Sin embargo, tengo que hacerles una pregunta, si no les molesta. ¿Dónde estaban todos ustedes cuando se disparó el tiro?

—Todos juntos —dijo Giles— en el salón de la Casa de la Viuda, que está al otro lado del campo de golf.

—Comprendo —dijo Peck, escribiendo trabajosamente—. Y el ama de llaves, mistress Broom, ¿dónde estaba?

—Estaba con nosotros —contestó Giles—. Nos había traído un mensaje de San Swithin..., quiero decir de míster Cush.

—¿Sí? —dijo Peck con interés—. ¿Qué era ese mensaje?

Giles le ofreció el trozo de papel y el policía lo acercó a la luz.

—“Que Giles y Albert vengan solos” —leyó con dificultad—. ¿Albert..., será usted, sir? —preguntó, dirigiéndose a Campion.

—Sí —asintió el joven—. Nada más leer el mensaje oímos el tiro.

—Comprendo. ¿Y ocurrió cuando estaban en la Casa de la Viuda? Todo eso hace que el asunto parezca como cosa muy planeada, ¿no le parece, sir? —preguntó, dirigiéndose al doctor.

—No cabe duda de que fue algo deliberado —contestó el médico enfáticamente.

—Y estos dos señores encontraron el cadáver, supongo —dijo Peck, llegando al fin de sus anotaciones, muy contento de terminar—. Supongo que tampoco tendrán idea del motivo o la razón —añadió, dirigiéndose a Giles.

—No, en absoluto —contestó Giles.

—La carta a míster Topliss explicará todo eso, seguramente —dijo el doctor Wheeler, poniéndose los guantes, con gesto de dar por terminado el asunto—. Iré a ver a su hermana ahora, Giles.

En ese momento se planteó la cuestión de quién debía quedarse con el cadáver del anciano rector. Giles y Campion se sentaron, uno a cada lado de la chimenea, y se prepararon para el velatorio, y habrían permanecido allí solos, a pesar del generoso

ofrecimiento de Marlowe de acompañarlos, si no hubiese aparecido Alice, la anciana ama de llaves, en el umbral.

Había conseguido sobreponerse al primer ataque de pena gracias al rudo estoicismo de las campesinas que las hace aceptar, con el mismo temple, los nacimientos y las muertes, las primaveras y los veranos. Su cara roja estaba serena e inalterable.

—Váyase usted a la cama, míster Giles —dijo—. Yo voy a quedarme.

Con la mano pareció dispersar las protestas del joven.

—Yo cuidé de él cuando estaba vivo y cuidaré de él ahora que está muerto —dijo—. Es un viejo. No le gustaría —dio esta curiosa explicación— tener a nadie más que a mí a su lado. Tengan buenas noches.

Aceptaron la sustitución.

Campion fue en último que salió y, al pensar que la anciana iba a quedarse sola y en el terror que sentiría esta, volvió hacia ella y la susurró unas cuantas palabras para tranquilizarla.

Ella le miró, con alguna sorpresa reflejada en su cara.

—No tendré miedo de él —dijo—. ¿Qué importa que haya sangre? No es más que sangre, ¿no? He cuidado de él desde joven. Ya sé que usted me lo dice con buena intención. Buenas noches.

Campion siguió a los otros por la calzada. Fueron en silencio hasta la Casa de la Viuda, donde el doctor estaba atendiendo a las dos muchachas con sus bruscos movimientos profesionales.

El juez Lobbett se acercó pausadamente a Campion.

—Me llevaré a mi hija a la otra casa —dijo—. Marlowe les mandará el chófer para que se lleve al doctor. Me imagino que no debemos estorbar más. Haga que miss Paget se vaya a la cama. No hay nada como dormir. Ya habrá tiempo para hablar mañana.

Con la marcha de los Lobbett el asunto adquirió caracteres más íntimos. Giles se sentó, rodeando a Bidy con un brazo. Campion permaneció ante la chimenea con un codo apoyado en la repisa.

El doctor y Peck se fueron, asegurando que harían todo lo que fuera preciso. De nuevo los faros iluminaron el campo de golf y, luego, desaparecieron.

Los tres jóvenes se miraron unos a otros.

—Ahora —dijo Giles como si estallara—, por todos los santos, ¿qué significa esto?

Bidy miró a Campion con gesto suplicante.

—¿Qué significa esto, Albert? ¿Cómo ha sucedido? Tú le conocías casi tanto como nosotros. ¿Por qué lo hizo?

Campion introdujo su mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un abultado sobre amarillo, que les ofreció.

Estaba dirigido así: “Para Giles, Bidy y Albert Campion”. En un ángulo podía

leerse: “Confidencial”.

—Esto estaba en el escritorio, junto al sobre del juez —dijo—. He creído que era mejor guardarlo hasta que estuviéramos solos. Ábrelo, Giles.

El muchacho desgarró el sobre, con dedos poco firmes, y sacó lo que contenía. Se trataba de otro sobre que ponía: “Giles”; un papel plegado para Bidy, y algo, muy bien envuelto en un pedazo de papel de cartas, para Champion. Giles entregó todo solemnemente.

Bidy echó una ojeada a su mensaje. Solo consistía en dos líneas. La letra del anciano era temblona y casi ilegible.

“Háblale a Albert de nuestro paseo más largo (corre prisa). Dios te bendiga, hija mía”.

Ella entregó el trozo de papel a Champion con una expresión de completa perplejidad en su cara.

—Debe de haberse vuelto loco de repente —dijo—. ¡Qué horrible, allí, en la oscuridad!

Champion cogió el mensaje y lo observó fijamente. Luego sacudió la cabeza.

—No estaba loco, Bidy. Ha intentado decirnos algo que no quería que nadie supiese, excepto nosotros, Es posible que esto nos ayude.

Empezó a desenvolver el paquetito que llevaba su nombre. Extendió por completo el papel, y de su boca se escapó un murmullo de sorpresa. Expuso ante los ojos de los otros el objeto que tenía en la palma de la mano.

Era, simplemente, una pieza de ajedrez: el caballo negro.

CAPÍTULO 9

“EN EL CASO DE SERIA COMPLICACIÓN...”

— ¿Qué significa esto? —Biddy se recostó en su silla, con los ojos fijos en la figurita de marfil que estaba en la mano de Champion, y en su cara apareció algo del horror supersticioso que la invadía.

Giles se sorprendió también.

—Conozco la figura, claro —dijo—. Era uno de sus mejores juegos..., uno que rara vez sacaba para jugar. ¿Qué crees, Albert? Da la sensación de que estaba loco, ¿no te parece?

Campion guardó la pieza de ajedrez en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Y si leyésemos tu carta? —sugirió—. Ella nos dirá más que cualquier conjetura.

Giles rasgó el sobre que tenía en la mano.

—Es verdad —dijo—. La había olvidado.

Ante la sorpresa de todos sacó dos hojas de papel llenas de apretada escritura que, por el color de la tinta, parecía haber sido escrita hacía tiempo. Giles empezó a leerla en voz alta; su voz sonaba ronca e imprecisa en la pequeña habitación desapacible:

“Querido muchacho: Si alguna vez lee esta carta, será porque habré cometido un crimen, cuyas proporciones se me alcanzan por completo. Sin embargo, si llegase a esto, le ruego que crea que se debe a que habré preferido morir en plena salud y cordura a soportar una existencia torturada, en la que sería una carga para todos ustedes y, para mí, un ser vil y desdichado.

”Hace mucho que supe que era víctima de una enfermedad maligna e incurable, y mi creciente temor ha sido que esta enfermedad debilitara no solo mi cuerpo, sino también mi espíritu. Les suplico a usted y a Biddy que me perdonen. Dejaré una nota para el juez que le evitará a ustedes toda declaración judicial. A pesar de ello...”

—Esto está subrayado —dijo Giles.

“...en el caso de seria complicación que pudiese surgir

inmediatamente después de mi muerte, manden a Albert Campion a mi viejo amigo, Alaric Watts, vicario de Kepesake, que sabrá el correcto procedimiento a seguir en esa situación...”.

—Aquí hay algo tachado —dijo Giles, acercando el papel a la luz—. “Esa” ha sido escrito después. Por lo que parece, lo que había escrito antes era: “en tan terrible situación”. Luego continúa; el final se entiende muy mal:

“Sea como fuere, les ruego muy especialmente que me perdonen y recen por mí. Mi tentación era grande: he sucumbido a ella. Con todo mi amor, hijos míos.

San Swithin

“*P. D.* —Mi testamento, en que dispongo de mis escasos bienes, está en el escritorio”.

—Eso es todo —dijo Giles.

El silencio fue roto por Biddy. Cuando lo hizo, había lágrimas en sus ojos, pero habló con firmeza.

—Todo eso tiene que ser un error: no es verdad.

Campion la miró pensativamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Quiero decir —y la voz de Biddy se elevó un poco— que San Swithin estaba tan enfermo como tú o como yo. Habrá querido ocultar algo o tapar a alguien, o... — y su voz se desvaneció en el silencio.

Campion cogió la carta y la extendió ante él, en la mesa.

—Ha sido escrita hace bastante tiempo —dijo—. Antes que hubiéramos oído hablar siquiera de los Lobbett. Yo diría que no mucho después de morir vuestro padre.

Biddy se enderezó en su asiento, con los ojos brillantes.

—Eso no tiene que ver —arguyó—. San Swithin no estuvo enfermo en toda su vida. Nunca le he oído quejarse ni siquiera de un dolor de cabeza. Últimamente se le vio caviloso, un poco raro; pero no enfermo. Además, ¿por qué iba a elegir un momento tan oportuno para matarse? Precisamente, después que... ese hombre estuvo aquí.

Esta fue la primera vez que se mencionó al quiromántico por parte de alguno de los tres. Parecía como si todos ellos hubieran eludido, instintivamente, el tema. Pero ahora que Biddy lo había suscitado tenía que ser discutido.

Los hermanos miraron a Campion. Este se sentó, mirándolos con sus pálidos ojos

que se guarecían detrás de las gafas.

—Mis queridos polluelos —dijo—: estáis rompiendo ya el cascarón. No conozco a ese hombre. Nunca he oído hablar de él. Nunca pensé encontrarme con alguien así. Pero cuando se dejó ver por aquí esta noche me hizo temblar de miedo. ¿Dices que oíste hablar de él, Giles?

El muchacho asintió.

—Sí. Por toda la comarca. Ya te dije lo que me contó Guffy, y un hombre al que me encontré en Hadleigh también me habló de él. Ha estado recorriendo todo esto durante varios años, según creo. Actuó en Maplestone Hall, el día de Navidad, y tuvo un gran éxito. Fue entonces cuando le vio Guffy.

—¿En Maplestone Hall? —preguntó Campion con manifiesto interés—. ¿No hubo allí un poco de jaleo, hace un mes o así? Me parece haber leído algo en ese sentido.

Giles asintió.

—Un juicio por calumnias o algo por el estilo —explicó—. Sea lo que fuere, algo que olía a podrido. Guffy me contó vagamente lo que era.

Biddy se inclinó sobre la mesa y puso la mano sobre el brazo de Campion.

—Albert —dijo—, ese hombre ha matado a San Swithin.

—Pero, guapa —protestó él suavemente—, le vimos irse. Sus faros no se pararon ni un momento. Tenemos gente vigilando a lo largo de toda la carretera y los siete silbidos llegaron claramente. Además, es evidentemente un suicidio. No sirve de nada olvidarse de ello.

—Ya lo sé —dijo Biddy con impaciencia—. Ya lo sé. No quiero decir que no fuese San Swithin, el pobre, el que se disparó en aquel cuarto oscuro; pero fue ese hombre el que, en realidad, lo hizo. Ese hombre terrible de la barbita roja. Le tuvo que decir algo. Mientras que nosotros estábamos aquí, riéndonos al lado del fuego, observándole allí, en el asiento del ventanal, le dijo algo que obligó a San Swithin a irse en seguida y a matarse. Lo sé. Estoy segura de ello.

Campion titubeó.

—Está un poco traído por los pelos —dijo.

—¿Crees que era un adivino corriente? —preguntó Biddy, y en su tono iba implícita la opinión que ella tenía sobre el problema.

Campion sacudió la cabeza.

—Claro que no; no lo he creído ni un momento, Aquel pájaro, sea lo que fuere, andaba detrás de una pieza más grande. Ni hablar —añadió pensativamente—, no era un gitano que va diciendo la buenaventura simplemente, El pequeño ejercicio de limpia telepatía fue un trabajo bien hecho. Un tipo así podría ganar una fortuna en el teatro. ¿Y qué ganó en Maplestone Hall, en Navidad? Lo más probable es que no llegara a cincuenta libras. ¿Qué ganó aquí anoche? Alrededor de cuatro peniques. Ni hablar; venía a buscar algo realmente importante para él. Me veo obligado a pensar que vino a espiar la desnudez de esta tierra y el estado de debilitamiento de la

inteligencia de nuestro Albert —sus ojos se cerraron, ante la mirada de Biddy, y sonrió, haciendo una mueca—. El viejo San Swithin era juego de poca monta para él. Eso creo, Biddy.

—Entonces, ¿crees esto? —preguntó Biddy, señalando la carta de encima de la mesa.

Durante algún tiempo Champion permaneció silencioso.

—No del todo —dijo, por fin, y, volviéndose, preguntó con aparente descuido—: ¿Dónde está Kepesake, Giles?

—A unas veinte millas, yendo por el campo. No está lejos de Bury. Es un pueblecito del estado de Larksley. La historia dice que un antiguo Larksley, al partir para alguna guerra, se lo dejó a su amada de recuerdo^[3]. Conozco al viejo Watts. Suele venir aquí, algunas veces, a predicar. Creo que es una autoridad en historia eclesiástica o algo por el estilo. Un viejecito muy simpático.

—Me parece —dijo Champion— que será oportuno hacerle una visita. Eso de “en el caso de seria complicación” parece algo muy malo y no nos aclara nada.

—¿Y el caballo negro? —preguntó Giles.

Albert Champion extrajo el caballo de marfil de su bolsillo y lo colocó encima de la mesa, ante él. Era pequeño, bellamente tallado, un modelo algo fuera de lo corriente, pues la cabeza de caballo resultaba más realista que lo que pueden ser la mayoría de estas piezas de ajedrez. Estaba barnizado brillantemente y destacaba, como algo bonito y vivo, sobre la mesa de nogal pulimentado. Giles lo cogió, le dio vueltas y, luego, lo sopesó en su mano.

—Es demasiado pequeño para tener nada dentro —dijo—. Además, eso es una fantasía. Temo que estuviese en lo cierto, Biddy. El viejecito tenía alguna enfermedad que afectaba a su mente y que, de repente, le hizo volverse loco.

—Eso no se puede sostener —dijo Biddy con vehemencia—. Examinemos los hechos —mientras hablaba fue bajando sus dedos, uno a uno—. San Swithin ha vivido aquí toda su vida; nunca ha estado enfermo; nunca ha estado preocupado seriamente. Y luego, después de la muerte de papá, nos damos cuenta de que se iba haciendo un poco más viejo. Alice decía que “se estaba volviendo clueco”; quería decir, “pensativo”. Bueno; según suponemos, escribió esa carta, aproximadamente por la época en que notamos el pequeño cambio que se había producido en él. Hasta aquí todo está claro, ¿verdad? —hablaba apasionadamente, con los ojos castaños muy abiertos y expresivos—. Pero no lo está, en realidad. Si San Swithin hubiera realmente pensado que estaba enfermo, habría ido en seguida al doctor Wheeler. Él creía en los médicos. Cuando tuvo aquella hinchazón en el pie, que suponían que era gota, no tardó ni una hora en ir a Heronhoe. Ya sabes que solía decir en vez de Heronhoe el Santuario de Esculapio.

—¿Cómo sabes que no ha ido a ver a Wheeler? —objetó Giles.

Biddy le dirigió una rápida mirada.

—¿Cómo podía hacerlo sin que lo supiéramos? Le habría tenido que llevar yo en

el coche, y si Wheeler se hubiese acercado a una milla de la Rectoría la aldea se habría llenado de Wheeler. Ese hombre..., ese hombre de la horrible barba roja. Estoy segura que en él se encuentra la explicación de todo. Este caballo significa algo. El solo hecho de que se lo enviase a Albert ya lo prueba. Es más listo que nosotros dos.

Giles miró a Champion.

—¿Crees que el quiromántico pudo venir aquí por el juez Lobbett? —preguntó.

—No es inverosímil —contestó Champion.

—Y sin embargo —insistió Giles—, tú mismo dices que era un hombre brillante. ¿Cómo podía ser un espía corriente? Nunca he oído decir que el quiromántico de que hablaba Guffy Randall tuviese una barba roja. Con franqueza, Champion, ¿hay alguna probabilidad de que fuese el mismo Simister?

Campion levantó la cabeza y sus ojos no parpadearon.

—Verás, siempre hay una probabilidad, ¿no crees? —dijo—. Mira —continuó, después de una pausa—: un aficionado a trucos de menor cuantía como yo, por lo general, oye hablar de un hombre así. Se suele hablar de la profesión, ¿entiendes? Pues bien: nunca, antes de ahora, he oído hablar de ese hombre. Por eso me extraña.

Se levantó y se acercó a la chimenea, donde apagó con el pie un resto que humeaba.

—Eso es todo lo que podemos hacer por esta noche —dijo—. No se me ocurre que podamos hacer nada más. A no ser... —se volvió, con el ceño fruncido—. Lo había olvidado. Claro. Quizá es lo más importante. Tu mensaje, Bidy. ¿Qué significa?

Por un instante le miró con los ojos muy abiertos. Con la excitación del momento, Bidy había olvidado el último de los tres curiosos legados. Sacó el trozo de papel, que había abandonado sobre su falda.

“Háblale a Albert de nuestro paseo más largo (corre prisa). Dios te bendiga, hija mía”.

—¿Vuestro paseo más largo? ¿Por dónde fue? ¿Adónde fuisteis?

Campion habló con vehemencia, acercándose a ella y mirándola a la cara.

—Esto puede explicarlo todo. ¡Qué estúpido he sido!

La muchacha se esforzó por recordar.

—Hemos dado tantos paseos... —empezó, desesperada—. Hemos paseado por toda la comarca. Una noche nos perdimos por las salinas. Alice salió a buscarnos con el farol. A esa vez se debe referir —continuó con rapidez—. Creímos haber hecho quince millas.

Campion movió la cabeza.

—Eso no nos sirve de mucho. ¿Qué más sucedió? ¿Dónde fuisteis?

La muchacha esforzó su memoria.

—Cruzamos el Stroud y seguimos por las salinas de allá, lejos —dijo lentamente—. Continuamos durante varias millas, hasta que llegamos a una faja de fango movedizo. Luego nos volvimos. Ahora lo recuerdo. El cielo y el agua grises, el lodo amarillento y las salinas pardas, con las vetas rojas de los diques. Luego estaba la gran charca de “puré”. Y eso era todo.

Campion la seguía mirando intensamente.

—Piensa, Bidy —la animó—. Piensa, guapa. ¿No había, más? ¿Cómo supiste, por ejemplo, que habíais llegado al barro movedizo?

—Pues por una tabla que hay allí plantada, ¿sabes? Siempre la hay —empezó a decir con indiferencia; pero, en seguida, por su cara se extendió, una expresión de horror—. Ahora lo comprendo —dijo, sin aliento—. ¡En la tabla ponía “Peligro”, Albert!

CAPÍTULO 10

LA LOCURA DE SWITHIN CUSH

Giles y el juez Lobbett, y entre ellos el doctor Wheeler, salieron de la larga sala con techo de bálago de El Perro y el Faisán y bajaron por el camino de piedra hacia el golf y la Casa de la Viuda.

Todavía era temprano. La encuesta apenas había durado media hora y el pueblo estaba todavía discutiendo el acontecimiento en la taberna.

Era una mañana muy soleada, aunque hiciese frío, para lo avanzado del mes, y las últimas flores de los espinos de mayo temblaban en el viento desapacible. Todo Mystery Mile parecía haberse engalanado para una boda campesina. Incluso El Perro y el Faisán estaba cubierto de grandes y blancas rosas dobles y la hierba, que llegaba hasta las rodillas, estaba llena de botones de oro.

Giles iba con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza gacha. Caminaba lentamente, pues sus largos pasos se acompañaban, gracias solo a esta lentitud, con los pasos más cortos de los otros dos.

El doctor Wheeler hablaba volublemente. El caso le había interesado y encontraba en el juez Lobbett el mejor de los oyentes. El americano poseía el gran don de interesarse por todo aquello con que tropezaba, y el doctor, que debido a su situación profesional no encontraba muchos intelectuales con quienes conversar, no quería otra cosa que exponer sus opiniones.

—Un caso importante —estaba diciendo—. En general, no me gustan los clérigos. El pensar poco les hace parecer estrechos. Pero Swithin Cush era un caso enteramente diferente, no crea. Le he conocido siempre, desde que vine, hace treinta años, a esta parte del país. Que recuerde, le asistí una sola vez. Una distensión del tendón de un pie o algo así. Pero, aparte de eso, nunca he visto un hombre más fuerte ni de vida más sana. Y, sin embargo, se le metió una idea en la cabeza, se imaginó una serie de cosas y, en seguida, va y se vuela la cabeza, un buen día, sin encomendarse a Dios ni al diablo. Cada día sabemos más sobre la fuerza del espíritu.

El juez Lobbett le dirigió una rápida mirada de soslayo.

—Entonces, ¿no había la menor traza de enfermedad? —preguntó.

—Nada en absoluto, sir —contestó el doctor enfáticamente—. Como le he dicho a Topliss en la encuesta. No existía ninguna razón para que no hubiera vivido con perfecta salud veinte años más. Con todo, esta es una de las formas de sugestión más corrientes —continuó—. Yo siempre he considerado que hay que tener en cuenta el hecho de que el sentimiento producido por el miedo actúa de una manera más

evidente en los órganos digestivos que en cualesquiera otros. Por consiguiente, en cuanto un hombre se encuentre terriblemente espantado de tener un tumor maligno se verá aquejado de manifestaciones físicas, que contribuirán a convencerle. ¡Qué lástima! Si se le hubiese ocurrido venir a verme yo le habría tranquilizado. ¿Supongo que nunca se quejaría a usted, Giles?

El muchacho negó con la cabeza. Casi no escuchaba las explicaciones del doctor. Esta sana y prosaica explicación del misterio, que él hubiera admitido de buena gana a no ser por el contenido del sobre amarillo que *Campion* había traído de la Rectoría, tenía ahora muy poco sentido para él ya que se basaba solo en la mitad de los hechos. No podía dejar de pensar que se trataba de una versión que había sido inventada por el mismo *San Swithin*.

La cara del juez *Lobbett* se iluminó con una ligera sonrisa.

—La encuesta de ustedes me recuerda algo parecido a la que tenemos nosotros, todavía, en el Oeste. Todo el mundo conoce a todo el mundo y se da una especie de disculpa general para no meterse en algún asunto desagradable. ¿Qué habría ocurrido si se tratase de un crimen?

El doctor se mostró impreciso.

—Supongo que el procedimiento hubiera sido un poco más estricto —dijo.

Pero hablaba sin convicción. Resultaba evidente que, en su opinión, la más mínima posibilidad de que algo tan inverosímil pudiese ocurrir en su pequeño rincón de *Suffolk* era muy remota.

—¡Pobre *Biddy*! —dijo de repente—. Temo que no se sobreponga a esto con facilidad. Ella y el anciano eran grandes amigos. Él hizo lo que pudo para sustituir a su padre, *Giles*.

Giles no respondió y *Lobbett* movió la cabeza.

—Mi hija está con ella en la Casa de la Viuda —dijo—. Se llevan bastante bien las dos.

Se detuvo y arrojó una piedra a *Addlepate*, que había esperado a *Giles* en la puerta durante el acto y ahora retozaba locamente por la arena.

—Es curioso lo estúpido que es este perro —observó, al ver que el chuchó arrancaba detrás de la piedra, cambiaba de opinión a medio camino y se dejaba caer, por fin, en el sendero sobre sus propias patas.

Una mueca inesperada cambió la cara del médico.

—Tiene usted razón —dijo—. Una vez le tuve que salvar la vida haciéndole la respiración artificial. *Biddy* le quiere mucho, ya sabe usted. La muchacha estaba echando pan a los patos en la charca de los caballos y este animal loco se metió allí e intentó imitar a los patos. Estos mantienen la cabeza bajo el agua algún tiempo, como usted sabe. En realidad, se sumergen del revés. El perro estaba casi ahogado cuando *Biddy* lo sacó del agua.

Addlepate, que había estado ladrando furiosamente a un topo muerto, olvidó repentinamente su entusiasmo y volvió a caminar tranquilamente detrás de ellos con

la nariz pegada al suelo. El doctor se volvió para mirarle.

—Lo que hay de tonto en eso —dijo— es que no creo que pueda olfatear nada. Lobbett se rió.

—Es el perro de *Campion*, ¿no? —preguntó.

El doctor asintió.

—Se dice: “Tal perro, tal amo” —observó secamente.

Cuando llegaron a la Casa de la Viuda vieron el pequeño coche de *míster* *Campion* a la puerta. El mismo joven estaba inclinado sobre el motor descubierto, sudando y resoplando. *Marlowe* y *Biddy*, con *Isopel*, le observaban desde el porche.

—¡Ya ha vuelto! —exclamó *Giles*, corriendo hacia donde ya estaba *Addlepate*, tirado delante del coche con sus cuatro patas agitando el aire.

Mientras que los otros dos se iban acercando, más lentamente, al grupo, una persona salió de la oficina de Correos y tienda del pueblo y corrió hacia ellos. El recién llegado, a pesar de estar en mangas de camisa, estaba, inesperada e inconvenientemente, bien vestido. Llevaba unos pantalones de rayas, muy elegantes, un chaleco negro muy ajustado, zapatos relucientes y una immaculada camisa blanca con cuello duro. Por lo demás, su apariencia era la de un hombre alto, muy blanco y con pelo rubio, cortado tan al rape, que parecía calvo.

Se trataba de *míster* *Kettle*, el “extranjero” de la aldea: es decir, no era de *Suffolk*, sino que había nacido, según se creía, en un lugar tan lejano como *Yarmouth*, a unas cuarenta millas largas de allí. Su excesiva cortesía con “los señores”, como se empeñaba en llamarles, y su benévola superioridad con los “indígenas” (el término era también suyo), le habían convertido muy pronto en el tema central de las conversaciones y en el miembro más impopular de la comunidad aldeana. Vivía con su hija, una joven de cara agria, tan blanca y macilenta como su padre, y entre los dos se las apañaban para llevar no solo la oficina de Correos, sino también la única tienda que podía encontrarse en seis millas a la redonda.

Llegó por entre la alta hierba del golf con un paso lleno de dignidad y saltó sobre el camino, dos o tres metros delante del juez y del doctor.

—Cartas, sir —dijo sin aliento, poniendo de manifiesto uno de los peores acentos de *Norfolk*, ligeramente refinado por su poseedor—. El segundo correo ha llegado ahora mismo. Y al sacar la cabeza por la puerta le dije a mi hija, sir, le dije: “Por allí va el nuevo *squire*” —dio a la última palabra una tonalidad desagradable y untuosa, en la que sus intenciones serviles se transparentaron de un modo nauseabundo; después, cobró aliento y terminó aceleradamente—. Y mi hija fue y me dijo: “Llévaselas tú, papá”. Y eso he hecho.

Tendió un sobre blanco y cuadrado al juez cuando terminó de hablar, y se quedó parado, frotándose las manos y con una fatua sonrisa en los labios.

—Tenemos una tiendecita muy maja aquí, sir, y en cuanto necesite cualquier cosita en *The Manor*, sir, nos sentiremos muy honrados enviándosela. A cualquier hora del día o de la noche, sir.

El juez, que había escuchado bastante asombrado este discurso, pues sus oídos no estaban acostumbrados a oír dos acentos distintos, uno afectado y otro natural a la vez, buscó en su bolsillo; porque había llegado a la conclusión, a que habían llegado también muchos otros visitantes de Europa, de que el criterio más seguro era el de: “En caso de duda, da propina”.

Míster Kettle, que estaba determinado a ser complaciente a toda costa, rehusó con desprendimiento la moneda.

—Nada de eso, sir —dijo—, no faltaba más. Estaré siempre encantado de servirle en cualquier cosa. A cualquier hora del día o de la noche, sir.

Y dando una vuelta corrió a través de la hierba alta, golpeándose los costados con sus brazos.

Cuando el doctor fue a reunirse con los otros, que estaban agrupados alrededor de Giles, Lobbett abrió la carta.

—Sí: “Suicidio en ocasión de demencia temporal” —estaba diciendo Giles cuando el doctor llegó a donde estaba él—. En mi opinión, Topliss se comportó muy decentemente. A mí no se me hizo muy largo. Alice estaba allí muy afligida. La mujer de George se la llevó a su casa. He invitado al doctor a comer, Biddy. ¿Cuánto hace que ha vuelto Albert?

—Hace solo diez minutos —contestó el mismo Champion—. El cordón de zapato que sujeta al pedazo de lata de sardinas, con el que evito que el carburador me gotee en la magneto, se ha desatado. Estará listo dentro de un minuto. Algunos de los aparejos se han escacharrado.

Giles acudió en su ayuda y los dos se sumergieron en la variada colección de horquillas y cordeles que, al parecer, hacían andar al coche de Champion.

—Bueno... —murmuró Giles—. ¿Le has visto? Me refiero a Alaric Watts.

—Sí —contestó Champion, mientras extraía del carburador un pequeño chorro de gasolina—. Pero en esa dirección no se aclarada niebla. Estaba muy triste por la muerte de su antiguo amigo; pero eso fue casi todo. No sabía más de lo que sabemos nosotros.

—Eso quiere decir entonces —dijo Giles— que San Swithin estaba realmente demente cuando nos escribió.

—Sí —dijo Champion pensativamente—; o bien es eso o... —miró a su amigo por encima de las gafas—, o bien la “seria complicación” no ha surgido todavía.

Giles no replicó. Champion enderezó la espalda y se quedó mirando a los otros que, respondiendo a la invitación de Biddy, estaban entrando en la casa.

—Giles —dijo de repente—, ¿te gusta ese mozo americano?

—¿Marlowe? Es un gran tipo; me gusta mucho. Biddy y yo hemos estado hablando de él esta mañana. Ella le admira, ¿sabes?

—A eso me refiero —dijo Champion—. Si me decidiese a competir con él, ¿qué careta me sugerirías? —continuó con aparente seriedad—. ¿Algo atractivo que ocultara todo esto? —señaló con un gesto a su cara—. Vamos a entrar, ¿quieres? No

me gusta quedarme al margen de nada.

Llegaron a la salita, donde estaban todos tomando un aperitivo. El juez Lobbett estaba hablando cuando entraron.

—Lo siento verdaderamente. Me había olvidado por completo de mi carta a esta casa. El cuadro me había interesado, y como me sugirió miss Biddy, les escribí diciéndoles que me enviasen un perito, y lo hice inmediatamente, antes que viniésemos aquí aquella noche. Todo lo que sucedió después hizo que me olvidase del asunto —colocó una carta escrita a máquina sobre la mesa—. Esta carta dice que el perito llegará en un coche mañana por la tarde. Puedo hacer que se vuelva muy fácilmente. Me parece de muy mal gusto tenerle rondando por aquí en semejante ocasión.

—¿Se trata del supuesto Romney? —se apresuró a intervenir Biddy—. Si es así, por favor, no cambie sus planes por este... este terrible asunto. San Swithin nunca molestó a nadie, y yo sé que le disgustaría saber que ocasionaba molestias ahora. Siento que él nunca me perdonaría si permitiera que se modificaran por su culpa los proyectos de nadie.

Había hablado con mucha calma, pero con tal sinceridad y convicción, que al anciano le resultó imposible oponerle ningún argumento.

Giles movió la cabeza afirmativamente.

—Es verdad —dijo—. Biddy tiene razón en lo que dice de San Swithin. Mi opinión sobre el asunto es como sigue: no podemos hacer ya nada; alejémonos de ese horror, si ello es posible —hizo una pausa y agregó con aire pensativo—: Si va a venir un perito, podemos enseñarle algunas viejas sillas, bastante curiosas, que tenemos en la buhardilla del norte. Mi padre y yo solíamos discutir mucho sobre ellas. Él siempre juraba que se trataba de muebles Estuardo, y yo siempre he creído que eran trastos viejos de principios de la época victoriana. Me gustaría saber quién de los dos tenía razón.

Marlowe se mostró escéptico.

—Un tipo que sepa todo lo que hay que saber acerca de Romney puede no saber una palabra acerca de muebles, ¿no les parece? —insinuó.

Su padre cogió la carta.

—Aquí dice: “El famoso perito internacional míster A. Fergusson Barber”.

—¿Quién? —preguntó míster Campion.

Biddy se volvió hacia él.

—¿Le conoces?

Míster Campion suspiró.

—Tropecé con él —dijo—. Estaba en el *Elephantine*. Es posible que, por lo que se refiere a cuadros, sea el mejor conocedor del mundo; pero como consejero, filósofo y amigo, es una verdadera amenaza.

Marlowe sonrió bonachonamente.

—¿Es pesado?

—¿Pesado? —contestó míster Campion—. Es peor que una película de vidas íntimas de estrellas de cine.

CAPÍTULO II

EL LABERINTO

Al día siguiente estaban tomando en té en el césped, delante de The Manor. El tiempo se había hecho más cálido y la variación resultaba agradable. El juez Lobbett había insistido en que sus “anfitriones”, como él los llamaba, estuviesen presentes cuando llegase el perito. El anciano estaba deseoso de hacer cuanto pudiese para disipar el abatimiento que reinaba en la Casa de la Viuda, y puesto que el mismo Giles había manifestado su voluntad de que todo siguiese como antes, el juez se disponía a ayudarle con todas sus fuerzas.

Como era natural, míster Campion acompañaba a los gemelos, y *Addlepate* escoltaba a Albert. El animal prestaba mucha atención a los forasteros, pues tenía la creencia de que estos podrían suministrarle más fácilmente comida a deshora que los amigos, que le imponían su acostumbrada dieta diaria.

Después del té habían estado sentados un buen rato, y eran casi las seis cuando se levantaron. El sol se estaba ocultando detrás de la casa y un último resplandor de oro brillaba sobre el jardín, dorando las hojas verdes y suavizando el castaño claro de los troncos. En la tarde, la vieja casa parecía madura y resplandeciente. El aire era muy tibio y muy claro, y hasta ellos llegaban nítidamente el sonido metálico de los cubos de agua y los cencerros de las vacas desde el patio y los establos, situados a un cuarto de milla de allí.

En ellos penetró algo de la paz y el sosiego de la tarde. Hablaban baja y perezosamente, y míster Campion se prometió quebrantar la rigurosa prohibición de utilizar sus formas de expresión habituales, una norma que se había impuesto durante los días pasados.

—¿No es encantador? —dijo Isopel, entusiasmada.

Campion siguió su mirada a través del vasto césped cercado por arbustos, entre los altos árboles, hasta el parque, que se encontraba más allá.

—Delicioso —dijo—. Aunque una vez conocí un hombre que decía que el campo sin papeles que hubieran tenido tortilla no era campo. Llegó a ser millonario gracias a su negocio de anguilas en jalea. Antes de eso, el único campo que conoció fue Burnham Beeches y Epping, en ocasión de una fiesta de su banco. Después de hacerse rico compró una gran finca en Surrey, pero no se encontraba a gusto en ella. El asunto estaba bastante feo, hasta que a uno de sus secretarios se le ocurrió importar media tonelada de mondas de naranjas, algunas cáscaras de cacahuets y algunos fardos de papel de tortilla. Aquello transformó el lugar por completo y el hombre

vivió allí muy feliz desde entonces. Todo es cuestión de ideales, ya sabe usted.

El juez Lobbet se levantó de su tumbona.

—¿Qué les parece si diésemos un paseo? —sugirió—. George me dijo qué había un laberinto por esa parte del parque.

—Así es —dijo Giles—. Aunque temo que no éste en muy buenas condiciones. No ha sido podado desde hace un año o así.

—Bueno, a pesar de ello todavía existe —dijo Bidy—. ¿Vamos a echarle una ojeada?

—A propósito de laberintos —intervino míster Campion—. Una vez conocí a un hombre que hizo de Rip Van Winkle en Hampton Court. Le encontró un jardinero y le tomó por un montón de heno, pues su barba había crecido tanto, que...

—¡Cállate! —le interrumpió Giles—. No puedo soportarlo, chico. Si quieres hacerte el gracioso, imita al tren o a las gallinas.

—¡Ingrato! —dijo míster Campion amablemente—. A pesar de todo, quiero ver el laberinto. A lo mejor encuentro una oportunidad de colocaros luego mi chiste bueno.

Fueron todos juntos por la hierba hasta el estrecho camino de losas que conducía, bordeado por pequeños setos, a través del parque, a la huerta grande y al huerto de árboles frutales. Al final de una extensa franja de césped, en la que se alzaban los frutales, ya vieron el laberinto, que pronto llegaron a tocar: un gran rectángulo de tejos. Los densos arbustos, en otros tiempos, habían sido arreglados hasta hacer que el conjunto pareciese como un bloque de oscuro mármol verde; pero ahora se encontraban abandonados y habían crecido en modo desigual.

—Es muy grande —dijo Bidy—. Se extiende por todo el terreno de este lado y termina en la carretera. Cuando éramos niños hemos jugado aquí una barbaridad, pero no puedo garantizar que no me perdería ahora.

Se volvió y se encontró con que había estado hablando solo a míster Campion. El juez Lobbett se había adelantado un poco, movido por su habitual interés por las novedades, y Giles e Isopel se habían rezagado. Marlowe no había ido con ellos.

Al verle su expresión, cambió. Enlazó con el suyo uno de los brazos de él.

—¿Has descubierto alguna cosa sobre San Swithin o sobre el caballito negro?

El brazo de Campion oprimió el de la muchacha.

—Bidy —dijo despacito—, prométeme una cosa: No digas nunca, nunca, nada del caballo negro a nadie. Nunca. Prométemelo.

Le miró fijamente, con algo de temor en sus ojos. Él la sonrió y la tranquilizó.

—No te preocupes, chiquilla. No ocurre nada, Pero tienes que prometerme lo que te he pedido.

No hizo ningún esfuerzo por ocultar la seriedad de su voz.

—Te lo prometo —dijo Bidy—. ¿Y Giles...?

—No hay cuidado: él es prudente. Ni siquiera hablará de ello ante nosotros.

Anduvieron en silencio un poco.

Míster Campion consintió en que su expresión vacía se desvaneciese por un

instante.

—Bidly, quisiera decirte algo. ¿Me perdonarás alguna vez por haberte metido en esto?

Ella le miró con una de sus miradas inquisitivas y afiladas.

—Entonces ¿crees que San Swithin tiene algo que ver con este..., con este otro asunto?

Míster Campion no la miró.

—¿Cómo iba a tener que ver?

Pero lo dijo en un tono opaco y sin convicción.

—¿La entrada es por aquí? —la exclamación del juez Lobbett les hizo levantar la vista.

El anciano se encontraba apoyado en la pared vegetal y su claro traje de franela le silueta claramente contra el fondo sombrío.

—Ese es —le gritó Bidly—. Me da miedo que se pierda y tenga que ir de acá para allá, cansándose. ¿Quiere usted saber el truco?

—No. Ya lo encontraré yo mismo —dijo, y desapareció entre los muros verdes—. Esto va a ser fácil —se le escuchó decir con una voz todavía poco Sofocada por los setos.

—Cuándo me llegue la vez —dijo míster Campion—, esa vez que nuestro impetuoso amigo me ha quitado, seré conducido personalmente por la mayor autoridad viva en estragos dolosos, trigonometría y *kibbo kijt*. Contrataré a una pequeña hada...

—¡Vaya por Dios! Ya ha empezado otra vez —dijo Giles, al llegar junto a ellos con Isopel—. ¿Dónde, está míster Lobbett? ¿En el laberinto?

—... contrataré una pequeña hada —repitió míster Campion, ignorándole— para que se ponga a mi servicio. En el servicio estará incluido el té, un plato gratis y una maravillosa conquista de las ruinas. La segunda parte de mi recital es para mayores solamente.

—Papá está muy callado —dijo Isopel—. Apuesto algo a que no encuentra el camino y no lo quiere reconocer.

—Ahora lo veremos —dijo Giles, y después chilló—: ¿Ha llegado al centro, míster Lobbett?

—Estoy en medio de él —la respuesta llegaba del interior del espeso macizo de tejo—. Por aquí no está muy crecido. Debe de haber un montón de nidos de pájaros.

—A los pájaros no les gusta el tejo —observó Bidly.

La voz del juez les llegó otra vez:

—No sé si voy a saber pasar de aquí. ¿Vienen ustedes?

—Va muy bien —contestó Giles—. Pero el truco consiste en girar a la izquierda mientras pueda.

Míster Campion le miró fríamente.

—Tramposo —dijo—. No te olvidas de las costumbres del colegio, hermano.

¿Qué dirían los chicos de Santa Agata si te vieran hacer trampas? Recuerda el orgulloso lema de nuestra escuela: *Floreat fauna*, que, traducido, quiere decir, como sabrán: “Creced, bestezuelas”.

Giles iba a replicarle cuando Bidy, que miraba en dirección al camino por donde habían venido, le interrumpió:

—Miren. Ha llegado.

Se volvieron para mirar y vieron a Marlowe, que venía hacia ellos, y junto a él, sonriente, dándose importancia y hablando con volubilidad, llegaba míster Fergusson Barber.

En la cara de Isopel apareció un gesto de fastidio.

—¡Oh!, ahora le recuerdo —dijo—. Era el pelma de nuestra mesa en el *Elephantine*. Fíjense en Marlowe.

Los otros sonrieron. El aburrimento del joven americano era evidente. Su cara, angulosa y morena, ostentaba un gesto ambiguo, y no hacía ningún esfuerzo para interrumpir el chorro de palabras de míster Barber. El perito llevaba una gran carpeta para cuadros debajo del brazo, pero esto no entorpecía en nada la viveza de sus gesticulaciones.

—¡Atiza! —murmuró Campion a Giles—. Ha traído algunos cuadros para ver si nos los vende. Te apuesto algo a que dice que son Cotman. Todas las veces que veo una carpeta de cuero como esa, me digo: “¡Vaya! El Gran Difunto ha reaparecido Otra vez”.

Mientras tanto, Marlowe y el perito habían llegado junto a ellos. Míster Barber se inclinó gravemente ante las muchachas y, reconociendo a Campion, le saludó fraternalmente:

—Otra vez nos encontramos, amigo mío —rugió—. Usted cree que no le recuerdo —continuó con el mismo bramido tempestuoso—, pero yo nunca me olvido de un nombre o de una cara. Nada se me escapa nunca. No, no me lo diga. Me dijo cómo se llamaba precisamente cuando nos despedíamos, lo recuerdo perfectamente. ¡Ah, sí!, ya lo tengo: míster Memorial...: Albert Memorial.

Todos miraron a Campion con una tácita recriminación en sus miradas. Pero el caballero aludido no pareció avergonzarse en absoluto.

—¡Qué absurdo soy! —dijo—. Le di, equivocadamente, mi dirección en vez de mi nombre. Me llamo Campion. Albert Campion. Ya comprende usted cómo tuvo lugar el error.

Aunque su seriedad fuera perfecta, la de los demás no tuvo tanto éxito, y el oriental les miró con desconfianza. Bidy se puso colorada y dio un ligero puntapié a míster Campion para desahogarse.

—¿Quiere usted ver al juez Lobbett, no es así? —preguntó, dirigiéndose a míster Barber—. Está explorando el laberinto. Le llamaré.

Míster Barber pareció mostrar interés.

—¿En el laberinto? —dijo—. ¡Ah, sí! Ya le veo. Está por las matas, como dicen

en Australia.

—Bueno. Hemos salido al jardín un poco esta tarde —dijo míster Campion.

Marlowe presentó a los demás apresuradamente y driles preguntó cortésmente si el visitante había tenido un buen viaje.

—¡Magnífico! —y míster Barber extendió su gruesa mano—. No sabía que estuviese tan lejos. Por eso he llegado un poco tarde. Además, fui detenido por la Policía de Tráfico precisamente al empezar la carretera que une este lugar con el resto del país. No comprendí el motivo. Así se lo dije a la Policía. En una carretera principal, de acuerdo; pero al empezar una aldeíta que no lleva a ninguna parte, no tiene sentido. A no ser que sea porque, claro —una sonrisa bonachona ensanchó su cara—, ya lo comprendo, están allí para proteger al juez Lobbett.

Nada más terminar de hablar se dio cuenta del mal gusto de su observación. Ya abría la boca y estaba a punto de empeorarla, al disculparse, cuando míster Campion salvó la situación.

—¿Le dejaron pasar? —preguntó—. Entonces, podemos decir que tenemos suerte —continuó con una seriedad desconcertante—. Los fondos de la Policía son bastante escasos y necesitamos una buena multa, de cuando en cuando, para recuperamos un poco. Aunque solo fuera un toquecito de cinco chelines, nos vendría bien —añadió, optimista.

Míster Barber se rió tumultuosamente.

—¡Qué chiste tan bueno! ¡Qué bueno! —exclamó—. Estaba dentro de la ley. No podía ser tocado, en ningún sentido de la palabra. Yo también sé hacer chistes —terminó, algo orgullosamente.

—Bueno, ¿dónde está papá? —preguntó Marlowe—. Ya debe estar cansado de laberinto por hoy. ¡Vamos, papá! ¡Te queda medio minuto!

Su voz sonó claramente por todo el jardín, aún con sol. Había eco y sus propias palabras llegaron burlonamente otra vez hasta él desde los campos alejados. No hubo ninguna contestación.

—Está haciéndose el remolón —dijo Isopel—. Se ha perdido.

—Vamos a entrar para sacarle —dijo Bidy—. Apuesto cualquier cosa a que no ha encontrado el centro.

—Pero si tiene que haberlo encontrado —dijo Giles—. Le dije el truco a gritos. Llámeme otra vez, Marlowe.

—¡Vamos, papá, en serio! —y Marlowe alzó su voz—. Tienes una visita. Debes salir ya.

De nuevo el eco fue la única respuesta.

En los ojos de Isopel aleteó una ligera expresión de miedo.

—Supongo que no le habrá pasado nada —dijo.

La alarma de Isopel se contagió a todos los demás. La sonrisa abandonó la cara de Campion y se adelantó, corriendo, hacia la abertura del macizo de setos.

—Míster Lobbett —gritó—, contéstenos, por favor. Nos está usted asustando.

Escucharon ahora con mayor ansiedad, pues un creciente presentimiento alarmante se iba adueñando, cada vez más firmemente, de sus espíritus.

—No contesta —dijo míster Barber estúpidamente.

Biddy echó a correr.

—Vamos, Giles —dijo—. Podemos verlo todo en un momento. Yo iré directamente al centro. Tú, vete mirando las salidas falsas.

Desapareció en la verde espesura, con Giles pisándole los talones. Los otros se agruparon en la boca del laberinto, escuchando, sin atreverse a respirar. Isopel llamó repentinamente, con una voz chillona y suplicante:

—¡Papá! ¡Papá! Contéstame.

Marlowe se puso muy pálido y rodeó con su brazo a la muchacha.

—Es absurdo —dijo—. Tiene que estar aquí. No hay otra salida, ¿verdad?

—Eso creo —contestó Campion con seriedad desusada—. Un laberinto nunca tiene más que una puerta.

La voz de Biddy le hizo callar.

—Estoy aquí, en el centro —dijo—. No hay rastro de él, Giles.

—Espera un segundo —respondió la voz del muchacho—. Todavía no he tenido suerte. Prueba por esa salida falsa, desde ahí.

La búsqueda continuó en medio de un silencio febril. Míster Campion, que hasta ese momento había permanecido, algo estúpidamente, ante la entrada del laberinto, se dirigió ahora a Marlowe y a Isopel.

—Denla vuelta por aquel lado —dijo—; yo iré por este otro. Puede haber encontrado alguna abertura.

—Y yo ¿qué hago? —preguntó míster Barber.

—Estese aquí y llámenos si ve salir a alguien —dijo Campion, y echó a correr hacia el lado este del laberinto.

Saltó la cerca con alguna dificultad y trepó por la zanja del lado del campo. Los minutos pasaron rápidamente. Campion encontró a Marlowe en la carretera que limitaba con el cuarto lado del laberinto de tejos. Las caras de ambos pusieron de manifiesto su respectiva falta de éxito.

—Es absurdo —dijo Marlowe, como si contestase alguna pregunta no expresada—. Estamos persiguiendo al viento, eso es evidente. Todo este maldito macizo está tan cerrado como una nevera. Tiene que estar dentro. Está tomándonos el pelo. No hay más salida que la que le sirvió para entrar. Me parece que no se da cuenta de lo asustados que estamos.

Sus palabras eran desmentidas por el tono de su voz. A pesar de la evidencia de sus propios ojos, que le habían demostrado que no existía una segunda salida para el laberinto, estaba aterrado.

Míster Campion parecía estupefacto. Si la situación no hubiera sido tan seria, su expresión de completa confusión habría resultado cómica.

—Vamos a reunimos con los otros —dijo—. Probablemente estará ya con ellos.

Un ligero mido de pasos en la carretera, detrás de ellos, les hizo volverse, esperanzados. Era Bidy. Su cara estaba pálida; sus ojos castaños, sombríos y asombrados.

—Albert —dijo sin aliento—: ha desaparecido. Giles y yo hemos examinado el laberinto totalmente y no hay rastro de él. No hay la más leve señal... ni el menor ruido. Es como si hubiera desaparecido de la tierra.

CAPÍTULO 12

EL CALLEJÓN SIN SALIDA

— **E**s inútil estar dando vueltas al laberinto —dijo Bidy, desalentada—. No puede estar aquí.

Isopel y ella se encontraban en la entrada del laberinto de tejo. Míster Campion se había acercado, para preguntar, al puesto de Policía de Tráfico de la entrada del Stroud. Giles estaba todavía escudriñando todos los rincones del laberinto, con terca obstinación; Marlowe, con los sirvientes, realizaba una rápida inspección por los campos. Míster Barber, con una estólida expresión de sorpresa en su cara, estaba sentado, muy derecho, en una silla de campo colocada sobre el césped, con la carpeta de cuero sobre sus rodillas, muy trastornado por todo lo que había ocurrido. *Addlepate*, como en todas las demás ocasiones en las que hubiera podido ser útil, se había esfumado.

Isopel se había puesto muy pálida. Se parecía más que nunca a su hermano. Sus rasgos parecían haberse hecho más afilados y sus ojos más grandes en los últimos diez minutos.

Bidy se encontraba en la más espantosa confusión. Había pasado toda su vida en la comarca, y la rápida sucesión de acontecimientos chocantes, que se había iniciado con la llegada de los Lobbett y que, por ahora, no daba señal de acabar, había conmovido su naturaleza plácida hasta tal punto, que se sentía mentalmente trastornada.

—Pero si es imposible —dijo, levantando un poco la voz—. No *puede* haberse ido. Parece obra de brujería.

Isopel movió la cabeza y los labios en silencio. Parecía luchar con las palabras, que se negaban a salir.

—Nos han seguido... hasta aquí. Ya sabía yo que no nos podíamos escapar de ellos. Ya sabía... yo...

Extendió una mano, como para protegerse a sí misma, y Bidy, al observar la expresión de su cara, corrió hacia ella, llegando justamente a cogerla antes que se desplomase.

Al tener que hacer frente a un problema que podía resolver, la naturaleza práctica de Bidy recobró todos sus derechos. Colocó a la otra muchacha suavemente recostada en un declive del terreno y puso la cabeza de la desmayada sobre sus rodillas. Un grito hizo que Giles saliese a trompicones del laberinto.

Profirió una leve exclamación nerviosa cuando vio a Isopel sobre la hierba, y

echo a correr hacia ellas. Miró a Biddy con los ojos llenos de terror.

—¡Dios mío! No estará muerta, ¿verdad?

—Claro que no, idiota —contestó Biddy, cuyo nerviosismo se había convertido en irritación—. Cógela y vamos a llevarla a la casa. Solo está desvanecida. Pobre chica, no puede más del miedo que tiene. Ni yo tampoco, Giles. ¿Dónde puede estar el juez?

Giles parecía no escucharla. Estaba mirando a la muchacha de cara blanca, cuya cabeza caía tan pesadamente sobre su hombro, y, fuera lo que fuese, no confió lo que estaba pensando a su hermana. Llevó a Isopel dentro de la casa y la colocó sobre una cama, donde la abandonó a los cuidados de Biddy, y él regresó tercamente al laberinto, pues su fe y su fría razón no le dejaban abandonar la empresa.

Se enfrascó en el espeso matorral, recorriendo de nuevo los estrechos senderos, rebuscando otra vez lo que ya había buscado. La hierba era escasa y dispersa por los lugares sombríos y, en general, tan aplastada, que resultaba imposible descubrir huellas en ella. Continuó registrando sistemáticamente y, por último, se detuvo ante un callejón sin salida que se encontraba en el lado este, y permaneció algún tiempo pensativo contemplando la pared vegetal que había ante él. Uno de los arbustos se había secado, y cerca del suelo podía verse un claro agujero; daba a la zanja que flanqueaba el campo de heno vecino al parque. Él mismo se arrastró a través de él; era cosa relativamente fácil. El descubrimiento le tranquilizó en cierta medida, pues aunque no le acercara un ápice, en realidad, a la solución del problema, eliminaba de él aquel elemento que Biddy había insinuado cuando habló de “brujería” y que tanto había repugnado a la mentalidad realista del muchacho.

La zanja en que estaba se hallaba seca y había sido desbrozada recientemente. Podía verla, sin que ningún obstáculo se lo impidiese, en toda su extensión: por la izquierda, hasta la carretera, y por la derecha, hasta el final del campo, a unas doscientas yardas de distancia. El heno estaba ya para segar, y mientras estuvo en la zanja ondeaba sobre Giles por encima de su cabeza. Un pequeño ejército hubiera podido perfectamente haber estado escondido en la ancha zanja seca sin ser visto desde la carretera: pero no había ninguna señal de lucha por ningún lado.

Giles regresó al laberinto, por el mismo camino que le había traído, insatisfecho. Registró cuidadosamente el callejón sin salida. La luz se estaba yendo y los senderos, bordeados por las altas paredes vegetales, se estaban oscureciendo. Temía moverse demasiado, no fuera a ser que destruyese cualquier huella que pudiera haber. Por fin, se detuvo y se agachó, sentándose sobre sus talones. En la hierba se encontraba un cigarrillo, que se había consumido entero en el mismo lugar que cayera, convertido en una larga ceniza gris que nada ni nadie había dispersado. Evidentemente, el fumador lo había tirado, o se le había caído de la boca, en el mismo momento de encenderlo.

Giles titubeó y, por último, lo dejó donde estaba. No tenía mucha fe en sus dotes de detective. Mentalmente abandonó el secreto del laberinto a míster Champion, en

quien tenía una fe completa y casi infantil. Echó a andar cautelosamente, acercándose al centro del macizo, buscando ansiosamente cualquier otro indicio del juez o de sus aprehensores. Pero no tuvo éxito y alcanzó el centro sin obtener otros descubrimientos. El bebedero de piedra para pájaros, adornado con amorcillos gordiflones, había sido cubierto por plantas trepadoras y musgo. Era evidente que hacía años que nadie lo había tocado. Ni siquiera había sendero en tomo a él. La hierba, extendiéndose por este espacio resguardado, pero ventilado, había crecido mucho y no había ningún camino a través de ella.

Mientras permanecía allí, indeciso, oyó la voz de Campion que gritaba desde la carretera:

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí?

Contestó con ansiedad:

—¿Has tenido suerte?

—No hay la menor señal. Es la cosa más absurda y endiablada que he visto en mi vida —era Marlowe el que contestaba—. ¿Y usted?

—No sé —dijo Giles—. Vayan a la zanja que está por el lado del campo del heno y allí nos veremos.

Regresó sobre sus pasos y fue a su encuentro, pisando cuidadosamente por el callejón sin salida y pasando por el hueco del tejo seco. Cuando salió les vio llegando dando tropezones por la zanja, sobre todo Campion, que resbalaba considerablemente en el suelo desigual.

—¿Ven esto? —explicó—. Este es el único camino por el que alguien podría haber entrado o salido, aparte de la puerta, por lo que yo puedo ver, y he escudriñado todo esto centímetro a centímetro. También he encontrado un cigarrillo aquí. Mejor será que vengan y echen una ojeada.

Atravesaron el seto, ensanchando considerablemente el agujero.

—Esto es del mismo juez —dijo míster Campion, cuando Giles señaló el cigarrillo—. Debe haberlo encendido y tirado. Pero no nos ayuda mucho. Todos sabemos que estaba aquí. El problema consiste en saber cómo consiguió alguien sacarle de aquí, sin hacer el menor ruido o sin dejar señales de lucha. Ya ves que no hay señales de nada y ninguno oímos el menor murmullo.

—Y eso que no le hemos dicho lo más extraordinario todavía —dijo Marlowe—. Allí había solo dos policías viejos (ninguno muy listo, pero no tontos del todo) y nos han jurado que desde las cuatro de la tarde no ha salido de Mystery Mile ni un coche, ni un carro, ni un peatón. Y no es eso todo. He visto al hermano de George, Anry, que ha estado sentado al lado de la taberna, en la curva de la carretera, y me ha jurado que no ha visto un alma, con la excepción de míster Barber, que le preguntó por dónde se venía y que parece que le impresionó mucho.

Giles le miró.

—Entonces todavía debe de estar en la heredad —dijo, y este pensamiento pareció tranquilizarle—. ¿No puede haber perdido la memoria o algo por el estilo?

¿Se ha escapado alguna otra vez como ahora?

Este intento de atribuir el asunto a una causa natural era una idea nueva. Marlowe la acogió esperanzado.

—No —dijo—, nunca lo hizo. Pero esa amenaza pesando sobre él constantemente me hace pensar que quizá fuera posible algo de eso. ¿Supone usted que haya sufrido un ataque de amnesia o algo parecido? Todas las cosas que le han pasado últimamente bastarían para que le ocurriese a cualquiera. A lo mejor puede haberse ido a vagar por ahí voluntariamente. ¿No podríamos movilizar al pueblo y organizar una expedición para buscarle? En un sitio tan pequeño como este no concibo que pueda estar perdido mucho tiempo.

—También hay que pensar en el estuario, ¿sabe usted? —dijo Giles lentamente—. ¿No podían habérselo llevado en una lancha?

—No sería difícil saberlo —dijo míster Campion—. Dos o tres hombres con un prisionero hubieran sido advertidos en un sitio como este. ¿Cuándo es la marea alta, Giles?

—Eso es lo que estaba pensando —contestó el muchacho—. Estaba alta a eso de las cinco. Cuando desapareció, debía estar todavía bastante alta. De todas maneras, saldremos con la gente. Podemos fiarnos de ellos para saber si ha habido extraños rondando por los alrededores. Solo hay cinco o seis botes de remos por aquí, ahora que lo pienso. Hay tanto trecho hasta el agua con todas esas salinas... Bueno —continuó bruscamente—, ¿no creen que haríamos mejor diciéndole a Isopel todo esto? Quiero decir lo de la amnesia. Se desmayó aquí mismo, hace veinte minutos, y la llevé dentro. Está ahora con Biddy, pero me parece que si pudiésemos hacer algo para tranquilizarla, aunque fuera poco, deberíamos hacerlo.

Mientras hablaba salían del laberinto y se volvieron para mirar hacia la casa.

—Claro que la gente —dijo Marlowe— está buscando por todos los sitios. A lo mejor nos enteramos de algo en seguida.

Entonces los otros percibieron la excitación que estaba sufriendo.

—Algo tendremos que saber —dijo míster Campion en tono tranquilizador.

Pero su cara pálida estaba inexpresiva, y en sus ojos podía verse una sombra de aprensión.

Encontraron la casa en considerable conmoción. Biddy salió corriendo a su encuentro. Una vez que la transmitieron sus descubrimientos, y que quedó convencida de que nada más se podía hacer de momento, la muchacha se dedicó a ellos.

—Les he preparado una cena fría. Mejor será que se la coman. Estoy intentando que Isopel coma también. Quizá, si se sientan a comer, sean capaces de pensar en algo útil. Hasta ahora no hay nada lógico.

Cuando entraron, se sorprendieron al ver en el comedor al sonriente míster Barber, que se levantó del asiento del ventanal.

—¡Oh! —dijo Biddy con toda franqueza—. Me había olvidado completamente de

usted. Lo lamento.

—No tiene importancia —dijo míster Barber con aire comprensivo—. Esperaré hasta que míster Lobbett pueda verme. Verán ustedes —continuó confidencialmente—: tengo aquí algo que creo le va a interesar —golpeó la carpeta de cuero significativamente—. Es ahora solamente cuando las obras de Cotman están empezando a ser plenamente apreciadas. Pero desde que su valía ha empezado a conocerse, los cuadros de este genio se han ido haciendo, como es natural, cada vez más raros. Me parece que puedo decir que el descubrimiento de un cuadro hasta ahora desconocido, de su época griega, es un acontecimiento cuya importancia difícilmente puede encarecerse. Ustedes mismos —con un gesto magnífico procedió a desabrochar los resortes de plata— pueden juzgar si es verdad lo que digo.

La expresión de extrañeza que había aparecido en las caras de los que le oían se transformó en otra de incredulidad cuando comprendieron que míster Barber pensaba en un cuadro determinado, que había traído consigo con la intención de venderles.

Marlowe avanzó hacia él.

—Usted perdone —dijo—: Creía que había comprendido. Misteriosamente, mi padre ha... —rehuyó la palabra “desaparecido”—. Quiero decir, que no le encontramos.

Míster Barber sonrió y desplegó sus manos.

—No importa —dijo—. Esperaré.

Marlowe perdió la paciencia.

—¿Es que no me entiende? No sabemos dónde está.

La sonrisa de reproche de míster Barber no desapareció.

—He venido a valorar el otro cuadro —dijo—. No voy a obligarles a que compren mi Cotman. Pero, después de venir de tan lejos, esperaré.

Su alegre negativa de aceptar los hechos era demasiado fuerte para ellos. Giles reprimió su violento deseo de darle un grito. Marlowe le volvió la espalda, diciendo:

—Bueno. Entonces, espere.

Y, a juzgar por todas las apariencias, se olvidó por completo de aquel hombre.

Míster Barber se inclinó y se sentó otra vez, acunando su preciosa carpeta.

Un agudo e imperativo ladrido de *Addlepate*, pidiendo entrada, les sobresaltó.

—¡Maldito perro! —gruñó Giles, contra su costumbre, levantándose para abrir la puerta.

Nadie miró al perrito cuando entró trotando. Todos estaban comiendo mecánicamente, casi en silencio, aguardando la claridad mental que Bidy había predicho.

—¡Vamos! ¡Abajo! ¡Abajo! —dijo Bidy, irritada cuando el único ser vivo que estaba verdaderamente interesado por la comida en la habitación puso sus patas sobre el brazo de la muchacha.

—¡Ah! —dijo míster Barber, buscando conversación—. El perro. El animal sagrado de los ingleses.

Nadie se dio por enterado de la sugerencia, pero Giles miró cavilosamente al pequeño chucho como si quisiera inspirarse en él.

Su recompensa fue rápida y asombrosa. Sujeto al collar del perro, y colocado allí indudablemente por una mano humana, había un trocito de papel.

Antes que pudiese decir nada, Campion lo vio también. Llamó al perro. Todos miraron fascinados cómo desenrollaba la tira de papel y la extendía sobre el mantel.

Se levantaron y se agruparon a su alrededor, inclinándose para mirar sobre sus hombros. Se trataba de una página arrancada de una agenda; las pocas palabras escritas en ella parecían garrapatos, como si el remitente las hubiese escrito con grandes dificultades. Marlowe descifró el mensaje con una voz trémula:

“Si no se pierde la maleta azul, estoy salvado”.

—No puedo leer este trozo final —dijo Marlowe—. El papel está arrugado. A ver, esperen un poco..., sí. Ahora lo leo.

“No metan a la Policía en esto. Sin ella estoy más a salvo”.

Intercambiaron miradas asustadas.

—¿Es la letra de su padre? —preguntó Giles.

—Sí. Ha sido escrito por su mano. Y la hoja ha debido arrancarla de su agenda también, me parece —dijo Marlowe, alzando sus ojos y mirándoles uno después de otro, con una expresión en la que se mezclaban el asombro con la incredulidad—. No se ha visto a nadie en la carretera, no hay el menor rastro de ningún extraño en el lugar, y luego nos llega esto por el aire —y terminó con indignación—: ¿Qué deducción sacar de todo esto? Creo que voy a volverme loco.

CAPÍTULO 13

LA MALETA AZUL

La madrugada estaba ya muy próxima cuando la última de las resplandecientes linternas, que habían estado toda la noche moviéndose por las salinas y por todos los rincones y rendijas de Mystery Mile, se acercó por el camino que cruzaba el parque y llegó a pararse ante la gran puerta de la cocina, al otro lado del *hall*. Eran diez linternas en total, que habían sido llevadas por toda la población masculina de la aldea, con la excepción de dos hombres postrados en la cama y de algunos muchachos de corta edad.

Constituían una tropa desaliñada, con caras enrojecidas, considerablemente agotada por la noche de incesante búsqueda, pero profundamente interesada por la reunión que iba a seguir a ella.

Los rasgos diferenciales de las dos familias principales, los Willsmore y los Broom, estaban claramente definidos: los Willsmore eran gente morena, largirucha, con vivos ojos chispeantes y expresión inteligente; los Broom, más robustos, más inexpresivos, con largas caras bovinas y coloradas y todas las variedades del cabello rubio, desde el rojo al amarillo.

Cuddy, que había venido desde la Casa de la Viuda para ayudar a mistress Whybrow, el ama de llaves de The Manor, se multiplicaba por todas partes, preparando té y calentando cerveza para todos los que iban llegando.

La cocina exterior donde se encontraban reunidos era una de esas grandes construcciones exteriores de piedra, sin las que ninguna casa del este de Inglaterra quedaría completa. Estaba acoplada al resto de la casa; su piso era de losas y tenía una gran chimenea de ladrillos construida dentro de la misma habitación, con un tiro independiente. Las mesas de caballete habían sido retiradas junto a las paredes encaladas y los bancos y banquetas habían sido arrastrados junto al fuego crepitante.

Mistress Whybrow era un ama de casa de vieja escuela: sobre sus cabezas, colgados de la viga central, había jamones oscuros curándose al humo. El barril de cerveza estaba en el centro de la habitación, y los grandes calderos de agua hirviendo humeando en el amplio hogar.

El ama de llaves y Cuddy eran hermanas; las dos ancianas habían entrado al servicio de los Paget cuando eran muchachas y se consideraban tan miembros de la familia como el que más. Mientras corrían de aquí para allá, distribuyendo grandes jarros blancos de cerveza y enormes pedazos de pan casero y queso amarillo, parecían maravillosamente iguales, con sus cabellos grises y sus tiesos delantales

blancos que sus movimientos hacían crujir.

George y Anry estaban en primer plano, como correspondía a la dignidad de George. Se sentaban uno al lado del otro. Anry era más joven, con una diferencia de un año aproximadamente. Estaba mucho menos orgulloso de sí mismo que su hermano y se veía afligido con cierto mal humor, lo que, unido a su lengua naturalmente torpe, le convertía en un hombre un tanto misterioso para los aldeanos. Era un sencillo viejo, que llevaba perilla en vez de barba corrida, por deferencia hacia George, con dulces ojos oscuros y, cuando la permitía manifestarse, una lenta sonrisa bastante boba.

Míster Kettle, el de la estafeta de Correos, que había entrado el último con evidentes muestras de agotamiento, se sentó un tanto distanciado de la multitud. Bebió su cerveza en vaso, detalle que, en su opinión, contribuía a hacer más elegante el acto de beber. Además, llevaba sombrero hongo y se había envuelto en una inmensa bufanda a rayas blancas y grises.

—Es talmente un tejón viejo —comentó George, en voz baja, dirigiéndose a Anry.

El comentario fue calculado para que llegase a míster Kettle, pero este siguió en su magnífico alejamiento y no replicó nada.

Uno de los chicos Broom, un mozo alto de pelo rufo, con un principio de barba dispersa por la barbilla como oro en polvo, repitió el chiste, y todos rompieron a reír como locos, mientras que George se pavoneaba. Consideraba que el ingenio era una de sus mejores cualidades.

—Si hubieseis hecho algo para encontrar al extranjero, en vez de llenaros como pellejos, algo más tendríais para contarle a míster Giles cuando llegue —dijo bruscamente Cuddy, abandonando el acento de sus visitantes por su canturreo nativo—. He oído que él y míster Marlowe van a venir en seguida.

Sobre los asistentes cayó un jarro de agua fría al darse cuenta de lo que se trataba.

—Yo llevé mi perro —dijo otro de los Broom, un muchacho alto y grueso, bizco, con un bigote rojizo—. No encontró nada de nada. Él fue el que me condujo a mi casa.

—El perro viejo se guía por el olfato —dijo sentenciosamente George, y de nuevo rompieron a reír.

Cuddy aporreó la mesa con un jarro de porcelana, mientras que su cara amable empalidecía de coraje.

Estoy avergonzada de todos vosotros —dijo, levantando la voz—. ¿Es que ninguno os dais cuenta de que el caballero extranjero se ha perdido? Y vosotros os ponéis a beber y a armar escándalo con menos sentido que nunca.

—Como ser extranjero, no lo era —dijo George—. Hablaba mi mismo idioma.

—¿Es que no es un extranjero todo el que no ha nacido aquí? —preguntó el del bigote rojizo, mirando significativamente a míster Kettle.

—El otro caballero que vino esta tarde, sí..., sí que era todo un extranjero —dijo

Anry, en una de las pocas ocasiones de su vida en que habló sin ninguna ayuda de George—. Casi no sabía lo que le iba diciendo. Se enfadó conmigo y todo. No podía tenerme de risa.

—Callaos un momento —dijo Cuddy, con viveza—. Aquí llegan los señores.

Su agudo oído percibió la voz de Giles en el pasillo, y la conversación se extinguió inmediatamente, de modo que cuando rechinó el pestillo y entró Giles, seguido por Marlowe, en la cocina reinaba un absoluto silencio.

Ellos también habían andado por las salinas toda la noche. Marlowe, que a pesar del extraordinario mensaje que había traído *Addlepate* se había aferrado a la idea de que su padre pudiera haber sufrido un ataque de amnesia, había insistido en que se buscara por todos los rincones del lugar.

Los dos jóvenes estaban pálidos y preocupados, mientras se abrían camino a través del grupo allí reunido.

—¿Hay algo que comunicar? —dijo Giles, bajando la voz y con un ligero acento campesino en alguna palabra—. Bueno —continuó—; ahora, cualquiera que haya visto algo raro por los alrededores, que lo suelte. Que nos diga lo que vio.

Se hizo el silencio en la habitación. El grupo se agitó intranquilo y cada uno miró embarazado a los demás.

—Nosotros no hemos visto nada —dijo George—. Teníamos que haberlo visto, sería asombroso que no lo hubiéramos visto.

Había hablado muy satisfecho de sí mismo. Giles se irritó.

—No es tan asombroso que usted no pudiese encontrarle, George —observó—. Pero no puede haber desaparecido en el aire. Tiene que haber algún rastro de él por algún sitio.

—Si alguien pudiese dar con él yo le encontraría —dijo George—. Lo que tengo de viejo lo tengo de despabilado. Pero ni yo ni Anry hemos visto ninguna cosa.

—Temo que este hombre tenga razón, sir —dijo míster Kettle, alzando la voz en su rincón—. Yo mismo he registrado las principales salidas de la heredad y, por lo que a mí se me alcanza, no hay ningún rastro. Como usted sabe, sir, estamos prácticamente en una isla, solo que más aislados aún, si se puede decir, teniendo en cuenta el fango de la marea baja. Puede tener la seguridad de que hemos hecho lo que hemos podido. Desde el momento y hora en que dejé mi tiendecita, sir, a las ocho en punto, he estado andando...

—Sí, sí, ya lo sé Se lo agradezco mucho —dijo Giles bruscamente. Míster Kettle le gustaba tan poco como a cualquiera de los aldeanos—. Pero lo que pretendo saber es si algún extraño ha sido visto en la heredad desde ayer por la mañana.

De nuevo se hizo el silencio en la cocina, y después Anry se puso, de repente, muy agitado. Enrojeció mucho y luchó desesperadamente por encontrar las palabras apropiadas.

—Señor Giles... Yo vi uno... En un coche con unas ruedas muy grandes, coloradas. Se para, y va y me dice: “¿Dónde está la casa grande?”. Conque... voy yo

y le digo, escamado por...: “¿Por qué lo quiere saber?”... y... y...

—¡Ah!, se refiere usted a míster Barber —dijo Giles—. Le conocemos, Anry. Está en la habitación de al lado.

George dio un codazo a su hermano mirándole con severidad.

—Estás tonto, Anry —le dijo, moviendo la cabeza con superioridad.

Anry bajó los ojos y pareció avergonzarse mucho.

—¿Y las barcas? —dijo Giles—. ¿Ha visto alguien una barca de remos, o de otra clase, por aquí, ayer, a eso de las seis o de las siete?

—No, sir —fue George el que habló y los otros asintieron.

—Nosotros estábamos casi todos en casa, ¿sabe usted?, sir —exclamó uno de los Willsmore—. A esa hora estábamos tomando el té.

—Tú habías salido, George —dijo Anry.

George afirmó con la cabeza.

—Es verdad. Había ido allá abajo, al túnel de niebla, míster Giles. Como si dijésemos, mirando derechamente al agua. Y no vi nada, y si hubiera habido alguna barca por allí tendría que haberla visto. Déjeme pensar —continuó reflexivamente—. Vine derecho para aquí, dando una vuelta por el prado de abajo de modo que si hubiera habido una barca alejándose de la costa no hubiera podido dejar de verla. No, sir —terminó—, dudo mucho que hubiera alguna barca abandonada allí anoche.

—Espere un momento —dijo Marlowe—. ¿Qué es el túnel de niebla?

George contestó:

—Es una hondonada, pudiéramos decir. Una especie de surco en medio de las salinas. La niebla se pega allí. Lo mismo da que sea invierno que sea verano. Es un sitio estupendo para cazar a lazo. Quiero decir que era un sitio estupendo —se corrigió al ver la mirada que le echaba Giles— antes que el joven *squire* prohibiera cazar a lazo.

—¿Y usted estaba allí abajo? —preguntó Marlowe—. ¿Y no vio usted a nadie?

—Nada —contestó George—. Nada por ninguna parte.

Entregó su jarro a Cuddy sin decir esta boca es mía. Cuddy lo cogió y lo puso en el gran fregadero de piedra que se extendía a todo lo largo de una de las paredes de la cocina.

El viejo se levantó y se acercó cautelosamente a ella.

—No te lo di para que lo fregaras —dijo—. Le he estado diciendo cosas a míster Giles, y el decir cosas da sed.

Marlowe se volvió a Giles.

—Esto no sirve para nada —dijo—. No saben nada. Mejor será que volvamos con los otros. Esas chicas deben irse a dormir cuanto antes mejor.

Abandonaron la concurrida cocina y volvieron a la biblioteca, en donde se encontraron a Bidy dormitando en una silla. Se levantó sobresaltada cuando entraron.

—¿Ha habido suerte? —preguntó con ansiedad.

Las caras de ellos le respondieron.

—¿Dónde están los demás? —dijo Giles recorriendo con los ojos la habitación.

—En el jardín. En cuanto amaneció, Isopel quiso salir a buscar otra vez. Albert no quiso dejarla ir sola. Míster Barber se ha ido a la cama. Le he preparado la habitación de las madreselvas. Isopel y yo hemos creído que eso era lo mejor que podíamos hacer.

Giles se acercó a la ventana y miró hacia afuera: estaba amaneciendo. Había todavía un velo gris sobre todas las cosas y el aire era fresco y agradable. Vio a Isopel y a Champion que venían, entre los árboles, hacia la casa. Champion se inclinaba hacia ella e iba mirándola, y Giles se imaginó que la oía reír. No había nada raro en ello: la mayoría de la gente se reía de o con míster Champion. A pesar de ello, se sintió sorprendido y casi resentido. La situación, en su opinión, no tenía nada de chistosa.

Llegaron a los dos o tres minutos. Isopel estaba tan seria como antes, pero el resentimiento de Giles contra Champion aumentó. Con toda seguridad este último había tenido éxito en la labor de tranquilizar a la muchacha, mientras que él había fracasado en el empeño.

—Bueno —dijo Marlowe—, esto resulta cada vez más raro desde cualquier lado que se mire. Voy a admitir que nuestra tropa de sabuesos no esté compuesta por superdotados; pero lo que han estado registrando son sus propios huertos, ¿no? Ninguna barca ha sido vista; tampoco falta ninguna de las de Mystery Mile. Y ninguno de ellos salió de aquí ayer.

—¿Saben ustedes una cosa? —dijo Bidy, incorporándose de pronto en su asiento—. Ninguno de nosotros ha hecho el menor caso de la nota que trajo *Addlepate*. Es tan extraordinaria que nos hemos negado a aceptarla. Sea lo que fuere, debemos abordarlo. Hay tres hipótesis: o bien míster Lobbett ha sido raptado, y se las arregló para escribimos esas líneas con el fin de avisarnos; o bien se volvió loco, y las escribió porque se imaginaba todo lo que dice; o bien alguien lo escribió para despistarnos.

—Tiene razón —dijo Marlowe—. No hemos tenido en cuenta esa nota. Pero papá la escribió, de eso estoy seguro. Y también de que lo hizo en una página de su agenda. Quisiera creer —continuó lentamente— que papá la escribió en su sano juicio, incluso aunque ello signifique que ha caído en las garras de esa gente. Pero no puedo creerlo porque no hay rastro de los raptos. No me dirán que un extraño no iba a ser advertido en un sitio como este. Y un montón de hombres lo suficientemente poderoso para llevarse a papá habría sido el espectáculo más notable de ver en muchas millas a la redonda. No, debe de haberse deslizado él solo fuera del laberinto; luego; sujetaría la nota en el collar del perro, ¡solo Dios sabe cuándo!, y después desaparecería como si se le hubiese tragado la arena movediza.

Mientras pronunciaba las últimas palabras los otros se sobresaltaron, y míster Champion y los gemelos cruzaron sus miradas. Esta explicación ya se le había ocurrido a cada uno de ellos alguna vez durante las pesquisas; pero ninguno se la

había transmitido a los demás. Como en muchos otros lugares de la costa del Este, había varias pozas de “puré” por el fango negro que rodeaba a Mystery Mile; y en estos terrenos vivos era muy posible que un hombre fuera absorbido y enteramente enterrado en unos pocos minutos.

Nadie se preocupó de insinuar esa probabilidad. Marlowe sacó la hoja de papel de su bolsillo.

—La maleta azul... —dijo—, ¿está bien guardada.

Isopel?

La muchacha asintió.

—Sí. Bidy y yo la trajimos aquí. Creímos que así estaría más segura —hizo un esfuerzo por son reír—. No le arriendo la ganancia a quien intente robarla. Pesa lo menos cien libras. Allí está, en aquel rincón —señaló al extremo más alejado de la habitación, donde yacía la pesada maleta de cuero, con su cubierta de lona azul, al lado de la librería.

—Esa es —dijo Marlowe—. Es la que tanto le preocupó durante toda la travesía. Creo que deberíamos abrirla.

Isopel pareció titubear.

—No le gustará a papá, Marlowe.

—No tengo más remedio que hacerlo —dijo el muchacho con énfasis—. Yo tengo que saber qué significa todo esto. No podemos aguantarlo más. Si consigo que papá vuelva aquí otra vez, le rodeare de tantos policías que no podrá llegar hasta él ni siquiera un mosquito. Eso es lo que voy a hacer.

Cruzó la habitación y empuñó la maleta por el asa. Su peso le sorprendió y, en lugar de levantarla, la arrastró al centro de la habitación. Los otros le contemplaron, fascinados, cuando la despojó de la lona azul, poniendo al descubierto una caja de acero guarnecida con cuero y con cierre corrido, que no dejaba ningún resquicio libre.

El muchacho la miró, desconsolado.

—Ahora sí que estamos listos —dijo—. Como es natural, no habrá llave. Padre la llevaba consigo.

Giles y Bidy miraron a Campion, que había permanecido, modestamente, en segundo plano.

—Llamaré a un cerrajero para que la abra —dijo Marlowe—. O a un ladrón —añadió amargamente.

Los dos hermanos volvieron a mirar a Campion con una interrogación en la mirada. Este se adelantó, dando la impresión de que se sentía ligeramente embarazado.

—Esta clase de trabajos parece espantosamente incorrecta —dijo—. En situaciones normales nunca hago alarde de ellos.

—¿Quiere usted decir que puede abrirla? —preguntó Isopel, y la mirada asombrada de sus ojos, muy abiertos, hizo que se ruborizaran débilmente las mejillas de míster Campion.

—A lo mejor, si todos ustedes se vuelven de espaldas... —murmuró, sacando un trozo de alambre y algo parecido a una navaja de su bolsillo.

—¿No lo irás a hacer con eso? Solo tiene dos hojas —dijo Bidy, mirando a la navaja, pues su curiosidad era mayor que su impaciencia.

—Inexacto —dijo míster Campion—. Tiene dos hojas y *además* una cosa para sacar clavos de los cascos de los caballos. En cuanto veo un casco de caballo saco este elegante chismecito y —mientras hablaba se inclinó sobre el delicado cierre y sus delgados dedos trabajaron con increíble rapidez— empujo —continuó— y empujo... y... ¡hip!... saco el clavo. *Voilà!*

Un súbito chasquido acompañó a la última palabra y el resorte saltó hacia atrás. El murmullo de admiración que se produjo iba mezclado con algo de malestar. Resultaba difícil desechar la opinión de que semejante talento en la especialidad era algo reprobable. A pesar de ello, todos sus prejuicios desaparecieron cuando Marlowe se arrodilló ante la maleta y procedió a abrir la tapa.

Cuando alzó la pesada cubierta acerada se pudo ver una capa de papel de periódico. Los otros se agolparon ansiosamente alrededor de Marlowe, con la esperanza de percibir algún destello en el tenebroso misterio en que se veían envueltos.

Marlowe desprendió cuidadosamente el papel y un murmullo de sorpresa se escapó de todos los labios. La maleta estaba llena con unos cuarenta o cincuenta libros infantiles de cubiertas llamativas, cuidadosamente empaquetados por medias docenas. Daban la sensación de que constituían el conjunto de premios de un final de curso en cualquier escuela infantil.

Marlowe extendió su mano y sacó un libro con toda clase de precauciones, como si temiese que contuviera algún explosivo escondido en su seno. Lo ojeó: se titulaba *Robinson Crusoe* (versión infantil), y parecía ser completamente genuino. Sacaron uno por uno todos los demás libros, ojeándolos todos. Todos estaban encuadernados de la misma manera; algunos eran nuevos; otros, manifiestamente de segunda mano, y, al parecer, eran las existencias completas de una biblioteca llamada “La riqueza de los chicos”.

Eran pequeños libros grises, profusamente ilustrados con dibujos dorados, y en cada cubierta podía verse un grabado en colores, referente a la narración que contenía. Sus temas eran principalmente los de las obras más famosas, simplificados y expurgados para el uso de los niños.

Campion y los otros los miraron hoja a hoja, buscando vanamente cualquier señal en los márgenes, cualquier mensaje en las guardas.

Apenas hablaron, pero siguieron escudriñando ávidamente todos los volúmenes hasta que por fin, cuando el sol brillante cayó sobre ellos a través de la ventana abierta, se volvieron a sentar y se quedaron mirándose unos a otros con asombro y desilusión. La investigación más exhaustiva y metódica había puesto de manifiesto solamente que ningún ejemplar se diferenciaba mucho de los demás, que era, en

realidad, la colección más vulgar y carente de interés de libros infantiles de todo el mundo.

Marlowe miró a Campion, desconsolado.

—¿Qué le parece?

Míster Campion los miró uno después de otro. Todos clavaron sus ojos en él, suplicantes, pidiendo una explicación. Abrió los brazos con las manos extendidas.

—Mis queridos pajaritos —dijo—: creo que estoy perdiendo mi buena forma. Esto les coge a ustedes como me ha soltado a mí: desamparados. Todos esos libros me parecen lecturas limpias e inocentes.

CAPÍTULO 14

CAMPION, EN MOVIMIENTO

Míster Campion estaba oculto por el alto respaldo de la silla reina Ana donde se encontraba sentado, en el viejo salón de la Casa de la Viuda, y Bidy no le vio, al principio, cuando entró apresuradamente en dicha habitación.

Solo se dio cuenta de que estaba allí cuando vio sus piernas largas y delgadas extendidas cerca del hogar. Se precipitó sobre él inmediatamente y le habló apasionadamente.

—Albert: si no llamas a la Policía y no libras a los Lobbett de ese míster Barber hoy mismo me dará algún colapso o me volveré histérica. No puedo aguantar más.

Él se recostó en su asiento y la sonrió bonachonamente.

—No lo creo —dijo—. En realidad, tienes los nervios mucho más templados que todos nosotros juntos.

Bidy no sonrió. Siguió mirándole, con una mirada particularmente intensa.

Eres un bestia, Albert —dijo—. Me había acostumbrado a quererte una barbaridad. Pero nunca te había visto trabajar. Ahora creo que eres duro..., ¡oh!, y horrible.

Había hablado precipitadamente, a punto de echarse a llorar.

—Ahí están Isopel y Marlowe casi enfermos de pena y de temor por su padre —siguió Bidy—, y todo lo que se te ocurre hacer es organizar bobaditas de indagaciones por la isla y aconsejarles que no llamen a la Policía. Le das tan poca importancia, que ese idiota de Barber ni siquiera cree que míster Lobbett ha desaparecido.

Míster Campion no dijo nada. Se acurrucó en un rincón de su silla y guiñó un ojo por detrás de sus gafas.

—Bueno. ¿Qué es lo que vas a hacer? —preguntó Bidy.

Él se levantó, fue hacia ella y, de improviso, rodeó con un brazo el cuello de la muchacha y la besó fuertemente. Bidy profirió un grito ahogado, mientras que el asombro superaba en ella a cualquier otro sentimiento.

—¿Qué... qué es lo que haces? —jadeó, separándose de él.

—Una cura de caballo —dijo míster Campion, y marchó hacia la puerta con desusada dignidad. En el umbral se detuvo y se volvió hacia Bidy—. Ya lo lamentarás cuando me veas con mi barba carmesí —dijo.

La muchacha le contempló desde el porche, todavía perpleja, confusa y molesta, y vio cómo cruzaba el césped y entraba por las puertas del parque.

Míster Campion se contoneó deliberadamente hasta estar por completo fuera de la vista de la Casa de la Viuda; entonces, sus hombros cayeron, su paso se hizo más lento y se permitió una expresión profundamente lúgubre, que persistió hasta que llegó a The Manor.

Marlowe le estaba esperando.

—He preparado todo, como quedamos anoche —dijo—. Sin embargo, hay un pero. Míster Barber quiere venir con nosotros. Ha sacado algunas fotografías del Romney y quiere escuchar otras opiniones sobre ellas. Insiste en llevarnos. ¿Qué hacemos?

Míster Campion pareció no apurarse.

—Es una buena idea —dijo—. A lo mejor podemos perderle en la ciudad. No sé qué pensará Isopel, pero Bidy parece que le ha cogido rabia.

—Isopel también parece harta —dijo Marlowe—. Ellas le han tenido que oír más que nosotros. ¿Confía usted mucho en esta excursión a Londres?

—Depende de lo que entienda usted por “confiar” —contestó míster Campion—. Lo que sí creo es que tendremos mayores oportunidades de saber a qué atenernos, gracias a algunas indagaciones bien hechas en la capital, que sentándonos aquí a esperar que pase algo. Dejamos aquí a Giles al cuidado de las chicas y mirará por ellas como nosotros pudiéramos hacerlo. Es un caballero andante, dispuesto siempre a defender Inglaterra, su hogar y la belleza. Y creo que si los libramos de míster Barber haremos lo mejor que podríamos haber hecho.

—Entonces, ¿Giles lo sabe todo? —preguntó Marlowe.

Míster Campion inclinó la cabeza.

—Puse un terrón de azúcar encima de su nariz; dije: “Confío en ti”, y me vine.

Marlowe sonrió bonachonamente.

—Son una gente encantadora —dijo—. Siento la mayor admiración por Bidy.

Se calló bruscamente, pero míster Campion no hizo ningún comentario.

Al parecer no le había oído, y la conversación ya no siguió, pues en aquel momento apareció míster Barber, que corrió desde la puerta hasta el coche que le esperaba. Estaba tan sonriente y seguro de sí mismo como siempre, y la carpeta de cuero se encontraba aún bajo su brazo.

Iba vestido de un modo demasiado recargado. Su traje castaño oscuro, de mezcla de lana, armonizaba malamente con su figura en forma de pera, y sus pies, anchos y cortos, estaban medio ocultos por unos botines de punto, de color avellana.

—Les he hecho esperar, amigos míos —dijo, y empezó a disculparse abundantemente—. Espero que haya usted convencido a míster Campion para que venga con nosotros, míster Lobbett. Soy un chófer excelente, se lo aseguro a ustedes. Conduzco, como diría usted, tan bien como el diablo. Los llevaré a Londres, los llevaré a donde quieran, y a las seis o las siete ya estaré dispuesto para traerlos otra vez aquí.

Marlowe hizo un gesto de desaliento.

—Pero míster Barber —dijo—: yo creía que ya había visto al Romney por completo.

Míster Barber alzó sus espesas cejas.

—¡Qué va!, estoy solo empezando a verle. Por otro lado, como usted sabe, estoy actuando en nombre de su padre. Hasta que no le vea no consideraré cumplida mi misión. Tengo aquí algo —golpeó misteriosamente la cartera de cuero—, sabe usted, que estoy seguro le ha de interesar.

Marlowe miró a Champion, que suspiró, pero no hizo ningún comentario, y los tres se metieron en el coche. Champion iba sin chaqueta y sin sombrero. Bidy los vio pasar como una exhalación por delante de la Casa de la Viuda y su resentimiento contra míster Champion aumentó en la medida en que crecía su curiosidad.

Míster Barber hizo honor a su palabra. Su manera de conducir era verdaderamente notable. Los dos pasajeros, sentados en el fondo del coche, se maravillaban y temblaban, alternativamente, según se alejaban y se acercaban los setos de ambos lados de la carretera, cuando el conductor se volvía hacia ellos, a una velocidad terrible, para hacer estúpidas observaciones sobre el paisaje o para bramar chistes tontos.

Llegaron a Londres antes de la hora de comer, a pesar de haber salido bastante tarde, y míster Barber, que tenía sus propias ideas acerca del mejor sitio de la ciudad, se detuvo ante la florida portada de Simpson.

Comer con míster Barber era, como se demostró entonces, una prueba aún más seria que la de viajar con él. Al verse libre de la contención que suponía estar invitado en una casa ajena, su conducta llegó a ser extravagante. Juguetonamente arrojó un trozo de pan a un hombre, que se encontraba en una mesa bastante alejada, creyendo que le conocía, y se divirtió como un niño al darse cuenta de su error. Se metió un tenedor en el bolsillo para llevarse un recuerdo, incidente que horrorizó a míster Champion, a quien el oriental había hecho un guiño. Continuó con este humor deportivo durante toda la comida, y cuando salieron a la calle Strand descubrió al abochornado Marlowe que los amplios bolsillos de su abrigo contenían, por lo menos, cuatro panecillos que había hurtado.

—No es mal saco —observó míster Champion ponderativamente—. A propósito, ¿qué hora es?

El oriental llevó su mano al bolsillo de su chaleco y buceó en él para sacar el inmenso reloj de oro que usaba. El cambio de su expresión fue grotesco. Sus mandíbulas se desencajaron y se le saltaron casi los ojos.

—Mi reloj..., mi reloj... ha desaparecido —dijo—. Debo haberlo dejado caer allí.

Se volvió y echó a correr para meterse otra vez en el restaurante con una agilidad extraordinaria en hombre tan corpulento.

Míster Champion le miró hasta que desapareció por la terraza cubierta con cristal; luego se volvió a Marlowe, suspirando aliviado.

—No lo encontrará tan pronto —dijo—. Se lo puse debajo del mantel. Vamos.

Y antes que su acompañante se diese cuenta de lo que sucedía, ya le había conducido a la calzada y cogido un taxi.

—Temo que sacase una curiosa impresión de mi casa, la última vez que la vio —dijo míster Campion, mientras subían las escaleras—. No le esperaba, y había decidido no aceptar el empleo que me venía a ofrecer, de ninguna manera.

—¿Cierra usted la puerta y se va con toda tranquilidad? —preguntó Marlowe, interesado—. No veo ningún portero por aquí. ¿Quién vigila todo esto?

—¡Ah!, es que usted no conoce a la familia —contestó míster Campion—. Lo había olvidado. Los dos estarán.

Abrió la puerta y Marlowe le siguió hasta la fantástica y reducida habitación donde habían discutido anteriormente el asunto. Estaba escrupulosamente limpia y parecía muy confortable, pero no había ningún indicio de seres humanos.

A pesar de ello, después de permanecer en silencio uno o dos minutos, el joven americano llegó a darse cuenta de que alguien le estaba vigilando intensamente. Percibió el examen de un ojo burlón y curioso. Giró en redondo, nervioso, y se encontró ante una corneja venerable y de aspecto revoltoso, que se balanceaba suavemente en el alto respaldo de una silla y miraba al visitante con la cabeza ladeada.

—Este es *Autolycus*, mi capellán —dijo míster Campion—. Es un gran tipo, aunque, como nuestro amigo Barber, es algo cleptómano. No sé dónde estará mi mayordomo.

Se acercó a la puerta y llamó:

—¡Lugg!

Se oyeron pasos pesados e inmediatamente después apareció en el umbral el individuo más alto y más lúgubre que Marlowe había visto en su vida. Era un cerro de hombre, con una enorme cara pálida que recordaba irresistiblemente la de un perro *bull-terrier*. Estaba, prácticamente, calvo, pero su característica más sobresaliente era, con mucho, la impresión de melancolía que irradiaba por doquier. Iba vestido un poco inconvenientemente, con algo que se parecía mucho a una chaqueta de presidiario, usada, al parecer, como bata de casa sobre la ropa corriente.

Campion le sonrió benévolo.

—¿Todavía conservas el uniforme? —preguntó con placidez.

El hombre no sonrió.

—Creía que estaba solo, sir —dijo, poniendo de manifiesto una voz sepulcral—. Me la puse, sir, para limpiar la jaula del pájaro —continuó, dirigiéndose a Marlowe—. Puede que le interese a usted saber, sir —añadió, volviéndose a su señor—, que en su ausencia el pájaro ha puesto un huevo.

—¡Qué va! —dijo míster Campion—. No lo creas, Lugg. Se lo quitaría a una paloma, para engañarte. Te ha tomado el pelo. Conozco a *Autolycus* hace muchos años. No es un pájaro de esos —continuó, dirigiéndose a Marlowe—. *Autolycus* y yo estamos siempre intentando animar a Lugg. Le preparamos pequeñas sorpresas como

esta. Ahora, Lugg, ¿nos preparas unos vasos y nos comunicas las novedades? A propósito, Marlowe: usted ya ha hablado antes de ahora con *Tío Bestia*. Le dijo a usted, por teléfono, que era Afrodita Glue Works, una vez; pero se trataba solo de un chiste. Lugg —siguió en otro tono—, quiero que me busques a míster Crayle.

Lugg dejó de trabajar, manteniendo en su mano una garrafa.

—No puede ser, sir —dijo.

Y, por primera vez, algo que se parecía a un destello de alegría apareció en su cara y en su voz.

—Vaya. ¿Y por qué no? ¿Es que no hemos pagado la factura del teléfono todavía?

—Peor aún, sir. Míster Crayle sufrió un accidente en Manchester hace solo dos semanas. Cinco años, sir. Según me parece, fue por no tener cuidado.

—¡Maldita sea! —dijo Campion—. Esto sí que es un fastidio, Marlowe. ¿Quién lleva ahora el..., ¡ejem!, el negocio, Lugg?

—Su mujer, sir. Todo estaba a nombre de ella —el mayordomo se recluyó de nuevo en su melancolía habitual—. ¿La llamo por teléfono, sir?

Campion se quedó pensativo.

—No me gusta tratar con mujeres —dijo por último—. No tienen sentido moral. Quiero obtener alguna información acerca de varias personas. Hay un adivino, que trabaja en las casas de campo, que ha despertado mi atención. Pero lo que más necesito es una autoridad en asuntos americanos. ¿A quién me sugieres Lugg?

—Bueno, a mi parecer, sir (aunque usted no me haga caso, estoy seguro de ello) —su tono se hizo más triste aún—, si yo estuviera en su lugar recurriría a Thos Knapp. Es asombroso lo que caza, de una manera u otra.

La pálida cara de míster Campion enrojeció.

—Que me ahorquen si lo hago —dijo con un calor poco frecuente en él—. Hay algunas personas a quienes no quiero ni ver. Como te he dicho en otras ocasiones, Lugg, no nos asociaremos con míster Knapp. El hecho de que seáis..., ¡ejem!..., antiguos colegas no altera en nada la cuestión.

—¿Qué le dije? —habló míster Lugg dirigiéndose inesperadamente a Marlowe—. Nunca se deja guiar por mí. Me tiene como un juguete para cuidar la casa, eso es lo que hace.

—Ya sé —dijo míster Campion de pronto—. Nuestro viejo amigo Stanislaus. Llama a Scotland Yard.

—¡Imperialismo! —murmuró míster Lugg amargamente.

Pero descolgó el teléfono y marcó el mágico número. Su voz adoptó un tono ronco, confidencial.

—Aquí míster Ash..., míster Tootles Ash, que desea hablar al inspector Stanislaus Oates, por favor. Buenas tardes, sir. Soy yo. Muy bien, sir, muchas gracias. Muy bien, sir; también, gracias. Ha puesto un huevo. ¡Oh, no!, yo no, sir. Ahora mismo se pone míster Tootles, sir.

Míster Campion cogió el teléfono.

—¿Qué tal, Stanislaus? —dijo alegremente—. ¿Cómo está el hijo y heredero? ¿Otro diente? ¡Maravilloso! Oiga, Stanislaus, ¿usted sabe algo de X224? No, no es amigo mío, ya lo sabe usted —escuchó en silencio durante algunos segundos; luego movió la cabeza y sonrió ligeramente—. No, viejo. Aunque realmente corriese la mitad del riesgo que usted dice, no podría abandonar —se echó a reír—. Muy bien. No me mande flores. Póngamelo en la lápida. Pero ¿no hay ninguna información? —continuó con una notable disminución en la energía de su voz—. ¿Lo reconoce todo? Ya sabe lo que eso significa para mí —frunció el ceño—. ¡Maldita pandilla escurridiza! De acuerdo. Bueno; por lo menos ¿ha oído alguna vez hablar de un fulano llamado Datchett? —su cara se fue animando conforme iba oyendo—. ¡Ese es! ... Un tipo con una barba rojiza y rizada... ¿Chantaje? ¿Por qué no le echó mano? ¡Oh!, ya comprendo... ¿Qué fue a buscar con mistress Carey en Maplestone Hall?... ¿Eh? Sí, como es natural, él tenía que ver; debería usted saber que... Sí, bien, salgan todos a buscarlo, y cuando le agarren aeree el tema del reverendo Swithin Cush... No sé; pero eso es lo que quiero descubrir. ¿X224? Sí; bueno, es probable que ese asunto pueda llevarle, por último, a eso. Tanto mejor. ¡Oh!... Según se dice, quien ría el último reirá mejor. ¿Que tenga cuidado? Tonterías, viejo. Comeré con usted y con su joven esposa antes que acabe el mes. ¡Ah!, bueno, entonces todos ustedes están alistados ya. Hasta luego.

Colgó.

—Bueno. Esto es ya algo —dijo—. Creo que una biografía resumida de nuestro viejo amigo Baa Baa Oveja Negra podría ser una buena idea. Y el hombre que probablemente puede decirnos más acerca de él es el mejor de todos los Sherlock Holmes..., el viejo W. T. ¿Quieres ponerme con la joven mistress Challoner, Lugg?

—¿Qué tal, Norah? Al habla Angel Cara. ¿Dónde está Jerry? ¿En el Norte? ¿Está ahí el viejo? ¿Me puede conceder uno o dos minutos? Quisiera que me dijese algo bastante difícil... Es usted un ángel. Esperaré —estuvo silencioso un momento—. ¿Diga? ¿Es usted W. T.? Al habla Hewes. Lamento perturbar su milénium, pero ¿no tropezó usted nunca en su venturosa juventud con un hombre llamado Fergusson Barber? Me parece que es armenio o turco o algo así. Podría ser comerciante... ¿Era él? ¿Así que era joven? ¿Le recuerda usted bien? ¿Cleptómano? Eso lo he comprobado yo mismo.

La voz del viejo detective sonaba tan claramente a través del hilo, que algunas de las palabras llegaron hasta Marlowe, quien había seguido la conversación con asombro creciente.

—Robaría algo de poco valor —se le oyó decir—. Su pasión parecía ser el pan...

Campion intervino en la conversación y, durante algunos momentos, el oyente no pudo seguir la conferencia. Cuando por fin colgó, Campion suspiró.

—Al parecer, Barber es un tipo divertido e impertinente —dijo—. Parece ser que W. T. entró en contacto con él por un asunto en el banquete del lord mayor. Si usted escamotea los cubiertos de un restaurante, la cosa no tiene mucha importancia; pero

si empieza a llevarse recuerdos de la alcaldía, a nadie le divierte. Según parece, el tipo tiene sucursales por todas partes. Trafica con toda clase de mercancías y colecciones. W. T. dice que tiene un harén, pero esparcido por toda la tierra. Este detalle le chocó muchísimo. Si no estuviéramos tan ocupados nos podríamos divertir mucho con él. Pero ahora —continuó con la mirada ávida de antes, otra vez en sus ojos— vamos al problema realmente serio y fundamental que tenemos entre manos: su padre. Lugg, ¿quién podría decirnos algo sobre la banda de Simister?

Míster Lugg elevó su mirada y simuló horrorizarse.

—Desde ahora se lo advierto —dijo, y su voz se hizo quejumbrosa—, desde ahora se lo advierto. Comparado con lo que yo sé, usted no sabe una palabra. Usted no sabe nada. Son una pandilla terrible; déjelos en paz. Su propia madre no le aconsejaría mejor.

—¡Hombre! No te pedía consejo sobre esa cuestión —dijo míster Campion escandalizado—. Vamos. Vuélvete al tiesto. ¿A quién podemos recurrir?

—Pondré una cinta negra en mi sombrero por usted —respondió míster Lugg—. Las esquelas costarán un pico, pues tendrán que llevar la colección completa de sus diferentes nombres.

—¡Payaso! Estás dando un espectáculo deplorable —dijo míster Campion—. Me parece que charlaré un rato con míster Van Houston.

—Muy bien, sir. En la actualidad se llama —Lugg sacó una agenda muy deteriorada y miró el número— “Homer, fotógrafo asociado”.

Míster Campion cogió el teléfono, y al poco tiempo tuvo lugar una larga y animada conversación en algo que parecía francés. Marlowe no pudo seguirla.

—*Eh, bien m'sieu, je vais vous offrir mes profondes remerciements... Jusqu'au nez... Au'voir* —terminó y, colgando, se volvió a Marlowe—. Esto parece más prometedor, pero es muy poco agradable. Parece ser que hay mucha actividad por ciertos medios. Van Houston, que por lo general lo sabe todo, se muestra extraordinariamente vago. Pero como no quiere ser cogido nunca en ignorancia, es probable que la mitad de lo que cuenta no sea verdad. A pesar de todo, es un sujeto bien informado. Y no creo que haga el estúpido conmigo. Creo que vamos con buen rumbo. Lugg, ¿ha desaparecido recientemente, por motivos corrientes, quiero decir, algún miembro de la comunidad?

Míster Lugg reflexionó.

—Ahora que me lo dice, sir —dijo por fin—, anoche mismo he estado hablando de eso en el club. Últimamente, entre los parroquianos verdaderamente desagradables, ha habido una ausencia muy notable. Ikey Todd y su grupo. Creo que es muy significativo.

—Mucho —confirmó míster Campion—. ¿Has oído cualquier otra historia divertida en ese club vuestro?

—Bueno, para satisfacer su curiosidad, como usted diría —contestó míster Lugg afablemente—, le diré que he oído que aquel chinito repugnante, Ropey, ha vuelto a

Inglaterra, y, según se dice, con un empleo muy bueno.

—¿Ropey? —preguntó míster Campion. En seguida una ligera mueca de asco pasó por su cara—. ¿No será aquel hombre que...?

Lugg afirmó con la cabeza.

—Ese mismo. El fulano llamado el *Torturador*. Beak le dijo: “Es una canallada que un bicho como tú viva todavía”. Beak, usted le conoce.

—Sí, ya lo sé —dijo Campion, haciendo caso omiso de los esfuerzos de Lugg por propagar el folklore local—. Pues bien: eso no me gusta. Quiero decir que ese tipo era un... —echó una ojeada a Marlowe—. Bueno, no vamos a meternos en eso. Puede que no tenga nada que ver con nosotros.

Pero en su voz no se advertía mucha convicción.

Marlowe le miró algo perplejo.

—Yo no he sacado mucho en limpio. ¿Qué significa todo ello?

Campion reflexionó.

—Hemos aclarado algunos extremos de interés —dijo—. En primer lugar, sabemos ya quién es Datchett. Es un chantajista. A pesar de ello, lo que tuviese que ver con el pobre Swithin es algo que no se me alcanza en absoluto. Me inclino a creer que, en su tiempo libre, ha actuado como espía. En segundo lugar, hemos situado a míster Barber; pero eso no nos sirve de mucho. Y, por último, y lo que es más importante, nos hemos enterado de que hay cierto movimiento entre los caballeros susceptibles de ser contratados para desempeñar cualquier comisión verdaderamente desagradable. Lo que quiere decir que Simister, en general, no está actuando con sus propios hombres. Debe estar trabajando por una especie de rama lateral, con el fin de protegerse. El ejército atacante no constituye un conjunto muy brillante. De los cerebros que se ocultan detrás de ese ejército, no sé nada. En conjunto, las perspectivas parecen ser más luminosas de lo que esperaba.

Llamaron a la puerta y Lugg fue a abrir.

—Di que me he ido a Birmingham por razones de salud —le gritó míster Campion.

Pero Lugg regresó en seguida con un sobre color naranja en la mano. Se lo tendió a míster Campion, que lo desgarró para leerlo. Mientras lo iba leyendo se le escapó una brusca exclamación y empalideció aún más. Le pasó el telegrama, silenciosamente, a Marlowe. Decía:

“Vengan en seguida *Stop* Hemos encontrado el cuerpo *Stop Bidy*”.

CAPÍTULO 15

LA EXUBERANCIA DE MÍSTER KETTLE

Se encontraron con Biddy en la estación de Ipswich. La muchacha había ido a buscarlos en el gran Daimler del juez Lobbett, que conducía el chófer.

—Me figuraba que no le molestaría que trajese el coche —le dijo algo inesperadamente a Marlowe cuando se juntaron en el patio de la estación.

—Querida muchacha... —dijo Marlowe, y la miró asombrado—. Dígamelo todo. ¿Dónde le encontraron?

Biddy, a su vez, le miró fijamente.

—No le entiendo —dijo.

—Nos referimos al cadáver —explicó Champion—. Lo que usted nos telegrafió.

El aturdimiento de la muchacha aumentó.

—Yo les telegrafíé que habíamos encontrado un indicio —dijo—. De míster Lobbett en persona no hay ni rastro.

Marlowe sacó, el telegrama de su bolsillo y se lo enseñó. Ella le leyó de punta a cabo y los miró ruborizada.

—¡Oh, pobrecito, cómo debe haber sufrido durante todo el viaje! —dijo impetuosamente—. La culpa es de Kettle. Su hija fue la que encontró las ropas, y el padre se ha puesto tan excitado por ello que va a volverse loco, o poco menos. Me parece que mi telegrama decía, más o menos, así: “Vengan en seguida. Importante indicio. Los iré a buscar al tren de las 34”. Por eso me extrañaba que ustedes me hubiesen telegrafiado también.

Marlowe se limpió el sudor de su frente y él y Champion subieron al coche y se colocaron uno a cada lado de la joven.

—Ahora háganos de ese descubrimiento —invitó míster Champion—. ¿De qué se trata? ¿Qué es lo que encontró la hija de Kettle?

—Encontró las ropas de míster Lobbett —dijo Biddy—; quiero decir el traje que llevaba cuando desapareció. Estaba roto y empapado de agua del mar, y además, Marlowe, me da miedo decirlo, hay sangre en él. Pero eso no significa que esté muerto, estoy segura —continuó con vehemencia, y Champion pudo percibir, en una ojeada, que había puesto una mano sobre el brazo de Marlowe.

—No, no significa, indiscutiblemente, que esté muerto.

—¿Dónde hizo miss Kettle ese interesante descubrimiento? —la voz de Champion parecía ligeramente irritada.

—En la Ensenada del Collado. La ropa fue llevada por la marea, según parece.

Les telegrafié en seguida. En realidad, Isopel y yo estábamos espantadas. Ahora su hermana ya está bien. Es muy valiente. Giles la está acompañando, así que creí que podía venir a buscarlos. Me alegro de haberlo hecho. ¡Cómo podía imaginarme que iba a enviar un telegrama tan estúpido!

Marlowe parecía trastornado.

—Supongo —dijo— que un empleado de Telégrafos tendría un disgusto serio por una cosa así.

—Y puede tenerlo —dijo Campion, ceñudo—. Algo me dice que se lo va a ganar. ¿No lo escribiste en un impreso, Biddy?

—No. Lo hice en un pedazo de papel. Mi letra ha sido, en parte, responsable. Ya sabes cómo escribo yo cuando estoy nerviosa —dedicó a Campion una sonrisa forzada—. No tienes idea de lo agitado que está Kettle. Solo es un viejo bobo, Albert.

Míster Campion no replicó, pero siguió con una expresión hosca.

Cuando llegaron, Isopel y Giles estaban esperándolos a las puertas del parque. Los dos se subieron al coche y todos juntos regresaron a la casa. Isopel se acercaba a Giles y, a pesar de la excitación del momento, en todos empezó a nacer la idea de que entre los dos existía algún entendimiento tácito. En su comportamiento mutuo había un barrunto de regocijo reprimido.

Al llegar a la casa vieron a Cuddy y a mistress Whybrow, que estaban en el *hall* muy agitadas y, sin lugar a dudas, llenas de curiosidad.

—Aquí está, sir —mistress Whybrow no podía detener las palabras, y con su larga mano huesuda señaló el saloncito que daba al *hall*.

Cuddy no dijo nada, pero se quedó allí, con las manos cruzadas bajo el delantal, humedeciendo una y otra vez sus labios con la punta de la lengua, mientras que sus ojos vivos se fijaban en todos los detalles y en todas las caras.

Campion siguió a Marlowe a la habitacioncita de artesonados blancos; en la mesa redonda, sobre una bandeja de latón, estaba el traje, todavía húmedo de agua de mar. Marlowe miró a Campion con una mirada viva y rápida, llena de aprensión.

—Desde luego, este es su traje —dijo—. Lo llevaba cuando entró en el laberinto, ¿no se acuerda usted?

Campion asintió. Una expresión lúgubre apareció en sus ojos. Metió sus manos en el fondo de los bolsillos y se quedó mirando sombríamente la bandeja y su contenido.

—Supongo que no habrá nada en los bolsillos —dijo.

—Nada en absoluto —dijo Isopel—. Deben de haberlos vaciado antes que la descubrieran.

Marlowe seguía revolviendo la enlodada franela.

—¡Miren! —dijo, levantando el chaleco en el que se veía un orificio irregular de reducido tamaño, rodeado por una mancha oscura de feo aspecto. Míster Campion se acercó a la mesa, inclinándose sobre la prenda. No hizo ningún comentario, y Biddy le dio un codazo.

—No los tortures —susurró—. ¿Qué significa todo esto?

La respuesta de él fue apagada por un alboroto producido en el *hall*.

—Mire, buena mujer... —la voz de míster Kettle les llegó cuando este la elevó para protestar—. Mire, buena mujer: anúncieme inmediatamente. Me necesitan, sabe usted, y tengo muchos motivos para suponer que me están esperando con impaciencia.

—Yo no anunciaré a nadie sin que me lo diga míster Giles. Debería darle vergüenza, Kettle, de invadir la casa de una familia atribulada. Ahora no le quieren ni ver —respondió la voz chillona y orgullosa de Cuddy.

—¿Salgo y le echo? —preguntó Bidy.

Campion miró a Marlowe.

—Si a usted no le importa —empezó—, creo que sería una buena idea entrevistamos personalmente con el viejo *Sabelotodo*.

Marlowe asintió.

—Si usted cree que podemos ganar algo con ello, de acuerdo —dijo, y fue a abrir la puerta—. ¿Quiere usted entrar, míster Kettle?

El desagradable tendero y empleado de Correos lanzó una mirada de triunfo a la colérica Cuddy y penetró en la habitación como un conquistador. Tenía en la mano su sombrero hongo y llevaba aún el abrigo que se había puesto para tapar su mandil.

—Aquí me tiene, sir —dijo a Marlowe. En su cara flácida había una sombra de color—. Vi al coche meterse en la calzada y me puse el sombrero y corrí para acá, sir. Sabía que querría usted saber la verdad. Fue mi hija, sir, la que encontró lo que podríamos llamar los “restos”.

Dijo todo ello susurrando y sin tomar aliento. Sus ojos estaban húmedos y sus labios crispados de excitación.

—¿Ha venido su hija con usted? —preguntó Campion en un tono exigente, poco habitual en él.

—No, sir —contestó míster Kettle, adoptando una actitud de indignación paternal—. ¿Cómo iba a venir? —siguió, con gran dignidad—. Piénselo, sir. ¿Cómo podía yo someter a la pobre niña al tormento de tener que contemplar otra vez esa ropa horrorosa que la ha dejado convertida a ella, que era una mujer sana, en un remedo de lo que era?

A pesar de la seriedad de la situación había algo enormemente ridículo en el estallido retórico de míster Kettle. Introducía cierto elemento teatral en un ambiente que, de no ser por él, hubiera sido demasiado terrible.

—No, sir, ella no está aquí —continuó, con creciente severidad—. Y le diré también que se encontraba en un estado tan débil y estaba tan horriblemente desesperada, que en vez de mandarla aquí la dejé al cuidado de la oficina de Correos y vine yo mismo. También me gustaría que supiera, sir —añadió, dirigiendo una mirada maliciosa a Giles— que, aunque yo mismo me he ofrecido para ir a buscarla, nadie ha mandado aún recado a la Policía. Esta circunstancia les parecerá muy

sospechosa, sir, cuando vengan. Aunque usted sea el hijo del difunto, sir, he de decirle que —terminó, volviéndose hacia Marlowe— eso parecerá una cosa horrible.

—¿Qué difunto? —preguntó míster Campion, acercándose. Había adoptado un gesto magistral, que contrastaba extrañamente con su apariencia—. ¿Ha encontrado usted el cadáver?

—¿Yo, sir? ¡Oh, no, sir! —míster Kettle no se azaró lo más mínimo—. Pero cuando le encontremos, quizá sepamos quién lo mató.

—¿De veras? —dijo míster Campion, con interés—. ¿Cómo le mataron?

—Con un puñal, sir.

Míster Kettle hizo esta asombrosa declaración en un cuchicheo ahogado.

—¿Cómo lo sabe? —dijo míster Campion.

Míster Kettle puso una mano sobre la mesa y adoptó la actitud de un conferenciante.

Yo tengo espíritu detectivesco, sir —dijo—. Elaboro hipótesis y luego las desarrollo de acuerdo con los hechos.

—Es bastante sutil —dijo míster Campion—. Se lo concedo.

Míster Kettle no le hizo el menor caso.

—Empecemos, por ejemplo, por el descubrimiento de este indicio —señaló la mesa con su mano—. Mi hija, sir, una joven inocente, va a dar un paseo. Va por la playa. ¿Por qué no pasear por allí?

—No hay nada en contra, en efecto —dijo míster Campion.

Este último, que estaba en pie, puso una mano sobre el hombro de Marlowe; en la cara sensible e inteligente del americano se dibujó un gesto de comprensión.

—Bien. Mi hija va por la playa..., es decir, por el límite de las salinas...; en realidad, por la frontera del mar. Imagínensela desprevenida, libre...

—¡Oh, déjese de tonterías! —dijo Giles—. Díganos lo que pasó.

—Estoy hablando de mi hija —replicó míster Kettle, muy digno.

—También está hablando del padre de esta señorita —dijo Giles—. Diga lo que sepa y luego váyase.

En la cara blanca de míster Kettle apareció una expresión muy desagradable.

—Usted gana, sir —dijo—. Pero no olvide que seré testigo en la encuesta. Y puedo decir que todo esto va a ser muy significativo.

—Estoy seguro de que sí —confirmó sosegadamente míster Campion—. ¿Y si nos dijese algo acerca de sus deducciones?

Con esto, Kettle se apaciguó.

—Mi convicción se basa en los siguientes e instructivos hechos, sir —dijo—. Mire este agujero irregular, precisamente en la región del corazón. ¿Fue hecho con un cuchillo o no? Lo fue, sir. ¿Ve estas manchas de alrededor? Si usted no sabe de qué son, yo se lo diré. Es sangre..., sangre del corazón, sir.

De nuevo Giles estuvo a punto de estallar de indignación, pero esta vez fue Isopel quien le contuvo.

—¿Qué demuestra esto, sir? Que la víctima fue apuñalada a muerte con un cuchillo. Sigamos: estas ropas están empapadas con agua de mar. ¿Qué demuestra esto?

—¿Que han estado sumergidas en el mar? —sugirió míster Campion.

—Exacto, sir; usted ha dado en el clavo a la primera. Por tanto, como usted ve, es tan evidente como la nariz de su cara, sir, y perdóneme la expresión, que se llevaron a míster Lobbett en una lancha, que le dieron una puñalada en el corazón y que le arrojaron al mar.

—Donde se desnudó —dijo míster Campion—, teniendo cuidado de no desprenderse de sus tirantes. Por lo que puedo ver, eso está perfectamente claro. A pesar de ello, existen otras minucias que tendremos que aclarar antes de ir más lejos o de llamar a Scotland Yard. En primer lugar, tenemos esta puñalada. Es una incisión muy curiosa, ¿no le parece? Un agujerito hecho con unas tijeras y agrandado después con un cuchillo de mesa. Luego, están las manchas de sangre. El pobre hombre parece haber sangrado de afuera adentro. El interior, como usted ve, está completamente limpio. Yo me pregunto quién habrá estado matando pollos recientemente.

Míster Kettle se sentó en el borde de una silla con una cara inmovible. Míster Campion continuó:

—En todo esto hay algo que huele mal. Podríamos decir que “todo el contenido de la tetera huele mal”^[4]. Alguien le ha tomado el pelo. Yo que usted me iría a la tienda.

Míster Kettle se puso en pie, cogió su sombrero hongo y se encaminó calmoso e impasiblemente hacia la salida. Pocos momentos después se le vio pasar ante la ventana, bajando por la calzada, sin desviar la mirada de un punto situado frente a su nariz.

Campion se dirigió a Isopel y a Marlowe y les dijo con sincera contrición:

—Perdónenme por haberles hecho escuchar todo eso. Pero tenía que hacerlo para descubrir qué es lo que sabe nuestro Sherlock Holmes local.

—Entonces, ¿qué quiere decir esto? —preguntó Marlowe, señalando las prendas húmedas.

—Una falsificación extraordinariamente mala que alguien ha hecho —dijo míster Campion—. En mi vida he visto un trabajo tan de aficionado. No se trata de sus amigos de Nueva York; más bien me parece producto local. ¿No habrán ofrecido alguna recompensa?

—No —dijo Marlowe—. Pero usted no puede zafarse de esto, Campion —exclamó—. Ese es el traje que llevaba.

—Ya lo sé. Es lo único que le concede interés. Nuestro amigo Kettle, sea lo que fuere, no es un personaje de calidad, ni como sabueso ni como malvado. Creo que, si me lo permiten, iré al pueblo a hacer algunas indagaciones.

—¿Vas a interrogar otra vez a Kettle? —preguntó Bidy con curiosidad.

—Creo que no —dijo míster Campion, mientras sonreía alegremente a la muchacha—. Él no es el único personaje interesante del lugar. Creo que, por fin, las cosas van a ponerse en marcha.

CAPÍTULO 16

LAS COSAS SE PONEN EN MARCHA

Isopel y Giles estaban sentados en el asiento del ventanal del saloncito con las manos entrelazadas.

La luz del sol les enmarcaba. La aldea de Mystery Mile estaba en paz, como si nada malo hubiese sucedido nunca en toda la isla. Se encontraban solos. Bidy estaba en la Casa de la Viuda y míster Campion había salido, una vez más, para investigar por la aldea.

—El crujir de las ruedas de un coche sobre la grava de la calzada los sobresaltó, e Isopel, que había podido percibir una carrocería amarillenta con aletas carmesí, se volvió hacia Giles, completamente desanimada.

—¡Ay, cariño! —dijo—. ¡Ya ha vuelto!

—¿Quién? ¿Tu padre? —dijo Giles, que era siempre más vivo de cuerpo que de mente.

—No. Aquel míster Barber.

El joven se puso en pie de un salto.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué cara tiene ese tipo! ¡Le voy a echar a puntapiés!

Fue hacia la puerta, pero esta se abrió antes que llegara a ella. Míster Barber en su totalidad, con su cartera y su sonrisa dándose importancia, apareció en el umbral.

—Míster Paget —dijo, tendiendo la mano al joven—. Permítame ser el primero que le felicite.

Giles, cogido completamente de improviso, enrojeció y miró a Isopel lleno de vergüenza.

No sé cómo sabe usted que... —empezó; pero míster Barber le interrumpió:

—Hijo mío: tengo la prueba. La prueba decisiva. Es auténtica. Me gustaría ponerme de acuerdo con usted para realizar su venta.

Fue en ese mismo momento cuando Giles comprendió que se había equivocado y que míster Barber no se refería al importantísimo tema que llenaba por completo su imaginación.

Isopel le cogió del brazo.

—Se trata del cuadro —susurró.

—Natural que estoy hablando del cuadro —dijo míster Barber—. Vengan a verlo ustedes mismos.

Mientras hablaba salió de la habitación, guiando a los otros dos hasta el gran salón frío, al otro lado de la casa.

La exquisita habitación antigua había sido muy poco utilizada, y cuando entraron fueron recibidos por el débil aroma mohoso de la tapicería marchita y de la mezcolanza de objetos polvorientos.

El cuadro estaba colgado sobre la repisa de la chimenea: representaba a una mistress Paget, muerta hacía muchos años, que les sonreía boba y dulcemente, rodeada por un enorme marco dorado. Llevaba un chal diáfano sobre su rubio cabello y acariciaba, con una mano esbelta, a un perrito blanco que había hecho su nido en el regazo de su bata color de ostra.

Míster Barber se encontraba visiblemente emocionado.

—En cuanto lo vi —dijo, volviéndose hacia ellos con los ojos húmedos—, me dije: “Este es el gran momento de mi carrera, este es el momento que he esperado toda mi vida. Aquí hay un Romney desconocido, uno de los más bellos que he visto”. Ahora debo de ver inmediatamente al juez Lobbett para darle mi dictamen. Temo que mi pobre Cotman será olvidado al lado de este gran maestro.

—Oiga —dijo Giles, consiguiendo meter baza, cuando míster Barber se calló para respirar—: todo eso es muy bonito y muy interesante, pero usted parece no comprendernos. En estos momentos no podemos ocuparnos de cositas como esta. Usted parece no haber entendido el hecho de que míster Lobbett ha desaparecido. Usted estaba en Nueva York no hace mucho..., usted sabe lo serio que fue aquello. Bueno, pues ahora se ha desvanecido... ¿Se da cuenta? Como es natural, no podemos pensar en nada más hasta que aparezca.

—¿Desaparecido? —preguntó míster Barber, quien, al parecer, descubría el hecho por primera vez.

—Sí —contestó Giles, irritado—. Y sus ropas, manchadas de sangre, han sido encontradas en el mar, ayer.

La reacción de míster Barber fue extraordinaria. Su boca se abrió, sus ojos se desorbitaron y se dejó caer sobre el borde de una silla, como si no pudiese sostenerse en pie.

—No les quería hacer caso —dijo pesadamente—. Creía que estaban embromándome. Hay tanta gente que se asusta de cualquiera que pretende venderles un cuadro. Pensé que míster Lobbett se había marchado a hacer una visita. Cuando míster Campion y el joven Lobbett se desembarazaron de mí en Londres, lo hicieron en broma. ¡Campion gasta bromas tan frecuentemente!... Esto es terrible. ¡Terrible! ¿Qué hace la Policía?

Giles titubeó y, por fin, dijo ahogadamente:

—Decidimos que no había necesidad de ella, por ahora.

Míster Barber alzó las cejas.

—¡Ah!, entonces es que saben dónde está —dijo—. Creyeron que lo mejor para él era desaparecer por una corta temporada.

—Ni mucho menos —dijo Giles, que estaba empezando a desear profundamente no haber iniciado esta conversación—. Lo que pasa es que tenemos al mejor... ¡ejem!

..., al mejor detective privado del mundo trabajando para nosotros.

Míster Barber pareció quedarse tan asombrado como antes.

—Ya comprendo —dijo—. Pero, en esas circunstancias, ¿en nombre de quién actúo yo? Quiero decir —añadió con algún desconsuelo—: ¿cuál es mi posición aquí?

Giles, que recobraba fácilmente su pacífico humor, se calmó.

—Bueno. Todo se arreglará —dijo cordialmente—. Puede usted irse mañana a Londres y me envía una factura con sus gastos.

—Pero ¿y el Romney? —dijo míster Barber, casi gritando.

Algo de lo que había heredado, a través de una larga ascendencia de terratenientes independientes, se manifestó entonces en Giles, cuando se plantó firmemente bajo el cuadro, con el ceño fruncido.

—El Romney ha estado colgado ahí desde hace cien años y puede seguir ahí otro año, u otros cien si hace falta —dijo—. Ya le he dicho, sir, que no puedo ocuparme de ese asunto ahora.

—Pero es que vale una fortuna —objetó míster Barber—. Algo más de cuarenta mil libras.

—No me importa lo que valga —dijo Giles, obstinadamente—. Tendré que esperar a que se arregle todo antes de ponerme a pensar en cualquier otra cosa. Cuando llegue ese momento ya le escribiré. ¿Le basta con eso?

Se veía claramente que míster Barber tenía la impresión de estar tratando con un lunático.

—Debe perdonar mi insistencia —afirmó con dignidad—, pero la comisión que corresponde a cuarenta mil libras es una suma considerable. Si me permitiera llevarme el cuadro...

—Que me cuelguen si se lo permito —dijo Giles, volviendo a irritarse.

—Entonces, déjeme sacar más fotografías. Hay tanta gente que se interesará por él... —el tono del perito se hizo suplicante—. Puedo empezar a preparar el mercado. No es posible, no es posible que usted no me deje hacer eso.

—Bueno. Haga lo que quiera —dijo Giles—. Todo, menos mover el cuadro.

Dio el brazo a Isopel y la condujo fuera de la habitación. Pero antes de salir entró Marlowe. Su cara morena y agradable estaba más seria que de costumbre.

—¿Han visto a Biddy? —preguntó.

—Está en la Casa de la Viuda —dijo Giles—. ¿Puedo servirle en algo?

—No. Todo va bien —Marlowe no se detuvo, sino que aceleró su paso, dejando al joven embelesado con Isopel y a míster Barber plantado frente al Romney con las piernas muy separadas, las manos cruzadas en su espalda y una expresión de admiración ferviente, casi idolátrica, en su cara.

Quince minutos más tarde Marlowe se encontró a Campion en el parque. El pálido joven de aspecto abobado iba andando pensativo, silbándose tristemente a sí mismo.

—¡Hola! —dijo animadamente cuando vio a su amigo—. Acabo de pensar algo. Escuche:

Cuando sir Barnaby Rowbotham fue a morir
dijo, volviéndose, a su institutriz:
“En el Albert Memorial
es donde me van a enterrar.
El primero a la izquierda, nada más entrar”.

Aquí encontrará usted pensamientos edificantes. Lo que importa es la inspiración. Envíen cuatro peniques para nuestras ediciones gratuitas.

Marlowe pareció no haberle oído.

—Oiga —dijo—, ¿ha visto usted a Biddy?

Míster Campion se quedó algo triste.

—No existen ya almas que se interesen por las Cosas Elevadas —murmuró—. No. Ele estado husmeando por el pueblo otra vez y creo que he aclarado algo —hizo una pausa—. ¿No me escucha? —reprochó.

—No —dijo Marlowe—. Lo siento, Campion, y no quiero alarmar a nadie; pero no puedo encontrar a Biddy por ningún lado. Se ha ido.

—¿Que se ha ido?

Marlowe elevó los ojos y encontró la firme mirada de Campion. La cara vacía de este se había transformado, adoptando una expresión de intrigada consternación e incredulidad.

—Absurdo —dijo, por fin—. ¿Cuánto tiempo hace que la busca?

—Toda la mañana —dijo Marlowe—. El caso es que —continuó, y su nerviosismo hizo confusas algunas palabras— ella me había prometido que vendría a buscarme. Íbamos a ir a la Ensenada del Collado. Pero esto no es un... capricho. Ella no es chica para eso.

Míster Campion le lanzó una rápida mirada.

—No —dijo suavemente, y se quedó silencioso.

—Pero se ha ido —dijo Marlowe, que, poco a poco, iba excitándose cada vez más y repetía las palabras vehementemente—. Le digo que he estado en todos los sitios. Y he preguntado a todo el mundo. Nadie la ha visto en toda la mañana. Cuddy me dijo que la última vez que la vio fue después del desayuno, cuando entró en el salón para escribir unas cartas.

—¿Unas cartas? —Campion se sobresaltó al oír esas palabras; tras las gafas, sus ojos se hicieron más pequeños y oscuros—. ¿Está usted seguro? —preguntó, y el tono de su voz era más serio que en cualquier otra ocasión que Marlowe la hubiera oído.

—Pues sí —respondió—. Cuddy me dijo que lo primero que hizo, después de

desayunar, fue ir en seguida al escritorio. ¿Por qué...?

—Vamos —dijo míster Campion, y ya estaba trotando rápidamente hacia el pueblo.

—¡Me deberían matar! —dijo, medio ahogándose, a Marlowe cuando corrían los dos por el césped resbaladizo—. No se me ha ocurrido que pudieran actuar tan pronto. Venía para que celebrásemos una reunión y discutiésemos. Perdiendo el tiempo. Seguro de que estaríamos tranquilos durante doce horas por lo menos.

Cuando alcanzaron las puertas del parque se detuvo.

—Creo que solo para cerciorarnos de que no estamos haciendo el idiota deberíamos entrar en la Casa de la Viuda —propuso—. Cuddy puede haberse equivocado. Esto parece demasiado horrible, Marlowe.

Atravesaron corriendo el golf y entraron en la Casa de la Viuda, en cuyo *hall* tropezaron con Cuddy. La anciana tenía la cara enrojecida y estaba molesta.

—¿Ha visto usted a miss Bidy? —preguntó a Campion—. Iba a venir a la cocina para ayudarme a hacer los pastelillos, a las doce —dijo—, y aquí me tiene esperando, desde hace tres cuartos de hora, con el homo caliente y la masa subiendo. Me parece que será mejor que me meta con ellos yo sola.

La aprensión que había en los claros ojos de Campion se hizo mayor.

—Yo estoy buscando, a mi vez, a miss Bidy, Cuddy —dijo—. ¿Cuándo la vio usted por última vez?

Marlowe había entrado en el salón y la anciana se le quedó mirando.

—Se lo dije a míster Lobbett —contestó Cuddy—. No la he visto desde después del desayuno —sus vivos ojos percibieron la expresión de míster Campion, y se acercó más a él—. Me parece que no va a tener usted mucha suerte —le dijo, bajando su voz, en un tono confidencial—. Haga por parecer más serio. No puede decir las cosas que dice si quiere gustarle a una muchacha.

Campion no sonrió.

—¿Sabe una cosa, Cuddy? Que gane el mejor —dijo con aparente seriedad.

—Sí, temo que va a ganar el mejor —dijo ella, moviendo la cabeza—. Cuando vea a miss Bidy dígle que no he podido esperar más.

Cuddy se alejó y Campion fue a buscar a Marlowe al salón. El muchacho estaba en pie ante la escribanía abierta.

—Debe de haber estado escribiendo aquí —dijo—. Mire.

Señaló el tintero abierto, las hojas de papel de cartas dispersas, sin orden, y el librito de sellos que estaban sobre la madera barnizada.

—Esté usted seguro, Campion —dijo Marlowe—, de que si le sucede algo a esa muchacha cometeré un asesinato.

—Ese arranque suyo —dijo míster Campion sin malicia— procede del espíritu. Vamos.

CAPÍTULO 17

“UN SEÑORITO EN BICI...”

El interior de la tienda de míster Kettle, que era también la oficina de Correos de Mystery Mile y tenía licencia para vender tabaco —abierta para la venta de aguas minerales, cerrada medio día todos los viernes, sujeta a la Ley de Tiendas— ofrecía uno de esos espectáculos de abundancia, mezcla y estrechez que solo puede ser igualado por cualquier otra tienda, en las que se vende de todo, de un villorrio inglés. Toda ella apenas medía diez pies cuadrados; era un local pequeño y bajo, en el que los clientes tenían que descender algunas pulgadas para entrar.

El ancho mostrador dividía el local en dos partes y sobre él, hasta el techo, se desplegaban, sin orden ni concierto, todas las existencias de tocino, ferretería, frutas en conserva, papel para atrapar moscas, pan y artículos de ultramarinos.

La oficina de Correos consistía en una pequeña cabina de tela metálica, en un extremo del mostrador, cuya armazón de hierro estaba adornada con avisos, licencias e impresos para pensiones. Toda la tienda olía fuertemente a alcanfor y a ácidos diversos, y bajo esos aromas podía percibirse el tufillo del tocino mezclado con el de la parafina y el del jabón aromático.

Una puerta abierta, en el fondo de la tienda, dejaba ver un rincón de una pequeña habitación limpia, decorada con un papel gris-verde, particularmente desagradable, dos aspidistras y una figura que representaba un caballo blanco, regalada por una marca de *whisky* como anuncio.

Fue por esta puerta por donde salió míster Kettle al encuentro de Campion y Marlowe cuando estos entraron en la tienda.

En él se podía apreciar inmediatamente cierto cambio.

Su palidez era más intensa que la noche anterior y en sus ojos podía verse una mirada ligeramente desviada y turbada. Llevaba todavía el delantal blanco, con el ribete cuidadosamente deshilachado, que había llevado a The Manor.

—¿En qué puedo servirles, caballeros? —preguntó, con un nerviosismo difícil de ocultar.

Marlowe se inclinaba ya sobre el mostrador cuando un golpe en el brazo le detuvo.

—Miss Paget cree que se dejó el bolso en su tienda, míster Kettle —dijo Campion, apaciblemente—. Tendrá que quitarnos todo esto de aquí, ¿sabe usted? —señaló con su mano cuanto había alrededor, y continuó divagando tontamente—: ¿Por dónde se sale en caso de fuego? Es muy peligroso todo este montón de cosas aquí.

Bueno, ¿dónde está el bolso?

—Ella no se dejó nada aquí, sir —la voz de míster Kettle sonó con énfasis.

—¡Muy bien! —exclamó Champion con repentino entusiasmo—. Ahora sabemos a qué atenemos. ¿Está todavía en la casa?

Míster Kettle no le miró y Marlowe advirtió, de pronto, que el tendero estaba bizqueando horriblemente. Se encontraba inmóvil por completo, con sus manos lacias y grandes apoyadas en el grasiento mostrador. Champion se inclinó, para acercarse un poco más a él, y repitió su pregunta en voz baja:

—¿Está todavía en la casa?

Un delgado hilo de saliva brotó de la comisura de la boca de míster Kettle, y Marlowe, que hasta entonces había estado sumido en la más completa perplejidad, comprobó, con un sobresalto, que aquel hombre estaba paralizado por el terror. El espectáculo le dio náuseas, pero Champion era menos impresionable.

—No sea estúpido, Kettle —dijo en tono cortante—. Solo tenemos que irnos y volver con la Policía. Mejor será que se evite un montón de complicaciones y nos lleve a donde esté ella.

El efecto de esta amenaza sobre el hombre fue tan sorprendente como lo había sido su terror. Retrocedió para separarse de ellos, profiriendo un sonido airado, mitad hipo, mitad gruñido. Su miedo se había convertido en una especie de satisfacción peculiar, vengativa.

—¡De acuerdo! ¡Traigan a la Policía! —dijo con violencia inesperada—. ¡Registren la casa! ¡Revuelvan toda mi casa de arriba abajo! Metan sus narices en todos los agujeros y rincones. Y cuando hayan acabado, yo le diré algo a la Policía. ¿Dónde está míster Lobbett, ¿eh? ¿Por qué han echado tierra sobre el suicidio de una persona? ¿Por qué no le enseñan a la Policía las ropas que hemos encontrado? ¡No se atreverán a traer a la Policía! ¡Ustedes...!

La explosión terminó, al fin, y míster Kettle, transformado por completo, se quedó mirándoles detrás del mostrador desgastado. Su servilismo había desaparecido y nadie se acordaba de él.

Míster Champion parecía poco impresionado. Estaba con las manos en los bolsillos y parecía un poco más vacuo que de costumbre, si algún cambio podía señalarse en él.

—No se trataría de la Policía de Heronhoe —dijo—. Creo que esto interesaría a los del condado.

Míster Kettle siguió inmovible.

—Ningún policía me preocupa. No tengo nada que ocultar.

—¡Muy bien! —dijo Champion—. Ahora nos entendemos el uno al otro mejor que nunca.

Dio la sensación de que su mente no se ocupaba ya del problema, pues la frase siguiente pareció enteramente casual.

—Veo que vende usted bizcochos, míster Kettle.

Marlowe miró con curiosidad a Campion y vio que este estaba mirando fijamente al tendero. El joven americano no esperaba la tercera transformación de míster Kettle; volvió a aterrorizarse y se quedó mirando completamente atónito al pálido joven que estaba frente a él.

—Vamos, vamos —dijo míster Campion suavemente—. Por allí viene una anciana, Kettle. Recóbrese usted. Ella querrá que le sirva. Y ninguna mujer que se respete a sí misma le comprará ni un sello si usted se pone así de bizco.

Apenas había terminado de hablar cuando Alice Broom, con un abrigo sobre los hombros, para cubrir su delantal blanco, entró enérgicamente en la tienda. Hizo una inclinación de cabeza a los dos jóvenes y puso unas monedas sobre el mostrador.

—Dos peniques de soda, por favor, míster Kettle —dijo—. Qué buen tiempo se ha quedado después del chaparrón, ¿verdad? ¿Cómo se encuentra su pobre pie hoy?

Era evidente que venía con ganas de hablar y míster Campion dio la sensación, de repente, de que estaba dispuesto a no quedarse atrás.

—Le estaba diciendo a míster Kettle que no parece muy pimpante —dijo—. ¿Qué le parece a usted, Alice? La excitación no es saludable, ¿verdad?

—No sé qué excitaciones va a tener aquí —dijo ella—. Él sí que es un hueso duro de roer —añadió, acordándose de pronto del asunto—. Mandé anoche a pedir una caja de lata para guardar mis tostadas de queso y no consintió en mandarme una, y esta mañana le he visto llenar cestos y cestos en ese camión del bizcocho.

Campion se dirigió a Marlowe.

—Anote usted otra vieja costumbre inglesa —le dijo—: nos traen los bizcochos en cestos.

Alice movió su cabeza.

—Se está burlando de usted, sir —dijo—. Los bizcochos vienen en latas. Sí, los bizcochos vienen en latas.

Repitió la afirmación muy satisfecha, y cogiendo su bolsa azul de soda salió de la tienda con un alegre “Buenos días, sir”.

Campion sonrió alegremente a míster Kettle.

—Los bizcochos viene en latas —dijo—. Y míster Kettle devuelve los cestos vacíos. Eso es muy interesante. No me sorprendería nada que hubiesen enviado un camión especial, desde Londres, para ello, ¿no es eso?

Míster Kettle humedeció sus labios.

—No sé lo que habrá usted oído... —empezó a decir desesperado.

Campion frunció el ceño.

—Albert no ha oído nada..., lo ha visto —dijo—. Vamos a entrar en ese artístico cuartito y vamos a sentarnos bajo el retrato de nuestra querida rema, Dios la bendiga, a aclarar la cuestión, sin temor a que nadie nos interrumpa.

—Míster Kettle no se movió ni protestó cuando Marlowe levantó la trampilla del mostrador ni cuando los dos jóvenes entraron en la pequeña habitación.

—Entre —dijo Campion amablemente, manteniendo la puerta abierta.

El tendero los siguió en silencio. Campion cerró la puerta detrás de él y puso una silla.

—Creo que debería usted haber abierto las ventanas —observó—. ¡Qué pena, Kettle! Si lo hubiera hecho, este olor a cloroformo se hubiera disipado. En cambio, ahora perdurará durante varios días.

Kettle no dijo nada, y en la cara de Campion pudo percibirse un cambio. Se inclinó hacia adelante.

—¡Como Bidy sufra algún daño, Kettle, dejaré en suspenso mis normas y le mataré! Ahora, animal, díganos todo.

Míster Kettle se sentó en el borde de una silla y extendió sus amplias manos encima de la mesa, sin saber qué hacer.

—Vamos —dijo Campion—. Prácticamente lo sabemos todo. Eche por esa boca.

Míster Kettle siguió todavía silencioso, con la boca crispada. Marlowe avanzó hacia él.

—O habla usted ahora mismo —dijo—, o le convierto en pulpa.

—No hace falta —dijo Campion—. Está completamente acabado. Mire: yo mismo puedo decirle todo lo que ha pasado, Kettle. Empezaremos por el principio. Un traje le cae en las manos y se figura que por eso es más inteligente. Y lo es, idiota, y lo es. Tan repugnantemente inteligente que pone tras su pista, no solo a nosotros, sino también a sus mismos viles jefes. Yo creía que era usted estúpido, pero lo que no me imaginaba era que fuese tan estúpido como para decírselo usted mismo a su gente —se volvió a Marlowe—. Ahí es donde calculé mal el tiempo. Entonces —continuó, dirigiéndose otra vez a su víctima— recibió la orden de raptar al primero de nosotros que viniese a la tienda; que entre su preciosa hija y usted le cloroformizaran, y supongo que el resto del asunto fue muy sencillo.

Resultaba evidente, por la mirada de asombro del empleado de Correos, que hasta entonces Campion había dicho bastantes verdades.

—Una vez que capturó a Bidy —siguió Campion— hizo, sin duda, una llamada aparentemente inocente por teléfono a Heronhoe, o a donde estuviese esperando el camión, y en seguida vino el único vehículo que no podía inspirar sospechas a la Policía del Stroud: un camión comercial, de apariencia respetable. Usted metió los cestos en él, y en uno de ellos iba la pobre niña. Ahora, diga, ¿adónde la llevaron?

Se había quitado las gafas y, cuando se inclinó sobre la mesa en dirección al hombre tembloroso, sus ojos eran más brillantes y oscuros.

Míster Kettle dejó escapar un sonido inarticulado; su boca se abrió.

—Si descubren que usted sabe todo eso, me matarán —babeó por fin—. ¡Por Dios, míster Campion, sir —suplicó, arrastrándose por encima de la mesa, aferrándose al mantel—, que no lo sepan nunca, no se lo diga usted!

—¿Adónde la han llevado? —preguntó otra vez Campion.

—No lo sé —dijo míster Kettle, a punto de echarse a llorar: no había duda de su sinceridad—. Nunca he visto a ninguno de ellos antes. Recibía las órdenes por

teléfono, cifradas. No lo hubiera hecho si hubiera podido evitarlo..., tenía que obedecerlos.

Míster Campion se levantó de la mesa en la que se había sentado.

—Le creo —dijo lúgubrementemente—. Me parece que lo más horrible que podemos hacerle es abandonarle a sus incalificables compinches.

—Le diría a usted todo —gimió míster Kettle—. Le diría a usted todo, si lo supiese.

—Ya lo creo que me lo diría —dijo Campion desdeñosamente—. Desgraciadamente, no me cabe la duda de que le han dejado a usted en ayunas. No son tan estúpidos para no saber qué clase de tipo está trabajando para ellos. Vamos, Marlowe. Kettle se callará, por la cuenta que le tiene.

Se volvió hacia la puerta, pero míster Kettle fue más veloz que él. Con agilidad sorprendente se puso de pie y corrió en torno a la mesa para cerrar el paso a los que salían. Después se paró ante ellos, ofreciendo un lamentable espectáculo, con su gran cara blanca temblándole. Todavía babeaba un poco y sus ojillos húmedos parpadeaban sin cesar.

—Míster Campion, sir..., que no lo sepan nunca. No me escaparía, míster Campion. ¡Me cazarían, sir!

Le apartaron de su camino y salieron de la tienda. Se apoyó pesadamente en el cerco de la puerta interior y pudieron oír, a sus espaldas, su ronca voz temblorosa:

—Sea humano, míster Campion, sea humano...

Marlowe miró a Campion cuando ambos cruzaban el campo de golf.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —dijo.

—Vamos a pisar una cáscara de plátano. Como ha visto, han conseguido llevársela.

Había bajado su voz, y Marlowe se dio cuenta de que, por una vez en su vida, el irresistible míster Campion estaba completamente alarmado.

—Vamos a tener que actuar rápidamente —continuó, y la seriedad de su tono contradecía la ligereza de sus palabras—. No tiene usted idea de los métodos, tan poco apropiados para damas, de que pueden echar mano para conseguir la información que necesitan.

—Pero ¿qué información podrían obtener de Bidy? —preguntó Marlowe, que estaba aún algo confuso por la velocidad con que las cosas se habían desarrollado aquella mañana.

Campion no contestó. Habían dejado atrás las puertas del parque y atravesaban ahora, a buen paso, el terreno cubierto por la hierba descuidada.

Marlowe miró a su compañero con curiosidad.

—¿Cuánto sabía usted de esa historia de Kettle cuando entramos en la tienda? —preguntó.

Campion frunció el ceño.

—No todo lo que debería haber sabido —contestó amargamente—. Y todavía hay

un eslabón que se me escapa. Ya se lo dije: fue mi subestimación de la idiotez abismal de Kettle lo que me desbordó. Yo sabía que ellos no podrían haberse puesto en movimiento tan pronto, después del descubrimiento de las ropas, a no ser que se hubieran enterado de todo al mismo tiempo que nosotros y esto, a su vez, no hubiera sido posible si nuestro amigo Kettle no se lo hubiese dicho. Como lo que hizo fue una porquería, no se me pasó por la imaginación que quisiera dar cuenta de ella. Pero lo hizo, y por su aspecto yo diría que le echaron una buena bronca.

—¿Entonces, fue Kettle el que preparó las ropas?

—Sin ningún género de dudas. Aunque solo el cielo sabe cómo consiguió hacerse con ellas. Pero lo único que importa ahora es Bidy —dijo, levantando bruscamente la cabeza—. Tenemos que recuperarla y luego podremos empezar a trabajar otra vez.

—Estoy a su lado para ello —dijo Marlowe con convicción—. ¿Qué va usted a hacer?

Campion se encogió de hombros impacientemente.

—Sabe Dios —dijo—. La vieja maquinaria mental parece estar fallando por todas partes.

Continuaron andando en silencio. Cuando entraron en la casa oyeron, por la puerta del invernadero, que estaba abierta, la voz de mistress Whybrow, con un tono elevado en el que se traslucía la sospecha. Hablaba con alguien en el *hall* interior.

—¿Míster Campion? No sé si estará; pero dígame de parte de quién y se lo diré. ¿Quién le digo que ha preguntado por él?

Una voz estridente y desagradable la contestó, con un acento *cockney* tan seguro de sí mismo, que la convertía en inefable:

—No diga nunca nombres. Lo único que tiene que hacer es acercarle la cabeza a su oreja y decir suave: “Un señorito en *bici*”.

CAPÍTULO 18

EL INCALIFICABLE THOS

Míster Champion, en el *hall* exterior, se quedó durante un momento muy callado, escuchando.

—¿Quién es?

Al mirar hacia él, Marlowe vio, con sorpresa, que la cara de su compañero, pálida por lo general, ardía de vergüenza.

Míster Champion se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo de seda tejido con mucho gusto.

—“Eso”, desgraciado amigo —dijo tristemente—, es el incalificable Thos. Thos G. Knapp. “G” quiere decir “garrapata”. Es un sujeto atroz encima de otro sujeto atroz.

—Anda, ¡pues no es mi viejo guasón Bertie! —dijo la voz, sensiblemente más próxima—. He oído su pito desde aquí, amado mío.

Al mismo tiempo que hacía esa afirmación, míster Thos Knapp apareció en la puerta y se quedó mirándoles con unos ojos brillantes y vivos, como los de un gorrión. Era un joven de baja estatura, con la nariz rota y respingona y un aspecto de infatigable seguridad en sí mismo. Sus ropas debían haber sido el orgullo de Whitechapel Road: llevaba prendas fantásticamente cortadas; entre ellas destacaban un traje de un delicado matiz violáceo y una corbata de fantasía, fabricada con seda tornasolada por alguien que poseía una imaginación retorcida, y todo el conjunto se completaba pulcramente con unos brillantes zapatos amarillos increíblemente largos y estrechos.

Míster. Champion se le quedó mirando, apoyado en el venerable roble oscuro de los paneles de la pared.

—Siempre el mismo elegantón —dijo apaciblemente—. Quítese la tapa ante el caballero, Thos.

Míster Knapp se quitó su sombrero de ante, ancho y plano, y sonrió a Marlowe, poniendo al descubierto una asombrosa diversidad de dientes.

—Es encantador, ¿verdad? —dijo señalando con su cabeza a Champion—. Bueno, muy contento de verle, de verdad. Bueno, Bertie, he venido para charlar un poquito en confianza con usted. Un sitio majo se ha buscado aquí. Me ha costado la mar venir a él con mi *bici*. La he dejado fuera. Por cierto, ¿no volará?

Marlowe, al mirar a Champion, vio que este estaba sufriendo intensamente.

—Tuve que apandar la *bici* en Ipswich, o no habría podido llegar aquí de ninguna

manera. ¡Qué lugar tan maravilloso y tranquilo! Nunca me hubiese imaginado que hubiera algo así. A veces he pensado que usted y yo haríamos algo en parajes como estos, Bertie.

—¿Cómo supo que estaba aquí? —preguntó Campion.

—¡Ah! —míster Knapp ladeó su cabeza y habló con precauciones exageradas—. Debería saber, Bertie, que de cuando en cuando consigo cazar alguna información.

Miró a Marlowe con desconfianza.

Campion asintió:

—No hay cuidado —dijo—. Es de los nuestros.

—¿De veras? —dijo míster Knapp, y estrechó la mano de Marlowe.

—Trabaja en América —explicó Campion con desembarazo—. Pero lo que quiero saber es cómo supo que estaba aquí.

—Ahora va, ahora va, no sea tan ansioso —dijo míster Knapp juguetonamente—. En realidad, Magersfontein Lugg me dio la pista, y con ello hizo una buena obra también. Le traigo algo que le interesará, Bertie.

Campion movió la cabeza.

—Lo siento, Knapp —dijo—, pero de momento no me interesa nada que no esté directamente relacionado con el asunto que tengo entre manos.

—¡Bueno! —dijo míster Knapp, indignado—. ¡Bueno! ¿Es que no hay un trago? ¿No hay un trago? ¿Así es cómo me agradece que haya venido hasta aquí? ¡Quince millas sobre una simple bicicleta! ¿Es que son abstemios en esta casa?

Marlowe sonrió.

—Tráigale al estudio —dijo—. Buscaré algo de cerveza.

Se fue y míster Knapp se le quedó mirando lleno de gratitud.

—Un tío bueno para trabajar con él, me parece —dijo—. Siempre tiene suerte, Bertie. Lugar encantador, gente encantadora, comida y bebida a discreción. No porque usted sea inteligente u otra cosa. Por pura suerte, por eso.

—Ahora escúcheme —dijo Campion, desesperado— échelo ya. ¿De qué se trata? Pero acuérdesse: si se trata de algún otro sucio truco de los suyos, le hecho fuera, como le dije que haría. No me interesaré, ¿comprende?

—Muy bien —dijo míster Knapp—, muy bien. ¿Qué le pasa a esa cerveza? Lo único que ocurre es que oí algo relacionado directamente con usted y ese asunto Lobbett, así que tiré todo ese viaje para venir a verle... Para que vea mi amistad.

El interés de míster Campion se despertó entonces por completo.

—Un momento —dijo—. Eso me suena mejor.

—¡Qué le dije! —dijo míster Knapp—. Usted y yo hemos trabajado en el pasado: Somos los dos tal para cual. Nos entendemos el uno al otro.

Míster Campion no hizo ningún comentario, y en ese momento la voz de Marlowe, que llegó desde el otro extremo del pasillo, tuvo la virtud de absorber a míster Knapp, que se mantuvo en completo mutismo hasta que se encontró sentado ante la gran mesa de la biblioteca, con un vaso a su lado y un jarro de loza junto al

codo.

—Esto ya es otra cosa —dijo, limpiándose la boca después de un prolongado trago—. Cuando muera, Bertie, no lo olvide; corona de lúpulo. Ahora le diré lo que he hecho por usted. Usted ya sabe mis condiciones, viejo compinche.

Hizo una seña con la cabeza a Campion, quien le invitó a continuar con un gesto.

—Bueno, entonces, y sin necesidad de enterar a gente extraña de mis procedimientos —guiño un ojo a Campion—, le diré que, ayer por la tarde, pude oír, sin que nadie se enterara, una conversación muy interesante.

—¿Por teléfono? —preguntó Campion.

—Natural. Por una línea particular en la que estoy interesado. No es que me haya enterado de mucho antes de ahora...; solo se ha instalado hace poco, pero lo que oí fue lo siguiente, poco más o menos, ya se comprende —hizo una pausa para sacar una agenda roñosa—: Yo me colé a media conversación, ¿comprende?, de modo que no pude oír el principio. Había dos voces: una, blanda y suave como la de usted, y la otra sonaba como si la estuviesen desfigurando. Para mí, que quería parecer extranjero. El de la última voz parecía ser el jefe. “¡Qué! (estaba diciendo). Ese hombre es idiota. Desembarzaos de él. ¿Quién envió la ropa?”. El otro fulano contestó: “No había nada escrito, aparte de la dirección de la etiqueta”. Entonces el jefe dijo: “Bueno; ese es el tipo que le hace falta, ¿no?” —míster Knapp los miró—. A mí todo esto me parece que no vale para nada —dijo, y luego continuó—: Y después, de repente, el jefe preguntó: “¿Qué es de ese Albert Campion?”. Y el otro fulano va y dice: “Ya me enteraré de lo que le concierne”. Desde ese momento me interesé; pero después dijeron muy poco más. Todo lo que escuché fue decir al jefe: “Si la letra es de la muchacha, la cogen y la traen. Usted puede prepararlo todo. Ella tiene que saber alguna cosa. En cuanto oiga algo comunique conmigo como de costumbre”. Luego colgaron.

Marlowe miró a Campion, pero los ojos de este se encontraban ocultos por las gafas y en su cara no había ninguna expresión.

—Escuche, Thos —dijo—, ¿dónde oyó todo eso?

Míster Knapp movió la cabeza y comentó dirigiéndose a Marlowe:

—Qué astuto, ¿verdad? Antes de ir más lejos, quisiera saber hasta qué punto le interesa esto. ¿En cuánto lo ponemos?

—Thos, usted me cripa los nervios —dijo después de suspirar—. ¿Cuánto quiere usted?

Míster Knapp, que hasta entonces había permanecido algo titubeante, se puso en pie.

—Le voy a decir lo que quiero —dijo—. Seré un caballero también. Llegaremos a un acuerdo. Cuando quiero, puedo ser un buen compinche. Muchas veces he querido trabajar con usted, como antes —continuó, poniéndose un tanto melancólico—. ¿Se acuerda?

Míster Campion tosió.

—No vamos a entrar en eso ahora —dijo—. Permítame que puntualice algo. Esa información no añade nada a lo que ya sabíamos, a no ser que usted sepa de dónde procedía la llamada telefónica.

—Espere un momento —replicó míster Knapp—. *Espere* las órdenes. Eso es lo que se dice en el ejército. Le estoy haciendo una oferta de amigo, que no haría si no le conociese y supiera que, pase lo que pase, me tratará usted bien. Llegaremos a un acuerdo. Cuando se gana, usted se sacude la mosca y se la sacude muy bien. ¿Qué le parece?

—Muy bien —contestó míster Campion—. Pero ¿qué cree que pasa?

Míster Knapp titubeó.

—Me parece que aquí todo lo estoy hablando yo. Pero como le conozco, Bertie, le diré que, a mi parecer, uno de su grupito está a punto de que se lo lleven y le hagan pasar un rato muy malo, si no lo han hecho ya. Entre ustedes hay una jovencita, ¿verdad?

Marlowe habló antes que Campion pudiese evitarlo.

—En realidad, miss Paget ha desaparecido ya.

—¡Vaya! —dijo míster Knapp con los ojos brillantes—. Conque no está jugando limpio, ¿eh, Bertie? No me importa, aunque usted no me trate como es debido; yo sí le voy a tratar así. Cincuenta libras por esa dirección y otras cincuenta cuando recobremos a la joven. Además le ayudaré, en atención a los viejos tiempos. Una vez salvó esta vida mía tan pimpante —añadió comunicativamente dirigiéndose a Marlowe—. Me metió en una alcantarilla y me tuvo allí hasta que pasó el peligro. Yo nunca olvidaré eso. Bueno, ¿qué dice usted, Bert?

—Pues ya que cada uno va aquí a lo suyo —respondió míster Campion lentamente—, voy a hacerle otra propuesta: a cambio de las primeras cincuenta, otra información, y las otras cincuenta, al contado, cuando tengamos a la muchacha.

—¿Qué información? —preguntó cautelosamente míster Knapp.

—Un asuntillo de falsificación —contestó Campion animadamente—. Creo que debería usted conocerlo.

Míster Knapp abandonó toda su bravuconería.

—Ya sé —dijo apagadamente—. Diga lo que sepa. Ya sabe usted que se trata de mi viejo. Si al negocio le pasa algo, se le romperá el corazón.

—Bueno —dijo míster Campion afablemente—. ¿No es usted su heredero?

—Hable claro —pidió míster Knapp, ceñudo.

—El edificio está vigilado. Si estuviese en su lugar, procuraría trasladar a su abuelito. Las planchas de huecograbado son muy sospechosas.

—¿Cómo sabré que no es una broma?

—Verá: siempre hay medios para descubrir la verdad —contestó míster Campion con indiferencia—. Al final de la calle hay un vendedor de flores nuevo, y en la casa de enfrente, un inválido se pasa casi todo el día en el balcón, sentado en una silla de ruedas.

—Comprendo —contestó míster Knapp, pensativo—. Comprendo. ¡Maldita sea! Después de tantos años, ¡qué casualidad que se fijen en eso!

Parecía sumido en la contemplación. Campion lo trajo a la realidad terrenal.

—¿Nos da la dirección ahora?

—Beverley Gardens, 32, Kensington, W 8 —dijo sin vacilar—. Es una casita muy bonita. Un sitio estupendo. Al pasar por allí me fijé en ella. Tres pisos y un sótano. La escalera está frente a la puerta. Por el tejado es por donde se entra mejor. Lo tengo todo listo, a su disposición. Lo tramé mientras venía, por si las moscas.

Sacó de su agenda una hoja de papel muy sucia y la desplegó. Los otros dos se inclinaron para verla.

—Vean esto —dijo, señalando una serie de jeroglíficos con un dedo lamentable—: aquí tienen el plano completo de los tejados. En esta casa es donde está mi palacio. La parte de atrás está casi pegando a Beverley Gardens. Por eso es por lo que pude oír, gracias a un hilo suplementario. Si plantamos el cuartel general en mi casa (vivo en el último piso), podemos cogerlos por los tejados como quien lava. No se les ocurrirá vigilar el tejado, y en cambio vi, cuando pasaba, a un par de pesos pesados de guardia, y calculo que dentro habrá otra media docena de ellos. No tiene ningún objeto, a mi parecer, intentar ganárselos con dinero. También me sé el plano de la casa, porque toda esa fila está construida de la misma manera y la última está desalquilada. La eché un vistazo por si se habían dejado algún mueble decente. Ahora, miren: precisamente aquí hay un tragaluz que nos viene al pelo. Da a una especie de cuarto trasero, en el más pequeño de los dos áticos. En la puerta de ese ático empiezan las escaleras que llevan al primer piso. Después...

Fue interrumpido por Giles, que asomó su cabeza por el quicio de la puerta.

—Supongo que saben que el almuerzo hace media hora que los espera —dijo—. ¿Dónde está Biddy? Creía que estaba con usted, Marlowe.

Al ver a míster Knapp se calló de repente. Campion le hizo señas de que pasara y después cerró la puerta.

—Escucha, muchacho —dijo—, tenemos que volvernos a Londres tan de prisa como hemos venido. No te alarmes, pero se han llevado a Biddy.

Pasaron algunos instantes antes que Giles comprendiese lo que le decían. Campion le explicó todo lo que sabía de la desaparición y, poco a poco, la indignación se fue encendiendo en los ojos de Giles.

—¡Dios! Alguien me las va a pagar por esto —exclamó—. Le voy a dar una paliza a ese perro faldero de Kettle que le voy a dejar medio muerto.

Campion frunció el ceño.

—Mi querido pajarito —dijo—, esta noche necesitaremos toda la rabia que puedas acumular. Antes de nada recupera a tu hermana; después, discute si quieres. Aquí, nuestro amigo parece haber hecho un poco de inspección municipal a nuestro favor. A propósito —añadió dirigiéndose a Knapp—, supongo que dispondrá de todos los cachivaches y trebejos.

La cara que puso míster Knapp fue muy elocuente.

—¿Por quién me toma? —dijo después—. Eché mano al instrumental de mi tío antes que lo trincaran. Todo lo que hace falta —fue enumerando, ayudándose con los dedos— es un par de palanquetas, una escala de cuerda pequeña y media docena de porras de diferentes tamaños. Un buen surtido, cómo los de antes. No puedo ver los artificios modernos. El soplete resulta útil a veces, pero todo lo demás es basura. Lo que me sorprende, sabe usted, Bertie —continuó cambiando súbitamente de tono—, es que esa gente haya querido secuestrar a alguien. No forman un equipo como para hacerlos internacionales.

Campion se volvió bruscamente hacia él:

—¿De quién cree que se trata?

—Sí, sé quiénes son —dijo el visitante—. Una nueva banda..., no me sorprendería que fueran chantajistas. El tipo que dice la buenaventura..., un fulano con barba rojiza.

—¿Anthony Datchett?

—¿Es así como dice que se llama? —dijo míster Knapp sin impresionarse—. Bueno, da igual. Lo único que a mí me parece divertido es que ande metido en este negocio. Tengo la impresión de que trabaja a sueldo de alguien, lo mismo que yo trabajo a sueldo de usted.

—Voy a satisfacer su curiosidad —dijo Campion—. Por lo que se refiere a su inteligencia, Thos, va usted progresando.

—Está bien. Es favor que usted me hace —replicó míster Knapp sin mucho entusiasmo.

—Lo que no consigo entender —exclamó, indignado, Giles— es por qué se llevaron a Bidy. Teniéndonos a todos aquí, ¿por qué la eligieron a ella?

—Eso es fácil —le contestó Knapp—. Ya se lo dije a estos amigos antes. Es que ella mandó por correo un paquete de ropa en el que había un gato encerrado. Eso es lo que quieren saber, según les oí.

—¿Ropas? —preguntó Giles—. Debe referirse a la ropa del juez Lobbett, al traje que Kettle dijo haber encontrado. ¿Y Bidy la mandó por correo?

Se sentó pesadamente en una silla y se quedó mirándolos, atónito.

—Me niego por completo a analizar ese problema —dijo Marlowe—. Lo que tenemos que hacer, en primer lugar, es encontrarla.

CAPÍTULO 19

LA ENTRADA DE SERVICIO

El consejo de guerra convocado por míster Campion se convirtió, inesperadamente, en algo tempestuoso por culpa de Giles. Hasta ese momento había soportado los acontecimientos de pesadilla, que habían tenido lugar en los últimos días, con relativa ecuanimidad; pero el último fue demasiado para él; parecía haber hecho brotar toda la testarudez de que su ser era capaz.

—Escuche —dijo—, siento ser molesto, pero no me huele nada bien el hecho de que, en cuanto desaparece mi hermana, se presente míster Knapp, como por arte de birlibirloque, con todos los detalles necesarios para rescatarla. ¿Cómo sabe que no está al servicio de esa gente?

—Vamos, cálmese, cálmese —dijo el aludido suavemente—. Y no me interrumpa, Bertie —añadió, mandando callar con la mano a Campion—. Este caballero me hace una pregunta directa; se le debe dar una respuesta también directa. Puede parecer que hay razones para escamarse, pero no las hay. ¿Por qué? Se lo diré a usted —se acercó al joven y le cogió por la solapa con un pulgar y un índice ligeramente grasientos—. Magersfontein Lugg y yo hemos sido compañeros durante una pila de años. Compañeros de cautiverio, podríamos decir —guiñó un ojo a Campion significativamente—. Hace una semana viene a verme y me dice: “Nuestro amigo Bertie... (Lugg trabaja para Bertie: le limpia la casa y viste mucho tenerle en ella). Nuestro amigo Bertie —me dice— ha salido para meterse en un negocio de abrigo. No me ha dicho nada; pero tú, siendo un amigo, como eres, podrías abrir un poco los ojos”. Y eso es lo que he hecho.

Se separó de Giles y se quedó sonriendo, como si creyese que había hecho desaparecer por completo las dudas que el muchacho tuviera. Pero Giles siguió inmovible.

—Todo eso está muy bien —dijo—, pero ¿qué es lo que podía usted haber hecho?

—¡Ah!, ya sé lo que quiere —replicó míster Knapp con un tono de voz más insinuante que nunca—. Quizá hubiera hecho mejor presentándome. Yo trabajaba para el Gobierno en la reparación de teléfonos. Luego, entre la Administración General de Comunicaciones y yo hubo un pequeño disgusto y me retiré de la vida pública y del servicio por una temporada. Cuando salí, pensé hacer uso de mis conocimientos eléctricos y he estado trabajando en una interferencia muy honrada. Es posible que no lo sepa, pero solo en Londres hay cientos de conexiones particulares; algunas de ellas, impecables; otras, asquerosas —hizo una pausa—. ¿Me cree ahora?

—No —dijo Giles.

Míster Knapp sonrió a Marlowe y se tocó la frente significativamente.

—Habrà que explicárselo mejor —observó—. Bueno. Se lo voy a aclarar: si se sabe hacer, es la cosa más fácil del mundo oír una conversación telefónica por el hilo. Le sorprendería a usted saber el carro de cosas de que me entero. Hay más porquerías en la alta sociedad que las que usted se puede imaginar.

Sin hablar, Giles miró a Campion, que sonrió, en contra de su voluntad, al ver el gesto de su amigo.

—Bueno. Como estaba a la escucha, no tiene nada de particular que cazase algo interesante. Y vine aquí, corriendo que me las pelaba, para ver si se podía prevenir en vez de curar. Pero como a lo hecho, pecho, vamos a hacer lo que se pueda para arreglarlo lo mejor posible. Crea en mi soplo, hijo, y deje que Bertie lo planee todo; posee el tipo de cerebro para hacer que salga bien un asunto de esta clase. Recuerdo una vez que...

Míster Campion le interrumpió bruscamente.

—Guárdese los chistes para su oficio —dijo—. Escuchen: lo que vamos a hacer, en mi opinión, será una cosa parecida...

—Y si saben dónde está la casa, ¿por qué no llaman a la Policía? —preguntó Giles.

—Porque, corazón (y cabeza) de alcorcho —dijo Campion—, no sabemos, en primer lugar, si Bidy está allí, y después, porque es muy probable que tengan una salida de escape casi perfecta. Lo único que podemos hacer, para evitar que la pobrecita siga por más tiempo en sus manos, es ir por ella nosotros mismos, si es que está allí, y si no está, explorar todo aquello para ver lo que puede llevamos a ella. De todas maneras, ya estamos detrás de su rastro.

Giles se cruzó de brazos y se los quedó mirando con tristeza.

—Muy bien. Sigue con ello —dijo—. ¿Qué es lo que sugieres?

Míster Campion se columpió sobre la mesa en que estaba sentado, con las rodillas un poco altas los miró, uno a uno, a todos, a través de sus gafas.

—Tendremos que ir con mucho tiento desde el primer paso —dijo—. Como saben, por lo que ha dicho Knapp, desde ayer por la tarde míster Datchett y sus muchachos han estado investigando lo que hace nuestro Albert. Eso es más serio de lo que parece. Si, por ejemplo, llegan a descubrir alguno de mis cariñosos apodos, creo que nos vigilarían desde muy cerca. Incluso pueden tener ya a alguien vigilándonos aquí. No creo que Kettle les vaya a servir ya para nada, pero puede haber alguien más en la carretera, precisamente en el Stroud. Por tanto, no nos conviene organizar un desfile. Lo más sencillo, creo, es pedir la ayuda del viejo Baa Baa Oveja Negra, que me parece que está todavía entre nosotros. Ustedes tres saldrán metidos en la trasera de su coche, bien cubiertos. No hace falta que hagan todo el viaje de ese modo, como es natural. Nunca han sospechado de él, de modo que, si podemos conseguir que los lleve hasta la casa de Knapp, estaremos bastante seguros

—se echó a reír—. Tendrán que perdonar a ese latoso gordo, porque les aseguro que es absolutamente necesario. Isopel tendrá que venir con nosotros. No nos podemos arriesgar a dejarla aquí. Creo que el sitio más apropiado para ella es mi piso; ya saben que está encima de una estación de Policía. Yo mismo la llevaré allí en mi coche; de modo que cualquiera que pueda estar por ahí observándonos solo sabrá que Isopel y yo nos hemos ido y que míster Barber ha regresado a Londres. ¿Está claro?

—Entonces se creerán que todos los demás estamos aquí —dijo Giles.

Campion le sonrió.

—De eso se trata. Claro que pudieran no estar vigilándonos, pero hacemos bien en tomar precauciones —dijo—. Ahora, si ustedes están de acuerdo, todo está dispuesto.

Marlowe asintió.

—Yo estoy a su lado —dijo—. Isopel y yo nos pusimos completamente en sus manos para todo y creo que usted nos llevará a buen puerto.

Campion sonrió.

—Muchas gracias por sus amables palabras —dijo—. Solo hay un pero en el plan —continuó con seriedad—. Se trata de nuestro perito en tarjetas postales coloreadas. No es precisamente un Deadwood Dick, pero podemos persuadirle para, que nos eche una mano.

—Creo que puedo ocuparme de eso —dijo Marlowe confidencialmente—. Iré a hablar con él. Me gustaría también ver a Isopel.

Salió de la habitación, mientras los otros se quedaron cambiando impresiones.

—Ya le comprendo, Bertie —dijo míster Knapp apartando con pesar el jarro de cerveza—. Usted lleva a esta otra chica a su piso y coge allí las cosas que necesita, y yo me las arreglo con esta cuadrilla. Yo les enseñaré la cartilla a todos. No me gusta mucho trabajar con aficionados, pero no hay nada como meterse en un barullo. Mi mamaíta puede subir también, sabe usted. Nos echará una mano y nos preparará un escape si lo necesitamos. Hay pocas cosas que no sepa hacer.

Míster Campion se mostró algo escéptico, pero no dijo nada. Al poco rato, Marlowe y míster Barber entraron en la habitación. El perito estaba en plena confusión.

—Ciertamente —dijo— que llevaré a cualquiera a Londres, pero ¿por qué meterse en la trasera? No lo entiendo. Es tan..., tan... —titubeó antes de encontrar la palabra— molesto.

Campion dijo suavemente:

—Nos encontramos en una situación mucho más molesta, míster Barber, y si quisiera ayudarnos, le quedaríamos enormemente agradecidos.

—Eso es —dijo míster Knapp fatuamente—. Y si estuviese en su pellejo, mi querido señor, me apresuraría y haría todo lo que estuviese en mi mano —y añadió, cambiando de tono—: Es un aviso que le doy, recuerde.

Campion le dio un puntapié cariñoso y se volvió a míster Barber.

—No le haga caso —dijo alegremente—. Cree que está rodando para el cine; por eso se ha vestido de punta en blanco.

—¿Actuando para el cine? —preguntó míster Barber animado, como si hubiese encontrado, por fin, la clave de la situación; pero como nadie respondió, dio un suspiro y repitió su oferta—: Caballeros: no los entiendo del todo, pero me sentiré encantado de hacer lo que pueda por ustedes.

—Eso esperaba —murmuró míster Knapp—. Ahora me parece que, cuanto antes nos *piremos*, mejor. Así que amarrarse los calzones, compañeros —se acercó a la mesa e inclinó el jarro—. Todavía queda mucha —añadió alegremente—. Podíamos llevárnosla. ¿Tiene alguien una botella? —vio la mirada de Campion, y dejó el jarro precipitadamente—. Lo siento, de verdad —dijo, algo avergonzado, y salió detrás de los demás.

Giles dio rigurosas instrucciones a mistress Whybrow. No debía ir al pueblo; nadie debía saber que ellos ya no estaban en la casa. La mujer tenía sensibilidad, y aceptó las instrucciones plácidamente. Ninguno de los sirvientes de The Manor se había dado cuenta aún de que Bidy había desaparecido.

Campion empaquetó a los tres hombres, a Marlowe, Giles y míster Knapp en la trasera del coche de míster Barber y aseguró la cubierta sobre ellos.

—No necesitan ir así una vez que hayan dejado atrás Ipswich —dijo—. La Policía no parará un coche que sale del Stroud. Le quedaremos eternamente agradecidos, míster Barber.

El viejo se inclinó hacia él y le dijo con un mugido confidencial:

—Mi querido señor, si pudiese persuadir a míster Paget para que me permitiera intervenir en la venta su cuadro, la gratitud sería eternamente mía.

Arrancó, y Campion se dirigió a Isopel. Le estaba esperando en pie, envuelta en un abrigo de pieles, a pesar de que era verano. Parecía muy frágil y aterrada, y su cara blanca destacaba entre las oscuras pieles del cuello del abrigo.

Él le sonrió.

—¿Asustada? —preguntó.

—No —dijo, sacudiendo la cabeza—. Ya no me asusto. Mi sentido del miedo está acorchado.

Él frunció el ceño.

—Eso es malo. ¿Podría usted hacerme un favor? Me gustaría que condujese el coche desde aquí hasta que pasemos el Stroud. Mientras, yo desempeñaría el papel de paquete colocado a sus pies. No es que haya peligro. Es que quiero que nadie del pueblo sepa que he abandonado la casa.

Ella asintió.

—¿Por qué no? Claro que lo haré.

Míster Campion se acurrucó por completo en el suelo de su cochecito.

—Es lo más fácil de conducir que existe en el mundo —murmuró—. Tiene una transmisión que conozco. Ningún otro cacharro que se le acoplase compensaría el

dinero que habría costado.

La muchacha sonrió débilmente. Subió tras él y le cubrió cuidadosamente con la manta para que no se le viese desde fuera.

—Biddy dice que usted siempre habla así, míster Campion —dijo—. ¿Cómo se las arregla cuando tiene que ponerse serio?

La apagada voz que salió de la manta tema un dejo dolorido.

—Entonces me siento encima de un gran bloque de hielo. Habrá usted visto, probablemente, fotos mías así, en los periódicos ilustrados.

El viaje desde Mystery Mile hasta Ipswich transcurrió sin novedad, y a partir de allí míster Campion abandonó su escondrijo.

—Ahora lo llevaré yo —dijo, y añadió alegremente mientras se sentaba ante el volante—: Me han hecho ofertas los teatros de variedades para que condujese en sus escenarios. Usted lo ha llevado maravillosamente. Es la primera vez que se deja manejar bien por una mujer. Debe de sentir una especie de celos, a mi parecer.

Isopel pareció no haberle oído.

—Míster Campion —dijo—, usted no quiere hablar de eso tan terrible que le ha pasado a Biddy porque teme asustarme. Pero no piense así, por favor. Quiero hacer todo lo que esté en mis manos para ayudarle. Marlowe está enamorado de ella. Creo que se enamoraron mutuamente desde el momento en que se vieron.

El pequeño auto corría por la carretera principal Woodbridge-Ipswich, y el joven no separó sus ojos del camino que huía vertiginosamente ante él.

—¿Quiere usted decir que es probable que se casen? —preguntó.

—Sí, eso creo. ¿No es divertido que ellos dos se hayan enamorado y que yo y...?

Dejó de hablar bruscamente y míster Campion no la incitó a que continuase. Se recostó en su asiento, con una mirada pensativa en sus ojos oscuros. Súbitamente, empezó a hablar de nuevo.

—Supongo que nadie sabe nada sobre... sobre el caballo negro.

—No olvide su promesa —dijo Campion, y aunque sus palabras eran bastante sencillas, no cabía duda acerca de la sinceridad que latía bajo ellas—. Nadie, nadie en absoluto debe saber nada de eso.

Ella contuvo su aliento.

—Lo lamento, pero algunas veces —dijo— me siento terriblemente asustada.

—No se preocupe. La rescataremos, aunque sea la última cosa que haga en mi vida.

La vigorosa determinación de su voz la sorprendió y se volvió para mirarle. Pero la cara de míster Campion parecía tan apaciblemente vacía y boba como siempre.

Llegaron a la ciudad en un tiempo récord y se detuvieron en un garaje, al este de Regent Street.

—Espero que no la importe —dijo Campion, sonriéndole, cuando desembocaron en Piccadilly Circus—, pero temo que tendré que llevarla a mi piso por la entrada de servicio. En estos tiempos nadie sabe nunca quién puede estar vigilando la puerta

principal. A propósito, este es otro secreto tremendo. Me parece que tendré que insistir en que permanezca en mi piso —continuó—. Es el único lugar seguro de todo Londres para usted. Abajo hay una estación de Policía. La voy a llevar por la puerta de atrás sólo para que nadie me vea a mí. No quiero que el populacho me ovacione.

La condujo al otro lado de la calle; dieron la vuelta por una estrecha bocacalle y, por último, se pararon ante un pequeño restaurante, que a Isopel le pareció debía de ser bastante caro. Entraron, y a través de filas de mesitas llegaron a un local más pequeño, alejado de la entrada principal, donde eran servidos los amigos del dueño. La salita estaba vacía, y míster Campion, acercándose a la puerta de servicio, la mantuvo abierta para que pasase ella.

—Voy a enseñarle mi cocinita —dijo—. Es una joya para cualquier cosa también.

Isopel miró en tomo suyo. A su derecha podía ver el vano de una puerta que se abría a una vasta cocina; a su izquierda, un pasillo pequeño y estrecho que, según las apariencias, llevaba a la oficina del gerente. Campion se metió por él.

Un desconocido, bajo y de cabellos grises, se levantó para recibirle. Era evidente que conocía al joven; pero, ante la sorpresa de la muchacha, no le habló. Los llevó en silencio a una habitación interior y abrió allí la puerta de una alacena.

—Yo iré delante —dijo Campion en voz baja.

Con gran sigilo el desconocido bajito asintió y, echándose hacia atrás, puso de manifiesto lo que parecía ser un montacargas ordinario, utilizado, al parecer, principalmente, para subir y bajar alimentos. Una de sus tablas de separación había sido quitada, y en el espacio resultante se metió míster Campion con toda la dignidad de que era capaz.

—Gran Bretaña, primero —dijo sentenciosamente, y apretó un botón, con lo que, como si sus palabras constituyesen una orden, ascendió súbitamente y se perdió de vista.

Isopel abrió la boca para hablar, pero el desconocido bajito se puso un dedo sobre los labios y miró alrededor suyo con tal expresión alarmante, que ella se quedó silenciosa de nuevo. Al minuto reapareció el montacargas llevando un gran cojín azul en su fundo. Una voz bajó por el hueco: “Seré siempre un pequeño gentilhomme. Mi segundo nombre es sir Raleigh. ¡Adelante, Elizabeth!”.

El misterioso desconocido ayudó a la muchacha a meterse en el montacargas, con precauciones que hacían suponer que temiera ser atacado de un momento a otro. El vertical no era tan incómodo como se hubiera podido creer y, al sentirse transportada en la oscuridad, su sentido del ridículo la hizo echarse a reír.

—¡Magnífico! —dijo míster Campion, ayudándola a entrar en el comedorcito de su piso—. ¿Su seriedad no pudo resistir al viejo Rodríguez? Es un tipo estupendo. Es el propietario del restaurante y ha hecho de él algo endiabladamente bueno..., ¡el viejo ladrón! La única manera de conseguir que me deje utilizar el montacargas, para entrar aquí, es decirle que se trata de un caso de vida o muerte. Tiene una sed secreta de aventuras, y mis pocas entradas y salidas por la puerta de atrás le proporcionan

una viva emoción. Se hace la ilusión de que está tomando parte en una aventura policíaca o algo así. En realidad, el antiguo propietario de este piso instaló el montacargas para que le envasen la comida hasta aquí. Rodríguez es un buen elemento, pero le gusta desempeñar su papel, y a veces se hace un poco pesado. Escuche —continuó, llevándola a la otra habitación—: Aquí estará completamente tranquila. Lugg me parece que ya estará en el campo de batalla, pero aquí tiene a *Autolycus* para que la acompañe. Lo único que tiene que hacer es tener cuidado con sus joyas. Pero no es, enteramente, la culpa de *Autolycus*; la convivencia con Lugg es la causa principal de eso.

Se movía por la habitación, mientras hablaba, escogiendo diversos chismes y cachivaches de un *bureau* Sheraton, que estaba al fondo de la habitación, y de un gran aparador que se encontraba junto a la chimenea.

—Si tiene hambre, no tiene más que gritar por el hueco del montacargas. Si tiene miedo, no tiene más que gritar por la ventana. Si alguien llama, no abra la puerta. En particular, no abra a un caballero anciano con sombrero de copa y unos botines negros muy elegantes. Es mi tío el latoso. Puede usted ver a todo el que llegue en el espejo de la cara interna de la puerta. Funciona según el principio del periscopio. Todo está construido con unos cristales corrientes.

Isopel y *Autolycus*, que parecían haber establecido buenas relaciones, le miraban ir, de un lado para otro, por la habitación. En varias ocasiones la joven estuvo a punto de hablar; pero no dijo nada. Por último, se atrevió.

—Míster Campion —dijo—, no deje que Giles haga ninguna tontería..., ni Marlowe tampoco, claro —añadió apresuradamente—. ¿Cuidará usted de ellos?

—Como si fueran hijos míos, madame —dijo míster Campion, con una sonrisa—. Los dos jóvenes caballeros estarán al cuidado directo de la niñera.

Ella se echó a reír, pero en sus ojos había aún inquietud.

—Mire —exclamó de repente, poniéndose muy colorada—: No sabe usted lo horriblemente inquietante que es estar enamorada.

Míster Campion se dirigió hacia el montacargas. Podía verle, por la puerta abierta, desde la habitación en que estaba sentada. Se metió en aquel cajón, con gran dignidad, y se sentó, ofreciendo un espectáculo inefablemente cómico, con sus rodillas pegadas a la barbilla y mirándola como un búho por detrás de sus gafas.

—Eso es lo que opina usted, joven —dijo solemnemente, y cerró la compuerta.

Isopel se quedó escuchando bajar al montacargas.

CAPÍTULO 20

LA PROFESIÓN

La gloria de Pedigree News había pasado para siempre. La hilera polvorienta de establos estropeados, con dos pisos de viviendas, estaba casi madura para el aviso a los expropiadores. No había ni siquiera niños jugando en el desigual declive de ladrillos que formaba el piso de la calle, y todo aquel sitio ofrecía un aspecto solitario y hosco.

Estaba en el ángulo recto que formaban la avenida sin salida que era Beverley News, por un lado, y Wishart Street, que torcía para desembocar en Church Street, Kensington, por otro. Un lugar peligroso y deprimente.

Míster Campion miró a uno y otro lado de la calle. No se veía un alma. El número 12 A era una puerta desvencijada que estaba en el rincón formado por dos caballerizas. Los establos, que se encontraban en la parte inferior del edificio, estaban, al parecer, abandonados.

Empujó la puerta, sintiendo una superficie fría y grasienta bajo su mano, y se metió por un pasillo angosto que olía horriblemente a humedad y a gatos. Frente a él, una mancha regular de luz anunciaba el pequeño patio de una casa probablemente más execrable que el mismo pasillo en que se encontraba. Delante de la entrada del patio tropezó con la sucia escalera que ofrecía un difícil acceso a los pisos superiores de la casa. Allí el olor era aún más intenso y se mezclaba con otros aromas todavía menos atractivos. Míster Campion subió rápidamente, esquivando las paredes. Cuando llegó al último piso, compuesto por dos habitaciones cuyas puertas formaban dos de los lados del pequeño descansillo cuadrado, pudo oír la voz inconfundible de Thos G. Knapp, que, indudablemente, trataba de ser hospitalario.

—Madre: hágale un hueco en la cama a míster Barber. No parece estar muy a gusto en ese rincón.

Campion se detuvo y silbó suavemente. La puerta se abrió en seguida y por ella salió, caminando ladeado, Lugg. Parecía más triste que en cualquier otra ocasión y se quedó mirando a míster Campion críticamente.

—Se cree usted inteligente, ¿verdad? —preguntó con bramidos guturales—. Y a la hora de meterse en un lío de verdadero bigote, ¿a quién se trae? A dos aficionados imberbes y a una cosa que habrá sacado de un almacén de alfombras. Un asco. Va a ver usted cómo están todos ahí dentro —chascó la lengua con los dientes para expresar su desprecio—. No se apoye en las paredes —añadió bruscamente—. Soy yo el que tiene que limpiar sus trajes, no lo olvide.

—Escucha —le dijo Campion con dulzura—: cuando desempeñas el papel de niñera me atacas los nervios. ¿Por qué has metido a Knapp en esto, si te dije que no lo hicieses?

—Lo hice antes que me lo dijera —contestó Lugg, sin dar muestras de avergonzarse por el reproche—. El día que a usted le agujereen con una bala, yo pierdo mi empleo. Por eso tengo que cuidar de usted, ¿no comprende? Aunque creo que en esta ocasión me ha tomado usted el pelo. ¿Por qué no traigo a Thos aquí fuera y charlamos un poco en la otra habitación? Ahí dentro se puede cortar el aire con un cuchillo, y eso me pone malo. Nunca he podido aguantar las atmósferas cargadas.

Sin aguardar la respuesta, metió la cabeza por la puerta y profirió un sonido inarticulado. Míster Knapp apareció inmediatamente.

—¡Hola, Bertie! —dijo afablemente—. Nos hemos juntado una buena panda. Mi mamá dice que le parece estar rodeada por todos sus hijos otra vez.

—Vamos a dejarnos de cursilerías —dijo míster Lugg, alzando su mano—. Llévale a la otra habitación y vamos a charlar un poco.

—Ahora mismo —dijo míster Knapp, abriendo la puerta de la otra habitación—. Se pierde un montón de tiempo, buscando aquí algo, con esta luz. Es lo que llamo mi taller. ¿A que resulta bonito?

La habitación adonde los llevó tenía alrededor de diez pies cuadrados, era de techo bajo y todo lo sucia que cabe imaginarse. En ella había dos mesas largas, que prácticamente la llenaban, y, sobre ellas, podía verse la más asombrosa colección de chismes eléctricos que Campion había visto en su vida. Había pares de auriculares raros, enormes cantidades de cable, fusibles, un cuadro de distribución de fabricación casera y muchos otros raros cachivaches más o menos directamente relacionados con la desagradable ocupación de míster Knapp.

—Ahí lo tienen ustedes —dijo, haciendo un ademán amplio con la mano—. Todo me lo ha dado el Gobierno, en inconsciente agradecimiento por mis servicios. Allí hay uno de los viejos teléfonos Bell, procedente de Clerkenwell: una reliquia interesante. Aquí hay un micrófono del último Departamento de Guerra. Cualquiera de las dos cosas constituye un orgullo para la colección.

—Déjate de recuerdos —dijo míster Lugg—. ¿Quién te crees que eres? ¿Un almirante retirado? Vamos al asunto. Creo que habrá jaleo, no me importa decírtelo. Aunque tu casa es el doce A, debería ser, con todos los derechos, el trece.

—Cierra la boca —dijo Míster Knapp, que de pronto se puso de mal humor—. Hay un número trece más arriba de la calle. El inquilino está en el talego.

—He oído que tiene usted a míster Barber en la otra habitación —dijo míster Campion—. ¿Por qué lo ha traído? ¿Es que tiene usted niñas aquí, Thos?

—No me gustan nada los chistes sexuales —dijo míster Knapp sentenciosamente—. No, nada de eso. Le traje porque pensé que podríamos echar mano de su coche, si tocaban a correr. Le he dejado puesto en marcha abajo, en el establo. No podía quedarme con el coche decentemente sin quedarme también con él. Cuando se trata

con caballeros hay que comportarse como un caballero; de modo que fui y le dije: “Suba a ver a mi madre”. No se encuentra muy a gusto ahí, pero mamá le hace estarse quieto. Vale tanto como una *bulldog*.

—Dejen de rajar —dijo míster Lugg—. ¿Es que nadie se va a preocupar de nada serio?

Míster Knapp se puso formal.

—Súbase en este banco y eche una mirada por la ventana. ¿Se da usted cuenta de dónde estamos? ¿No? Bueno. Esta es la última casa de Beverley Gardens. Ahora fije la vista allí —mientras hablaba, Knapp tenía firmemente cogido a Champion por un hombro—. Échese bien para atrás, no le vayan a ver por la ventana. ¿Ve aquella casa, la de la cortina azul en la última ventana? ¿La ve? Esa es la casa en cuestión. No hay gran cosa que escalar. Esta comisa exterior lleva directamente al ático de la tienda. Mamá puede recorrerla fácil, de modo que usted también podrá.

—Entonces, podríamos formar una sociedad de montañeros —dijo Champion.

—Eso es —replicó míster Knapp, que siguió—: Veo que ha venido usted preparado para trepar —y señalo los pantalones ajustados de Champion—. Será bastante fácil. Aquí tengo mi escala. Hay también un montón de zapatos de goma.

—Yo he traído los míos —dijo míster Lugg, sacando de un paquete de papel castaño que llevaba un par de chanclos de goma de misteriosa estructura.

Míster Knapp le miró, sin poder ocultar su regocijo.

—¡Atiza! Pero ¿eres capaz de usar esas antiguallas? No los había vuelto a ver desde que era un *chavea*.

—Te crees tú muy listo, ¿verdad? —dijo míster Lugg—. Entérate antes de hablar de que son un recuerdo de familia.

Campion volvió su espalda a la ventana.

—¿Cuándo salimos? —preguntó—. ¿Cuando sea noche cerrada? ¿A las diez y media o por ahí?

—Alrededor de esa hora —dijo míster Knapp—. No hay casi nadie fuera de casa y nadie, desde luego, asomado a las ventanas.

—Creo que lo mejor será que vayamos a reunirnos con la dama —dijo Champion—. Y le voy a decir una cosa, Knapp: más vale que reprima un poquito su exuberancia. Los dos chicos de la otra habitación están profundamente interesados por la muchacha así que no los deje hacer ninguna tontería, si puede evitarla.

—¿Cree usted que no puedo hacerlo? —dijo míster Knapp, con orgullo—. Yo voy a ir también, ¿no? Les he explicado todos los planes y a mí me parecen bastante inteligentes. Total: que no será la primera vez que usted y yo nos metemos en un lío bueno, Bertie. ¿Te acuerdas, Lugg, cuando estuvimos juntos en aquella casa de Chiswick? Aquella solterona de tres pisos más arriba (todo un título creo que era), asomada a la barandilla, resoplando como un tren. “¡Ladrones!”, gritaba. Aunque tenía sentado encima de mis costillas a un *poli* muy gordo, no pude por menos de partirme de risa.

Míster Lugg bufó orgullosamente y Campion se dirigió a la otra habitación.

En ella, la cargada atmósfera que había mencionado Lugg se percibía nada más entrar. La habitación, que era solo un poco más grande que la que acababan de abandonar, constituía todo el domicilio de la familia Knapp. A pesar del calor del día, la ventana estaba herméticamente cerrada y, además, una cacerola hervía encima de la vieja estufa. Era imposible ver con claridad todo el interior, pues lo impedía el humo del tabaco y algunas prendas que, procedentes de la colada, colgaban hasta el suelo, desde un improvisado tendedero formado por un cordel, que iba del mechero de gas a un gancho en la pared. Una gran cama de hierro ocupaba un ángulo de la habitación; otra, más pequeña, impedía que la puerta se abriese con facilidad, al otro lado, y todo el vestuario de madre e hijo estaba colgado de la pared más alejada de la puerta.

En medio de toda esa incomodidad, mistress Knapp se encontraba presidiendo, dulcemente, la concurrencia fatigada e impaciente. Era una mujer robusta y colorada, vestida con toda clase de prendas, cada una de las cuales desempeñaba solamente la mitad del papel que le había sido asignado. Su áspero cabello rojizo estaba peinado muy tirante, formando un moño en la nuca, del que se escapaban varios mechones hasta su corpiño desordenado. Su cara era notable, principalmente, por tres o cuatro brotes de barba que salían de algunos lunares esparcidos por sus múltiples barbillas.

Estaba sentada en la cama grande y, a su lado, en un puesto de honor, pero incómodo, se encontraba el desgraciado míster Barber.

Giles y Marlowe acogieron con un suspiro de alivio a míster Campion.

—¡Gracias a Dios que ha venido! —exclamó Marlowe—. ¿Cuándo nos vamos?

—Mi querido pajarito: estoy temblando de impaciencia por entrar en batalla —dijo míster Campion, con énfasis—. Pero no sirve de nada salir en plena luz del día, porque no llegaríamos allí. Tendremos que esperar un buen rato todavía.

—Esto es desesperante —dijo Marlowe—. Pobre niña, no sabe usted lo que pueden estar haciendo con ella. Esto me va a volver loco.

Golpeó salvajemente el suelo con los talones.

—Siéntese, compañero, y vamos a echar una partidita de cartas amigablemente —dijo míster Knapp, que hacía todo lo posible por resultar tranquilizador—. Sería capaz de recorrer una milla por usted, pero todavía está muy claro el día. No podemos hacer nada.

—Es un suicidio salir ahora —añadió míster Lugg con un tono sepulcral—. Nosotros, que somos profesionales, lo sabemos.

Giles estaba sentado sobre un trozo de periódico cuidadosamente extendido encima de las tablas, dándose en la barbilla con las rodillas plegadas, y en su cara había una expresión de completo abatimiento.

—No sabes lo que me gustaría empezar; —dijo con pasión.

—No le gustará tanto cuando llegue el momento —dijo míster Lugg con inquietante solemnidad—. Alguno va a tener que guardar cama por ello esta noche.

Me lo da el corazón.

Mistress Knapp se encaró con él y profirió tal aluvión de blasfemias, que todos, excepto su hijo, se quedaron asombrados.

—Mamá es supersticiosa —explicó míster Knapp—. No le gustan los pájaros de mal agüero.

La dama, que ya había recobrado la serenidad, les sonrió, mostrando toda su dentadura. Míster Barber aprovechó ese momento para ponerse en pie...

—No me gustaría parecer poco altruista —dijo—, pero en realidad, creo que haría mejor yéndome. Me parece que nada más puedo hacer por ustedes.

La familia Knapp se lanzó sobre él como un solo hombre.

—Usted se queda donde está. Si se va ahora, levantará toda la caza. Bastante jaleo hemos tenido aquí ya —dijo Thos—. Madre: pásale tu botella al caballero para que eche un chupito.

Míster Barber se vio obligado a volver a sentarse en la cama y se quedó en ella, mirando en torno suyo con desconsuelo irremediable. Mistress Knapp hizo caso Omiso de la referencia que a la botella había hecho su hijo, con gran alegría del oriental. Salió a relucir una pringosa baraja.

—No hay nada como el póquer —dijo míster Knapp—. Y recuerden, amigos, que vamos a jugar Como caballeros.

—Así va a parecer casi que perdemos el tiempo —observó míster Lugg, arrastrando una silla de respaldo roto.

Marlowe se encaró con Champion.

—¿Está usted seguro de que esto es lo mejor que podemos hacer? Estoy a punto de estallar.

Champion le miró, y durante un instante Marlowe pudo percibir la seriedad que había en los ojos claros que se ocultaban en las gafas.

—Es nuestra última oportunidad, pajarito. Y llegará el momento en que solo tengamos la última esperanza.

—¿Cree usted que vamos a tener algún serio contratiempo? —preguntó Marlowe, mirándole fijamente.

—Creo que vamos a ir a una pequeña guerra —contestó Champion con franqueza.

CAPÍTULO 21

LA PRESENCIA DE ANIMO DE MISTER CAMPION

—**D**iscute cuanto quieras, madre —dijo míster Knapp—. Pero cinco reinas son cinco reinas. Si estos caballeros quieren aceptar el hecho de que alguna carta de la baraja vieja se ha mezclado con esta, nosotros, por nuestra parte, no diremos ni pío. Además, me parece que ya va siendo hora.

—Es verdad —aseveró míster, Lugg—. Me voy a ir quitando las botas.

La atmósfera de la pequeña habitación, que se había ido espesando durante las últimas dos horas, resultaba ahora francamente sofocante. Míster Barber, después de varios intentos infructuosos de huida elegante, se había, resignado a su insano destino. Mistress Knapp le estaba vigilando estrechamente.

Marlowe y Giles, que se animaron extraordinariamente ante la perspectiva de hacer algo por fin, se pusieron en pie, mientras que la señora de la reunión recogía, sin ninguna vergüenza, sus ganancias. Míster Champion reintegró todas las pérdidas que le fueron admitidas. Ahora que se acercaba el momento de la acción, los señores Lugg y Knapp se encargaron de los preparativos con soltura de especialistas. Knapp sacó un par de porras y dio a Marlowe y a Giles unas cuantas instrucciones bastante acertadas.

—Basta con un buen zumbido —dijo— (detrás de la oreja, o un poco más arriba, o un poco más abajo); pero dado en firme y con precisión. A no ser que lleven pistolas. Yo, no. Yo y Bertie —explicó— no somos partidarios del aniquilamiento del enemigo.

—Yo había traído una pistola —dijo Marlowe—. Pero esto me parece de más utilidad.

—Lo mismo digo —afirmó Giles—. Creo que cuanto menos ruido, mejor.

Míster Champion no dijo nada. A una indicación de míster Knapp se quitaron las chaquetas y se metieron los *jerseys* por dentro del pantalón. La gravedad del asunto empezaba a adquirir sus debidas proporciones.

Campion se quitó las gafas.

—Veo mucho mejor sin ellas —explicó, y empezó a cambiarse los zapatos.

Mamá Knapp fue de un lado para otro, con suavidad felina, sacando zapatos con suela de goma y ofreciendo pequeños tragos de aguardiente y de agua.

—Ahora, escuchen —dijo su hijo, cuando todos se reunieron en el cuarto trastero

—: Vamos a ir con cuidado y tranquilos, despacito, sin meter la pata. Siempre que puedan agachen la cabeza, no se acerquen al borde del tejado. Una vez allí, yo me cuelo el primero, pues soy el más ágil y conozco la casa. Luego saldré, les diré cómo anda el terreno y cederé el mando, como suele decirse, a Bertie.

—¿Y yo? —preguntó míster Barber desde la puerta—. En realidad, yo...

Mistress Knapp apareció a sus espaldas.

—Usted se está conmigo, bonito —dijo—. Hasta que vuelvan. ¿Te has fijado si está el coche listo, Thos?

—Gorjeando como un pájaro, mamá —respondió este—. No dejes que se te escape el dueño, aunque se ponga violento.

Los cinco dientes de mistress Knapp aparecieron, gracias a una sonrisa arrolladora.

—Usted se estará conmigo. ¿Verdad, cariño? —dijo, y arrastró cariñosamente al desgraciado oriental a la otra habitación.

Míster Knapp continuó:

—Ahora, vamos: yo, el primero; Bertie, después; luego, los dos chicos, y después, Lugg. Tengan cuidado de pisar suavemente en la pizarra y muy despacio en las tejas. En cuanto me oigan silbar, se quedan quietos como muertos y se aplastan contra el suelo todo lo que puedan. ¿Todos listos?

—¿Algo más para *El Caso*? —murmuró míster Champion—. Vaya un día apestoso.

Míster Knapp abrió la ventana silenciosamente y saltó a la cornisa. Después de un momento de ansiedad le escucharon susurrar:

—No hay moros en la costa. Adelante.

—Un pasamanos clavado en la pared no vendría mal aquí —dijo míster Lugg bruscamente desde la retaguardia—. La gente fina lo pone.

La noche estaba despejada y sin luna. Había gente por las calles alejadas y hasta ellos llegó el rumor del tráfico. Casi todas las ventanas que se veían estaban oscuras, como había predicho míster Knapp.

Frente a ellos, hacia el Este, las luces de Londres formaban un gran resplandor en el cielo. El aire era cálido, y los perfumes de la gran ciudad —fruta, artículos de tocador, humo de petróleo y polvo— no resultaban tan desagradables en la mezcla que formaban.

El camino no era tan peligroso como incómodo, una vez pasado el vértigo de los primeros veinte pasos de cornisa. Míster Knapp desplegó una escalera plegable que, al parecer, acostumbraba utilizar, a juzgar por la habilidad con que la manejaba. Por ella treparon, desde los tejados bajos de las tiendas, a las azoteas de las casas de Beverley Gardens. Míster Lugg, que cubría la retaguardia, dejó la escalera preparada para el regreso.

La excursión no careció de emociones. Cuando míster Knapp saltó suavemente a la segunda casa de la manzana, una voz de mujer vieja gritó quejosamente por una

ventana abierta:

—¿Quién anda por ahí?

—Servicio Telefónico Londinense, señora. Brigada de reparaciones. Tendiendo una línea —contestó míster Knapp, cuyo acento hubiera tranquilizado al más miedoso.

En la oscuridad pudo oírse un gruñido de satisfacción, y ellos siguieron adelante. El sudor corría por la cara de Giles. Tanto él como Marlowe eran personas que respetaban escrupulosamente la ley, y de no haber sido por el poderoso motivo que ahora los impulsaba no habrían ni siquiera soñado con tomar parte en semejante empresa.

—Es la casa inmediata —murmuró míster Knapp, y se detuvo en seco, haciendo una seña a Champion—. Vaya una suerte... A pedir de boca está el agujero —dijo, señalando un tragaluz en el tejado sobre el que se encontraban.

Estaba abierto de par en par. Se inclinó sobre él y paseó velozmente la luz de su linterna por toda la oscura habitación. Parecía ser un estudio. El pequeño círculo luminoso se detuvo sobre una mesa en la que, además de un teléfono, había una garrafa y un sifón.

—Eso sí que es suerte, si no estuviésemos tan ocupaos —observó de pasada—. Temo que no seremos tan afortunados cuando llegemos a la puerta que viene a continuación.

Uno después de otro saltaron el estrecho parapeto de piedra que separaba las dos techumbres.

—Salten con educación, con educación —cuchicheo míster Knapp cuando los dos aficionados lo lucieron algo nerviosamente—. Agachen las cabezas. Ya estamos aquí —continuó, dirigiéndose a Champion—. Yo no he estado aquí antes de ahora, comprende, pero en mi casa tengo unos gemelos estupendos: un regalo de mi antiguo coronel. Bueno, yo siempre he creído que pensaba dármelos alguna vez. Ahora vamos con esto; ¿qué les parece: palanqueta o diamante?

—Diamante —dijo míster Lugg—. Hace menos ruido. No hay nadie abajo. ¿Estás seguro de que esta es la casa?

—Calla la boca, animal —dijo míster Knapp.

Una vez decidido el camino a seguir se puso a trabajar con manos silenciosas y expertas.

La tensión reinante entre los espectadores se hizo irresistible en el momento en que desprendió un trozo de cristal con una ventosa de goma. Después metió la mano por el orificio, descorrió el pestillo con, suavidad y dejó abierta la ventana. Dentro de la casa todo estaba oscuro y silencioso.

—No hay una chispa de luz por ningún lado —dijo míster Lugg, que había inspeccionado las dos caras del edificio—. Así que, adentro, Thos. Ya me preocuparé yo de que tengas un entierro decente.

Míster Knapp realizó un cuidadoso examen del interior de la habitación que

estaba a sus pies, sin duda vacía, y luego, cogiéndose con ambas manos al cerco de la ventana, se deslizó suavemente por el aire y saltó sin ruido dentro.

—No se fíen de esta sencillez —observó Lugg—. Ninguno de ustedes lo hubiera podido hacer así. Dispónganse a pirarse como el humo en cuanto oigan un ruido.

En la habitación se produjo un chasquido apagado, y el pequeño círculo de luz que formaba la linterna de míster Knapp ya no se vio más. Aguardaron escuchando, con todos los nervios en tensión, anhelosos de percibir el más leve ruido que llegase de la casa que se encontraba bajo sus pies. Los minutos pasaban con desesperante lentitud. Y míster Knapp no regresaba.

Al final, hasta Lugg empezó a dar señales de inquietud.

—Thos no es de esos tipos capaces de estarse en un avispero más tiempo del preciso por hacer una gracia —murmuró nerviosamente.

Marlowe se acercó y, detrás de él, también lo hizo Giles.

—¿Por qué no entramos? —preguntó uno de ellos.

—Ustedes se están quietos donde están —gruñó míster Lugg.

Campion, que estaba inclinado sobre el marco oscuro del tragaluz, se echó para atrás rápidamente.

—¡Ojo! —susurró.

Todo el grupo se quedó completamente inmóvil. Nadie respiraba. Por fin, un silbido, que fue muy bien acogido, surgió de la oscuridad.

—Echen una mano, compañeros.

Lugg y Campion le cogieron cada uno por un brazo e, inmediatamente después, míster Knapp, con la agilidad de un mono, trepó hasta el sitio en que se encontraban. Lo primero que percibieron en él fue su respiración entrecortada.

—Agáchense —dijo míster Lugg—. Agáchense.

Se aplastaron contra el tejado, y Giles, cuya cara vino a quedar junto a la de Knapp, vio que este estaba muy impresionado.

—Desde luego, la chica está ahí —dijo.

Su chillona voz de *cockney* les llegó sofocada por la emoción, y este hecho reavivó la aprensión en la mente de todos los que le oían.

Marlowe avanzó involuntariamente y el mismo Campion se puso rígido en el lugar donde se encontraba, pegado al tragaluz.

—La tienen en el piso que está debajo de este —dijo míster Knapp—. Al principio, no hubo manera de encontrarlos. El tipo de la barba roja está solo, en una especie de salón que hay más abajo. Me pareció que tiene un montón de mecanismos eléctricos allí. Tenían un aspecto repugnante. Retrocedí y, al llegar al segundo piso, oí una especie de ruido raro, y al mirar descubrí que había una habitación amplia que se extiende a todo lo ancho de la casa. La puerta es de cristal por la parte de arriba, que está cubierta por una cortina. Por eso no la vi cuando iba para abajo. Me subí en una silla y miré dentro.

Hizo una pausa, y cuando volvió a hablar el tono de su voz era más bajo. Y la

emoción que ese tono denotaba les aterrorizó.

—Son seis o siete, todos con una pistola innoble. Entre ellos están el mismo Ikey Todd y dos o tres de sus compinches. En mitad del cuarto hay una mesa alargada. La muchacha está atada a una silla, en la cabecera de la mesa. La están preguntando cosas, uno después de otro: método policíaco del año de la polca. Al otro lado de la mesa, frente a la chica, está sentado, con las piernas cruzadas, el asqueroso chinito Ropey, un fulano que habla con la nariz. Tiene una caña de pescar en las manos. No he podido fijarme bien en lo que había en la punta de la caña..., pero era algo como una aguja. Estaba abanicando la caña frente a los ojos de la muchacha y la había arañado ya una o varias veces en la cara. Hay que ser un miserable para idear una cosa así. Me puse malo sólo de mirarlo.

Después del primer estremecimiento de horror que este relato produjo, cada uno de los presentes reaccionó a su modo. Lugg y Campion conocían, tan bien como Knapp, la clase de hombres con los que tenían que enfrentarse: hombres que luchaban sin cuartel y sin decencia, hombres cuyas armas favoritas eran los cascos rotos de las botellas y las navajas de afeitar.

Giles y Marlowe, por su parte, solo tuvieron en cuenta que la muchacha, tan extraordinariamente querida por ambos, estaba siendo sometida a una tortura infernal en una habitación que se encontraba bajo sus pies.

Antes que los otros pudiesen impedirlo, se arrojaron por el tragaluz y embistieron a la casa como dos toros salvajes.

Lugg y Knapp se apretaron él uno contra el otro.

—¿Nos *piramos*? —dijo Knapp, nervioso—. Ya han metido la pata.

Incluso el formidable Lugg titubeó. Como hombre de experiencia, sabía lo que iba a significar la lucha de allí abajo.

—¿Qué ha sido eso? —gritó casi míster Knapp, fuera de sí.

Los dos hombres, al volverse, pudieron aún ver una sombra ágil que se dejó caer silenciosamente, desde el parapeto, al tejado de la casa de al lado.

—Es Bertie —dijo míster Knapp—, que se raja.

El leal Lugg se sintió tocado en el corazón. Después, en el momento en que el ruido que sentían bajo sus plantas se transformó en un clamor alborotado, cogió a su amigo por el cuello de la camisa y lo metió en el ático.

—Vamos —dijo—. Ese ha perdido el valor, pero ya se le pasará. Ya sabes que también pasa en la guerra. Nosotros tenemos que andarnos con ojo, no vayamos a perder el nuestro. Ahora amontona estas cajas para el que tenga que salir de prisa. Ya te dije que no teníamos que haber traído aficionados. Que el último que suba eche el cerrojo a esta puerta.

Mientras hablaba se movía con increíble rapidez, arrastrando los trastos viejos de la habitación y colocándolos bajo el tragaluz abierto, con el fin de facilitar la salida.

Abajo, en algún sitio, Bidy gritó. Este grito alcanzó los últimos restos de espíritu caballeresco que quedaban en el corazón nada sentimental de míster Lugg.

—Vamos, Thos —dijo—. Cualquier diablo que veas, duro con él, siempre, que no sea yo.

CAPÍTULO 22

EL ZAFARRANCHO

Los señores Lugg y Knapp bajaron las estrechas escaleras, que llevaban al piso inferior, con mucho más cuidado que los dos que los habían precedido; aunque esa precaución resultaba ahora algo ridícula, pues el ruido que venía de la habitación de abajo hacía suponer que era poco probable que los habitantes de la casa estuvieran con el oído alerta para precaverse de otro ataque.

Cuando llegaron al descansillo pudieron ver su objetivo inmediatamente. La habitación estaba brillantemente iluminada y repleta de gente. Se fueron deslizando por el pasillo, resguardándose de la luz que salía de la puerta. Cuando se acercaron, un hombre salió tambaleándose y luego se desplomó sobre la barandilla; el ruido de dentro se incrementó furiosamente. En medio del tumulto, una voz juraba sin cesar, formando una corriente de voz atiplada, que sobresalía, monótona y clara, sobre las otras voces más graves y los golpetazos de los muebles derribados.

—Esto marcha —susurró míster Lugg, apretándose los pantalones y empuñando su porra—. Todavía no he oído ningún disparo.

—No se atreven a tirar aquí —murmuró Knapp, resbalando por la pared, detrás del otro, más alto, hasta el cerco de la puerta, desde donde pudo mirar.

Era evidente que Giles y Marlowe habían cargado directamente contra los *gangsters* sorprendidos y se habían acercado a Biddy. En el momento en que llegaron Lugg y Knapp, la muchacha estaba todavía atada a la silla y los dos jóvenes, aunque seguían a su lado, no habían conseguido hacer mucho para sacarla fuera de allí. Los dos estaban seriamente tocados. La mejilla de Giles tenía un corte que llegaba hasta el hueso, y Marlowe se apoyaba en él, con su mano izquierda, pues su brazo derecho colgaba inerte.

Solo gracias a lo repentino de su ataque habían conseguido meterse en la habitación. Los irritados *gangsters* estaban empezando a recuperarse.

Un corpulento judío, que apoyaba su espalda en el cerco de la puerta, elevó de pronto la voz sobre el tumulto:

—Dos de vosotros: sacadlos a un lado. Ponedlos aparte.

Retrocedió un paso y apuntó con una pistola. Míster Lugg, aprovechando la oportunidad, se metió en la habitación y le propinó un tremendo golpe encima de la oreja. El golpeado gruñó como un cerdo y se derrumbó hacia adelante.

Knapp intentó apoderarse de la pistola, pero una gran bota cayó sobre su muñeca y alguien le arrancó la pistola de la mano. Inmediatamente después, le dieron un

culatazo en la nuca, que le hizo caer sin proferir ningún sonido.

La rápida inutilización de su compañero puso furioso a míster Lugg. Extendiendo su mano izquierda arrancó el pesado marco de un cuadro y lo lanzó sobre los cuerpos apiñados, con lo que, si bien no hizo mucho por la causa, sí incrementó extraordinariamente la confusión.

—El patrón llegará dentro de un minuto —gritó una voz—. ¡Resistid hasta entonces! ¡Resistid hasta entonces! Él se las entenderá con estos. No son policías.

—¡La Policía llegará en seguida, miserables! —gritó Giles.

La pérdida de sangre le estaba visiblemente debilitando cada vez más, pero todavía luchaba y golpeaba como un salvaje.

Antes que acabara de hablar un hombre se enredó con él y los dos cayeron al suelo entrelazados. En el extremo opuesto de la habitación Lugg vio al chino, un maligno personaje minúsculo con un raído traje negro, que se iba acercando poco a poco a Bidy. Su intención era evidente. Amenazando a la joven, podría reducir a los otros a aceptar condiciones razonables.

Míster Lugg hizo un esfuerzo. Se desprendió del hombre que estaba más cerca de él, se abalanzó sobre el chino y le cogió por los tobillos.

A pesar de ello, la situación del bando de salvamento parecía desesperada. Todavía había dos *gangsters* sin adversarios inmediatos, uno de los cuales tenía una pistola, y Bidy seguía atada a la silla. Marlowe, a pesar de su brazo herido, luchaba como un loco. El sudor se le metía en los ojos, y su pelo negro caía sobre la cara formando mechones húmedos.

Pero a despecho de esta combatividad y aunque míster Knapp daba señales de vida otra vez, no parecía que la batalla pudiese continuar por mucho tiempo.

En el preciso momento en que Ropey el chino oprimía con sus rodillas los brazos abiertos de Lugg e iba, lenta pero firmemente, apretándole el cuello hacia atrás, con lo que el estrangulamiento estaba asegurado, fue cuando, sin ruido ni aviso, se apagó la luz.

—No funciona la llave —dijo una voz en la oscuridad—. ¡Cuidado! Alguien sube por la escalera.

El chino abandonó a Lugg, como si fuera una sombra, y este, que se encontró bajo la silla en que estaba la chica, se puso a desatar las ataduras con sus dedos hábiles, envuelto en la más completa oscuridad.

La lucha se interrumpió momentáneamente y tuvo lugar un movimiento general para acercarse a la puerta. Daba la sensación de que se oía el ruido, de muchos pies subiendo por la escalera.

—¿Es usted, patrón? —preguntó una voz sofocada y llena de ansiedad.

—Aquí dentro, inspector, aquí dentro —la voz era desconocida.

Al mismo tiempo una linterna iluminó la habitación.

—¡La Policía! —gritó alguien, y se produjo una estampida hacia la puerta.

El primer hombre que salió se derrumbó y cayó como un leño.

—Aquí no hay más que uno —dijo otra voz—. ¡Fuera con él!

Las últimas palabras fueron apagadas por una pequeña explosión, no muy sonora, pero con un sonido curiosamente desagradable. La linterna se apagó y, casi en seguida, todos los que estaban en la habitación se dieron cuenta de que en su atmósfera había algo insidioso que les sofocaba, impidiéndoles respirar.

Alguien encendió una cerilla y lanzó una exclamación:

—¡Humo! ¡Fuego!

—No se separen —dijo otra voz—. Alguien se está riendo de nosotros. Es el patrón.

El humo se hizo cada vez más denso. Giles, que se tambaleaba, oyó un cuchicheo que le dio nuevas fuerzas.

—Prepara el billete de vuelta, por favor. Saca a Bidy fuera, idiota.

Era la voz inconfundible de Campion. Al mismo tiempo, una silla fue arrojada contra una ventana. Se oyó caer a la calle un montón de cristales rotos.

Giles sintió que alguien le rozaba. Extendió la mano y tocó una manga de seda. Lanzando una exclamación, cogió el brazo correspondiente a la manga.

La voz de Lugg retumbó en un tono muy bajo.

—Sígame rápido. Ya la tengo.

El humo, extendiéndose por todas partes, había inundado el descansillo y los tramos de escalera inmediatos. El impulso natural de los *gangsters* fue bajar, del modo más rápido posible, para salir a la calle. El grupo invasor, por su parte, se encaminó hacia arriba. Gracias a la confusión, la huida era relativamente fácil.

En el cuarto trastero, Giles y Lugg encontraron a míster Knapp, cuando subieron cargados con Bidy.

—Los estaba esperando —dijo, esforzándose por recuperar su alegría—. Casi me dan un trancazo en la cabeza. Era Bertie el que estaba abajo, Lugg.

—Cierra la boca y saca la chica al tejado —dijo míster Lugg, que no tenía ganas de conversación.

Su cara brillaba de sudor y miraba de reojo, intranquilo.

Giles miró en tomo suyo, aturdido.

—¿Dónde está Marlowe? —preguntó con voz débil—. Debemos sacarle. Vuelve abajo otra vez.

Fue hacia la puerta, con paso inseguro; pero, al terminar de hablar, su voz se apagó y se derrumbó sobre el suelo.

—Ahora tenemos dos fardos —dijo míster Lugg, ya con su voz normal—. Ante todo, atranca esa puerta. Ya se cuidarán los otros de salir. Vamos a desembarazarnos de estos ahora. Mira a ver si puedes pararle la sangre. No vamos a ir dejando un rastro detrás de nosotros.

Knapp resopló.

—¡Chico! ¡Vaya una juerga! —comentó—. Vamos, pues..., vamos a subir.

Mientras tanto, abajo continuaba el caos. El humo había hecho la habitación

inhabitable y la oscuridad, que persistía en toda la casa, más espesa e impenetrable.

Los hombres, aterrados, habían roto ventanas y habían abierto puertas, con la esperanza de dispersar la nube sofocante. Nadie comprendía nada de lo que había sucedido.

Marlowe, que se tambaleaba en el descansillo superior, tropezó con una persona que estaba al lado de una ventana abierta. Se echó hacia atrás bruscamente.

—Espere que llegue el coche —musito una voz en la oscuridad—. Espere que llegue el coche, y nos subiremos en él.

“¡Campion!”. Antes que la palabra saliese de sus labios, una mano le tapó la boca. A su alrededor, entre el humo, podían escuchar muchos pasos y bastantes juramentos. La retirada era imposible. Toda la casa se había convertido en un torbellino. Además de los siete hombres que se encontraban en la habitación de la batalla había que tener en cuenta los refuerzos que les habían llegado desde abajo, tosiendo y vociferando por el vapor sofocante.

—¡No los dejéis escapar! —gritó una voz en el piso bajo.

—Estamos copados —cuchicheó Marlowe—. Nos vamos a asfixiar.

Campion le propinó un suave puntapié, y en el mismo momento pudieron oír el escandaloso repicar de una campana de bomberos hacia el extremo de la calle.

“¡Fuego!”. El grito pareció surgir de todos los rincones de la silenciosa calle. Campion y Marlowe, esforzándose por respirar en la ventana abierta, vieron detenerse los coches y el movimiento, de una rapidez magnífica de los cascos metálicos.

“¡Fuego!”. El grito se expandió por toda la casa.

Campion tocó el hombro de Marlowe.

—Salida de emergencia —murmuró.

Y salió por la ventana, subiéndose al antepecho con gran agilidad. Marlowe le siguió algo más despacio. El nuevo desarrollo de los acontecimientos le resultaba completamente inesperado.

Su aparición en la ventana produjo una gran sensación a la multitud que se había reunido abajo, en la calle. Desde fuera, el fuego parecía ser muy grave. Por todas las ventanas y otras bocas de ventilación salían espesas bocanadas de humo. Míster Campion se quedó mirando las nubes amarillentas con cierto, orgullo.

—No está mal para ser una representación de aficionados —dijo—. Muchas veces he pensado qué tal resultado daría esta mezcla de una bomba de humo y la bomba de gases lacrimógenos corriente. ¡Qué efecto! Pero lo que ahora importa es otra cosa —continuó con repentina seriedad—. Apunte: “Bomberos: salvad a mi hijo”, esto se parece demasiado a “El muchacho permanecía sobre el puente que ardía”. Hay que poner algo de entusiasmo. Tambaléese un poco; póngase de rodillas, pero, por lo que más quiera, ¡no se caiga!

Empezó a moverse, como un péndulo, frenéticamente, y la muchedumbre de la calle le hizo señales de aliento. Cuando las escaleras empezaron a girar hacia donde

se encontraban, pudieron percibir cierta agitación a sus espaldas. Campion se volvió y golpeó con su cachiporra de goma la cara que se entreveía en la niebla. La cara no volvió a aparecer.

—Cuidado —dijo Marlowe, echándose hacia atrás, cuando la punta de una escalera colorada apareció en el aire y se paró a sus pies.

—Dícales que todavía quedan más —advirtió Campion—. Vamos abajo.

Cuando iban descendiendo les llegó un estrépito de cristales rotos y maderas astilladas. La puerta y las ventanas de los pisos bajos se encontraban, al parecer, herméticamente cerradas y los bomberos estaban destrozándolas.

Este incidente produjo tal emoción entre los espectadores, que su llegada al suelo pasó algo inadvertida.

A pesar de ello, fueron rodeados por una pequeña parte del gentío, y el bombero que los recibió al pie de la escalera preguntó con ansiedad si había más personas dentro de la casa.

La respuesta de Campion estableció la perspectiva de presenciar un incendio de resonancia pública.

—La casa está llena hasta los topes —dijo muy serio—. Me parece que hay más humo que llamas. Es un club de hombres, saben; hay un montón de militares retirados. Y están empeñados en mantenerse firmes en sus puestos, o algo por el estilo.

—Usted no es uno de esos valientes —comentó un hombrecillo de aspecto miserable que estaba entre los presentes—. Pero no le critico por eso. Lo que están haciendo me parece una locura.

Campion echó una mirada a la casa. Las mangas vertían agua dentro del oscuro edificio y los bomberos estaban entrando ya en él.

—¡Miren! —gritó de repente—. ¿Qué es lo que sacan ahí? ¿Un cuerpo?

Marlowe se volvió para mirar, como todos los demás que salían de la casa; pero se sintió cogido firmemente por el antebrazo y forzado a abrirse paso entre la masa que le rodeaba. La llegada de una pareja de guardias, que echó para atrás a la marea humana, cubrió, por último, su huida.

Cuando llegaron a la calle abierta, Campion le dijo, acercándose a su oído:

—Ahora que ya hemos armado una buena, pajarito, vamos a echar a correr como rayos.

CAPÍTULO 23

¿Y QUE MAS?

El espectáculo que ofrecía el cuarto trastero de míster Knapp, cuando llegaron a él Marlowe y Campion, no era muy diferente al que hubiera ofrecido un puesto sanitario de socorro.

Giles, aún muy pálido y vacilante, recibía una primera cura de las expertas manos de míster Lugg. Mientras tanto, míster Knapp examinaba el chichón que había crecido en su cabeza, mirándose en un espejo con marco de caoba, cuya utilidad era notablemente disminuida por el hecho de que, sobre su pulimentada superficie, estuviesen grabadas, con grandes letras, las palabras: “Bass’s Bottled Ales”.

Mistress Knapp, inclinada sobre Bidy, le administraba pequeñas cantidades de aguardiente en una copa para huevos. El único que seguía como le habían dejado era míster Barber. Su cara tenía una expresión inescrutable. Era evidente que se había resignado a su suerte, en una situación que estaba completamente fuera del alcance de su comprensión.

Campion se quedó muy tranquilo al verlos allí a todos. Entró riéndose, y todos se volvieron hacia él con una ansiedad que denunciaba la preocupación que habían sentido por su prolongada ausencia.

Bidy se levantó y salió a su encuentro.

—Estoy muy contenta —dijo, sin aliento.

Cogió una mano de Campion, pero se veía que su interés principal se centraba en Marlowe.

—¡Está usted herido! —exclamó, otra vez preocupada.

Él le hizo una mueca que quería ser una sonrisa.

—Parece peor de lo que es —dijo, quitándole importancia.

Con la ayuda de Bidy se despojó de la ropa, descubriendo una fea herida en el antebrazo. Los demás le rodearon.

—Yo me ocuparé de eso —dijo Lugg—. Y usted échese, miss. No tiene usted muy buen aspecto tampoco. Vamos, bonito —continuó, dirigiéndose a míster Knapp—, deja de acicalarte y ven a echarme una mano.

—Déjame en paz —contestó su amigo con amargura—. Tengo aquí un bulto como medio huevo. Pero —siguió animadamente— merece la pena. Era un espectáculo de miedo, mamá. Deberías haber estado allí.

—Que el diablo me coma si sé lo que pasó —dijo míster Lugg, a modo de comentario, mientras aplicaba un gran pedazo de algodón empapado en yodo sobre el

brazo de Marlowe—. ¿Dónde se metieron al final ustedes dos? Yo salí volando con la chica, como me dijo el patrón. No estaba muy a gusto cuando le oí subir las escaleras. ¿Qué les ha pasado a usted y a este caballerito? Al ver que no venían, me dije: “Lugg: te has quedado sin trabajo”.

—Terno que la culpa sea mía —dijo Marlowe—. Me quedé para retocar el cuello a aquel maldito chino. Le quedarán señales para toda su vida —añadió con satisfacción—. Creí, al principio, que le había matado, pero luego escapó arrastrándose. Supongo que usted vino a buscarme, ¿no, Campion?

—No del todo —respondió el joven con modestia—. No pude resistir el deseo de ver llegar los coches de los bomberos. No tienen idea del desfile con antorchas que se organizó allí cuando ustedes nos dejaron. Marlowe y yo fuimos recibidos como reyes.

—¿Fuego? —preguntó míster Knapp, levantando los ojos—. ¿Pero había fuego de verdad?

—¡No lo iba a haber! —dijo Giles—. Si creí que nos íbamos a ahogar todos.

—Fue él —dijo Marlowe sonriendo y señalando a Campion.

—Yo lo hice con mi bombita de humo —declaró Campion orgullosamente—. Con su permiso, Knapp, toda esta habitación no es nada comparada con mi bombita.

—Lo que me pasma —dijo Knapp, sin hacer caso de la última observación—, es la prisa que se dieron los bomberos. No hay ningún Parque por aquí cerca, que yo sepa.

—Eso —dijo de nuevo Campion— me lo deben también a mí. En cuanto estas jóvenes esperanzas llevaron a cabo su “Carga de la Caballería ligera”, ¿qué hizo el pequeño Albert? Se esfumó.

—Ya lo sé —dijo míster Knapp—. Le vi.

—Exacto —siguió diciendo Campion, que se había puesto otra vez las gafas y miraba tras ellas, fríamente, al hombrecillo—. Y dada su sórdida mentalidad, Thos, sin duda pensó usted que abandonaba. Pero se equivocaba, *Don Suspicias*. Me metí por el tragaluz abierto de la otra casa, que usted me descubrió, descolgué el teléfono y dije: “Siento molestarles, pero temo que haya fuego en el número 22. El edificio no hace más que arder. ¿Pueden mandar a alguien que lo apague?”. El que descolgó el teléfono parecía muy impresionado, y yo me volví con ustedes. Llegué con el tiempo justo para ver a estos dos infelices entrar en acción. Se me ocurrió que había demasiada luz en aquel sitio y me di una vuelta por el piso bajo para remediarlo. Entre paréntesis: me encontré al viejo *Barbarroja*. Después de algunas breves palabras de salutación le enseñé el bonito truco de mi cachiporra. Se fue al suelo y yo me fui a hacer mi chapuza de electricista. En el sótano me encontré con una cantidad enorme de cables; así que me dediqué a arrancar unos cuantos que rodeaban la máquina tragaperras. Luego volví a subir, realizando mi famosa imitación de la Policía británica. El resto fue fácil —añadió, sonriéndoles y dándose importancia—. Arrojé mi bombita Kloss. Ascendió el globo de fuego. Ustedes sacaron a la dama. Y Marlowe y yo nos quedamos a presenciar el lavado de la casa. ¿Alguna pregunta?

—¡Albert, eres maravilloso! —dijo Bidy, que se mantenía en pie dando el brazo a Marlowe, con admiración—. Todos ustedes lo son. Si supiesen qué miedo tan horroroso tenía... yo...

Campion colocó un dedo sobre sus labios y miró a los Knapp. Bidy comprendió y cortó lo que iba a decir.

—¡Estoy tan contenta de verlos! —dijo—. Todavía no sé dónde estamos ni cómo hemos llegado hasta aquí.

—Me parece —dijo Lugg, inspeccionando a Giles— que tendré que llevar a este jovencito al doctor Redfern. Lo que necesita son unos cuantos puntos.

Giles y Bidy se miraron, y Campion, adivinando la duda que había en su interior, los tranquilizó.

—Es el mejor médico que podríamos encontrar —dijo—. Se ha especializado en esta clase de cosas.

—¿Que si es bueno? ¡Es una maravilla de médico! —dijo míster Lugg fervorosamente—. Si no hubiese sido por el doctor Redfern, yo tendría que andar ahora en cuatro trozos. Le llevaré allí ahora mismo. Nos veremos a la vuelta, en el piso. Venga conmigo, compañero. Es un especialista en cirugía estética, eso es lo que es.

—Quizá —dijo míster Barber, viendo la primera oportunidad de levantarse— lo mejor sería que llevara a los demás en mi coche hasta la casa de míster Campion.

Lo dijo tan esperanzado, que Marlowe sonrió. Nadie le había tenido muy en cuenta desde que habían vuelto, y Campion se volvió hacia él, casi sorprendido de que se encontrara allí.

—Es una gran idea —dijo—. Me parece que le hemos proporcionado una cantidad espantosa de molestias, míster Barber; pero ya ve usted, también nosotros hemos tenido algunas.

El oriental le lanzó una mirada especial, como si pensase que Campion era idiota; pero se dirigió hacia la puerta y los demás le siguieron.

Campion se quedó el último hablando con Knapp. Cuando bajó, al fin, todos los demás estaban ya metidos en el coche. Giles y Marlowe cogieron un taxi rezagado en Church Street.

—¡Guás noches a todos! —gritó míster Knapp desde la ventana.

Cuando el elegante coche de míster Barber llegó a lo alto de Berveley Gardens, las bombas de agua seguían aún paradas ante el número 22.

—Todavía están jugando con las serpientes vomita agua y las escaleras —dijo Campion—. Me pregunto qué explicación darán a las autoridades. Creo que esto proporcionará un disgusto a míster Datchett.

—¿Datchett? —dijo Bidy con viveza—. ¿El quiromántico? ¿Es esto lo que era?

—Míster Datchett lo era —dijo Campion ceñudamente—. Uno de los peores tipos que uno se puede imaginar: un chantajista.

—Naturalmente, nuestro amigo Thos es... —empezó a decir Marlowe

suavemente.

Míster Campion le hizo una mueca.

—¿Para qué quiere saberlo? —dijo, y siguieron en silencio.

Por acuerdo tácito, nadie dijo nada de la aventura de Biddy. Campion parecía querer que reservasen el tema para ellos solos todo lo que fuera posible.

Cuando llegaron al oscuro portal, inmediato a la estación de policía, era casi la una.

—No, gracias —dijo míster Barber en tono terminante cuando le invitaron a pasar—. Me van a perdonar, pero me gustaría tomar un baño turco —titubeó y miró a Biddy—. Desearía obtener el consentimiento de su hermano para intervenir en la venta del cuadro —dijo suplicante.

Biddy se le quedó mirando. Si no hubiera estado tan agotada se habría echado a reír. Aquella inesperada explicación de su presencia en medio de una aventura tan extraordinaria le parecía enormemente absurda.

—Creo que puedo prometerle a usted que quedará satisfecho —dijo—. Muchas gracias por todo lo que ha hecho por nosotros.

Míster Barber sonrió.

—Le recordaré su promesa —dijo—. No tiene usted idea de qué valor, de qué exquisito estado de conservación...

Campion le dió en el brazo.

—Ahora no, hombre —dijo aburrido—. Váyase a la cunita. Mañana puede disponer de un día largo y bonito.

Marlowe y Biddy estaban subiendo ya las escaleras. Míster Barber pareció estar a punto de decir algo, pero titubeó y cambió de parecer. Entonces, quitándose el sombrero con un gesto algo absurdo en dichas circunstancias, arrancó y se fue.

Campion se metió en el portal y echó a andar lentamente detrás de los otros. No había salido indemne de la lucha; tampoco se hacía muchas ilusiones de que el juego se fuera acercando al final. Subió lentamente; en su cara había arañazos y huellas de sudor; la prueba de las últimas horas le había marcado también.

Cuando llegó, Isopel, pálida y cansada por la larga vigilia, había abierto ya.

—¡Lo han conseguido! —dijo muy excitada—. ¡Ay, Biddy, gracias a Dios que ha vuelto! ¿Dónde está Giles? —preguntó nerviosa cuando Campion cerró la puerta tras de sí.

—Está bien —dijo Marlowe, tranquilizador—. Lugg le traerá dentro de un momento.

—¿Le traerá? —dijo con los ojos dilatados—. ¿Es que está herido?

—No es nada —dijo Biddy—. Tiene un corte en la mejilla. ¡Ah! Isopel, se portaron maravillosamente —se lanzó sobre un sillón y se tapó la cara con las manos—. Ahora que todo ha pasado —dijo—, creo que me voy a poner a chillar.

Marlowe se encaramó en el brazo del sillón y puso una mano sobre el hombro de la muchacha para tranquilizarla.

—Comida —dijo míster Campion—. El mejor remedio contra la depresión: comer. La historia completa del crimen en la última edición. Isopel, ¿hay por ahí algo de comer?

La muchacha movió la cabeza.

—Yo..., yo no tenía hambre.

—Así ya es más difícil. Rodríguez se ha ido al gallinero hace ya mucho. Tendremos que ver qué es lo que come Lugg —dijo, y desapareció en el interior del piso.

Durante todo ese tiempo había evitado deliberadamente a Bidy, y de pronto Isopel se dio cuenta de lo que Campion había querido decir cuando realizó el mutis cómico por el montacargas.

—Como gastrónomo, el bandolero británico es una calamidad —comentó Campion reapareciendo—. Una lata de arenques, medio queso holandés, un poco de pan integral para adelgazar y algunas botellas de cerveza fuerte. Bueno, mejor es esto que nada. En aquel aparador hay algo de benedictino para usted, Marlowe. El *whisky* está también allí, y por algún lado habrá una caja de bizcochos. Escena nocturna en un piso del Londres elegante: cuatro arenques holgazanes holgazaneando. Claro está que lavarse tampoco es mala idea —continuó, echándose una mirada general—. Isopel, atiende a Bidy en mi habitación, y nosotros, Marlowe, veremos cuántas toallas podemos encontrar en el cuarto de baño. Nuestra anfitriona era, sin duda, una buena madre, pero como ama de casa era una amenaza.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Marlowe—. Con todos los respetos, creo que tendré que quemar esta ropa.

—Algo así habrá que hacer —concedió Campion—. En la otra *habitación tiene* usted un montón de trajes elegantes, si quiere cambiarse.

Giles y Lugg volvieron al cabo de una hora, cuando ya habían comido y se habían aseado. El muchacho venía vendado casi por completo, e Isopel se arrojó sobre él de un modo que el herido acogió con gran satisfacción.

Míster Lugg miró por todas partes disgustado.

—Esto parece un campamento de gitanos —dijo—. Todos lavándose y comiendo mi mejor queso. Un queso como este me dura a mí treinta días o más. Menos mal que al joven y a mí se nos ocurrió tomar algo en un café; que si no, nuestra ración hubiera sido, como dicen las Escrituras, la corteza del queso y la espina de los arenques.

—Ha llegado el momento —dijo Campion sin hacerle caso— de que nos sentemos alrededor de Bidy y oigamos todos los horrores que tenga que contarnos. Escucha, querida —continuó mirando a la muchacha—: no te he dejado hablar antes ni te dejaré hablar ahora, si con ello te vas a alterar todavía más. Aquí estamos tan seguros como en cualquier otra parte, por ahora.

La joven le miró agradecida.

—Me encuentro bien —dijo—. Ya he estado hablando con Isopel en la habitación de al lado y os lo tengo que contar a todos, porque no me cabe en el pecho y porque

creo que, si no lo hago, me parecerá que he estado loca y que me he imaginado todo lo ocurrido.

—Magnífico —dijo Campion—. Imagínate que es un periódico dominical. No nos perdones nada. Ni el menor detalle. Todo tiene su importancia. No omitas nada. Dinos todo lo que recuerdes.

Se habían colocado alrededor de la joven, que descansaba acostada sobre el *chesterfield*. Marlowe se sentó en el respaldo del mismo sofá; Isopel, en el suelo, junto a ella; Campion se sentó a horcajadas en una silla, de cara a Biddy, y Giles y Lugg se colocaron frente a él.

Biddy los miró desconsolada.

—Lo peor de todo es que puedo recordar muy poco —dijo—. Les diré todo lo que pueda. Entré en la tienda de Kettle.

—Eso fue esta mañana —dijo Giles—. O, mejor dicho, teniendo en cuenta la hora que es, ayer por la mañana.

Ella le miró asombrada.

—Tiene que haber sido antes —dijo—, porque yo...

—No importa —dijo Marlowe cariñosamente—. Creo que sabemos lo que pasó en casa de Kettle.

—Pues sabéis más que yo —dijo Biddy—. Me parece que hace tanto tiempo de eso... Recuerdo que me dijo que entrara al cuarto interior un momento si quería ver algo que me tenía que enseñar. Yo entré, claro, como es natural. Luego creo que alguien debió de abalanzarse contra mi espalda, y ya no recuerdo nada más, hasta el momento en que me desperté, con un dolor de cabeza espantoso y un mareo horrible, en una especie de caja. Me pareció que era un ataúd. Estaba aterrada. Todo pasaba como en las pesadillas que he soñado a veces. Chillé y me revolví, y entonces me dejaron salir. Me encontré en una habitación, seguramente en la casa adonde fuisteis. Me sentía muy mal y tenía en la boca un sabor inmundito. Supongo que todavía estaba un poco inconsciente.

Marlowe profirió un sonido inarticulado y ella levantó la cabeza y le sonrió débilmente.

—Ahora estoy mejor —dijo—. Y, ¡ah!, tengo que decirte algo, Albert —continuó precipitadamente—. No eran ellos. Quiero decir que no era la gente que se llevó a míster Lobbett. Era una pandilla diferente. Se creían que yo sabía dónde estaba el juez. Eso es lo que me estuvieron preguntando todo el tiempo. No querían creer que yo no sabía nada.

—Aguarda un momento —dijo Giles—. Hay algo que tienes que aclaramos, Biddy. ¿Por qué se creían ellos que tú lo sabías?

Entre los presentes se produjo una expectación general. Este problema, que había sido olvidado por la emoción de las últimas horas, cobraba ahora una importancia redoblada. Al mirar a Biddy, allí tendida, parecía imposible que en ella pudiese anidar ninguna duplicidad.

Los miró con el ceño fruncido.

—No pude enterarme por completo —explicó—. Era por algo relacionado con mi letra.

—Escuchen —dijo Marlowe—: ahora nos toca a nosotros explicar a Biddy todo lo que sabemos. Hay que tener en cuenta que tenemos que fiamos de la palabra de Knapp, pero él nos dijo que había oído una conversación telefónica que, más o menos, trataba de que usted había mandado un paquete por correo; el paquete contenía el traje que papá llevaba el día de su desaparición. Kettle abrió el paquete y concibió la idea de su famoso truco, que tan mal le salió. Por eso es por lo que la raptaron a usted, explicado a *grosso modo*.

Biddy movió la cabeza.

—De ninguna manera —dijo—; yo no envié ningún paquete. Y Kettle tampoco podía confundir mi letra, que ha visto tan a menudo.

—Bueno, ¿escribiste algo? —preguntó Giles—. ¿A quién has escrito últimamente?

Biddy se quedó pensativa.

—A nadie —dijo por fin—. Pagué unas cuantas facturas por giro postal. A no ser que... ¡Giles!... ¿No podía ser George? No sabe...

Campion se interesó en seguida por la cuestión.

—¿Qué es lo que George no sabe? —preguntó.

—Entre otras cosas —respondió Biddy—, no sabe escribir. Pero, Albert, él no puede estar mezclado en esto. Sería fantástico.

—¿Que no sabe escribir? —dijo Marlowe—. Eso sí que es fantástico.

—¡Qué va! —dijo Giles—. No creo que haya nadie en Mystery Miles de más de cincuenta años que sepa leer o escribir. La ley de educación no data de tanto tiempo, ¿sabe usted?

—El caso es que escribí algo para George —dijo Biddy—. El pobre St. Swithin solía escribirle las cartas y los recibos y todo lo que quería. Vino a mí con una etiqueta engomada. Recuerdo que fue... la mañana del día siguiente de la desaparición de mister Lobbett. Lo recuerdo porque ese día estaba yo muy cansada. Me pareció absurdo que alguien pensara en cosas normales: en enviar paquetes, por ejemplo.

—Eso es muy curioso —dijo Campion—. ¿Recuerdas la dirección?

—Sí —dijo Biddy—. Era para mistress Pattern. Se trata de su hija, la que se casó con un mecánico y se fue a Canvey Island. La envía cosas muchas veces. Me dijo que le iba a mandar unos esquejes.

—Bonita época del año para enviar esquejes —comentó Giles.

Biddy asintió.

—Así es —reconoció—. Pero, como es natural, no me di cuenta entonces. Todo eso parece muy raro, aun ahora. Pero él no puede saber nada de este asunto, Giles... Le conocemos de toda la vida.

—El viejo granuja encontraría probablemente la ropa y la mandaría sin decir una palabra. Habrá sido algo así —dijo Giles—. De cualquier modo, tendrá que explicarlo todo muy detalladamente.

—Aunque sea así —dijo Marlowe—, ¿es que no sabía el tipo ese de Kettle quién mandó el paquete? George iría a ponerlo en persona.

—Eso no tiene que ver —dijo Giles—. Solía llevar todas las cartas de The Manor y las de la Casa de la Viuda también. Las pedía cuando pasaba. Lo ha Lecho desde hace años. Es una de sus misiones.

—Se terminó la cuestión —dijo Campion—. Continúa, querida. ¿Durante cuánto tiempo te estuvieron preguntando?

El miedo volvió a los ojos de la joven.

—A mí me parecieron días —contestó—. No te puedo decir lo que duró en realidad. El que más miedo me daba era aquel chino pequeño tan espantoso.

En la cara de Marlowe apareció una expresión de satisfacción.

—Nunca lo volverá a hacer —dijo—. Hay algo que no entiendo. ¿Estuvieron todo el tiempo con usted?

—Sí. Ya estaba atada cuándo me sacaron de la caja. Me sentía terriblemente mal. Creo que me desvanecí.

—¿Qué les dijiste? —preguntó Campion.

—¿Qué les podía decir? Querían saber dónde estaba el juez Lobbett. Y yo no lo sabía. Les dije que pensábamos que había sido secuestrado y se rieron de mí. Me hicieron toda clase de amenazas y de promesas. No les puedo decir cuánto... Fue horrible.

Por un momento estuvo a punto de echarse a llorar, pero pudo contenerse.

—Hasta ahora —exclamó de pronto— no me había dado cuenta de lo serio que es todo esto. Creo que la muerte de St. Swithin me dejó entumecida y atontada. Cuando desapareció míster Lobbett, y después, cuando recibimos aquella nota absurda, y luego, cuando se descubrieron las ropas, no me di mucha cuenta de que ocurrían todas esas cosas. No tenía tiempo para pensar en lo atroz que era todo. Pero cuando empezaron a preguntarme, de repente comprendí de qué forma tan desesperadamente sería lo hacían. ¿Se dan cuenta todos ustedes de que, o bien el jefe de esos hombres, a quien no he visto, o bien míster Lobbett, uno de los dos, tiene que morir? Es un duelo a muerte.

Aunque todos ellos habían pensado, en una u otra ocasión, en lo mismo, el razonamiento a quema ropa de Bidy les causó una gran impresión.

Campion se pesó en pie.

—Eso ya lo sabía desde el principio —dijo en un tono completamente distinto del petulante que era en él habitual.

—No me sacaron nada —dijo Bidy— porque no sabía nada. Pero si lo hubiera sabido —se puso colorada y lanzó a todos una mirada honrada con sus grandes ojos castaños—, lo habría dicho. No habría servido de nada el valor y la decencia. Estaba

totalmente paralizada por el miedo. Me aterraba la idea de que fueran a matarme o a sacarme los ojos. ¿Me comprenden ustedes?

—Perfectamente —dijo Marlowe—. Y, además, tiene usted toda la razón. Campion, no podemos seguir mezclando a Bidy y a Giles en este asunto durante más tiempo. Nosotros...

—Queremos seguir mezclados —le interrumpió Giles—. No he consultado con Bidy, ya lo sé, pero creo que nos conocemos bien y sé que puedo contar con ella.

—Queremos seguir —confirmó la muchacha—. Yo me empeñé en estar con ustedes. Albert quería que me fuese. Y ahora, que me han salvado, me siento muy valiente —añadió, riéndose nerviosamente.

Míster Lugg, que se había ausentado durante la última parte de la conversación, regresó en ese momento.

—He comprado un diario matinal —anunció—: Acaban de dar las tres. “Misterioso fuego en Kensington”. Así nos titulan. Escuchen: “Varios Parques de Bomberos, entre ellos el de Kensington, fueron avisados la última noche para que acudieran a un siniestro misterioso ocurrido en el 32 de Beverley Carden, W. 8. Son dignos de señalar dos detalles raros e interesantes. Uno de ellos es que las densas nubes de humo, que se creyeron ocasionadas por el fuego, fueron, al parecer, producidas por procedimientos químicos. El segundo indicio misterioso viene dado por el hecho de que varios hombres, de baja extracción social todos ellos, fueron sacados de la casa en estado de inconsciencia, que no había sido producido, de ninguna manera, por los efectos del humo. La Policía está investigando el caso”. Diez líneas, eso es todo lo que nos conceden —dijo míster Lugg—. Un espectáculo maravilloso como ese..., diez líneas. Pero aguarden a que *News of the World* publique mi vida. “La vida me obligó”, escribe un famoso delincuente.

Arrojó, desdeñoso, el periódico. Marlowe lo cogió, e iba a buscar las últimas noticias cuando una fotografía de la última página atrajo su atención. Se quedó mirándola con gran sorpresa.

—¡Dios mío! —dijo de pronto—. Por un momento he creído que era papá. Será algún personaje científico.

Campion se puso en pie de un salto y se colocó junto a él en seguida.

—A ver —dijo, cogiendo el periódico con una violencia completamente insolente.

—Aquí —dijo Marlowe.

Y señaló, en la fotografía, a un hombre que había sido sorprendido, con toda seguridad, al mirar para atrás, como si hubiera oído una llamada inesperada. El pie de la fotografía no aclaraba quién pudiera ser: “Un diplodocus gigante en Suffolk. Nuestro fotógrafo especial, con una cámara de tomas distantes, ha conseguido captar esta fotografía del trabajo de los arqueólogos. El honorable Elwin Cluer mantiene todavía una gran reserva acerca del notable descubrimiento realizado en sus propiedades de Redding Knights, cerca de Debenham, Suffolk”.

—Es endiabladamente parecido a él —comentó Giles, uniéndose a los otros dos.

—Parecido a él —dijo míster Campion balbuciendo—. ¿Es que no se dan cuenta, niños perdidos en el bosque, de que ha ocurrido lo más importante, lo más extravagante que podía ocurrir en esta noche, bendita entre todas las noches?

—Se parece como una gota de agua a otra —insistió Marlowe.

—Claro que se parece —chilló casi míster Campion, consternado—. Como que es él. Yo le llevé allí.

CAPÍTULO 24

“OTRA VEZ A LA BRECHA, QUERIDOS AMIGOS”

A la sorprendente declaración de míster Campion siguieron unos instantes de silencio.

—Mejor es que se lo explique, Albert —dijo Isopel, al fin.

—Creo que tendré que hacerlo —convino Campion—. Además, tendremos que movemos rápidamente. No seremos los únicos en ver este desagradable ejemplo de indiscreción periodística. Esta cotillería tira dos millones de ejemplares. Lo siento terriblemente, de verdad —siguió, precipitadamente, cuando los demás se sentaron a su alrededor—. Sé que he incrementado la angustia de todos ustedes estos días, pero no tenía más remedio que hacerlo. No se trata de que desconfiara de ustedes, pero quería que todos desempeñaran bien su papel. No sabía las medidas que iban a tomar los otros para obtener la información que necesitaban y que tenían que buscar en nosotros, y quería estar seguro de que todos ustedes estaban en la más completa ignorancia.

—Pero si desapareció ante nuestros ojos —dijo Bidy—. Yo estaba contigo. Me estabas hablando.

—Le ayudaron —reconoció Campion—. Todo lo hicieron entre George y él, en realidad. Un trabajo bien hecho, al antiguo estilo, realmente. Verá —continuó, dirigiéndose a Marlowe—: las cosas se estaban poniendo difíciles. Ya le he explicado por qué no les di cuenta de eso. Bueno, lo mejor será empezar por el principio. Nos ojearon la misma noche que llegaron ustedes: Datchett fue a oler. No le reconocí y, de momento, me despistó. Creí que podría ser el mismo *Gran Turco*. Luego el pobre St. Swithin se mató, asunto sobre el cual, entre paréntesis, espero que míster Datchett sea muy pronto interrogado por el distinguido defensor de Lugg en el Old Bailey^[5]. No entendí aquello entonces, ni me lo explico ahora por completo. Ahora bien: es evidente que ese fulano y su banda han sido contratados por Simister, y se explica. Ese fulano poseía los recursos que el *Gran Brujo* necesitaba. Al parecer, tiene una colección de indicadores por todo el país: cotillas, agentes comerciales, criados y gente así. Kettle era uno de ellos. Este género de reptiles le proporcionaba a Datchett sus mejores clientes. Su misión era reunir las pruebas; la de Datchett, preparar el chantaje. No era una industria de interés nacional.

—No lo entiendo del todo —dijo Marlowe—. ¿Es que el quiromántico intentó

coaccionar al anciano pastor para que nos traicionase?

—Algo de eso debe de haber —respondió Champion—. Probablemente, se dio cuenta de que Kettle sería de muy poca utilidad para él una vez que quemara su primer cartucho, y quería que St. Swithin le diese las facilidades desde dentro de la fortaleza.

—¿Y St. Swithin se mató para no hacerlo? —preguntó Giles.

Campion titubeó.

—Temo —dijo, por último— que Datchett le amenazara con algo muy serio. Me imagino que el pobre viejo debe de haber sido exprimido hasta quedar casi seco, con anterioridad a eso. Era, evidentemente, que temía alguna clase de riesgo, del que no podía desembarazarse de ninguna manera.

—Pero ¿qué es lo que podía temer? —preguntó Bidy—. Es absurdo.

—No podemos decir lo que era, querida —dijo Champion cariñosamente—; pero lo que sí sé es que su último pensamiento fue para ayudarnos, y que su ayuda fue la más efectiva y práctica. Nos envió un sano consejo, que llegó hasta nosotros de un modo bastante melodramático; pero lo hizo así porque deseaba que solo la persona directamente interesada lo entendiese.

—Que eras tú —dijo Giles.

Campion asintió.

—No creas que lo entendí en seguida —aclaró—. Los mensajes no llegaron bien ordenados. El tuyo, Bidy, “Peligro”, debería haber sido el primero. Su función era la de disipar cualquier ilusión que nos pudiéramos hacer sobre la inocencia de Datchett, el quiromántico. Luego debería haber venido el de Alaric Watts, uno de los ancianos más interesantes que he encontrado hace mucho. Cuando tenía alguna duda, me figuro que St. Swithin recurría a Alaric Watts, aunque nunca le confiará su principal preocupación. Y, por último, claro, el caballo negro. No supe lo que quería decir hasta que fui a ver a Watts. Este es algo así como un personaje del Viejo Testamento, un inalterable profeta menor. Cuando estuve con él, aclaró mis últimas dudas. Al parecer, tiene un gran amigo en la vecindad que es negociante de fósiles. En el jardín de detrás de su casa, que es bastante grande, los antiguos britanos construyeron una iglesia, pedazos de la cual desentieran de cuando en cuando. Una vez que se dedicaban a esa cacería de piedras tropezaron con una uña de pie tan grande como una mesa de comedor, que presagiaba un montón de cosas así por los alrededores. La prensa se olió algo, y el viejo Cluer, ese es el nombre del que hablo, levantó una barricada y convirtió el lugar en una especie de fortaleza. A nadie permitía entrar ni salir sin llevar un salvoconducto.

—St. Swithin —siguió—, Dios le bendiga, sabía todo eso, y es probable que alguna vez se le hubiese ocurrido que ese era precisamente el lugar adecuado para cualquiera que quisiera huir de la publicidad durante cierto tiempo. No se atrevió a vemos otra vez por temor a perder el dominio de sus nervios. Y por eso nos escribió.

—Pero ¿por qué mandó el caballo negro? —preguntó Marlowe.

—Si se fija en ese periódico —respondió Campion—, lo comprenderá. El nombre de la finca del vecino de Alaric Watts es Redding Knights^[6]. Hay allí un arroyo donde los viejos soldados acostumbraban lavar y asearse, según tengo entendido. Ese era el único medio que tenía St. Swithin de decírnoslo sin dejar nada escrito que pudiera ser descubierto por cualquiera. Así se explicarán por qué insistía yo tanto en que no dijese nada sobre esto.

—¡Dios mío, y usted lo sabía todo! —dijo Marlowe, recostándose en su asiento y limpiándose la frente.

Giles miró a Isopel. La joven se ruborizó ligeramente y le miró también.

—Yo también lo sabía —dijo—. Albert me lo dijo la mañana siguiente.

—*Toujours le Polytechnic*— dijo míster Campion apresuradamente.

—¿Cómo se las arregló usted? —preguntó Bidy.

—La culpa la tuvieron los libritos grises —dijo Campion—. Después de estar leyéndolos durante media hora, mi cabeza se empezó a hinchar. A las dos horas estaba preparado para ser tripulante de un barco con motor, cuando hacía unos minutos hubiera podido vender muñecas. Después de tres días...

—¡Déjate de tonterías! —dijo Giles—. ¿Cómo lo conseguiste?

—El mismo Espíritu del Mal —empezó sentenciosamente míster Campion— por oscuro, misterioso y lleno de bajas astucias que nos lo imaginemos, no es nada comparado con las estupendas máquinas mentales que poseen esos dos personajes, que hubieran desempeñado un gran papel en el mundo criminal, George Willsmore y Anry, su hermano, quien, dicho sea de paso, le da ciento y raya a George en materia de disimulo. En toda mi larga experiencia nunca había tropezado con semejantes Napoleones de la mentira. Ellos organizaron y llevaron a cabo todo el asunto, mientras yo los miraba y admiraba. ¡Qué técnica! Convencí al padre de ustedes —continuó, haciendo un esfuerzo infructuoso por ponerse serio—. Le hablé completamente claro. Le hice ver que, si me dejaba el campo libre y consentía en ponerse fuera de peligro, podría haber alguna posibilidad de que nuestros amigos descubriesen su juego. Y lo han hecho, hasta cierto punto, pero no lo bastante. El viejo se portó de modo razonable y, como les he dicho, George y Anry hicieron el resto. El admirable acto de, la desaparición no fue tan difícil como parecía, gracias a Dios. Como ustedes recordarán, el tiempo y el lugar fueron escogidos de antemano. Anry descubrió el tejo seco y esbozó el plan completo. George esperaba al padre de ustedes dentro del laberinto. Míster Lobbett fue conducido por él durante todo el camino. Salieron a gatas por el agujero a aquella zanja que descubriste tú, Giles, tan inoportunamente; pero, en vez de encaminarse hacia la carretera, se fueron arrastrando, bordeando el sembrado, hasta llegar a una especie de surco que, según tengo entendido, es bastante más profundo que lo normal, y que atraviesa diagonalmente el campo de heno. Como el heno estaba ya muy alto y el surco era tan profundo pudieron esconderse por completo. De allí fueron, tranquilamente, al túnel de niebla sin que nadie los viese. Allí hay una especie de choza, ¿verdad, Giles?

Bueno, pues allí se cambió de ropa, dado que un disfraz rústico era imprescindible en ese caso. El hermano de la mujer de Anry, que es de Heronhoe, le estaba esperando con una lancha de remos en el paraje donde el túnel de niebla se mete en la ensenada. Como recordarán, a esa hora había marea alta. Llevó al juez en su barca hasta una zona de la costa donde nuestro amigo, Alaric Watts, le estaba esperando con un coche. Ya está todo: como ven, muy fácil. Anry puso la nota en el collar de *Addlepace*. Esa idea fue de míster Lobbett. Confieso que, como conozco al perro, tenía mis dudas sobre esa parte de la función; pero, felizmente, todo salió bien.

Giles se le quedó mirando sin poder ocultar su horror.

—¿De modo que George y Anry metieron a míster Lobbett en una barca por donde se unen el túnel de niebla y la ensenada? —dijo—. Creía que nadie se atrevería a hacer eso.

Campion le miró con curiosidad.

—No te comprendo.

Giles se encogió de hombros.

—Es el depósito de “puré” más peligroso de toda la costa —aclaró—. El mar altera sus límites todos los días, de modo que resulta imposible marcarlos. Siempre estoy temiendo que desaparezca la vieja cabaña.

—No lo sabía —dijo Campion suavemente—. He subestimado a esos dos pájaros. Son dos Maquiavelos. De cualquier modo, le sacaron sano y salvo muy bien. George tuvo un fallo a cuenta del traje. Había recibido órdenes de destruirlo; pero como tiene un yerno, que es el Brumel de Canvey Island, en su ahorrativa mentalidad brotó la idea de que la ropa podría serle útil. Así es como tuvo lugar la grave equivocación que ocasionó el rapto de Bidy.

—Entonces. ¿Kettle abrió el paquete por las buenas? —preguntó Marlowe.

Campion asintió.

—Me imagino que se estaba enterando de toda nuestra correspondencia. He charlado con George sobre el tema. Me juró que había enterrado la ropa en el fango. Se empeñaba en explicarme que Kettle debía haberla desenterrado otra vez. Ese cuento no podía colar, pero me puso sobre el rastro de Kettle; pese a ello, burro de mí, no fui lo suficientemente rápido. Me imaginé que por ese procedimiento o por otros nuestro empleadito de Correos podría sernos útil. Creí que contando con que él leería nuestras cartas, podríamos proporcionar a nuestros amigos la información más inverosímil. Lo que no pude meterme en la cabeza fue hasta dónde era capaz de llegar Kettle en su idiotez. ¿Comprenden cómo sucedió?

—A mí me suena un poco al Decamerón —comentó inesperadamente míster Lugg—. Sin su gracia, como es natural.

—Más que nada es un montón de palabrería —dijo Giles—. ¿Qué vamos a hacer ahora? Todos estamos muertos de cansancio y yo propongo que, de ahora en adelante, las chicas queden al margen.

—Completamente de acuerdo —dijo Campion—. “Lo prometo por mi cadáver”,

como diría Lugg.

—A mí me parece muy bien —dijo Marlowe.

Las dos muchachas estaban demasiado cansadas para protestar. Bidy, a pesar de la excitación y la ansiedad, estaba ya más que medio dormida.

—Mi proposición es esta —dijo míster Campion— yo iré inmediatamente a Redding Knights. Creo que tenemos una ventaja de alrededor de cuatro horas. Con toda seguridad, tendrán conocimiento de la fotografía —continuó Campion, contestando a una pregunta tácita de Giles—. De eso no podemos dudar. La mitad de los granujas de Londres saben probablemente que en determinada parte pueden obtener una recompensa si consiguen alguna información que se refiera al juez Lobbett. Pero, de todos modos, no llegarán a ella hasta las ocho. Y para entonces yo les llevaré ya una buena delantera.

—Le pondré un par de monedas sobre los ojos —dijo míster Lugg—. Así, le veré convertido en un cadáver decente.

—Tú te vas a quedar aquí —replicó míster Campion—. Tu destino será convertirte en doncella de las señoritas por uno o dos días. Bueno, en una mezcla de doncella y perro de presa —se dirigió a las jóvenes—. No estarían más seguras en Wormwood Scrubs^[7].

—Muy bien —dijo míster Lugg—. Mañana sacaré mi acordeón. Voy a tocarles un poco de música para alegrar su corazón.

—¿Deben de ir todos ustedes? —preguntó Bidy, mirando suplicante a Campion. Giles se adelantó a la respuesta de Campion.

—Marlowe y yo iremos con Campion —dijo con gesto de determinación.

—Así es —asintió el joven americano.

Se inclinó sobre Bidy y estuvieron hablando los dos algunos instantes.

—Voy a decirte una cosa —dijo Giles, de pronto, mirando a Campion—. ¿Vas a llevar a cabo esa labor de rescate con tu coche de dos asientos?

—No le insultes —dijo míster Campion—. Le tengo desde que era un triciclo. A pesar de ello, creo que difícilmente podría ser utilizado para un trabajo de la Escuadra Volante. Ahora cierren los ojos, y tío Albert realizará uno de sus bonitos juegos de manos, chicos. Me parece, Lugg, que ya es hora de coger al hermano Herbert, ¿no crees?

Míster Lugg adoptó inmediatamente una actitud desdeñosa.

—Muy probable —dijo, y añadió por su cuenta—: A eso le llamo yo vicio: a estar levantado a medianoche, si no es para negocios.

Fue hacia el teléfono y marcó un número de Mayfair. Después de escuchar un momento, adoptó una expresión del más amargo desprecio y mantuvo el auricular a cierta distancia de su oído.

—Míster Rudolph, quisiera hablar con su hermano —dijo. Se pudo oír claramente la respuesta, y el semblante de míster Lugg se ensombreció y sus ojillos brillaron coléricos—. Vete y ten cuidado de las tenacillas, señorito de señoritos —dijo

sarcásticamente; después, dirigiéndose a Champion, se puso a remedar con una voz horriblemente refinada—: A su señoría le están rizando el cabello y puede tardar un momentito en coger el teléfono.

—¿Rizando el cabello? —preguntó Champion.

—No sé. Limpiando sus dientes o algo así de estúpido —respondió míster Lugg, que evidentemente no tenía ninguna simpatía por el noble en cuestión—. Aquí está, sir.

Champion cogió el teléfono, y los otros advirtieron, de repente, que a pesar de su impertérrita alegría se ponía más pálido y que sus ojos parecían más cansados detrás de sus gafas.

—Hola, Sonny Boy —dijo, sonriendo ante el aparato—. ¿Te dijo que sí? Te costará siete chelines y seis peniques. Mejor será que te compres un perro. Sí, muchacho, dije *perro*. Oye, ¿dónde tienes el Bentley? ¿Puedes mandármelo en seguida? No, Woottom puede dejarlo aquí. ¡Ah!, y a propósito, Ivanhoe, ahora que estás un poco sereno podrías explicar a la familia que solo puedes desheredar a un heredero una vez. Un heredero: un desheredado. Acláralo bien, Sí, ya sé que son las cuatro de la madrugada. Envíame el coche en seguida. ¿De acuerdo? Sí; los negocios marchan bien. Si continúa la actual propiedad, voy a comprarme algunas panoplias con tus armas grabadas en ellas. Hasta la vista, hijito. Aguardo tu coche dentro de cinco minutos. Adiós.

Colgó.

—Una vez más a la brecha, queridos amigos —dijo sonriendo—. Llevaremos un poco de coñac en un frasco, Lugg. Cuida de las señoritas. No las dejes salir. Volveremos, lo más tarde, dentro de un par de días.

—Dos jovencitas en este piso —dijo Lugg—. ¡Está bien!

—¡Indecente! —admitió Champion—. Hay que ver lo que diría mi mujer.

—Dios mío, ¿a que ahora resulta que está usted casado? —dijo Marlowe mirándole a los ojos—. ¿Lo está de verdad?

—No —replicó míster Champion—. Por eso no sé lo que se le ocurriría decir. Pónganse las chaquetas, mis pequeños rotarios.

CAPÍTULO 25

LA TRAMPA

Viajaron durante toda la madrugada; salieron de las calles desiertas de la ciudad, atravesaron los caminos estrechos y adoquinados de Essex y siguieron por Suffolk.

Marlowe y Giles se adormilaron, a pesar de sus esfuerzos para evitarlo, en el asiento trasero del gran Bentley. Campion siguió al volante, sin que se alterara su expresión natural de fatuidad vacua.

Pero durante todo el camino, a despecho de la debilidad, su mente trabajó con una claridad extraordinaria, y cuando desembocó en la calzada de una vieja vicaría, cuyos huertos cercados se encontraban, además, protegidos por altos setos de un espesor de más de tres pies, había tomado una decisión importante y algo sorprendente.

Salieron del coche medio dormidos y desgreñados y se encontraron ante una vieja casa cubierta por la hiedra y medio oculta tras unos cedros monumentales. En el gran jardín se apreciaba una atmósfera oscura y sombría, de intimidad no turbada desde siglos.

Salió a recibirlos un anciano, que aceptó las explicaciones de Campion con tranquilo respeto.

—Míster O'Rell está desayunándose en compañía del vicario, sir —dijo—. ¿Quiéren venir por aquí?

—Ese es el nombre de guerra de su padre —murmuró Campion a Marlowe—. Yo quería llamarle Semple Mac Pherson, pero él no quiso de ninguna manera.

Siguieron al hombre hasta una larga habitación que ocupaba todo un lado de la casa. La pared maestra había sido desmontada para dejar sitio al gran invernadero, cubierto por plantas trepadoras, y fue allí donde encontraron, desayunando, al juez Lobbett y a su anfitrión, sentados en el último de los escalones que llevaban a un césped suave.

El viejo Crowdy Lobbett se puso en pie de un salto cuando los vio. Su alegría por ver a su hijo fue evidente; pero al percibir la cara vendada de Giles se dirigió a Campion con bastante ansiedad:

—Isopel y miss Paget... ¿están bien?

Le respondió Marlowe:

—Ahora se encuentran a salvo, papá; pero Bidy ha tenido una experiencia terrible. Los acontecimientos se han precipitado.

El anciano estaba deseando que le diesen explicaciones, pero Alaric Watts vino

hacia ellos y se entretuvo en presentárselo.

El vicario de Kepesake era un viejo asombrosamente bajo. Era muy pequeño, con la cabeza alargada, frente alta, de estudioso, y barba y bigote blancos, a lo Van Dyck, cuidadosamente arreglados.

Los acogió cordialmente, pero estaba completamente claro que su interés por los asuntos del mundo moderno era bastante convencional, si se comparaba con su pasión real: los secretos y costumbres del pasado.

Insistió en que se sentaran a comer, y se hubiera embarcado inmediatamente en una discusión sobre sus últimos descubrimientos arqueológicos si la gravedad de la situación en que se encontraban sus invitados no les hubiera excusado de cualquier deferencia.

Comieron, y Marlowe, en cuanto se cercioró de que podía hablar, por una vez, antes que el vicario, esbozó un resumen de lo que había pasado en Kensington.

Crowdy Lobbett le escuchó con creciente excitación. Al final, se levantó y se puso a pasear grandes zancadas por toda la habitación.

—¡Es terrible! —dijo—. ¡Terrible! Siempre los otros. Yo me salvo, pero dondequiera que voy todo el que entra en contacto conmigo ha de sufrir. Contagio el peligro como si fuera una plaga.

—Bueno, bueno. Ya todos estamos bien —dijo Giles, intentando parecer alegre—. Ni Marlowe ni yo estamos seriamente heridos y Bidy e Isopel están completamente a salvo, por ahora. Lo que nos preocupa es lo que pueda ocurrir a partir de este momento.

El viejo Lobbett miró, con una interrogación en la mirada, a Campion, quien, desde que llegaron, se había mantenido en un silencio poco frecuente en él.

—Le hemos estado echando tantas judías, que nos hemos olvidado de echarle el cerdo —dijo Campion, sonriendo, al juez—. Lo que nos ha traído aquí ha sido este periódico de la mañana.

Sacó de su bolsillo la página posterior del famoso diario y se la tendió al juez.

Criando esté vio la fotografía que Campion le enseñaba, profirió una exclamación y se lo alargó al vicario.

—¡Muy desagradable! —comentó Alaric con repentino ímpetu—. ¡Muy desagradable! Se trata de un ictiosaurio y no de un diplodocus. La próxima vez le llamarán iguanodonte. A Cluer esto le pondrá furioso.

—Aun así, es un retrato endemoniadamente claro —dijo míster Campion—. AM reside el verdadero inconveniente.

La gravedad de este último acontecimiento no se le ocultaba, de ninguna manera, a Crowdy Lobbett.

La preocupación de los meses pasados le había desquiciado bastante el sistema nervioso, y este último golpe le afectó mucho.

Se daba cuenta de que había estado meciéndose en la seguridad falsa que producían la paz de Kepesake y la atención absorbente que le inspiraban sus nuevos

amigos y los descubrimientos que estos llevaban a cabo en la finca celosamente vigilada, que confinaba con la huerta de la Vicaría y que abarcaba, prácticamente, toda la parroquia de Redding Knights.

Se encaró con los tres jóvenes. Sus ojos, tan azules, se habían oscurecido; las arrugas se habían hecho más profundas en su vieja cara, todavía agradable.

—Esto no me gusta —dijo—. Esto no puede seguir así. Aquí, que he tenido tiempo y tranquilidad para pensarlo bien, he decidido que si fallaba este último plan de usted, Champion, o si ustedes, los jóvenes, eran amenazados por algún peligro, me enfrentaría contra esto yo solo y aceptaría lo que me pudiese pasar. Es la única manera de conseguir la inmunidad para los que me rodean.

Campion dejó que los otros agotaran todos los argumentos para oponerse al planteamiento del juez, sin contribuir para nada a la discusión.

Por fin, su silencio se hizo patente, y los dos jóvenes se dirigieron a él. Giles estaba irritado.

—Por Dios, Champion, ¿no irás a decirme que estás de acuerdo con esta idea peregrina? —le dijo—. No lo consentiremos de ninguna manera, sir —contigo, dirigiéndose al juez—. Estamos ya complicados, y lo estaremos hasta el fin. ¿Estarás de acuerdo con nosotros en esto, Champion?

Campion movió la cabeza lentamente, e iba a empezar a hablar cuando el vicario le interrumpió:

—Sin duda, preferirán discutir sus asuntos en privado —dijo dulcemente—. Si me necesitan, me encontrarán en mi despacho.

Salió suavemente de la habitación. Cuando la puerta se cerró detrás de él, Lobbett, su hijo y Giles acudieron a Champion otra vez.

El joven seguía sentado en la mesa donde se desayunó. Los efectos de la noche de trabajo se advertían en él, por lo menos físicamente. En su cara pálida había sombras oscuras y, tras los gruesos cristales, sus ojos estaban indeciblemente cansados. Pero su espíritu se encontraba tan efervescente como siempre, y cuando habló pudieron comprobar que su voz no había perdido nada de su alegría.

—Este problema, más bien delicado —empezó—, se ha suscitado antes de lo que yo hubiera querido. Esperaba poder pronunciar mi informe, por llamarlo de alguna manera, antes de discrepar de cualquier proposición. No obstante así, como se dice en las sentencias, ya que la cuestión se ha promovido debemos aclararla. Creo que si a usted no le importa, sir —continuó, mirando al juez—, resultará muy conveniente que revisemos nuestras relaciones hasta este momento. Hay uno o dos hechos que son importantes y que han de ser debidamente recogidos para que consten.

El juez Lobbett, que ya se había acostumbrado al modo, un tanto equívoco, con que el joven abordaba todas las cuestiones, le invitó a continuar:

—Ante todo —dijo Champion—, vayamos a la raíz del problema. La vieja hada misteriosa llamada Simister, que, como todos sabemos, desea pasar por unas especie de mistress Harris maquiavélica, supone que usted posee una pista para llegar a su

certificado de nacimiento. Y es verdad que usted la tiene; pero como está escrita en esperanto, o algo así, usted no puede leerla. Él no sabe en qué consiste lo que usted ha conseguido y se da cuenta de que, si lo viese, podría identificarlo —hizo una pausa y los fue mirando a todos—. Si algún muchacho no me sigue en lo que voy diciendo, que levante la mano, por favor. ¿Todos lo han comprendido? ¡Muy bien! —continuó—: Comprobó que era imposible secuestrarle a usted en Nueva York sin correr riesgos innecesarios y se le ocurrió el ingenioso plan de atemorizarle hasta conseguir su retirada de la lucha, o si no, hasta reducirle a avenirse a razones con él, gracias a una guerrita que organizó a su alrededor. Habiendo resultado esto poco satisfactorio, ideó un sensacional asesinato en el barco, con el que hubiera podido, muy probablemente, achicharrar, no solo a usted y a sus ropas, sino también a cualquier documento extraño que pudiera usted haber llevado encima. El prematuro final de mi pobre *Haig* estropeó la combinación. Después viene el capítulo de *Mystery Mile* —había hablado precipitadamente, escrutándolos a todos ellos a través de sus gruesos cristales—. Allí, como todos sabemos, fuimos descubiertos en seguida, y el pobre *St. Swithin* fue el que más perdió, a causa, según me imagino, del azar, más bien que a causa de *Simister*. Entre paréntesis, en eso hay un misterio que todavía no hemos podido descifrar —hizo una pausa para respirar.

—Yo lo veo clarísimo —dijo *Marlowe*.

Giles asintió más despacio.

—Sí —dijo—. Comprendo.

El juez *Lobbett* atendía intensamente. El hecho de que estuviese escuchando con tanta ansiedad a un hombre al que doblaba en edad demostraba que se asía a una última esperanza. *Campion* continuó:

—Volvamos a *Albertito*. ¿En qué consistió su trabajo? Ante todo, se ganó la confianza del cliente. ¿Cómo se las arregló para hacerlo? Explicó detalladamente a *míster Lobbett* padre los hechos concernientes a la retirada de la circulación de *Joe Gregory*, un caballero que corrió los mismos riesgos que yo, en circunstancias solo conocidas por su alma impura y por mí.

El juez se volvió para hablar con *Marlowe*.

—Así fue —dijo—. Hasta que *Campion* me convenció con eso, estaba en la creencia de que era algún joven aventurero que te había sorbido el seso. Pero no tuve más remedio que rectificar ante lo que me dijo. En el momento en que le contrataste, es decir, desde el momento en que se metió en el asunto, el estado mayor enemigo percibió que había entrado en la arena, muy inteligentemente disfrazado, un nuevo combatiente peligroso. No creo que recuerdes nada sobre *Gregory*. Le desterré por bastante tiempo hace algunos años. Era uno de los hombres de *Simister*. Cuando descubrí todo eso, quedé muy bien impresionado.

—En nuestra oficina central existen miles de testimonios tan espléndidos como ese —murmuró *Campion*, y después continuó—: Gracias a lo anterior, nuestro héroe y el patrón colaboraron en el acto de la desaparición. *Míster Lobbett* estuvo de

acuerdo conmigo en que lo mejor que podíamos hacer era procurar que nuestros enemigos enseñasen un poco la garra. Lo conseguimos con nuestra sensacional actuación de desvanecimiento en el laberinto. Hasta aquí, todo va bien. La espléndida treta del inteligente detective produjo efectos sensoriales, si exceptuamos uno o dos fallos desastrosos que tuvieron lugar en la aventura de Bidy. Luego, como se dice en el cine: “Por el azar y el fatídico destino, como por un altavoz barato, se transmite ruidosamente el pequeño secreto al expectante mundo”, y ahora usted y Albertito están en la *bouillabaise*.

—Me parece que usted los espera en cualquier momento —dijo Marlowe.

—No del todo —dijo míster Campion juiciosamente—. Nos hemos enterado de muchas cosas por conducto de Knapp y de Bidy. En primer lugar, hemos descubierto que el Viejo Humo Sagrado, la Voz en las Tinieblas, estaba utilizando a nuestro amigo Datchett y a su pequeña red orgánica, junto con una escogida selección de los malhechores más curtidos de Londres, si dejamos fuera a Lugg, naturalmente. Lo que quiere decir que sabemos con exactitud quiénes son nuestros enemigos, con la única excepción de nuestro amiguito Sim, quien, digamos de paso; probablemente será una persona bien conocida y respetable, como, por ejemplo, el primer ministro, o míster Home, del ministerio del Home y Colonias: alguien al que no le conviene destruir su prestigio social con una ejecución en la horca o cualquier otra cosa tan repelente.

—¿Cree usted que se haya traído alguno de sus hombres aquí? —preguntó el juez Lobbett.

—Depende del sentido que dé a la palabra —dijo Campion—. No estoy seguro de que míster Datchett sea uno de sus propios hombres. Lo que es evidente, sin embargo, es que, por el momento, míster Datchett es el segundo de a bordo. Y en eso consiste nuestra segunda ligera ventaja. Si ha habido alguna vez alguien que haya tenido su cuartel general y sus efectivos clara, completa, concienzuda y totalmente deshechos, ese es míster Datchett. Él mismo es muy probable que todavía no haya entrado en la etapa de convalecencia. Esta circunstancia nos concede cierto tiempo. También nos ofrece la bendita posibilidad de que el Gran Jefe se decida a considerar asunto personal la cuestión y venga a resolverla en persona. Creo que esa posibilidad entra dentro de lo previsible.

—Todavía no comprendo su idea —dijo Marlowe, interrumpiéndole—. ¿Cuál es su plan estratégico?

Campion vaciló y miró al juez.

—Acababa usted de decir —empezó— que pensaba arrostrar directamente cualquier riesgo. Puesto que resulta evidente que siente lo que dice, creo que estará de acuerdo cuando oiga lo que voy a sugerir. Le propongo que vuelva a Mystery Mile conmigo. Escojo Mystery Mile porque, podríamos decir, es nuestro terreno. Como el enemigo no puede llevar un ejército para barremos, allí tendremos mejores oportunidades que en cualquier otra parte. Estaríamos solos. Tendrían que atacarnos.

No deberíamos arriesgar a nadie más, pues estoy seguro de que Simister no es hombre que acuda a un reclamo rústico. De ese modo tendríamos una posibilidad, relativamente fácil, de resolver el problema y de acabar de una vez y para siempre. O acabamos con ellos o acaban con nosotros. Cualquiera solución será muy rápida, sensacional con seguridad y, probablemente, definitiva. ¿Qué dice usted?

En los ojos del anciano apareció un destello. Esa era la clase de propuesta que armonizaba con su vigorosa personalidad.

—Estoy de acuerdo —dijo.

—Y yo —dijo Marlowe.

—Puedes contar conmigo —coincidió Giles.

Campion movió la cabeza y parpadeó nerviosamente.

—Lo siento —dijo a Marlowe—, pero su padre y yo iremos solos, o no iremos.

—Sí, ese es el final —dijo el juez—. Mira, Marlowe: estoy metido en este lío porque no puedo, ni quiero, evitarlo. Alguien tiene que ocuparse de Isopel. No es solo porque seas mi hijo y porque a un hombre le guste siempre saber que queda alguien para sucederle, si le pasa algo; es, también, porque tienes una obra por delante. Tienes que ocuparte de Isopel y de todos mis asuntos.

El muchacho le miró desconsolado.

—Pero yo no puedo dejaros solos a ti y a Campion. ¿Por qué va Campion?

—¡Oh!, he hecho voto de acometer esta clase de empresas todos los días —dijo el irresistible joven alegremente—. Parece usted olvidar mis *estatus* profesional.

—Así es —aseveró el juez—. Tú, Marlowe, y Paget sois ajenos a esto.

—¡Eso es una tontería! —dijo Giles—. Yo voy a ir, aunque solo sea para vivir en la Casa de la Viuda, a lo que tengo perfecto derecho. Ninguno de ustedes sabe moverse por Mystery Mile como me muevo yo. Además, yo tengo aún dos brazos útiles, cosa que Marlowe no tiene. Y en cuanto a mi cabeza, si está así, nunca ha estado bien por completo.

Míster Campion le miró pensativamente.

—Hay algo de verdad en lo que dices —dijo.

—¿Y qué va a ser de su hermana? —preguntó el anciano Lobbett.

Giles vaciló y miró a Marlowe.

—Creo que por ese lado todo irá bien —respondió.

Lobbett miró fijamente a su hijo.

—¿Es verdad? —inquirió—. Entonces, lárgate a Londres en cuanto hayas descansado. ¿Qué decide usted acerca del joven Paget, Campion?

—No veo la manera de impedir que venga —dijo Campion lentamente—. Es mucho, muchísimo mejor que no vinieras, y todo lo demás, Giles, ¿para qué te lo voy a decir?

—Yo voy de todos modos —dijo tercamente Giles—. Eso es definitivo.

—Eso no me gusta nada —dijo Marlowe—. Si usted fracasa, Campion, nunca me perdonaré por no haber estado junto a ustedes.

—Mi lema es “Eficiencia” —dijo míster Campion—. ¿Quién detuvo a Jack Sheppard? ¿Quién demostró la culpabilidad de Charlie Pearce? ¿Quién persiguió a Palmer, el envenenador? ¿Quién entregó triunfalmente a la Justicia a Jack el *Destripador*? ¿Quién interrumpió un *ping-pong* turbulento en la Escuela Politécnica? No me interrumpen; no hago más que preguntarles. Veán la continuación de esta emocionante historia en el *Polly's Paper*. Sale todos los martes. Dos peniques.

—Ya está decidido —dijo Lobbett—. ¿Qué hacemos ahora, Campion?

—¡Oh sueño, dulce restaurador de la naturaleza! —dijo el joven con una seriedad imponente—. El sabio eclesiástico debe ser persuadido para que nos ofrezca hospitalidad por hoy. Mejor será que lleguemos a Mystery Mile por la noche. Creo que aquí estaremos más seguros hasta entonces, o hasta después, si es necesario. Marlowe: usted también debe descansar. Cuando nos vayamos, le dejaremos en la estación de ferrocarril más cercana.

—Es usted un diablo —dijo Marlowe—. Creo que nunca volveré a dormir.

—Qué novato —replicó míster Campion—. Yo dormiré como un niño.

No hubo ninguna dificultad para acomodarse en la Vicaría. A la media hora, los aventureros estaban alojados en una gran alcoba de viejo estilo, con sus vigas desnudas y sus paredes encaladas, fresca y silenciosa.

El reverendo Alaric Watts, cuando los jóvenes estuvieron sanos y salvos en las habitaciones superiores, puso de manifiesto, repentinamente, aquellas cualidades de profeta menor que Campion había mencionado, desplegando, además, las medidas tácticas que hubiera desplegado un general del siglo XIII ante la perspectiva de un asedio. Toda la servidumbre compuesta por dos ancianos sirvientes que habían vivido con él desde hacía cuarenta años, su jardinero y el que había abierto antes la puerta, fueron activamente movilizados.

El comedor, donde el juez Cobbett estaba escribiendo a su hija, fue literalmente fortificado. Los alimentos y las instrucciones pasarían por la compuerta que llevaba a la cocina, y el hijo del jardinero, un joven con cara de pocos amigos y bizco, famoso por su fuerza en la localidad, se sentó ante la puerta de la habitación donde estaban durmiendo los tres jóvenes.

Las grandes puertas del jardín habían sido cerradas. Cuando los que dormían fueron despertados, se encontraron con que les habían dispuesto un festín que habría satisfecho a una mesnada medieval en vísperas de batalla.

Campion se divirtió indeciblemente. Fue la primera vez que le vieron reír a mandíbula batiente. Al descubrir al hijo del jardinero se tiró de nuevo en la cama y, por unos momentos, los otros, creyeron que se iba a ahogar de risa. Por fin se recobró, y después de asomar la cabeza por el quicio de la puerta y de gritar, con una voz que hizo estremecer a los criados: “¡Chico! ¡Trae mi hacha de batalla!”, se vistió y volvió a la normalidad.

Eran cerca de las nueve cuando terminaron de comer. No se tenía noticia de la llegada de ningún extraño a la vecindad, y Campion se empezó a preocupar.

—Deben de haber vigilado el piso —dijo—. Creo que había alguien por allí. Es muy probable que, desde la pasada noche, tengan un poco de jaqueca. A lo mejor no se deja ver ninguno en un día o en dos.

—Quisiera ir yo también —dijo Marlowe por centésima vez—. Mi brazo no está tan rígido como yo creía.

Su padre se volvió hacia él.

—Ya decidimos eso esta mañana, hijo —replicó—. Vete ahora mismo a la ciudad y llévale a Isopel esta carta.

—Usted ya no tiene nada que ver con esto —dijo Giles—. Ya ha conseguido obtener su ración de lucha gracias a tendenciosos argumentos. Yo, en cambio, desearía que ocurriese algo antes que se desvanezca el humo de la pólvora. Me parece que tengo más derecho que nadie a sacudir un poco. Si no pasa nada más importante, Kettle ya puede encomendarse a Dios.

—Por Woodbridge pasa un tren a las diez y media, que puede usted coger, Marlowe —dijo Champion—. Nosotros llegaremos a Mystery Mile una hora más tarde o así, dando un rodeo. ¿Estamos todos listos?

Asintieron. La seriedad de la explicación se les hizo evidente a todos, y aunque Champion se mostraba tan petulante como siempre, los demás se encontraban más preocupados y llenos de tensión.

Alaric Watt descorrió el cerrojo de su poterna y dejó salir al gran Bentley, que se deslizó ruidosamente. Se quedó mirándolos durante un momento: una figura pequeña, fantástica y negra, en medio de la creciente oscuridad. Luego, regresó a su fortaleza y a sus estudios.

Pararon solo un minuto, para que se bajara Marlowe, en Woodbridge. La vieja ciudad, angosta e incómoda, se encontraba casi desierta, y en el tren de Londres no había muchos viajeros.

Marlowe y su padre, que durante el viaje habían mantenido una conversación prolongada en el asiento de atrás del coche, solo se dieron la mano.

Giles se acercó al joven.

—Cuide de la niña —dijo, y luego añadió apasionadamente—: Si me pasa algo, transmita todo mi amor a Isopel.

Marlowe asintió.

—Le tengo envidia —le dijo con sinceridad—. ¿Quiere usted algo, Champion?

—Dígale a Bidy: “El muchacho fue a la muerte sonriendo” —dijo míster Champion—. Así lo haré, como es natural. Dígale que se puede quedar con *Autolycus* —añadió, más serio—. Y con Lugg también, si lo desea. La mujer conseguirá olvidarme muy difícilmente si esos dos se quedan rondando por la casa.

Al pronunciar la última palabra arrancó y sacó el coche del patio de la estación para encaminarlo hacia Mystery Mile.

En ese mismo momento, en la Vicaría de Kepesake el reverendo Alaric Watts recibía un telegrama urgente, que el de Correos acababa de traer personalmente, “para

ser complaciente”.

Estaba dirigido a *Campion, Redding Knights*. Había sido puesto en el *hall*, y Cluer lo había enviado, a su vez, por el empleado, a la Vicaría.

El anciano vicario titubeó antes de abrirlo, pero como el empleado le advirtió que se trataba de una información urgente, se decidió a rasgar el frágil sobrecito.

“Vuelvan a *Mystery Mile Stop* (Es urgente) vengan en seguida *Stop Urgente Bidy Isopel*”.

Alaric Watts miró al empleado.

—La oficina de Telégrafos comete divertidos errores —dijo, quisquilloso—. El nombre de la señorita es I-s-o-p-e-l.

—Viene tal y como se ha enviado —replicó el otro, impertérrito—. Si hay alguna equivocación, la cometería el remitente.

Aunque él no lo supiese, el empleado de Correos de *Kepesake* y *Redding Knights* había hecho una suposición plenamente justificada.

CAPÍTULO 26

UN CABO DEL OVILLO

El Bentley se deslizaba lentamente hacia Mystery Mile por carreteras alejadas. Campion conocía muy bien el condado. Conforme se iban acercando, percibían el olor lejano y fresco del mar. La noche se había hecho extraordinariamente oscura; el cielo estaba cerrado y tormentoso, y la atmósfera, cargada, intensificaba la sensación de opresión que los embargaba a todos.

Crowdy Lobbett se inclinó hacia adelante y tocó a Campion en un hombro.

—Ahora que Marlowe está completamente fuera de esto —dijo—, estoy dispuesto a decirle a usted todo lo que sé. ¿Me comprende?

Campion acercó en seguida el coche al borde del camino y se detuvo. Se volvió en su asiento y miró al anciano.

—No sabe usted qué gran idea es esa —dijo—. Si a usted no le importa, creo que ya es hora de que nos lo diga. Necesitamos toda la colaboración de que podamos disponer —apagó los faros y se dispuso a escuchar—. Estimamos en lo que vale el hecho de que se haya reservado ese secreto, por consideración a nosotros —continuó con suavidad—. Pero ahora creo que ha llegado la hora de aclararlo todo.

El juez asintió en la oscuridad.

—Eso me parece a mí —dijo—. Ahora se lo contaré y ya verá en qué situación tan delicada me había colocado. No sé si Marlowe le ha dicho que durante toda mi carrera de juez en los Estados Unidos me he creado una reputación por perseguir a los *gangsters* de Simister. He sido una espina en su carne desde siempre; bueno, desde hace quince años. La mayor parte de sus fechorías se cometían en mi distrito y caían bajo mi jurisdicción. Y todos y cada uno de ellos, no me importa decirlo, se llevaban lo suyo y un poco más. Durante muchos años se tuvo la impresión de que debían haber sido liquidados. Para decirle la verdad, nunca conseguimos descubrir quién era ese Simister. Todo lo que supimos fue que había una cabeza desconocida y que, aunque suprimiésemos a sus subordinados fácilmente, nunca conseguimos profundizar hasta el origen de todas las fechorías —hizo una pausa—. Eso era lo que siempre intentábamos que nos aclararan: la identidad de su misterioso jefe. Hasta entonces, ¿comprende? —explicó rápidamente—, solo había significado una molestia para ellos, pero no significaba un verdadero peligro. Pero después, un buen día, di con algo que parecía ser una clave. Fue después de retirarme. La Policía había organizado lo que aquí supongo que llamarían una comisión permanente, nombrada para dedicarse a la investigación de esa banda. Por mis experiencias con ella se me

invitó a formar parte. Disponíamos de facilidades especiales para interrogar a presos y para otras cosas. Durante algún tiempo nada nuevo obtuvimos, y pronto quedó completamente claro que los hombres que habíamos encerrado no sabían nada en absoluto. Ninguno de los soplones, por alta que fuese su posición en la banda, nos podía decir nada sobre el jefe supremo. Ellos mismos temían, mucho más que nosotros, a su misterioso dirigente y estaban tan ignorantes como nosotros. Luego, surgió esto que le voy a contar. En la cárcel del Estado había un hombre llamado Coulson; no era un criminal corriente, era un hombre educado. Estaba cumpliendo condena por participar en un caso muy feo de contrabando de drogas en el que resultaron muertos varios policías. No se pudo enviar a Coulson a la silla eléctrica; pero le tenían encerrado, prácticamente, para toda la vida. Era un hombre de Simister: lo sabíamos por un raterillo; que era un soplón. En la cárcel, Coulson fue aquejado por una enfermedad interna, que resultó ser cáncer. Se estaba muriendo en la enfermería del penal, cuando fui encargado por la comisión de ir a verle, lo cual hice. Deseaba ardientemente morir en su propia casa y quería pasar sus últimos días junto a su mujer. Estudié el asunto y me di cuenta de que estaba demasiado tocado para poder causar más daño; de modo que obtuve su excarcelación e hice un convenio con él —los miró en medio de la oscuridad. Le estaban escuchando atentamente—. No es necesario entrar en detalles —dijo—. Como todos los demás, no me podía decir mucho, pero juraba que poseía algo que le parecía ser una clave para identificar al mismo Simister. Por fin, después de mucho jaleo y mucha persuasión, me hice con ello. En cuanto lo vi, creí que me había tomado el pelo. Pero él parecía tan solemne, tan sincero, que poco a poco me vi forzado a creer que aquello, tan ridículo, que tenía en mis manos era, en algún sentido, una pista que me llevaría a la solución del problema. Coulson murió, y bien por su viuda o por algún compinche Simister se enteraría de que el difunto me había dado algo. Estoy seguro de que eso es todo lo que sabían —dijo con énfasis—. Como usted dijo muy bien, Campion, es evidente que ellos no sabían de qué se trataba. Pero desde entonces hasta hoy me han estado persiguiendo. Pueden considerarme estúpido por reservarme esto para mí solo; pero, en primer lugar, no estaba seguro de si era realmente algo. No tenía ganas de que se riesen de mí. Y, por otro lado, naturalmente, estaba el indudable peligro que representaba —se quedó silencioso un momento, y Giles y Campion se quedaron reflexionando sobre la historia extraordinaria que acababan de oír—. Volviendo a ello —observó Lobbett, de pronto—, algunas veces tengo la impresión de que me he comportado como un viejo estúpido, pero no sé qué otra cosa podría haber hecho. Mire: nuestra comisión era como cualquiera otra comisión: en ella había un sector de idiotas. Esa gente me dio la lata para que les dijese si había descubierto algo y yo me di cuenta de que, en cuanto se enteraran, sería divulgada mi preciosa información. Simister, entonces, cortaría el hilo, y el cabo que estaba en mi poder perdería su utilidad. Estando las cosas como estaban, no podía decírselo a algunos sin decírselo a los demás, y decidí que realizaría la tarea yo solo. Era una oportunidad demasiado

importante para ser desperdiciada. Ustedes son los primeros que saben todo esto, y si por ello sufren algún perjuicio serio...; en fin, usted se ofreció para acompañarme. Campion, y usted, Paget, también insistió. Eso fue lo convenido.

—¡Muy bien! —dijo Campion—. Pero ¿en qué consiste su *cartita perfumada*?

El juez se movió en su asiento.

—Es un libro fantástico para niños —dijo.

Giles se agitó.

—¿Está en la maleta azul? —preguntó.

—Marlowe me dijo que la había abierto —dijo el anciano—. Sí, allí están. Compré toda la colección: hay una lista completa en la cubierta del primer libro. He leído todas las palabras de ese libro; las he escudriñado utilizando varias claves; y ni yo ni ese gran perito de ustedes, MacNab, hemos podido encontrar nada.

Campion le miró fijamente.

—¡Dios mío! ¿Era uno de los que estuvimos viendo? —dijo—. En seguida renunciamos a encontrar nada. No tenía la menor idea de que usted había dejado su clave en Mystery Mile.

—Fue lo mejor que pude hacer —explicó el anciano—. Mientras estuviese entre los otros libros, resultaba imposible que nadie descubriese el ejemplar cifrado, a no ser que le conociese. Si me hubiesen capturado con ese libro encima, la deducción hubiera sido bastante fácil. Por eso solía llevarlo así, con todos los demás. Fue el mejor recurso que se me ocurrió. Era demasiado grande para llevarlo cosido a mi camiseta.

—A pesar de todo creo que debemos seguir intentándolo —dijo Campion—. Me gustaría echarle una ojeada antes que suceda nada. Llévame a la cama, con un lápiz, por lo menos una vez. Debe dejármelo, para que pruebe. Una vez conseguí setenta y seis en un acróstico.

Arrancó y marcharon con más velocidad que antes. La noche se había puesto muy cerrada, con una oscuridad poco frecuente en los meses de verano. El cielo estaba lleno de espesas nubes y el aire era sofocante, a pesar del frescor del mar, al que se acercaban cada vez más.

Esto, unido al sentimiento de estar aproximándose al peligro, convertía el viaje en una experiencia emocionante y extraña. Toda la comarca parecía estar en sordo bullicio. Los pájaros y los demás animales dormían incómodos por el calor y, cuando pasaban, oían susurros y débiles chillidos, que partían del monte asomado al borde de la carretera, y también gritos extraños procedentes de los bosques, donde las aves nocturnas se preparaban para la tormenta.

Llegaron al Stroud sin ninguna dificultad. Campion miró a Giles, que iba a su lado.

—No hay ningún policía en la carretera. ¿Qué será esto? ¿Economía? ¿Estarán ocupados? Quisiera que mis siete silbadores estuvieran aún en acción. Creo que lo mejor será que sigamos adelante.

Giles respiró hondamente a través de su nariz.

—No te preocupes ahora —dijo—. Si esta tormenta no estalla en seguida, estallaré yo. Puede estar así toda la noche. Aquí pasa algunas veces. Y siempre me dan ganas de asesinar a alguien.

—Eso es lo que nos conviene —replicó Campion alegremente—. Creo que vas a conseguir tu oportunidad.

Dio vuelta a la curva y ascendieron por la suave pendiente que llevaba a la aldea.

Había una ligera niebla a ras del suelo y los campos estaban oscuros. Aquí también los susurros de la intranquila naturaleza se oían por todas partes, y de la lejanía llegaban, de cuando en cuando, los chillidos agudos de los animales de la marisma, que se despertaban sobresaltados.

Cuando pasaron junto a las casitas silenciosas y desembocaron en las puertas de The Manor la aldea estaba envuelta por una oscuridad densa. El parque, con sus grandes árboles que formaban un dosel sobre la vasta calzada, parecía extraño, amenazador y desagradable.

—Luces —dijo Giles, de pronto—. Hay luces; en el salón, me parece. ¿Quién andará por allí?

Campion paró el motor, y el coche se deslizó aún unas pocas yardas, y luego se detuvo. Saltó sobre la hierba, y dijo bajando la voz:

—Creo que será mejor que nos acerquemos con cuidado. Voy a hacer un reconocimiento desde aquella ventana. Puede no pasar nada, claro.

Hablaba despreocupadamente; pero se veía que desconfiaba de que todo pareciese ir tan bien.

Durante algunos instantes se perdió en la oscuridad; no se vio su sombra en el haz de luz que salía por la ventana del salón y que doraba los troncos de los olmos. Por último, volvieron a oír su voz, muy cerca, susurrando en un tono anormalmente agitado:

—Ya estamos enredados. Vamos a poner nuestros cuellos allí, como los conejos en el lazo. Miren.

Le siguieron por el césped, pisando suavemente sobre la hierba resbaladiza. El silencio de la casa era impresionante, aunque las luces brillaban con todo su esplendor. Se arrastraron hasta la ventana del salón y miraron por ella.

El espectáculo era extraordinario.

La habitación estaba brillantemente iluminada. Desde donde estaban, podían ver el Romney. La joven maravillosa los sonreía desde su marco con su sonrisa dulce y boba, y ante el cuadro, desplomado en una pequeña butaca Luis XVI, estaba míster Barber. Su poderosa cabeza colgaba hacia atrás, poniendo de manifiesto un grueso cuello de toro.

—¿Quién diablos es? —murmuró el juez.

Campion se lo explicó.

—¿Está muerto? —cuchicheó Giles, sorprendiéndose de oír su propia voz.

—No lo creo —contestó Champion—. Está respirando profundamente. Me da la impresión de que está narcotizado.

El juez Lobbett estiró el cuello un poco y su sombra se interpuso ante el haz de luz. Champion le tiró para atrás.

—Vamos a dar la vuelta —susurró.

Los condujo, rodeando la casa, ante las ventanas de la cocina. Allí también estaban encendidas las luces. Una vez más, se asomaron.

Mistress Whybrow estaba sentada frente a la mesa de la cocina; su cabeza descansaba sobre el tablero y sus brazos colgaban, inertes, a sus costados.

—¡Dios! También a ella —exclamó Giles.

—Póngase cómodo con cloroformo —dijo Champion misteriosamente—. Esperen un minuto, que voy a ir a jugar al “Te veo” por toda la casa. Me parece que hemos venido a meternos en mitad del jaleo. Escucha, Giles: voy a ir a sacar la maleta azul, si soy capaz de moverla. Mientras tanto, si no volviese, como diría nuestro héroe, tú, Giles, no sigas tus naturales impulsos de asno y no intentes huir en el Bentley; utiliza, en vez de esa, la otra puerta de salida que queda y que no conoce nadie: la del túnel de niebla. George y Anry recibieron la orden de tener allí siempre un bote listo, y allí está desde que abandonamos la búsqueda de míster Lobbett. No sabía cuándo lo íbamos a necesitar. Como diría el inmortal Knapp: “*Guás* noches a todos”.

El juez le cogió de la manga.

—El libro que usted quiere se llama: *Simbad el marino y otras historias*— le dijo.

Champion no resistió la tentación de apostillar el título rimbombante, tan incongruente como la situación.

—No me parece muy apropiado —dijo—. Teniendo en cuenta la escena del salón, se debería llamar, más bien, *La bella durmiente*.

Desapareció silenciosamente en dirección a la casa. Giles y el anciano Lobbett se aplastaron contra la pared y esperaron. El muchacho respiraba como un caballo, y los latidos de su corazón eran tan fuertes que tenía la impresión de que conmovían los cimientos de la casa.

Lobbett estaba más tranquilo; pero no era ajeno, ni mucho menos, a la tensión del momento. Sacó un revólver de su bolsillo y se dispuso a armarse de paciencia también.

De la casa seguía sin salir ningún ruido. Los minutos pasaban. Giles temblaba de impaciencia, y la herida de su mejilla empezó a darle punzadas.

Perdieron por completo el sentido del tiempo. Parecía que habían transcurrido dos horas desde que Champion los dejó. Por fin, en la casa crujió una tabla, y Giles se estremeció violentamente. Al momento, alguien saltó suavemente ante sus pies.

El juez dispuso su revólver; pero, de la oscuridad, les llegó el susurro de saludo de Champion.

—*La bella durmiente* es el título apropiado para dentro; para fuera, va mejor *Los niños perdidos en el bosque*— murmuró—. Es la borrachera más grande que he visto

en mi vida. El chófer, mistress Whybrow y las dos criadas, por no hablar del viejo Cleversides Barber, todos están acostados, cada uno en una habitación. Me parece que es éter. No tuve mucho tiempo para enterarme bien. El viejo Barber se lo merece por el exceso de celo con que atiende a sus negocios. Parece que ha hecho alguna resistencia. Hay alguna silla patas arriba. Los demás deben haberse dormido como angelitos. No lo entiendo. En toda la casa no hay un alma en movimiento —bajó aún más la voz—. He traído el libro. Ahora, pues, aparece su única oportunidad. Vamos al túnel de niebla.

Giles no se movió.

—Es un suicidio intentarlo con esta oscuridad —dijo—. Tú no conoces aquel *puré*, *Campion*.

—Me he traído un farol que cogí de la cocina. Lo encenderemos cuando lleguemos allá abajo —dijo *Campion*—. No conseguiríamos regresar en el coche. Porque me imagino que esa es tu idea luminosa.

El juez Lobbett señaló la ventana con un gesto de su cabeza.

—¿Y los que se quedan ahí?

—Ya me he dado cuenta —admitió *míster Campion*—. A pesar de todo, no creo que corran ningún peligro. Si nuestros amigos hubiesen querido hacerles daño, ya se lo habrían hecho. Hemos caído en una trampa y debemos salir de ella lo mejor que podamos. No es prudente ni volver al pueblo siquiera.

Alrededor de ellos, el oscuro jardín estaba lleno de rumores. No tenían la menor idea de dónde podrían estar escondidos sus enemigos. Estaban completamente seguros de que su llegada había sido ardientemente esperada. Nadie podía haber dejado de ver los resplandecientes faros, conforme se habían ido acercando por el *Stroud*. Quizá en ese mismo momento estaban siendo observados; quizá en cualquier momento se desencadenaría el ataque.

Ni Giles ni el juez Lobbett dudaron un instante de la atinada advertencia de *Campion* cuando este les dijo que probablemente el enemigo estaría apostado en el camino de vuelta. Estaba claro que *míster Datchett* y sus secuaces no eran los únicos servidores que su misterioso enemigo podía utilizar.

Obedecieron a *Campion* sin discutir.

—A tus órdenes, sargento —dijo Giles—. No me gusta el proyecto naval, pero lo intentaremos.

—Dale la mano entonces a tío Albert —dijo *Campion*—. Esto no va a ser un apacible paseo campestre. El programa va a consistir en jugar a la culebra que se arrastra por la hierba espesa.

Echaron a andar, conducidos por *Campion*. Su avance era lento y desesperante. Cualquier ruido los sobresaltaba. A cada instante esperaban que algo se abalanzase sobre ellos desde la oscuridad.

Campion se paraba constantemente para escuchar; pero la casa, que quedaba a sus espaldas, estaba tan silenciosa como antes.

Cuando penetraron en el laberinto, Campion sacó una linterna y Giles se puso a la cabeza. Encontraron el agujero y salieron con apuros a la zanja seca. El bochorno y la presión del aire se habían hecho intolerables. Tenían la impresión de que una gran compresa saliente había sido colocada sobre el pequeño istmo.

Giles estaba bañado en sudor, e incluso el anciano Lobbett respiraba con dificultad.

Campion era el único que no daba muestras de nerviosismo. Seguía adelante firmemente, manteniendo un buen paso.

El heno estaba aún sin segar, y se metieron por el profundo surco que había utilizado míster Lobbet en la ocasión anterior. El surco se encontraba completamente seco y les fue fácil atravesarlo.

Por último, salieron al túnel de niebla.

Era una hondonada en las salinas, que había sido alguna vez el lecho de un antiguo río; ahora, completamente seco y recubierto por una hierba áspera muy resbaladiza. Estaba, como siempre, medio lleno de fina niebla rastrera, blanca, que solo se adivinaba, en las tinieblas, por su olor y sabor húmedo, pantanoso.

—Este sitio es muy fantástico de día —murmuró el juez—. Ahora, de noche, se parece al valle de las sombras de la muerte.

—No estropee la placidez del paisaje, patrón, no lo estropee —musitó Campion, inesperadamente nervioso.

—Cuidado —dijo Giles con voz serena—. Nos estamos acercando. No se alejen.

Alrededor de ellos las marismas chapoteaban y chirriaban horriblemente, y más lejos aún, las aves marinas asustadas gemían de un modo desconcertante, a intervalos irregulares.

De pronto, Giles se paró.

—Es peligroso seguir adelante sin luz —dijo—. Tu linterna no basta. Te digo, Campion, que estamos pegados al barro vivo. Puedes hundirte hasta la cintura, o hasta el cuello, o del todo, y solo te podríamos sacar con un tiro de dos caballos.

Se detuvieron y encendieron el farol.

—Ahora —dijo Campion, cuando colocó otra vez la lámpara en su cubierta metálica y el farol esparció su luz amarillenta e insegura por la fina niebla— de prisa, mis viejos lobos de mar. Todos a bordo, para Paris, Dijon, Lyon, Macón, Victoria, Clapham Junction, Marsella y las Puertas del Oro, Adelante.

La gracia sonaba extraña, casi terrible, en la atmósfera fétida y opresiva.

—Tenemos suerte —dijo Giles—. La marea está bastante alta, casi en sus tres cuartas partes. No se alejen, no se alejen.

Se encontraban casi frente a la cabaña donde pocos días antes el anciano Lobbett se había cambiado de ropa antes de reunirse con George en la barca. Ya habían dejado atrás a la hierba, y alrededor de ellos solo veían fango, cada vez más gorgoteante y lleno de chapoteos, conforme se iban acercando al mar.

—Hasta aquí no ha habido peligro —dijo Giles con énfasis—. Desde ahora,

tengan mucho cuidado, por Dios. Este es el sitio más peligroso. Alrededor de la cabaña, por el lado del mar, empieza el *puré*. Luego se extiende por todo esto de modo irregular. Se mueve, saben, y estoy asustado del riesgo que vamos a correr.

Campion se inclinó para mirar el círculo de luz que el farol proyectaba. En el barro se veía, muy difícilmente, una línea blanca y delgada a unos pies de distancia. Era la marea creciente.

—¿A qué altura llega? —preguntó Campion, señalándola.

—Hasta donde llega la hierba —dijo Giles—. Se detiene precisamente delante de la cabaña, excepto en noviembre, cuando la marea muerta. ¿Puedes ver la barca?

—Allí está —dijo el juez, disponiéndose a avanzar.

Giles le sujetó.

—Ahora tiene que ir paso a paso —advirtió—. Levante el farol, Campion.

La barca se balanceaba suavemente, muy cerca del fondo, a unas pocas yardas.

Giles se quitó los zapatos y los calcetines.

—Así me daré cuenta mejor si toco el *puré*— explicó.

Luego avanzó cautelosamente, tanteando cada paso con todo género de precauciones.

Campion miró por encima de su hombro. Atrás, lejos, entre los árboles se imaginó que veía moverse luces.

—Dense prisa —susurró—, aprisa.

Giles continuó con seguridad. En una ocasión se echó bruscamente hacia atrás, se sumergió y se volvió a levantar. Alcanzó la barca y trepó a ella.

—Si vienen por donde yo, todo irá bien —dijo—. Vengan. No me atrevo a acercarla más, no vayamos a encallar.

Campion cogió al anciano por el brazo.

—Vaya usted —dijo—. No tiene que hacer más que fijarse en la barca y llegar a ella. Diga a Giles que se dirija a Heron Beach, y si no puede hacerlo con esta luz, que se sitúe en la corriente y que se mantenga en ella.

Hasta que no llevó a cabo por completo su viaje arriesgado hasta la barca cabeceante, el juez no se dio cuenta de que Campion se había quedado en tierra firme con el farol en la mano.

—Ven —dijo Giles alzando la voz.

—¡Cállate, estúpido! Rema o te perforo... con mi pistola de agua.

El susurro de Campion poseía una particularidad notable: aunque estaba tan lejos, le oían perfectamente.

—¡Majadero! —dijo Giles, haciendo avanzar la barca.

—¡Por el amor de Mike, lárgate! No hagas heroicidades —dijo Campion con voz implorante—. No debes perder ni un minuto, y todo depende de ti. No lo estropees. Confía en tío Albert.

—Muchacho, usted no puede hacer eso.

En la voz de Crowdy Lobbett se podía percibir una peligrosa obstinación.

—Giles —ordenó Champion— vete inmediatamente, si no quieres que nos asesinen a todos, y no te acerques, oigas lo que oigas. Si ese simpático polizón que llevas ahí mete algún ruido, por el amor que profesas a su hija, pégale en la cabeza con un remo.

Giles conocía a Champion hacía muchos años. Hasta ahora no le había desobedecido nunca. Y ahora no era, de ninguna manera, el mejor momento para vacilar. Así que se decidió.

Sumergiendo suavemente los remos en el agua, bogó hacia el centro del estuario.

Campion hizo ondear su farol en señal de entusiasmo. La última visión que Giles se llevó de él fue la de una figura alargada y frenética plantada sobre la costa, levantando el farol por encima de su cabeza, en un gesto ridículo.

—¡He amado a Ofelia! —bramó dramáticamente—. Pero lo que de verdad me importa es el tabaco.

Después de aquella misteriosa declaración, Champion se volvió calmadamente por el borde de la tierra firme, se metió en el túnel de niebla y avanzó hacia la cabaña. Subió los escalones de madera y colgó cuidadosamente el farol en uno de los ángulos superiores de la puerta, de modo que la luz pudiera ser vista, con toda claridad, desde lejos. Después, sacando la linterna de su bolsillo, entró.

En la cabaña, que estaba construida sobre pilotes de unos cuatro pies de alto, había una rústica mesa plana apoyada en una sola pata y sujeta a la pared con dos bisagras. A su lado, se veía una repisa, lo suficientemente baja para servir de asiento.

El joven miró en torno suyo cautelosamente. El interior estaba completamente vacío, fuera de cierta cantidad de extraños aparejos náuticos y de una caja de madera abandonada. La única cosa digna de señalar, además de las anteriores, era que las tablas del piso, en la parte posterior de la cabaña, precisamente bajo el banco, habían sido retiradas, sin duda, para evitar que el mar se las llevase durante las mareas anormalmente altas.

Campion se sentó en el banco, colocó en la mesa su linterna y sacó el libro infantil que se había traído de la casa.

Simbad el marino y otras historias. Fue volviendo las páginas una a una: portada, dedicatoria, prefacio y nota del editor. El índice vino después; cuentos infantiles que había conocido desde que tenía uso de razón. No era posible imaginar nada más absurdo en una situación semejante.

Su mirada recorrió distraídamente la lista: *Simbad el marino*, *Aladino y su lámpara maravillosa*. Bruscamente su vista se clavó en una línea.

Un título había saltado desde la página. Lo tapó con la mano y se quedó mirando a la oscuridad. Tenía la cara lívida y sus ojos se habían quedado sin expresión detrás de las gafas.

—Me he vuelto loco —dijo en voz alta, pero extrañamente deprimida—. Por fin ha ocurrido. Soy un demente: “Alí Fergusson Babá y los cuarenta ladrones”.

CAPÍTULO 27

NOCHE FINAL

Campion, solo en la cabaña de las marismas, escuchó apagarse el timbre de su propia voz; luego se quitó las gafas y se limpió la cara con un gran pañuelo. Por último, se quedó mirando al pequeño resplandor que formaba el farol en la puerta estrecha.

Los minutos pasaron y seguía allí mirando absorto, sin ver; el silencio era insufrible. Luego, fuera, en la oscuridad que se extendía más allá del círculo de luz, algo se movió muy suavemente. Instantáneamente, se puso rígido en su asiento, escuchando, con la cabeza tensa.

Al principio, creyó que lo que oía era solo el movimiento de algún animal en las salinas o el desagradable chasquido del lodo; pero el ruido se produjo otra vez, esta vez más cerca y más claro: pasos en la hierba áspera.

Campion se guardó el libro en el bolsillo de la chaqueta. Hizo lo mismo con la linterna. Y se sentó, en silencio, esperando.

Alguien pisó blandamente en los escalones por los que se subía a la cabaña. Campion pudo oír el crujido de la madera vieja al soportar una mole pesada.

En seguida el farol fue descolgado de la escarpia y una figura poderosa y descomunal como la de un elefante apareció en el umbral.

Era difícil reconocer a míster Barber. El viejo caballero, original y algo estúpido, había desaparecido; en su lugar, escondido en su cuerpo monumental, alguien, desleal e increíblemente perverso, miraba ahora al joven que estaba junto a la mesa.

—¿Está usted solo? —preguntó—. Es usted muy inteligente, amigo mío.

Campion le hizo una mueca; su expresión era, posiblemente, más fatua aún que de costumbre.

—Sabe usted perder como un verdadero caballero —dijo—. Si me firma lo que acaba de decir, me haría un gran favor.

El hombre que decía llamarse Alí Fergusson Barber se acercó a la mesa, colocó la lámpara sobre ella y se plantó, imponente, frente al joven, que parecía reducido e insignificante por contraste.

—Quizá haya sido mejor así —dijo míster Barber—. Creo que ya es hora de que usted y yo celebremos una pequeña conferencia, míster Rudolph K...

Pronunció un apellido que impresionó de tal modo a míster Campion, que este, traicionándose, lanzó una exclamación.

El viejo sonrió débilmente.

—Aquí tengo, jovencito —continuó, sacando un papel de su bolsillo—, un informe muy interesante. No se lo voy a leer, porque sería una pérdida de tiempo; pero le aseguro que su lectura es muy instructiva. Usted y yo hemos cometido el mismo error. Nos hemos subestimado mutuamente, míster...

—¿Le parece bien Campion? —dijo el joven, sonriendo bobamente otra vez—. Ahora, puesto que estamos en confianza, vamos a ver si tratamos de otra cosa. ¿Quién diablos es usted?

El otro se rió y, por un momento, su cara recordó a la del antiguo perito de arte. Pero en seguida desapareció ese gesto, y volvió a adoptar su nueva y vivida personalidad.

—Yo soy un hombre íntegro —dijo—. Nunca he cometido el error de utilizar un apodo. Me resultaría tonto tratar de engañarme a mí mismo y también muy aburrido. Yo vivo mi propia vida.

Campion se encogió de hombros.

—Usted sabrá sus propias limitaciones mejor que yo —replicó—. Sin embargo, podría haberle sugerido algún nombre que le fuese bien. Siéntese y póngase cómodo. Por ahí hay una caja de jabón.

Míster Barber aceptó el asiento.

—Supongo que habrá hecho salir a Lobbett por el mar, como la otra vez —dijo tranquilamente—. Me parece muy inteligente. Lo repito: es usted un joven muy inteligente, míster Campion. Me imagino que no encontraremos muchas dificultades para tratar con ese señor. Pero lo que principalmente me interesa, de momento, es usted.

La transformación de míster Barber era extraordinaria. A Campion se le ocurrió que cualquier disfraz que su acompañante pudiera haber imaginado no le hubiera ocultado ni la mitad de bien que la nueva personalidad con que ahora se presentaba, que parecía esconder u ostentar a voluntad.

—Como, sin duda, habrá usted adivinado —continuó—, represento a una de las más inteligentes organizaciones del mundo. En realidad, creo que, en alguna ocasión, le encargamos a usted una misión bastante delicada en un asunto de una casa que se llamaba Black Dudley. En aquella ocasión, fracasó usted. Por qué fracasó, no lo sé; pero es posible que eso explique por qué *acogimos* su intervención en este asunto privado sin darle la debida importancia. Le puede interesar saber que, tanto yo como mis superiores, consideramos ahora que merece la pena ofrecerle a usted un puesto en nuestra organización.

—Firme bajo la línea de puntos —dijo míster Campion—. Corte con cuidado, por favor. No será considerado documento auténtico sin esta firma.

La cara que se encontraba frente a la suya carecía de expresión. La voz alterada de míster Barber siguió:

—Este humor, más bien irritante, de usted... Supongo que no puede evitarlo.

—Es una suposición no del todo acertada —replicó el joven que, de pronto,

pareció, sin razón aparente para ello, divertirse de una manera inmensa.

—Pongamos que es una ventaja —concedió el otro juiciosamente—. Pero, desgraciadamente, se consigue a costa de la eficiencia en los negocios.

—En contestación a la suya del cinco de los corrientes —dijo Campion—, ¿significa que me hace usted una oferta?

Míster Barber afirmó con la cabeza.

—Exactamente —dijo—. Ese Lobbett se está conviniendo en una molestia para nuestra organización. Es tan obstinado que resulta un poco difícil de manejar. Tenemos razones para suponer, por otro lado, que posee, o se cree que posee, la clave de un secreto tan importante, que me es imposible discutirlo con usted. Si eso fuera cierto, Lobbett podría ser muy peligroso. No necesito decir, a un hombre tan inteligente como usted, nada más. El arreglo de este asunto sería, probablemente, la mejor recomendación que podría usted tener, y personalmente puedo asegurarle que nunca lo lamentaría.

—Supongo que podría vivir con eso —dijo Campion, pensativo—. Todos los gastos pagados, el lavado de ropa a cargo de la empresa y, quizá, una o dos circasianas, además, cuando hubiera tiempo.

El viejo se estrujó las manos.

—Sé apreciar su humorismo —dijo seriamente—. Su remuneración sería, en todos los sentidos, adecuada. Quisiera subrayar que su negativa es completamente arriesgada. ¿Qué dice usted?

—Frescura —dijo míster Campion con repentino calor—. Frescura propia de la escuela preparatoria. Ahora voy a hablar yo. En primer lugar, quiero una completa explicación de varios puntos. Ante todo, ¿cómo fue que estaba esperándonos con su pequeño artificio preparado? ¿Y por qué? ¿Por si sonaba la flauta casualmente?

—No del todo. Sabía que mi telegrama le atraería. Las mujeres son un gran *handicap* en esta clase de asuntos, míster Campion.

—¡Ah, sí, claro! —dijo el joven precipitadamente, sospechando algo de lo que había sucedido.

—Reconozco que fue usted demasiado rápido para mí —siguió míster Barber—. Creí, estúpidamente, que buscaría por la casa a la joven y luego recurriría a mí. Yo habría revivido con facilidad. Nos habían informado que el documento al que daba tanta importancia el viejo Lobbett era una cosa voluminosa. Por tanto, deduje que lo habría dejado en la casa; cuidadosamente escondido. Dado que era inútil buscar algo sin saber en qué consiste, esperé al mismo míster Lobbett para que me dijese lo que era.

Aunque la conversación se había desarrollado de una manera relativamente amistosa, el ambiente de la pequeña cabaña había ido haciéndose cada vez más tenso. Fuera, la atmósfera cargada que precede a la tormenta se había hecho sofocante. El resplandor de un relámpago difuso iluminó las marismas.

—No está mal —dijo Campion, de repente—. Pero tampoco bien. La situación va

aclarándose. He de aparecer en las columnas de sucesos o realizar ese sucio trabajo para usted. Me figuro que ha estado con Pinkertons para lo mío.

De pronto, se echó a reír.

—Es lo mismo —dijo—. Aunque tenga que aparecer en la sección “¿Qué haremos con nuestros muchachos?”, habría merecido la pena. Usted estuvo con nosotros durante toda la juerguecita de la noche pasada. Hasta el día de mi muerte le veré sentado junto a mistress Knapp. No me lo hubiera perdido por nada.

Un ligero sonrojo coloreó la cara del oriental: era el primer signo de cólera que dejaba traslucir.

—Preferí dejarle terminar aquel salvamento tan infantil —dijo—. Sabía que nuestra gente habría obtenido ya, para entonces, toda la información que quisiesen obtener de la muchacha. Pensaba asimismo que valía la pena ganar la confianza de ustedes. Yo también considero que valió la pena.

Campion se recostó un poco sobre la pared.

—En general, me figuro que está usted muy contento de sí mismo —dijo—. ¿Está seguro de que le van a tratar con consideración? ¿No le pegan o algo peor cuando fracasa? Pero no se crea que va a poner en un aprieto a nuestro pequeño Albert. Piense, un poco en su propia situación; está usted aquí, con todo su peso, en medio de una marisma, lejos de su hogar y de su madre. Suponga que le atizó en la cabeza, me voy a casa y no digo una palabra a nadie.

Míster Barber sonrió débilmente.

—Creo que usted no hará eso —replicó—. Debe recordar que he estudiado minuciosamente su ficha. Debo indicarle, con toda seguridad me parece, que un cadáver sería algo muy difícil de explicar por un hombre que se encuentra en su situación. A sus amigos de Scotland Yard les resultaría difícil contrarrestar el historial de la curiosa profesión de usted. Por otra parte, yo soy un hombre de virtud inmaculada, y todo el mundo lo sabe.

—Nuestro pequeño Albert sabe otra cosa —dijo Campion, cambiando ligeramente el tono de su voz.

Había algo en su gesto que hizo callarse a míster Barber y, de pronto, en la cabaña se produjo una calma amenazadora.

—¿Se acuerda de un hombre llamado Coulson? —preguntó Campion, bajando la voz—. El único hombre al que casi se confió. Me llamo, también, Hada Morgana, míster Alí Babá.

Ningún músculo de la obtusa cara del oriental se movió.

—No le entiendo —dijo—. Sigue usted haciendo chistes.

—En eso se equivoca, mi cautiva Helena —dijo Campion, burlonamente.

A pesar de ello, cada segundo que transcurría iba cargado con mayor tensión reprimida. La tormenta podía estallar en cualquier momento.

—Ha admitido usted que no sabía qué clase de clave pudiera tener nuestro estimado juez Lobbett —continuó Campion—. Puedo aclararle algo. Su preciosa

clave es perfectamente fidedigna. Es lo suficientemente clara para todos los que le conozcan a usted. En realidad, su nombre es la palabra oculta en el jeroglífico. Creo que, ahora, en vista de todo lo expuesto, podemos considerarnos completamente presentados. ¿Qué le parece, vaca parda?

No cabía la menor duda de que míster Barber estaba impresionado. Se quedó con la boca abierta y, por primera vez, en sus ojos húmedos y enrojecidos apareció una expresión que Campion no había visto nunca en ellos. Aquella expresión le permitía creer todas las historias asombrosas que le habían contado sobre Simister; casos de enorme crueldad, ejemplos que evidenciaban no tanto una ferocidad consciente como la más completa despreocupación por todo lo que no fuese sus propios objetivos.

Después del primer sobresalto se recobró con un dominio de sí mismo sorprendente.

—Usted es lo que allí se llama “Dos veces más listo que lo necesario”, joven —dijo gravemente—. En mi ficha se dice que una de sus peculiaridades consiste en no llevar nunca armas. Me parece muy prudente, dada la diversidad de sus actuaciones. Sería interesante saber si eso es verdad.

—A propósito de confidencias —dijo alegremente míster Campion—, como comprendo que uno de los dos va entrar en la lista negra dentro de poco, me gustaría saber varias cosas. Por ejemplo, me gustaría saber, como favor último, cómo se las ha arreglado para pasar tan inadvertido durante tanto tiempo. Las huellas de usted se remontan, según se dice, a más de cien años. Usted es bastante mayor, pero no tanto, vamos.

En los últimos segundos míster Barber parecía haber llegado a mostrarse francamente amable. Fuera, habían empezado a caer gruesas gotas de lluvia. Los relámpagos eran cada vez más frecuentes.

—No tengo ninguna prisa —declaró—. Puede que se lo diga. De cualquier modo tengo que quedarme aquí hasta después de la tormenta. Pero siento tener que decirle que no tengo más remedio que retirar mi oferta.

—¿He de considerar que sus palabras son una especie de responso? —preguntó míster Campion—. Seamos sinceros, entonces.

Míster Barber suspiró.

—Una de dos —dijo—: o es usted valiente, o es más estúpido que lo que pretende ser.

—Coraje puro —explicó míster Campion, con modestia—. Como es natural, yo no lo habría dicho; pero ya que usted lo ha sacado a relucir...

Míster Barber le hizo callar con un gesto.

—Me alegro de que se haya presentado esta oportunidad —dijo lentamente, con un nuevo tono de voz, casi doctoral— aunque, naturalmente, sienta perder una adquisición semejante. El deseo de hacer confidencias es muy fuerte en un hombre de mi temperamento, míster Campion. Y antes de ahora nunca me he encontrado en condiciones de seguridad que me permitieran disfrutar de esa satisfacción personal.

Campion asintió gravemente. Si hubiese estado escuchando cortésmente a un ama de casa que le contara la historia de su vida, en un salón de Mayfair, no habría parecido más despreocupado ante el peligro inminente que le amenazaba.

El oriental se fue haciendo cada vez más comunicativo. En él parecía haberse desarrollado una personalidad más amplia, más complicada que la anterior. Ahora, por fin, no resultaba absurdo relacionarle con el personaje misterioso cuyo nombre había sido, durante muchos años, la vergüenza de los círculos policíacos.

—Soy el único hombre —empezó, mirando a Champion con un ligero gesto de orgullo— que haya convertido un negocio tan especial como el mío en algo tan apacible como cualquier otra actividad legal. Es decir —continuó con sorprendente satisfacción— que, por lo general, estoy tan seguro, se me respeta tanto y me encuentro tan libre de molestias como cualquier otro hombre tan sano como yo. No tengo que tener castillos inaccesibles en Austria o en Hungría o casas misteriosas en París. Voy a donde quiero, vivo como me place. Poseo una villa con jardín colgante, en el Bósforo; la más deliciosa de todas las casas Reina Ana, en Chelsea. Siguiendo los dictados de la moda, me he trasladado a Mayfair. Mi piso de Nueva York es uno de los más deliciosos y caros de la ciudad. Tengo un verdadero palacio en California; y mi castillo, más allá de Juan-les-Pins, es famoso en toda Francia. Soy una autoridad en pintura y la mejor colección de Reynolds de todo el mundo me pertenece. Me divierto mucho. Soy un ciudadano respetado en todos los lugares donde tengo casa. Toda clase de gente desea conocerme. Mis amigos son incontables. Y, a pesar de ello —siguió encogiéndose de hombros—, no hay ni uno solo en quien me atreva a confiar por completo. Pero esa es mi única desventaja. En todo lo demás no me diferencio en nada del que consigue sus beneficios con el petróleo, el carbón o los automóviles.

Campion parecía impresionado.

—¿Hará usted todos sus negocios por medio de agentes? Hasta ahí, lo comprendo —comentó—; pero no sé cómo pudo empezar. ¿Es usted el productor de la película? ¿Compra usted los cerebros, por un lado, y los ejecutores, por otro?

—Así es —asintió míster Barber—. Es una pena que tenga que matarle. Me parece usted enormemente inteligente. Pero la respuesta a su pregunta es muy sencilla. El Simister original fue mi padre.

Campion se le quedó mirando, y durante un momento estuvo a punto de echarse a reír.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Heredó la marca de la casa?

—¿Por qué no? —replicó el oriental, despegando sus manos—. No encuentro nada ridícula la idea de que una persona deje a su hijo un negocio de este tipo en vez de otro diferente. A un carnicero al por mayor le es familiar pensar en la matanza de millones de animales por año y se pondría malo, sin embargo, si tuviera que presenciar la muerte de una sola vaca. Nunca tomo parte en ninguna de mis, ¿cómo

diríamos?, transacciones comerciales, excepto en su mismo origen. Lo cual no me violenta. Eso es todo lo que hay. Mi padre conservó, para mí, el anonimato con un cuidado exquisito. Cuando murió, yo continué. Creo que nadie se dio cuenta de que había habido un cambio, ni siquiera nuestros propios hombres. Por otro lado, la organización ha de ser, necesariamente, muy descentralizada y secreta. Los miembros no se conocen entre sí. De ese modo he mantenido oculta mi identidad.

—¡Maravilloso! —exclamó Campion, cuyos ojos se dilataron—. Perdóneme, míster Barber, pero ¿tiene usted familia?

El viejo vaciló.

—Bueno, después de todo —dijo, más para sí mismo que para su interlocutor— no tendrá usted ninguna posibilidad de traicionar mi confianza. No, nadie me sucederá.

—Mala suerte —dijo Campion con simpatía.

Míster Barber se encogió de hombros.

—A mí no me parece tan mala —replicó—. Soy individualista en grado sumo y —se rió confidencialmente— voy a vivir bastante.

Campion se acodó en la mesa.

—Permítame una pregunta —empezó—. ¿Qué me puede impedir matarle a usted en cuanto dejemos de ser amigos? Quiero decir que, cuando usted empiece a pegar, ¿por qué no voy a devolverle el golpe? Supóngase que me arriesgo a que me encuentren con un cadáver. Soy más joven que usted y, probablemente tengo más habilidad para gastar bromas pesadas.

—No creo que esté usted tan bien armado como yo.

En el tono con que fueron pronunciadas esas palabras había una tranquila satisfacción que aterraba. La gran cara de míster Barber seguía dulce y afable.

—Deje que me explique. En primer lugar, míster Campion, había oído decir que usted acostumbraba llevar una pistola de agua, de juguete, fabricada de tal modo que pudiese pasar por un auténtico revólver de reglamento. Le confieso que cuando me lo dijeron, la ocurrencia me divirtió mucho. Me divirtió tanto que adquirí asimismo el juguetito. Yo también tengo una pistola de agua, míster Campion. En este momento está apuntando directamente a su cara. De pasada, quisiera advertirle que estoy considerado como un notable tirador. Como no quería copiar exactamente su arma, la mía está cargada con un líquido tremendamente corrosivo. Creo que los magistrados ingleses se muestran muy poco partidarios de que se use; pero, cuando se me ocurrió, la idea me pareció tan divertida que decidí utilizarlo, aun a riesgo de que se me considerara, un poco, hombre de mal gusto. No es humanamente posible resistir semejante fuego y, en ese estado, una bala vulgar terminaría con usted fácilmente.

Campion no se conmovió, pero un músculo de la coyuntura de sus mandíbulas se crispó violentamente.

—No sabía que hubiese previsto esta conversación —dijo, por fin.

El hombre que le escuchaba creyó percibir que su voz había perdido algo de su

alegría.

—Es que no lo he hecho —dijo tranquilamente—. Tenía la esperanza de que no fuese necesaria. Pero siempre cabía la posibilidad de que el descubrimiento de su amigo, el juez Lobbett, fuese algo importante, Sabía que tenía que estar preparado. Sin embargo —suspiró— hay mucho tiempo todavía. Puede tener la seguridad, míster Campion, de que gozaré todo lo que pueda de esta deliciosa experiencia de confiar un secreto, que he guardado durante cincuenta años, a un hombre bravo e inteligente, capaz de estimar en lo que vale la magnitud de mi éxito, y tanto más cuanto sé que puedo hacerlo a salvo de todo riesgo.

Campion respiró profundamente.

La medianoche acababa de pasar, suponía. Mystery Mile seguiría tan dormido como ahora durante cinco horas más, por lo menos. Estaba seguro de que Giles habría obedecido sus instrucciones. La remota posibilidad de que alguien advirtiese la cabaña iluminada, en medio del aguacero de tormenta, era desdeñable. Por primera vez, en su arriesgada vida, míster Campion se sentía inerme.

—No se preocupe que no me aburre —dijo, en un intento vigoroso de recobrar su anterior jovialidad—. Me gustan estas cotillerías fuera del escenario. A propósito, antes de continuar, hay algo que me gustaría que quedara claro. No merece la pena de que pierda el tiempo molestando más al anciano caballero que me ha contratado. La clave, que le habría llevado a descubrir su identidad, consiste en un ejemplar de libro para niños, absolutamente inofensivo por sí solo, incomprensible para cualquiera que no sospechase de usted con anterioridad. Él creía que habría algún mensaje cifrado en sus páginas, y todavía lo cree. El libro está ahora en mi bolsillo.

Los ojos del oriental se clavaron intensamente en él.

—No se haga ilusiones sobre mi juguetito, amigo mío —dijo—. Levántese. Ponga las manos sobre la cabeza.

Campion le obedeció. Míster Barber se puso también en pie; del borde de la mesa, donde había sido mantenida hasta entonces, surgió el arma más peligrosa que Campion, dadas las circunstancias, se hubiera imaginado. Se trataba de una jeringuilla de cristal, exquisitamente hecha, que disipó en el acto cualquier duda que hubiera podido tener acerca de las amenazas de su oponente.

—Ya lo veo: en el bolsillo izquierdo.

Su voz era suave y casi acariciante. Con su mano izquierda se apoderó hábilmente del libro.

—Siéntese —dijo—. ¿Puedo felicitarle por su gran inteligencia? Ahora que nos entendemos perfectamente el uno al otro, nuestra conversación será más agradable.

—Vaya un par de correctos caballeros que estamos hechos —comentó míster Campion—. Dígame: ¿realiza usted todos los asesinatos así?

Míster Barber movió su mano izquierda en un gesto de desaprobación.

—Si he de serle sincero —empezó en un tono deliciosamente confidencial—, esta es la primera vez que me veo complicado personalmente en una de mis aventuras. Por

lo general, trabajo desde mi despacho. Lo sé todo: sigo todos los golpes de importancia. Me decidí a tomar parte en esto sólo porque míster Lobbett tuvo la ocurrencia, bastante tonta, de escribir pidiendo un perito de arte, y yo lo supe. Estoy disfrutando inmensamente con esta experiencia. Lo único que lamento es verme obligado a liquidar a una persona tan divertida y útil como usted.

Campion no respondió. Su espíritu parecía haberle abandonado. Míster Barber continuó:

—No es para estar muy satisfecho con mi agente Datchett. He descuidado esa rama secundaria de mi organización. Es un hombre estupendo en lo suyo; pero no es un buen subordinado. Hace mucho que debía haber sabido todo lo que se refería a usted.

En la cara de Campion apareció la primera sombra de una sonrisa.

—¡Magnífico! —murmuró—. Una especie de grandes almacenes. “No deje de visitar nuestra provista planta baja, dedicada al chantaje. Asesinatos al por mayor, primer piso. Secuestros y lencería, mano izquierda”.

Míster Barber no le escuchaba. Tenía la mano izquierda sobre el librito infantil encuadernado en gris y oro. Golpeó suavemente sobre él con su grueso índice.

—Puesto que ha sido usted tan leal conmigo —dijo—, le diré que estoy muy satisfecho, pues este librito era el cabo suelto que podía conducir a mi identidad. Me recuerda un incidente que había olvidado: un incidente que se remonta a hace más de veinte años. Coulson fue el único hombre con quien traté, una vez, directamente. Siempre me presenté ante él como mi propio lugarteniente y creo que no lo puso en duda nunca. Para él, yo era una persona misteriosa, que solo conocía por un número, casi de su misma edad. Ese mero hecho habría disipado cualquier sospecha que pudiera haber concebido sobre mí, ya que se sabía que el dirigente de la organización había ejercido su autoridad desde hacía mucho tiempo. Yo era relativamente joven y el deseo de hacer confidencias era muy fuerte en mí. Un día me preguntó si sabía quién era el propio Simister; si le había visto alguna vez. Estúpidamente, reconocí que sí. Desde ese momento me estuvo dando la lata para que le dijese quién era. Con franqueza, aquello me divertía, y un día, que había insistido mucho, le indiqué este libro, que estaba sobre el mostrador de una librería de lance de la que había hecho, en aquellos momentos, su cuartel general. Había estado ojeándolo, distraídamente, y me figuro que creyó que había yo llevado el libro allí. “Aquí tiene usted una clave”, le dije. No le volví a ver más, puesto que en seguida fue enviado al Sur. Este suceso se había borrado completamente de mi memoria, lo que demuestra una cosa, amigo Campion —añadió con un tono inesperadamente sentencioso—: que una tontería es mucho más peligrosa que una maldad.

Campion asintió calmosamente.

—Hay algo más que me gustaría saber —dijo—. ¿Qué tenía su amigo Datchett contra el viejo Swithin Cush?

Míster Barber se encogió de hombros.

—¿Cómo lo iba yo a saber? —contestó—. Una gran parte de los negocios de Datchett me daban asco. Eran tan mezquinos... Ese animal de Kettle...; nunca debió confiársele nada. Estaba avergonzado de que estuviera, aunque fuese tan indirectamente, a mi servicio.

—Eso le honra —dijo Campion, recobrando una sombra de su alegría—. Me interesaba Swithin Cush —añadió—. Me parece imposible que semejante hombre tuviera nada que ocultar.

Míster Barber movió la cabeza.

—Siempre es posible tener algo que ocultar —comentó—. Fíjese en mí, por ejemplo.

—Si no es demasiada curiosidad —empezó el joven lentamente—, me interesaría saber cómo piensa salir, de esto, con la reputación inmaculada y virginal, cuando el cadáver de nuestro pequeño Albert esté yaciendo ensangrentado. Puede parecer grosero; pero la cuestión del cadáver siempre me ha preocupado.

—Eso no será difícil —dijo el oriental con gran seguridad—. Estoy de suerte y mi plan fue muy sencillo desde el principio. Después de enviar el telegrama, que sabía le iba a traer a Mystery Mile, mis agentes vinieron aquí, esperaron a que la gente de la aldea se retirara, y, como sabe, se retiran pronto, cogieron a la servidumbre y la narcotizaron del modo que usted la encontró. Tenían orden de hacer eso y luego marcharse. Yo aparecí en el escenario inmediatamente después. Para ellos, como para todo el mundo, yo soy Fergusson Barber, el perito de arte. Le esperé en la postura en que me encontró. Luego, no habrá nada más sencillo. Regresaré, me cambiaré de zapatos, pues me hará falta después de esta lluvia, y me volveré a narcotizar a mí mismo.

—No olvide las huellas de sus pisadas —dijo míster Campion—. Por esta comarca tienen a orgullo el rastrearlas mejor que nadie.

Míster Barber asintió.

—Ya he pensado en eso —reconoció—. Pero debería usted saber que es imposible seguir unas huellas por marismas salitrosas. Mi coartada será perfecta; sobre todo, porque el juez Lobbett y el joven Paget me vieron al mismo tiempo que usted. A propósito... —hizo una pausa, como si vacilase en abordar una cuestión delicada—. Usted es joven. Si hay... ejem... algún encargo de corazón que pueda realizar en su nombre, puede confiármelo.

—Buenos modales, pero costumbres de bestia —observó Campion críticamente—. No. No entone cánticos tristes por mí. Y puesto que estamos tan finos, siento las molestias que haya podido causarle.

—No todo han sido molestias —dijo el turco, con enorme seriedad—. Me llevaré un Romney maravilloso como recuerdo de mi visita. Entre nosotros le diré que es completamente auténtico: uno de los ejemplares más bellos que he visto en mi vida. Si tuviéramos tiempo, llegaría hasta llevarle a la casa, para poder explicarle detalladamente sus bellezas. Lo pondré a la venta, haré que lo desacrediten buenos

entendedores, puede que sea necesario para ello sustituirle por una copia, y se lo venderé bien barato a uno de mis agentes. Pero el tiempo pasa, amigo mío. Parece que la tormenta se va alejando. Es una lástima que esta deliciosa conversación tenga que terminar en algún momento.

—Se me ocurre algo —dijo Campion, levantando la vista—. Acabo de componer mi epitafio, y puesto que está usted tan deseoso de ayudarme mire a ver si pueden ponerle sobre mi tumba. Nada de letra vulgar ni antigua; en buenas mayúsculas romanas. Ahora escuche cuidadosamente, porque me disgustaría que se equivocara.

Había hablado muy seriamente y al turco le había hecho gracia. Sus ojos vigilaban al joven con tolerancia; pero tenía siempre la jeringuilla dispuesta para responder al menor signo de violencia.

—Ningún dato —dijo Campion—. Solo esto, grabado con claridad:

Aquí descanso yo, pobre Albert Campion, no se olvide de este ritmo.

Recitó el verso solemnemente, acompañando el ritmo con golpes de su mano delgada y larga sobre la mesa.

Su muerte fue mala, pero en vida *¡fue campeón!*

Al pronunciar la última palabra su voz se elevó hasta una nota triunfante, y con un movimiento asombrosamente rápido tiró la lámpara fuera de la mesa y, al mismo tiempo, agachó la cabeza todo lo que pudo.

En el mismo instante algo suave y horrible chorreó por su hombro, y el ardiente ácido abrasó la ropa, la traspasó y mordió profundamente la carne que había debajo, produciéndole una agonía que casi le paralizó. El farol se estrelló en el suelo; la corriente extinguió la llama, dejando la cabaña en la más completa oscuridad.

Campion se deslizó hacia el agujero que había en las tablas del suelo. Era su única esperanza. El dolor de su hombro le estaba agarrotando. La idea de que el sufrimiento le hiciese perder el sentido le aterraba.

En la oscuridad, el hombre que hacía poco había estado charlando amablemente con él se movió dispuesto a matar.

Campion encontró el agujero con su pie. Se arrastró frenéticamente hasta él, y en ese momento Barber disparó. La pistola llevaba un silenciador, pero el fogonazo atravesó la oscuridad. El sitio era demasiado pequeño para que el joven tuviera alguna probabilidad de escapar. La bala entró en su cuerpo.

El oriental oyó el ahogado quejido de su víctima cuando esta se deslizó, inconsciente, por el orificio y cayó a la marisma que se encontraba debajo.

Ignorando esta segunda salida, siguió disparando bala tras bala.

El silenciador era muy eficaz. No tenía motivo para temer que le descubrieran y estaba decidido a terminar con su enemigo.

Cuando por fin terminó, en la cabaña se produjo un siniestro silencio.

—Inteligente, amigo mío, inteligente hasta el fin —dijo suavemente, pero en su voz había un matiz siniestro de satisfacción.

Como la pila de *su* linterna se había consumido, sacó una caja de cerillas del bolsillo, sin dejar de empuñar la pistola. La llanita osciló durante un segundo y se apagó por la corriente. Fue hasta el agujero que había bajo el banco y encendió otra cerilla. Esta vez la llama duró algo más.

Campion yacía boca arriba, sobre la hierba que se iba enrojeciendo rápidamente. Sus gafas se habían caído y sus ojos estaban cerrados; a la momentánea luz, su cara aparecía lívida. Un instante tan solo, el turco vaciló. Había disparado cinco veces. En su pistola había aún una bala. Dudaba en utilizarla. No había manera de saber con seguridad si Campion estaba muerto si no se salía a donde estaba tirado. Cuando se arrodilló para mirar hacia abajo, el librito verde y oro, que había recogido de la mesa en su primera acometida, se escurrió del bolsillo, donde lo había metido de prisa y descuidadamente, y cayó sobre el cuerpo tumbado.

Aquello le hizo decidirse. Se incorporó penosamente y cruzó la cabaña.

En la puerta se detuvo, tanteando para buscar los escalones. Bajó con mucho cuidado.

Una vez sobre la hierba intentó encender otra cerilla; pero la lluvia, que todavía estaba cayendo débilmente, lo hizo imposible. Se dirigió, a ciegas, hacía la izquierda, eligiendo instintivamente el camino más corto para dar la vuelta a la cabaña. Avanzó un paso; luego otro, sintiendo siempre la hierba corta bajo sus pies.

Al dar el tercer paso, una sensación repentina de dificultad peligrosa se apoderó de él, e intentó, en vano, echar su peso para atrás. Un momento antes hubiera podido hacerlo; pero ahora la hierba que pisaba estaba resbaladiza.

Se tambaleó y cayó de boca en los tres pies de agua que cubría el límite movedizo entre la tierra firme y el barro viscoso; el mismo lugar, de color más claro y de aspecto más liso que el resto del terreno, que Giles había temido tanto no ver una hora antes. Inconsciente del peligro inminente, se esforzó por levantarse; su única preocupación era que su coartada sería ahora más difícil de preparar, pues su ropa estaba húmeda con agua de mar y sucia de lodo.

Alrededor suyo el brazo gorgoteaba y chapoteaba para sí mismo en su lengua calmosa y gutural. La lluvia continuaba cayendo. Estaba solo, entre la arcilla y el cielo.

Luchó como un diablo para salir y, de repente, se dio cuenta de que el fango pasaba de su cintura. Agitó salvajemente sus brazos y no tocó nada más que el cieno fétido. El barro llegó hasta sus hombros, y olvidándose de cualquier otro peligro gritó ruidosamente, llamando a Campion, forzando sus pulmones, tan alto que creyó que le

oirían hasta en la aldea.

El barro hacía glu-glu, se movía por todas partes. Regatillos de agua aparecían y desaparecían por su superficie. Iba hundiéndose cada vez más; dentro de poco alcanzaría su barbilla. Hizo un esfuerzo para bajar los brazos, pues el instinto le decía que así ganaría un momento de respiro. El *puré* se estrechaba alrededor de él, le chupaba suave, firmemente y con horrible lentitud hacia su seno viscoso. Ya no se atrevía a chillar, consciente de que cualquier movimiento le sumergiría más hondo.

En aquel momento, abajo, sus pies tocaron terreno firme. Se puso completamente rígido, lleno otra vez de esperanza. Su dificultad para respirar era grande; el barro, Como si se sintiese defraudado, le oprimía, le aplastaba con su inmenso peso.

A pesar de ello, con la nueva esperanza, sintió un deseo salvaje, desmesurado, de vivir, ocurriera lo que ocurriese luego.

La lluvia cesó.

Los calambres le empezaron a atormentar; pero no se atrevía a relajar sus músculos tensos, pues esa tensión era lo único que le mantenía a salvo.

Sobre su cabeza, las lejanas nubes se aclararon. La cola de la tormenta que había pasado por encima de Mystery Mile las empezó a dispersar. Había algo más de claridad.

Se esforzó por mirar lo que había frente a él. Sus ojos se desorbitaban. Su cara estaba retorcida; su boca, abierta; sus venas formaban gruesos cordones bajo la pálida piel.

A menos de un pie de distancia se veía una faja ancha, blanca, irregular, más terrible, más implacable que el mismo barro: la marea.

Se quedó acechándola. Cada chispa de vida que le quedaba se concentró contra este último y más espantoso enemigo. La marea se retiró un poco; pero solo para avanzar otra vez hasta una pulgada más allá de su cara, rociándole de espuma salada.

Puso en tensión todos los nervios útiles de que disponía. Su chillido frenético sobresaltó a las aves marinas y resonó, como un grito de muerte, en las mismas habitaciones silenciosas de The Manor, a gran distancia de las salinas, apagándose, después, sepulcralmente, en la calma de la cercana mañana.

Las olas se retiraron otra vez y, de nuevo, volvieron a avanzar, espumeantes, risueñas, suaves, penetrando en esta ocasión por su boca.

CAPÍTULO 28

MORALEJA

— ¿D os dientes? —dijo, orgulloso, el hombre de Scotland Yard—. Tiene ya siete. Tres abajo y cuatro arriba. Mary y yo estamos chalados con él. Tiene que venir a verle en cuanto pueda salir otra vez.

Estaba sentado, medio incorporado, en la silla grande, ante uno de los primeros fuegos del otoño, en el piso de Bottle Street.

—Iré a verle la semana que viene. Estoy ya bien del todo.

La voz ligeramente aflautada sonaba más hueca que antaño, pero no había perdido el matiz de alegría que había sido su característica principal. Campion estaba oculto, casi por completo, en las profundidades de su silla Toby de alto respaldo. Su visitante solo le veía la cara de cuando en cuando, cuando la luz del fuego se avivaba. La cara reflejaba todavía los estragos de la larga enfermedad que había sufrido. La bala de Alí Barber le había atravesado el pulmón y el restablecimiento había sido muy lento. Pero su alegría había vuelto y sus ojos, detrás de las gafas de concha, se movían más divertidos y muchísimo más vivos.

Su acompañante le sonrió.

—Ha tenido usted una suerte endiablada al salir de esto como ha salido —le dijo—. Usted siempre tiene suerte. No me importa decirle que, cuando su amigo turco se desvaneció, hubo un sentimiento general de satisfacción en todas partes.

—Estoy muy agradecido a los muchachos por sacarme del lío con tanta discreción —murmuró Campion con sincera gratitud; suspiró—. Tenía mucho miedo de que me dieran una medalla.

—En nuestro oficio abundan más los puntapiés que los medios peniques —replicó el otro—. A pesar de ello, esto es algo que puede apuntarse en su crédito. No hay la menor duda de que se trataba del auténtico Simister, Estamos husmeando: el origen de sus ingresos, entre otras cosas. ¡Maravillosos! —comentó soñadoramente, mientras que se inclinaba hacia delante y sacudía la ceniza de su pipa, sobre el fuego—. Nadie hubiera creído que podría suceder tal cosa. Como suele decirse: la verdad es más fantástica que la ficción.

Campion se rió ahogadamente.

—Debía usted empezar su cuaderno con frases sentenciosas, Stanis —dijo—. Pero, en serio: creí que me había tocado la china cuando me caí por el agujero del piso. Recité el “Dios salve al Rey”, canté el viejo canto de la escuela, murmuré el lema de mi familia: “No es ninguna vergüenza morir aquí”, y me desmayé. ¿Hay algo

nuevo en el caso Datchett?

—Lugg me ha dicho que no debía hablar de negocios.

El hombre de Scotland Yard miró en todas direcciones, muy nervioso. Lugg, en su nuevo papel de enfermero, resultaba un personaje verdaderamente terrible. Como no se le veía por ninguna parte, empezó a hablar en voz baja.

—Quería hablarle de ello —dijo—. Se le juzgó por casos separados: no creo que haya usted leído los periódicos. El viejo Livery se lo permitió antes de sentenciarle. “Duras sentencias”, las llaman los chicos de la prensa, y es que lo fueron de verdad. Le condenaron con la pena mayor que le pudieron aplicar. No creo que haya tampoco ninguna apelación. Tuvimos todos los testigos que quisimos para el asunto de Maplestone Hall. No hubo necesidad de airear otros asuntos.

Campion le lanzó una mirada rápida.

—¿Swithin Cush?

El otro asintió con la cabeza.

—Si quiere saberlo, es bastante interesante —dijo, y sus ojos se iluminaron con renovado interés—. En la casa de Kensington había montones de papeles referentes a toda clase de cosas. Cuando fue posible se los devolvimos a sus legítimos propietarios, y no se habló más de ello. No vamos a promover escándalos por todo el país. Hemos metido a ese hombre donde queríamos, y ya es bastante. Pero el anciano tenía su secreto de verdad. Lo más inverosímil en que pudiera usted pensar, aunque pensara mil años seguidos. No era una persona.

Campion le miró asombrado.

—¿Que no era una persona? —repitió perplejo—. Otra vez se han reído de usted, Stanis.

—No. Es completamente cierto —confirmó el otro, moviendo la cabeza—. Un caso de usurpación de personalidad que data de hace cincuenta años. Había dos hermanos: Swithin Cush, pastor recién ordenado, y Welwyn Cush, demasiado pobre para realizar los estudios necesarios. Hacia 1880, Swithin murió, al parecer, de repente, a causa de un ataque al corazón. Los dos hermanos vivían juntos y solos, en habitaciones alquiladas en Kensington. Al difunto, que era aún un muchacho, le había sido asignado su primer curato en una aldea de Norfolk. El otro hermano era muy amigo de la hija de la dueña de la casa y ella fue, según creo, quien le sugirió la idea. Por lo que descubrimos no se decidió a hacerlo de buen grado, pero parece ser que se encontraba sin una perra. Permitted que el otro fuera enterrado con su nombre y él fue a ocupar el destino del muerto. Los dos hermanos se parecían mucho y solo se llevaban un año de edad. A nadie se le ocurrió dudar de Welwyn en ningún momento, y los años transcurrieron como transcurren en el campo. Esa vida le convenía perfectamente; la Vicaría le gustaba y era el favorito de los feligreses. Cinco o seis años después fue destinado a Mystery Mile, y supongo que usted conoce mejor que yo su historia durante el tiempo que estuvo allí. Cuanto más viejo se hacía, más seguro se encontraba. La única persona que sabía su secreto era la mujer que vivía en

Kensington. Esa mujer murió hace solo un año aproximadamente. Se llamaba Aggie Saunders, y era el tipo de mujer que puede imaginarse.

Miró a Champion, que se había incorporado en su silla y tenía los ojos desmesuradamente abiertos. Después continuó:

—Lo que parece estar completamente claro es que se había creído que el anciano iba a casarse con ella. Cuando vio que no lo hacía y, a pesar de que nunca le había traicionado, sino que, por el contrario, le había protegido en cuantas ocasiones se presentaron de hacerlo, no pudo resistir la tentación de recordarle, de cuando en cuando, la presión que podría ejercer sobre él dando detallada cuenta de todo el secreto en largas cartas farragosas que le escribió. Él contestaba pidiéndole que no escribiese cartas tan comprometedoras. Me parece que ella descubrió que cada vez que escribía una carta sobre ese tema, siempre obtenía una respuesta de él, así que insistió en lo mismo sin ninguna contención. Cuando la mujer se dio cuenta de que se iba a morir, certificó todas esas cartas juntas y se las envió a Cush, eligiendo para hacerlo, con una mala suerte extraordinaria, la primera semana que Kettle actuaba como empleado de la estafeta. Datchett debió verse obligado a trasladarle a causa de un asunto, bastante sucio, que tuvo lugar en un pueblo cercano a Yarmouth, en donde Kettle se encontraba antes. Kettle se apoderó simplemente de las cartas, añadió la última que había escrito ella, dedicada toda a discutir el tema con detalles interesantes, y se las remitió a Datchett. Desde ese momento, el pobre viejo que usted conocía como Swithin Cush no debe haber tenido un momento de paz. ¿Qué le parece?

Campion guardó un momento de silencio, absorto en su estupor.

—¡Dios mío! —dijo, por fin—. ¡Dios mío! —repitió en voz baja.

—El chantaje es el más repugnante de los crímenes —dijo el hombre de Scotland Yard—. Me alegro de que Datchett se haya llevado su merecido.

Campion miró a su visitante preocupado.

—Lo malo de eso es que se creará una situación delicada por lo que se refiere a los nacimientos, matrimonios y defunciones de Mystery Mile —dijo—. ¿Qué va hacer su gente con las cartas?

El inspector Stanislaus Oates se encogió de hombros. La vaguedad de su explicación parecía casi oficial.

—Por muchas críticas que se puedan hacer a Scotland Yard —dijo—, nadie nos puede motejar de fabricantes de jaleos. Mantenemos la paz: ese es nuestro oficio. Creo que lo dejaremos como está. Lo contrario supondría un montón de molestias para todo el mundo y un escándalo para la Iglesia, que siempre se debe evitar. No soy una autoridad en Derecho canónico..., supongo que el caso correspondería al arzobispo, si alguna vez se suscita.

Las palabras “Derecho canónico” hirieron los oídos de Champion. Por primera vez comprendió el significado de la misteriosa frase de Swithin Cush en su carta a Giles: *“en el caso de seria complicación... Alaric Watts... que sabrá el correcto*

procedimiento a seguir en esa situación. Esa era la seria complicación que el anciano había temido.

—Naturalmente —continuó el inspector—, no se lo puedo asegurar. Las autoridades pueden decidir el paso de la cuestión a la Iglesia. Creo que, aun así, lo único que podría ocurrir sería la publicación de una orden ministerial. Por ahora nadie se ha movido. Ahora es algo sin importancia, pero fue lo suficientemente serio para él.

Campion no diga nada. Se daba cuenta, mejor que nadie, de lo tremendo que debería haber sido para el anciano, tan querido por su devota congregación. Se imaginaba el horror que esto causaría a Bidy; la obstinada negativa de Giles a aceptar la verdad, y deseó de todo corazón que no lo supieran nunca. Tal como estaban las cosas, le parecía fácil de conseguir.

—Me figuro que estará usted satisfecho —dijo el inspector, pasando alegremente a otro tema—. Dejando a un lado su herida y la muerte del anciano rector, no lamentará lo que ha pasado. Si no hubiera usted llevado al juez Lobbett y a sus chicos a Mystery Mile, nunca hubieran ocurrido muchas cosas que han tenido lugar.

—En eso tiene usted razón —dijo Campion, en un tono tan mustio, que el otro le miró atentamente.

—¿Qué es lo que le preocupa? —preguntó.

—Me había procurado una escena tan bonita para morir... —respondió míster Campion inesperadamente—. Tuve la sensación de que subía el telón para que los espectadores me viesan huir arrastrándome. No habrá más bromas hasta la próxima representación, Stanis, y todavía no estoy seguro de que esto no me haga encallar.

—Un trago de coñac lo pondrá como nuevo: eso son los nervios —aconsejó animadamente su interlocutor.

Pero su diagnóstico no era acertado.

Charlaron aún durante algún rato y, finalmente, el inspector de Scotland Yard se despidió. Campion se recostó en su asiento y se puso a reflexionar sobre la historia trágica de Swithin Cush.

—Una persona tan perfecta durante toda su vida —pensó— y, al mismo tiempo, un gran impostor. ¡Dios le bendiga!

Después de algún tiempo sacó un sobre del bolsillo de su bata y lo volvió a abrir. La letra de Bidy no era muy buena. Lo mismo podría haber sido la letra de una escolar. Releyó la carta lentamente:

Ciudad.
Domingo.

“Mi querido Albert: Lugg me dice que ya te dejan salir, en una epístola verdaderamente maravillosa que empieza: “Querida señora” y termina: “Bueno, patito, ya debo firmar”. Nosotros vamos a ir a verte

otra vez el viernes. Mystery Mile está ahora maravilloso, con todos los árboles sin hojas y las manzanas esperando que las cojan. La especie *D'arcy*, que San Swithin plantó en el patio, dará fruto este año. Podrán comerse precisamente cuando vengas por aquí, aunque no sé por qué necesitas pasar la convalecencia en Londres.

”El nuevo rector es cariñoso. Tiene cuatro chicos y una mujer excepcional (como persona). Va a officiar *en la gran ocasión*. Ya solo queda un mes. Isopel se está haciendo un vestido corto y yo otro largo. Será una boda auténticamente campesina, con una fiesta para los aldeanos y George y Anry cómo monaguillos. Toda la comarca se echará a la calle.

”Giles va a sacar un montón de cuartos por el Romney, según creo. Me parece absurdo que aquel hombre horrible haya tenido razón en algo; pero no quiero escribir nada de él ni de nada que esté relacionado con aquella espantosa época, a pesar de que si no la hubiésemos vivido, no hubiera conocido a Marlowe, claro.

”Me siento enormemente feliz, pero quisiera que estuvieses aquí con nosotros. Giles dice que tenemos que estar vigilantes, por si vienes a la boda vestido de *boy-scout*, pero no harás eso, ¿verdad? Me ha dicho que a la boda de Bunny Wright con lady Rachel te presentaste con uniforme de general del ejército de la salvación; Esta vez no hagas una cosa tan tonta, prométemelo, porque quisiera..., bueno, por favor, no hagas nada de eso.

”La hija de Cuddy ha tenido una niña que es una verdadera preciosidad. Míster Lobbett (le estoy empezando a llamar “Poppa”, que, al parecer, es la palabra americana para decir papá, pues “dady” quiere decir otra cosa) le hizo el regalo tradicional. Y (esto te divertirá) quería llamar a la pobrecita criatura “Nupcial”, en honor a nuestro enlace; pero nosotros la convencimos de que no lo hiciese, así que se llamará Brígida Isopel, por fin.

”*Addlepate* tiene un nuevo collar, pues se quitó el viejo y se lo comió, o intentó comérselo, el caso es que lo tiene dentro.

”Me parece que no queda nada más qué decir, a pesar de estar pasando tantas cosas magníficas. Echo mucho de menos al viejo St. Swithin. Le habría gustado mucho esto. Alice esta sirviendo con los nuevos vecinos de la rectoría. Te diré que creo que Cuddy tiene algunos proyectos relacionados con el nuevo empleado de Correos que sustituyó a Kettle. No está casado, por lo menos ahora. Tiene dos hijos que Cuddy no hace más que lavar. Por las noches se coge los rizos ahora, y esta mañana, en la iglesia, estaba de punta en blanco.

”Y todo esto, gracias a ti, maravilloso trasto viejo. Marlowe y yo te lo

agradecemos con todo el corazón y lo mismo les pasa a los otros. Nunca lo olvidaremos. Mis mejores deseos.

”Montones de cariño, querido.

Biddy”.

La carta traía una posdata, escrita por la precisa y educada mano de Marlowe:

“El jueves iré a Londres con esta mujer abandonada. Todo va bien. Papá quiere saber dónde podría comprar más oporto, como este de la cosecha del 98 que hay en el sótano. El médico dice que le producirá la gota. Papá dice: “¿Qué es la gota?”.

Los otros dos habían firmado la carta. Era una epístola familiar. Desde tiempo inmemorial las cartas de Biddy habían sido como estas: francas, impensadas, mensajes que cualquiera podía leer.

Campion se metió las cuartillas en el bolsillo, y al mirar hacia arriba, se encontró con los ojos de Lugg que le miraban a su vez, con: atención lúgubre.

—Esto es una advertencia —dijo—. Hay en esto una moraleja, la hay. Conseguir una chica es un juego de niños, eso es lo que demuestra el caso y lo que no debe olvidar.

Campion no le hizo caso.

—Dos bodas en puertas —observó—. Te tendré que mandar que subas otra vez a los tejados, Lugg.

—Ojalá lo hiciese —dijo Lugg con inopinado calor—. Comprar, comprar, comprar..., me ataca el hígado. Esa carta era de aquella chica de la que estaba algo enamorado, ¿no? Una muchachita así, rubia, poquita cosa. Mire —continuó con mucho interés—, lo que usted necesita, si quiere traer una mujer aquí, es una sensible enfermera de hospital hogareño. Alguien que lavase la ropa.

—Cállate Lugg —dijo Campion—. ¿Qué opinas sobre esos regalos de boda? ¿Algo de plata?

Lugg no parecía muy convencido.

—Sea lo que sea, no le ponga ninguna inscripción —advirtió con vehemencia—. Luego no se puede empeñar, ni vender, ni siquiera lo quiere robar nadie. Eso es lo que asegura a la plata, lo que se graba en ella. Ahora hay demasiada por ahí. Ya pensaré en algo.

Campion permaneció silencioso durante algunos momentos.

—Lugg —dijo por fin—, ¿qué te parece si me retirara? Esta profesión mía deshace a los hombres.

La expresión de míster Lugg le hizo callar. El viejo hombrón le miraba fijamente, con los ojos desorbitados y las mandíbulas desencajadas.

—Usted no está bien —dijo por último—. Tendrá una recaída. Le voy a preparar un trago.

—¿Dónde vas? —dijo Campion levantando la mano—. No seas idiota, Lugg. Estoy hablando en serio.

—Le traeré la salud misma en vaso —dijo Lugg, y salió corriendo de la habitación.

Campion se volvió a recostar. Sacó la carta del bolsillo y la arrojó al fuego. Cogiéndose las rodillas con las manos vio cómo ardía. Luego se movió intranquilamente en su silla. Con Von Faber en Broadmoor y Simister muerto, se sentía, de momento, como Alejandro, buscando nuevos mundos que conquistar.

En ese momento regresó Lugg. Parecía considerablemente impresionado y algo confuso. Tenía en la mano una tarjeta.

—Afuera hay un tipo nada divertido —cuchicheó roncamente—. Un extranjero. ¿Le tiro un ladrillo?

—No sé —replicó Campion—. Déjame ver eso.

Lugg abandonó el trozo de cartulina de mala gana. La mirada que Campion echó sobre ella animó sus ojos y coloreó de alegría sus mejillas. Pasó volando junto a Lugg y abrió la puerta.

En seguida reapareció con un hombre aproximadamente de su misma edad, moreno y de aspecto distinguido, con cierto porte militar.

Estuvieron hablando juntos, animadamente, en un idioma que míster Lugg, después, describió como “charla de monos”. Era evidente que se conocían desde hacía tiempo.

Al poco rato, el desconocido sacó una carta: un gran sobre blanco grisáceo, sellado y rodeado con una cinta carmesí. Incluyó la cabeza y se retiró un par de pasos cuando el inglés lo abrió cuidadosamente. La única hoja de papel que había dentro venía decorada con el escudo de una famosa casa real europea, pero las pocas líneas escritas en ella estaban en inglés:

“Saludos, mi querido muchacho: Estoy desesperado. Se me ha recetado viaje oficial por Indochina. Estoy hasta la coronilla. ¿Podría usted sustituirme como antes?

”Siempre suyo.

R.

”P. S.— Se espera jaleo, si eso le atrae. Por el amor de Ike (me parece que era eso lo que decía), venga a ayudarme”.

Míster Campion dobló la carta cuidadosamente y la arrojó al fuego, junto a las cenizas de la de Bidy. Era evidente que estaba regocijado. Se volvió a su visitante y le sonrió alegremente. Acercándose a su escritorio, escribió algunas palabras en una hoja de papel de carta y la metió en un sobre que selló: cuidadosamente. Luego intercambió algunas finezas con el extranjero y este se marchó.

Cuando la puerta se cerró, Campion se volvió a su intrigado ayudante:

Lugg —le dijo alegremente—, puedes besar nuestra real mano.

FIN DE
“MISTERY MILE”



MARGERY LOUISE ALLINGHAM (20 de mayo de 1904, Londres - 30 de junio de 1966, Colchester, Essex) fue una escritora de novelas policíacas británica.

Publicó su primer cuento a la edad de ocho años, su primer novela a los diecinueve y su primer novela policíaca a punto de cumplir los veinte. Sus historias acerca del detective ficticio Albert Campion, se volvieron muy populares y novelas como *The tiger in the smoke* (El tigre en la niebla) de 1952 y *The China governess* de 1962, con su fino estilo intelectual y perspicacia psicológica, le granjearon al personaje cierta estimación dentro del género literario serio. Murió a los 62 años debido a un cáncer de mama.

La BBC produjo adaptaciones de ocho de sus novelas a finales de los años ochenta.

Notas

[1] Prologo escrito por Salvador Bordoy Luque para la edición de “Novelas escogidas” de Margery Allingham publicada por la editorial Aguilar en 1963. (*N. del E. D.*) <<

[2] Se trata de juegos típicos ingleses: *To toss caber* es un deporte galés que consiste en arrojar pértigas; *To tiddle a Wink*, juego de la pulga, consiste en hacer saltar un disco en una taza; *Shove-hafpenny* debe de ser algo parecido a nuestras *chapas*. Cualquiera de ellos tiene poco significado para el lector español Por eso hemos hecho la sustitución. (N. del T.) <<

[3] Kepesake proviene de *keepsake*, que significa recuerdo. (N. del T.) <<

[4] Míster Kettle = míster Tetera. (*N. del T.*) <<

[5] Tribunal Supremo para lo criminal de Londres. (*N. del T.*) <<

[6] Caballo rojo de ajedrez (caballo negro). (*N. del T.*) <<

[7] Cárcel. (*N. del T.*) <<